epopeyas y leyendas

josé zapiola



recuerdos de treinta años

JOSE ZAPIOLA

RECUERDOS DE TREINTA AÑOS

EDICION PRESENTADA
POR
GUILLERMO BLANCO

ZZ
1ª EDICION
ZIG-ZAG
SANTIAGO DE CHILE

COLECCION EPOPEYAS Y LEYENDAS

© 1974 by Guillermo Blanco
© 1974 by Empresa Editora Zig-Zag S. A.
Derechos reservados para todos los países.
Inscripción No. 43.246. Santiago de Chile.

1ª edición: 20.000 ejemplares. OCTUBRE de 1974
Portada de: Emilio Martin.

EDITORA ZIG-ZAG

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG S. A.
Cirujano Guzmán 113.
Santiago de Chile.

CIEN AÑOS DE JUVENTUD

¿QUIEN ES *este hombre que hoy nos cuenta con tan liviana pluma, con tan remota paz, sus* Recuerdos de treinta años*? ¿De qué mente ágil y de qué diestra mano salen las imágenes vivas, minuciosas, cordiales, de una época que el tiempo nos aleja y el autor nos aproxima con cálida presencia?*

La anécdota, el chascarro que protagonizó algún gran personaje, la intimidad diaria del Chile que nacía, ¿cómo, por qué, por quién nos llegan con intacta frescura?

Sigamos al narrador.

Hay una foto suya, tomada en 1853, cuando acababa de pasar la cincuentena. Foto prócer, al estilo de esos años: espalda erguida, un brazo en actitud de Algo Importante y el otro —el de la mano diestra— puesto en reposo promisorio.

El rostro se viste de inevitable seriedad: era cosa solemne fotografiarse, por aquel entonces. La frente es amplia, alta, despejada a pesar de las arrugas que fue marcando la vida. Nariz algo ancha, bigote recio y renegrido, mandíbula resuelta.

Pero observemos los ojos, que de ahí escapa una mirada de hombre bueno. Y las cejas —muy prietas para enfrentar a la cámara— parecen a punto de distenderse en un gesto de afable ironía. Sí, ahí está José Zapiola. Su bondad, un eco de la tristeza que le fue quedando de tanta peripecia dura, el aire zumbón del real observador humano, la clara agudeza del testigo.

TESTIGO DE *tanto, y tan variado. En una Carta Autobiográfica, él mismo nos cuenta: "Nací en el año 1802, en Santiago". No nos cuenta —porque le dolía sin duda— que cuando nació, su padre, Bonifacio Zapiola, no esta-*

ha casado con Carmen Cortés, su madre. No lo estaba ni lo llegó a estar.

En una ciudad pacata, este origen debió de pesarle al muchacho. ¿O le ayudó a ser más reflexivo, a mirar con ojos más hondos su contorno?

Quizá ambas cosas.

Porque muy pronto, al empezar sus estudios, anota que la escuela "estaba dividida en dos secciones, no por el grado de adelantamiento ni por la clase de estudios, sino por la categoría social a que pertenecía el niño." Y el niño Zapiola fue a parar a la primera debido a un explicable error: le vieron llegar con medias y bien vestido.

La enmienda no tardó en producirse. Mejor informado el maestro, un tiempo después aprovechó una travesura del alumno y dictó la sentencia: "Zapiola, pase usted a la segunda".

Al salir de la escuela le esperaba también una vida "de segunda": ingresó en el taller de un joyero para aprender el indispensable oficio y empezar a ganarse el sustento. Por lo que nos cuenta de él Ventura Blanco, parece ser que el aprendiz no aprendió mucho y que sí, en cambio, "entretenía sus aburrimientos tarareando algunas canciones populares y los toques de corneta."

TIENEN QUE *haber sido importantes los toques de corneta en esa mente infantil a medio modelar: eran los tiempos de la revolución de la independencia, y José Zapiola escuchó la diana de las tropas de Mariano Osorio, y luego la clarinada del Ejército Libertador.*

Había vida y había muerte en aquella música, había una angustia y una esperanza que no eran simples figuras literarias, sino carne y alma, experiencia real.

"Un día la suerte puso en sus manos un pito, y desde entonces no pensó sino en ser músico". Costó quizá tanto como las efímeras medias de la escuela: Carmen Cortés debió vender lo más valioso que tenía —un mate de plata— para comprarle a su hijo un clarinete, cuyo dueño anterior era tísico.

¿Qué más daba?

Pasaría mucho tiempo antes de que José Zapiola volviese a mirar hacia atrás. Sin maestros, porque el mate de plata no dio para tanto, el muchacho comenzó a aprender poco a poco el arte que iba a abrirle camino en el futuro.

Y ya a esas alturas, su vida diaria se amarra o se funde con la marcha paralela de la historia: al cabo de un tiempo ha adquirido la suficiente destreza como para reproducir fielmente "los aires de pífanos y tambores del Batallón de Talaveras".

Era 1815, durante la Reconquista, y el capitán Vicente San Bruno constituía una presencia real —y un temor real— en las calles polvorientas de Santiago. El mismo chiquillo que remedaba las marchas de los Talaveras, recordaría después un encuentro nocturno con su terrible comandante.

PERO ESTABAN *por sonar otras músicas marciales. Después de la victoria patriota en Chacabuco, el Ejército de los Andes hizo su entrada triunfal*

con San Martín a la cabeza . . . y con dos bandas que conmovieron al ambiente santiaguino.

Cada vez que una de estas bandas salía de su cuartel, una nube de palomillas la iba siguiendo. Y en la nube, José Zapiola, oyendo, bebiendo notas con esa sed inagotable de la vocación.

Un día, el jefe de la banda —que lo había observado y lo reconocía— habló con él. Supo de su inquietud. Ofreció enseñarle, y le enseñó, lo poco que él sabía.

Era un paso adelante.

Vinieron otros. La carrera musical del chico "de segunda" tomó un ritmo acelerado. Participó en algunos conciertos, se hizo de un pequeño nombre. Un nombre —todavía— de segunda.

Pero ya tenía amigos de primera.

Varios de ellos le ayudaron a emprender viaje a Buenos Aires suministrándole, cuenta su amigo Ventura Blanco, "todos los aperos". A pesar de eso, dice él mismo, "cuando a las doce de la noche de un día de marzo de 1824 pasaba por la plazuela de la Recoleta, en camino para la cordillera, no llevaba en el bolsillo sino un real, y por todo equipaje la ropa que vestía y dos pares de espuelas, que de mil amores habría cambiado por unas estriberas, pues no las tenía su montura".

Buenos Aires había sido capital de virreinato. Más pueblo grande que ciudad todavía, era sin embargo mucho más ciudad que Santiago. Su mayor proximidad a Europa le daba ventajas en lo cultural. La escena se movía, y Zapiola pudo probarse en un medio exigente.

El violinista Massoni le pidió acompañarlo en un concierto de clarinete, y el éxito saludó al chileno. No había perdido el viaje. Ni la pobre ayuda de sus pobres amigos. Ni la penosa venta del mate de plata, el tesoro de Carmen Cortés.

Y A TODO *esto, ¿qué fue de la carrera humana? La música absorbió a José Zapiola, pero este libro es testigo de que no lo absorbió tanto como para impedirle mirar en torno, y ver pasar a la historia.*

Vivirla.

El niño que oyó e imitó la música del Batallón de Talaveras, el que siguió sin duda entusiasmado a los vencedores de Maipo, el que iba escuchando los ecos de grandes acontecimientos, tuvo también papel de actor en uno de ellos.

Fue justo al regresar de su estimulante viaje a Buenos Aires.

Habían transcurrido siete años de la batalla definitiva por la independencia de Chile, y todavía quedaba un importante bastión del dominio hispano en la Isla de Chiloé. Cuando Zapiola llegó a Santiago, el gobierno de Freire preparaba la última de las expediciones libertadoras, y en ella se enroló el viajero como profesor de la banda del batallón N.º 7.

Banda de guerra, sin duda.

Como uno de sus miembros, Zapiola participa en la acción final: Bellavista. Y su ojo avizor para el detalle —ojo de orfebre: ¿tal vez finura aprendida, pese a todo, por el

aprendiz de joyero?—, recoge infaltablemente el ángulo menudo, la anécdota que muestra a los combatientes con la sonrisa en los labios.

Y al lado del chascarro viene, punzante en su sobriedad, la estampa trágica: un soldado muy joven, "a quien una bala de cañón había llevado una pierna como a distancia de dos o tres metros", buscaba piedras con qué espantar a un perro que se acercaba a morder el miembro amputado.

—Señor —pidió a Zapiola—, espante a ese perro, que me come la pierna.

OBSERVADOR CORDIAL, *con el corazón en los ojos, Zapiola avanza en el tiempo y en la edad. Ve desfilar los años de anarquía, admira a Diego Portales, adquiere un nombre indisputablemente "de primera", presencia los mil trastornos de una época tumultuosa en el país que nace a la libertad o quiere adquirirla.*

Estalla en el júbilo que remeció al pueblo al saberse la victoria de Yungay, y compone su más célebre pieza: la Canción de Yungay.

En algún momento, su preocupación por la marcha del Estado lo lleva a participar en política. No tuvo, recuerda Ventura Blanco, la misma suerte que con la música: figuró "siempre entre los primeros derrotados". La Sociedad de la Igualdad fue una romántica aventura en que se hablaba apasionadamente, se actuaba apasionadamente —hasta el suicidio—, y apasionadamente se iba en busca de una utopía para el Chile de entonces.

A los sesenta y ocho años, cuando los escarceos políticos no eran mucho más que un recuerdo en su mente tan llena de recuerdos, alguien tocó a la puerta de Zapiola y le ofreció ser regidor. "No había ni tiempo suficiente para rehusarlo".

Fue un regidor difícil. En una oportunidad, con ardor e ironía, se opuso a proporcionar fondos para la compra de una copa de plata que premiaría al mejor caballo de carreras . . . mientras no se fijara una recompensa equivalente al mejor maestro de escuela.

LOS AÑOS *pasan. Las canas nimban la cabeza recia de la foto aquella de 1853. Con casi la edad del siglo y bordeando los setenta, don José comienza a revivir en la memoria su ya largo trayecto.*

En las tertulias, oídos jóvenes quieren saber algo más de aquellos tiempos. Cómo recibió Santiago el desastre de Cancha Rayada. ¿Y era cierto lo de Manuel Rodríguez? ¿Y en verdad podía contar la abdicación de O'Higgins?

Las imágenes brotan, vivas. La gente, las diversiones, las anécdotas. Hay algo de afectuoso y, a la vez, zumbón en los recuerdos del anciano.

—Tendría que escribir todo eso —le sugieren.

El se encoge de hombros. ¡Escribir!

Pero los periodistas de La estrella de Chile *insisten con tal tenacidad, que sale un primer artículo. Le sigue otro. Otro. Don José se oculta tras las iniciales 0. 0. Un doble cero que pretende, al parecer, borrar su personalidad.*

En vano.

El éxito de los artículos provoca nuevas presiones: debe recopilarlos, publicarlos en un libro, le dicen. ¿Có-

mo perder tanta historia, tanta vida, tanta historia viva? Y don José vuelve a responder que bueno, y nacen para no morir estos Recuerdos de treinta años, *escritos con una paz de alma en verdad envidiable, sin prisa, con amor y humor frente a sus temas y sus gentes.*

Así surgió este libro que lleva cien años siendo joven.

Guillermo Blanco

ESTA EDICION

En esta edición se sigue con la mayor fidelidad posible el texto que el propio autor consideró definitivo, incluyendo los agregados hechos por él a los Recuerdos *propiamente tales. Se han omitido, sin embargo, algunas notas que con el tiempo sólo tendrían valor para el erudito, y un apéndice titulado "Noticias locales de Santiago", en el cual se daba cuenta de los domicilios de algunos personajes y sus ocupantes en la época en que se publicó el libro. También se ha considerado que dichas "noticias" corresponden mejor a un volúmen para estudiosos especializados que para ésta, que aspira a ser una edición popular. Por las mismas razones, se creyó conveniente agregar al final una "Guía de Personajes" en la que se podrá encontrar cierta información básica sobre personas que el autor nombra en su relato sin proporcionar mayores antecedentes, tal vez porque en su tiempo dichos antecedentes estaban más frescos en la memoria.*

G. B.

El hombre es un ser eminentemente histórico: cada uno de nosotros contribuye por su parte a hacer la historia; pero cada uno también recibe de ella a la vez influencias que le modifican profundamente.

GORRES.

Primera Parte

CAPITULO I

EL PRESIDENTE CARRASCO

ESTE PERSONAJE ha sido desfigurado por algunos de nuestros historiadores, por contradicciones infieles o por motivos pueriles.

Como si la revolución del año 10 no estuviera justificada por sí misma, se la ha empequeñecido en muchos casos, dándole como motivo venganzas de tiranías exageradas o de actos insignificantes.

Los mandatarios de América en esa época se encontraron en idéntico caso que los Papas contemporáneos o antecesores de la Reforma, a quienes se creyó necesario calumniar, aumentando sus faltas o inventándolas cuando no las había. A unos se les atribuían crímenes que hacían reír al mismo Voltaire; a otros faltas que jamás cometieron.

Al mismo tiempo que los españoles llamaban Pepe Botella, por el vicio de ebriedad que no tenía, a José Bonaparte, y **tuerto** a ese mismo rey que tenía sus dos ojos intactos, en América se llamaba tiranos a gobernantes que jamás cometieron un acto de tiranía.

Carrasco, a nuestro juicio, se encuentra en este caso.

No es una defensa de este pobre viejo la que vamos a emprender; aunque esto no sería extraño en un siglo en que Judas y hasta el mismo Diablo han encontrado calurosos defensores y panegiristas.

¿Cuál es nuestro objeto entonces? Contar un cuento, cuyo prólogo vamos ya sospechando que se ha alargado más que el mismo cuento.

*

Generalmente nuestros historiadores dicen que las primeras víctimas de la Independencia de Chile fueron Ovalle, Rojas y Vera. "Fueron aprehendidos en sus casas, en la medianoche; los llevaron al cuartel de San Pablo, y a las dos de la mañana del siguiente día los condujeron a Valparaíso **en caballos de posta**." Carrasco no había descubierto lo que hemos visto más tarde: hacer viajar muchas leguas a pie y aun descalzos, en el rigor del verano, a presos políticos no menos dignos de consideración, previo despojo completo.

Si en estos últimos tiempos se hubiera encontrado, lo que mucho dudamos, un tribuno del temple del doctor

Argomedo, no creemos que ninguno de nuestros gobernantes hubiera, como Carrasco, tolerado que se le apostrofara como lo hizo, con motivo de aquel suceso, el célebre procurador del año 10, pues lo de los **dos mil hombres** presentes en la plaza para secundarle no fue más que una feliz hipérbole del orador.

Cuando Carrasco se hizo cargo del mando, a su llegada a Santiago, nombró un secretario, el doctor Rozas, enemigo declarado del Gobierno español y uno de los corifeos más pronunciados de la revolución. El Cabildo, foco de esa revolución, solicitó y obtuvo de Carrasco nombrar doce regidores **auxiliares**, lo que duplicaba en esa corporación el número de conspiradores.

Cuando procedió a la prisión de los señores Ovalle, Rojas y Vera, lo hizo sólo a instancias que de Lima y Buenos Aires le dirigían aquellos virreyes, poniendo en su conocimiento que en Chile se conspiraba contra su gobierno; a lo que contestaba: "Necesito hechos **positivos** para tomar medidas". ¿Han necesitado tanto muchos gobiernos posteriores para perseguir y desterrar a sus enemigos políticos, de toda esfera y posición? Se declama contra el gobernante que redujo a prisión a los tres jefes de la revolución; y a renglón seguido, si ya no se ha hecho antes, se narran con toda minuciosidad los preparativos de esa revolución, sin omitir ni aun las casas en que se tenían las reuniones, siendo la preferida la del señor Rojas, una de las tres víctimas. Tendríamos muchos hechos que citar en comprobación de lo que decimos; no lo creemos necesario. Ciertas calumnias pertenecientes a la vida privada se desvanecen por sí mismas; por esto diremos poco sobre ellas.

Se le acusa de su afición a las riñas de gallo. Nadie ignora que el general Freire y el doctor Marín, alto personaje de la revolución, tenían la misma afición, sin que esto haya dado lugar a reproche.

Se le atribuye también una pasión inverosímil por una negra de su servidumbre.

¡Extraño capricho el de Carrasco, preferir una Pompadour **negra** donde tanto abundan las blancas! . . .

Carrasco era de estatura común, de mirada benévola, cargado de espaldas, y en ese tiempo, de edad avanzada.

Invariablemente se hacía acompañar, de día y de noche, de una sola persona.

Con ese mismo acompañamiento se paseaban más tarde, por las calles de Santiago, Osorio y Marcó.

El uso de una escolta numerosa y lujosamente montada y vestida no fue conocido hasta el Gobierno del Director O'Higgins, después de Chacabuco.

❊

En vísperas del 18 de septiembre del año 10, si nuestros recuerdos no nos engañan, como de costumbre, pasaba Carrasco por la calle de Santo Domingo en dirección al tajamar. Era día de fiesta, y un grupo de ocho o diez niños de siete a ocho años se entretenía en jugar a los soldados.

Al pasar por frente a ellos se detuvo, fijándose con cierta complacencia en el jefe que los mandaba con una seriedad y aplomo dignos de un coman-

dante de reclutas. La presencia de Carrasco aumentó su entusiasmo. Este lo llamó para preguntarle: "—¿Cómo te llamas?" "—Rafael Márquez de la Plata". Carrasco se quedó un momento pensativo: quizás recordando al Regente, padre del niño, que debía serle más que sospechoso.

Le tiró cariñosamente de una oreja, y siguió su camino.

De ese batallón sólo viven el jefe y el que traza estas líneas.

CAPITULO II

LA POLICIA DE ASEO Y SALUBRIDAD

EN ESTE tiempo en que la viruela y sus estragos han alarmado, y con razón, a los habitantes de la capital, atribuyéndose su origen exclusivamente a las condiciones higiénicas de la ciudad, no hemos podido menos que recordar el modo de ser de este mismo pueblo a este respecto, hace más de medio siglo, sin que, a pesar de lo que vamos a referir, hayamos presenciado en nuestra larga vida algo parecido a lo que ahora estamos experimentando, no obstante las inmensas mejoras que hemos alcanzado de cuarenta años a esta parte.

Nuestros lectores verán si tenemos o no motivo para dudar de lo que con tanto aplomo se afirma como inconcuso.

*

La Plaza de Armas no estaba empedrada. La Plaza de Abasto, galpón inmundo, sobre todo en el invierno, estaba en el costado oriente. El resto de la plaza hasta la pila, que ocupaba el mismo lugar que ahora, pero de donde ha emigrado el **rollo**, su inseparable compañero, hace más de cuarenta años, el resto de la plaza hasta la pila, decimos, estaba ocupado por los vendedores de mote, picarones, huesillos, etc., y por los caballos de los carniceros. Ya pueden considerar nuestros lectores cuál sería el estado de esta plaza que sólo se barría muy de tarde en tarde, no por los que la ensuciaban, sino por los presos de la cárcel inmediata, armados de grandes ramas de espino que no hacían más que levantar polvo, dejándola en el mismo estado, pero produciendo más hediondez, como era natural.

No hace cincuenta años, la comida para los presos de la cárcel se hacía frente al mismo pórtico de ese edificio, y los grandes tiestos en que se confeccionaba, la ceniza y demás restos de esta operación jamás desaparecían de ese lugar.

A esto hay que agregar una ancha acequia que atravesaba, como ahora, toda la plaza. Esta acequia, descubierta en su mayor parte, sin corriente, y no siendo de ladrillo, proporcionaba más facilidad para la aglomeración de cieno. Lo que había en sus orillas no necesitamos decirlo, pues para los ven-

dedores no había otro lugar de **descanso**, de tal modo que, cuando el sol calentaba, se levantaba un humo denso producido por las evaporaciones de las inmundicias acumuladas allí.

De oriente a poniente, y a cinco metros de distancia de la pared norte de la plaza, corría otra acequia, cubierta de una losa en toda la extensión de esa cuadra. Toda ella ocupada por los vendedores de **ojotas**.

Allí acudían los que usaban este calzado, que entonces eran muchos, por su bajo precio: un real. Las ojotas viejas quedaban donde se compraban las nuevas; y esta arma arrojadiza suministraba a los muchachos un elemento para empeñar todos los días festivos esas **guerras de ojotas**, a las que jamás faltábamos, por la inmediación de nuestra casa al campo de batalla.

Con este calzado vimos salir a nuestro ejército, unido al argentino, que marchó a dar independencia al Perú, en 1820, a las órdenes de San Martín.

*

Esto era la plaza principal, evitando otros detalles nauseabundos. La calle más inmediata, al oriente, la de San Antonio, sería largo de describir; seremos tan sucintos como nos sea posible.

En la cuadra en que está el costado poniente del Teatro Municipal había una letrina. Entonces no era conocido el nombre "Para Todos", que, sin ser más limpio, quiere decir lo mismo. Dicha letrina sólo servía para indicar que a sus inmediaciones se podían evacuar ciertas diligencias, pues no era posible pasar por esa vereda sin gran peligro, y aun así, con las narices tapadas.

Continuando al norte, había otra letrina a los pies de la casa que es ahora de don Melchor Concha. Sus condiciones eran aún peores que las de la anterior por su inmediación a la plaza.

Más al norte aún, y llegando a la cuadra que está entre la calle de las Monjitas y la de Santo Domingo, y a una de esa plaza, la cosa era más seria. Toda la vereda del poniente estaba obstruida por basuras y por otras cosas peores. Lo que vamos a referir dará una idea a nuestros lectores, si han llegado hasta aquí, de lo que era esa calle.

Un día que pasábamos por allí advertimos, medio enterrados, dos trozos de madera labrada. Tomamos sus extremos, y, al levantarlos, nos encontramos con una escalera de cuatro o cinco metros de largo, cubierta apenas con basuras. Esta escalera, según los comentarios de los transeúntes, debía pertenecer a ladrones que, para servirse de ella, no necesitaban llevarla a su casa, siendo aquel lugar seguro y más próximo para sus expediciones nocturnas.

Decir que en esta calle, aunque en menor escala que en otras, abundaban los perros, gatos y otros animales muertos, que nadie se encargaba de recoger, nos parece inoficioso. Una mañana apareció un burro con una pata quebrada, tendido en el crucero que formaban las calles San Antonio y Santo Domingo, en la casa que es ahora del señor Santa María. Como entonces no eran las calles de lomo de toro, en esos lugares había cieno permanente. El burro se tendió allí, quizás acosado

por la fiebre. Los muchachos de las inmediaciones le dábamos de comer y beber; pero al cabo de algunos días nuestro enfermo murió. Allí se extinguieron sus restos, sin que ningún **buen vecino**, ni la policía, de que no se conocía ni el nombre, se tomara el trabajo de hacerlo arrastrar al río, última morada de sus iguales o parecidos.

*

Continuando por la misma calle, al norte, nos encontramos con la de las **Ramadas**, tapada hasta hoy, al poniente, por una pared del convento de Santo Domingo. Allí, por un derrame de una acequia inmediata, se formaba, decimos mal, había en permanencia una laguna pestilencial cubierta con las yerbas que produce toda agua detenida. Su hondura no permitía el paso de ningún carruaje y sólo la atravesaba gente de a caballo. Estaba justamente frente a la casa de esquina, que era entonces de un señor Carrera.

Por último, tomando a la derecha, en dirección al río, nos encontramos con nuestra soberbia Plaza de Abasto, sin rival en el mundo, según los viajeros: lo que no es un elogio para nuestra Municipalidad, pero que pesará por muchos años en su caja, o más bien, en la de los contribuyentes.

Esta plaza tenía entonces un destino muy diverso, a pesar de su inmediación al río, eterno depósito de toda clase de inmundicias. Allí se arrojaban todos los desperdicios de las habitaciones inmediatas, y cuando, en 1818, se dio una temporada de toros, última vez que se efectuó esta diversión, fue preciso emplear mucho tiempo en disponerla para ese objeto. El nombre que entonces tenía, y que con trabajo han olvidado los viejos, era "el basural". Esto lo dice todo.

Cuando, en 1817, entró a Chile el Ejército de los Andes, se encargó a los soldados de los dos batallones que quedaron en Santiago de vigilar sobre las personas que hacían sus **diligencias** en la calle, obligando a pagar a los infractores cuatro reales en **un caso**, y un peso **en el otro** . . . Los Talaveras habían sido más estrictos, y tanto, que obligaban a los infractores a llevar al río el cuerpo del delito, **sin valerse de ningún tiesto** . . .

*

La Alameda, orgullo de nuestra capital, no era otra cosa, antes del año de 1820, desde San Francisco hasta San Miguel, que un inmenso basural, con el adorno inevitable de toda clase de animales muertos, sin excluir caballos y burros.

En consecuencia de lo que hemos dicho respecto al estado de aseo de nuestra población, ya supondrán nuestros lectores que no teníamos los ochocientos baños públicos de la Roma Imperial. Contábamos con el Mapocho, que en toda su extensión hacía las veces de aquéllos, que a ciertas horas del día en verano reunía gentes de toda clase que **recreaban** la vista de los paseantes, por su completa desnudez.

En este ramo no había más policía que un lego de Santo Domingo, fray N. Roco, que, acompañado de un hombre armado de una varilla, perseguía a los muchachos que ordinariamente se bañaban en un albañal del río que daba agua a una pila del convento.

Había otro baño público más reducido, pero más cómodo por su situación. Ocupaba el mismo lugar en que ahora se encuentra la columna de los historiadores Tocornal, Benavente, García Reyes y Sanfuentes, que, en la calle de las Delicias, da frente a la del Estado. Los derrames de la acequia, que entonces no era de cal y ladrillo, formaban una laguna cenagosa, que en verano era frecuentada a toda hora por hombres y niños que se bañaban con toda confianza y sin que nadie los incomodara.

Los baños de cal y ladrillo no fueron conocidos hasta que Alexandry abrió, por los años 20 ó 21, un pobre establecimiento de este género tras el cerro de Santa Lucía, en la calle de Mesías, con agua sucia. No necesitamos decir que, respecto a baños **tibios** para el público, no fueron conocidos en Santiago hasta que los estableció Dinator, en el actual reñidero de gallos, después del año 1830.

*

El Cementerio sólo se estableció el año 1819, si no estamos equivocados. Los pobres de las últimas clases eran sepultados en el **Campo Santo,** situado en el extremo sur de la calle de Santa Rosa. La inmensa mayoría del resto de la población recibía este servicio en las iglesias, sobre todo en una pequeña capilla situada en la calle del Estado, al costado oriente de Santo Domingo y al norte de la casa que es ahora del señor Besa. Esta capilla pertenece ahora a las monjas de la Caridad. Allí se sepultaba invariablemente a los reos que eran ejecutados en la plaza principal o en **el Basural**. Sepultábase también en la huerta de la capilla. Todo ello a una cuadra y media de la plaza principal.

Esta circunstancia nos recuerda la observación de Chateaubriand, a saber: que cuando en Francia se dejó de sepultar en las iglesias, y sólo se hizo en los cementerios, no se notó ninguna diferencia en el estado sanitario de las poblaciones.

Para nosotros, testigos presenciales durante nuestra vida de lo que hemos referido, no es cosa probada que el desaseo sea la causa **única** de la actual epidemia, como se afirma; pero no creemos tampoco que esta circunstancia sea un motivo para gozar de buena salud.

*

Por lo demás, la viruela que nos aqueja ha puesto de manifiesto otras pestes. La vanidad y otras miserias más perniciosas han encontrado ocasión para manifestarse, y hemos visto sin asombro a ciertas personas embocar la trompeta farisaica para hacer sonar sus notas más agudas y penetrantes a fin de notificar al público los servicios que prestan.

CAPITULO III

LA ESCUELA PRIMARIA

EL AÑO de 1812 había una escuela en Santiago, cuyo número de alumnos pasaba de 300. Era **gratuita,** y, sin embargo, concurrían a ella niños de las familias más notables. Sin pertenecer a esta categoría, estudiábamos en ella. Cuando decimos **estudiábamos**, se entiende que hablamos de catecismo, lectura, escritura y las cuatro primeras operaciones de aritmética: no se enseñaba otra cosa. Los que querían hacer estudios más importantes ocurrían a otros establecimientos regidos por particulares o por religiosos que se consagraban en sus respectivos conventos a estas funciones. Aún no se habían instalado el **Convictorio de San Carlos** ni el Instituto.

Se fundó también en ese tiempo un establecimiento que se llamó la Academia.

Entonces, como ahora, la antigüedad clásica suministraba el título a estos establecimientos, con la diferencia de que en Atenas no había más que un Liceo, y ahora nosotros tenemos uno en cada provincia. Aristóteles debe estar de parabienes ...

Nuestra escuela estaba situada en la calle de la Catedral, a cuadra y media de la Plaza de Armas, en un gran salón del antiguo Instituto, del que ahora ocupa una parte el edificio del Congreso.

Permaneció en ese local hasta fines de 1814, en que fue ocupado, con el resto, por el Batallón de Talaveras, hasta después de la batalla de Chacabuco, época en que se dio al Batallón N° 8 de los Andes.

Esta narración, por consiguiente, se refiere al período transcurrido desde 1812 hasta 1814. Un año después dimos por terminada nuestra carrera escolar.

❊

El maestro (este título que llevó Jesucristo se encuentra muy modesto en el día y se le ha reemplazado por el de **preceptor, institutor, apóstol,** etc.), el maestro, decíamos, se llamaba fray Antonio Briseño, lego mercedario de figura imponente; cara angulosa y pálida, boca de oreja a oreja, nariz de podón, ojo escudriñador e inteligente. Toda la escuela se alegraba cuando se le veía sonreír con algún extraño, pues

con sus discípulos jamás sucedía esto. Un gorro negro, más o menos sumido, nos advertía del estado de **amabilidad** en que se encontraba. Por lo demás, de costumbres ejemplares.

A esta escuela asistían niños de los barrios más apartados de la ciudad. No eran tan exigentes como ahora, que quieren que la escuela esté en la puerta de la casa. Y es de advertir que entonces era la asistencia doble: la primera a las siete u ocho, según la estación, y la segunda invariablemente a las dos de la tarde.

Exceptuando la enseñanza y la tinta, todo lo demás era de cuenta de los alumnos. En cuanto a las plumas, sólo se conocían las de ave. Estas, el papel y los libros valían cuatro veces más que hoy.

La operación de **tajar** las plumas ocupaba la primera hora de la mañana, para lo que el maestro, ayudado de un alumno, se colocaba a la entrada de la escuela, a fin de hacer diariamente aquella operación en todas las plumas de los que escribían.

La escuela estaba dividida en dos secciones, no por el grado de adelantamiento ni por la clase de estudios, sino por la categoría social a que pertenecía el niño. Los más distinguidos en este sentido ocupaban los dos lados del salón más próximos al maestro, que tenía su asiento en la testera. Los menos favorecidos de la fortuna tenían lugar también en ambos lados, a continuación de la primera clase.

Un día en que, según nuestros recuerdos, habíamos hecho cierta travesura, me dirigió fray Antonio estas palabras: **"¡Zapiola, pase usted a la segunda!"**. Al recibirme en la escuela, el maestro me había colocado en la **primera**, a causa, sin duda, de verme con **medias** (cosa poco común en los niños de entonces) y decentemente vestido; pero es probable que algún soplón pusiera en su noticia que el tal Zapiola no pertenecía al orden ecuestre y que debía ir a la segunda, al lado de los **suyos** . . .

Banda de Santiago, con alusión al apóstol, se llamaba la doble fila de la derecha; y **banda de San Casiano,** la de la izquierda. Poco antes habían llevado los nombres de **Roma** y **Cartago**.

Los alumnos más adelantados o de mejor conducta recibían un pequeño cuadro de papel con calados y dibujos, que se llamaba **parco.** El objeto de este papel era que cuando el poseedor cometiera alguna falta, al recibir el castigo, lo presentara para quedar libre. Había **parcos** de distintas categorías, para distintas clases de faltas; a veces, cuando ella era muy grave, el maestro lo rompía y el delincuente recibía su merecido, sobre todo cuando lo había obtenido por compra, lo que era corriente. Los más caros eran de dos o tres reales.

*

En el día es cuestión muy debatida la clase de penas que debe aplicarse a los niños por sus faltas. En ese tiempo estaban en uso cuatro castigos: arrodillarse, el **guante,** la **palmeta** y los azotes. El primero, considerado como el más suave, era más común. El **guante** se aplicaba con alguna frecuencia, pero en poco número. La **palmeta** tenía lugar para las faltas de más consideración. Era bastante dolorosa, pues este instrumento consistía en un pequeño círculo de madera agujereado y con un mango,

de cuya punta lo tomaba el que aplicaba el castigo, que rara vez excedía de cuatro o seis golpes en la palma de la mano. Por último, venían los azotes, que sólo se aplicaban en casos muy graves, con todas las precauciones posibles para evitar la humillación del paciente. Esta pena era muy rara y siempre tenía lugar fuera de la vista de los otros alumnos.

Felizmente, los azotes han desaparecido de la escuela; sólo falta que se les proscriba de **todas partes** . . .

La mayor parte de estos castigos han sido reemplazados por otros; uno de los más comunes es en el día el **encierro**. Esta pena presenta en muchos casos grandes inconvenientes para los preceptores; pero, aun cuando así no fuera, bastarían sólo las **consecuencias** que de ella resultan en muchos casos para rechazarla como la más funesta . . .

Francamente, somos partidarios del **guante**.

Lo hemos aplicado en nuestra larga vida de profesor de bandas de música sin ningún inconveniente, casi, hemos dicho, con excelentes resultados.

Responde de esto el considerable número de artistas de mérito conocido y de excelentes ciudadanos que hemos formado en esta enseñanza. Nos gloriamos de poseer un corazón, no sólo inclinado a la clemencia por nuestros semejantes, sino por todo ser sensible. Lo esencial es la prudencia del maestro, pues el castigo más suave, mal aplicado, puede convertirse en una humillación y un suplicio para el alumno.

Las declamaciones de **filántropos** reclutas y de pedagogos **aficionados** no tienen más mérito que el estilo campanudo en que se hacen.

*

Los sábados habia **remate** en nuestra escuela, como en todas, que no eran muchas. Este consistía en salir al medio del salón dos alumnos, uno de cada banda, a examinarse, al tenor del catecismo de la doctrina cristiana, apuntándose el número de malas contestaciones para castigarlas en proporción. Estos remates solían tener lugar en la plaza principal, los sábados en la tarde. El público concurría en gran número, aplaudiendo a los niños que lo hacían mejor.

Las planas de escritura se presentaban diariamente, y el maestro estampaba en ellas las siguientes anotaciones: S., siga; I. L. M., imitar la muestra; B., buena; M., mala. Estas clasificaciones daban lugar a correcciones proporcionadas. Venía, por fin, la temible A., azotes. Este calificativo era muy raro, como lo era efectuar su consecuencia.

Los sábados se presentaban las mejores planas escritas en la semana. El maestro escogía dos o tres alumnos de cada banda, y mandaba a los mismos contendores a las tiendas de comercio para que fueran calificadas por los comerciantes, a quienes se suponía jueces idóneos e imparciales en la materia. El juez daba el fallo con su firma al pie. Los tenderos prestaban gustosos este servicio, porque su negocio no era tan activo que se lo impidiera.

Entonces no eran, ni con mucho, tan frecuentes los **calduchos**, palabra nueva; pero la Guerra de la Independencia, en los años 13 y 14, nos proporcionaba gran abundancia de ellos.

Como, según los partes de nuestro ejército, todos los encuentros y batallas eran para nosotros otras tantas victorias, al llegar a Santiago esas noticias, las campanas nos advertían que

muy luego se presentaría un soldado en la escuela con la orden para el maestro de dar asueto a los niños. Cuando, en estos casos, el soldado tardaba o no venía, algunos alumnos se lo proporcionaban mediante **cierto expediente** (*).

Ordinariamente, dos o tres días después, empezaban por lo bajo a circular rumores que ponían en duda la certidumbre de la victoria, y antes de una semana, los **sarracenos**, más bien servidos que el Gobierno en esta parte, daban como averiguado que la cosa había sido al revés, y que el único motivo para tanto repique era que el ejército real se retiraba después de derrotar al nuestro. El asueto no había tenido menos efecto por eso.

No hemos necesitado un Capefigue que desmienta o ponga en duda nuestras victorias, pues la lectura atenta de nuestra historia nos habría puesto al corriente del asunto si antes no lo hubieran hecho los actores y testigos de esa época.

❋

El barrido de la escuela se hacía los sábados por la mañana, después de retirarse los alumnos.

No **todos** barrían, porque la **igualdad ante la ley** no se observaba entonces más que ahora.

La escoba consistía en un manojo de manzanilla ordinaria, de poco más de medio metro de largo, amarrado por un extremo.

El roce de esta yerba con los ladrillos producía un olor insoportable de que sólo se puede formar una idea comparándolo con el de la mostaza más vigorosa. Este olor producía entre los barrenderos una tempestad de toses, estornudos y otros ruidos análogos...

❋

En cuanto a libros, si se exceptúa el catecismo, cada uno se ejercitaba para la lectura en el que podía proporcionarse. Generalmente eran libros piadosos. Los impíos e inmorales no empezaron a circular en Chile hasta el año 20, a muy alto precio. "**Las Ruinas de Palmira**", un tomo en 4º, se vendía al principio a 30 pesos. Vivo está un condiscípulo nuestro que lo vendía en su tienda más tarde, con una gran rebaja, a onza de oro. "**El Contrato Social**", diminuto volumen en 8º, lo compramos y vendimos, después de leerlo, en 4 pesos. Con un oficial de ese tiempo, que ahora es general, nos arreglamos para comprar "**El Origen de los Cultos**" (compendio) en 12 pesos, dando cada uno la mitad. Las obras inmundas de Pigault, Lebrun, Parny, etc., no eran más baratas.

Rousseau dice: "Plutarco es mi hombre". Nosotros podíamos decir entonces: "Rousseau es el nuestro". La "**Profesión de fe del Vicario de Saboya**", tan extensa como es, la sabíamos en gran parte de memoria.

La lectura de estos libros, y de otros más o menos impíos y abominables, dieron cuenta de nuestras creencias; pero Dios quiso más tarde alejarnos, mediante otras lecturas, de la senda que conduce fatalmente al chiquero de Epicuro.

Si tal escasez de libros había el año

(*) Compraban a algún soldado que llevase la orden a la escuela; buscaban a los de más consideración, que entonces eran los dragones.

20, cuando comerciábamos con todo el mundo, ¿qué sería ocho o diez años antes, en que sólo se acercaban a nuestros puertos, es decir, a Valparaíso, los buques españoles, y en que recibíamos por tierra, de Buenos Aires, algunos escasos efectos? Lo que es librerías, puede decirse que no eran conocidas, si no se da este nombre a tal o cual tienda, de españoles siempre, donde, entre los géneros, se divisaba uno que otro volumen. Un hecho hablará más claro que nuestras observaciones. Cuando, en 1813, se abrió el **Convictorio de San Carlos**, preludio del Instituto, que se instaló pocos meses después, el Gobierno, dirigiéndose a los padres de familia, les decía: "El Gobierno tiene destinadas personas que, con la mayor seguridad y actividad, proporcionen libros elementales e instrumentos científicos a todos los que quieran comprarlos en Buenos Aires o en Europa para instrucción de su familia".

*

Había también en la escuela un personaje de que no hemos hablado: el **emperador**. Este empleo recaía siempre en algún alumno que había pasado por todos los puestos subalternos. Era llamado cada vez que había que hacer algo de importancia dentro o fuera de la escuela, y en las ausencias del maestro, lo reemplazaba, pues el **sota-maestro** (ahora se llama ayudante), o no lo había o funcionaba en cortas temporadas. El **emperador** de esa época era don Cayetano Briseño, algo entrado en años, vestido con cierto lujo poco común, sobre todo para las personas de su edad: tendría 20 años.

Jamás vimos a un alumno, ni de los más encopetados, dirigir al maestro ni a ninguno de sus condiscípulos que ejercían alguna autoridad, palabras poco respetuosas ni aun oponer una resistencia obstinada al aplicársele algún castigo. No habíamos llegado a los tiempos felices en que los niños, antes de salir a la calle, encienden su cigarro, y el que no lo ha hecho, detiene al primer hombre barbado que encuentra para pedirle fuego. Verdad es que ya se acercaba la época en que un Presidente de la República, **liberal**, por supuesto, regalaría a un niño de 18 años, alumno del Instituto, por sus buenas disposiciones, las obras **completas** de Voltaire, como libros de estudio y recreo . . . (*).

*

Para terminar (y ya es tiempo) pondremos a continuación los nombres de los pocos alumnos de nuestra escuela que aun viven; lo haremos por orden alfabético, pero sin la malicia chasqueada de los fabricantes de la última lista municipal de 1871.

Acevedo, don Domingo.
Camaño, don Cayetano.
Correa de Saa, don Domingo.
Correa de Saa, don Juan de Dios.
Gandarillas, don Santiago.
Gandarillas, don Juan José.
Gandarillas, don Juan de la Cruz.
Marín, don Ventura.
Sessé, don José María.

(*) El Presidente fue don Francisco Antonio Pinto, y el alumno don Francisco Solano Pérez.

Vicuña, don Pedro Félix.
El autor de este artículo.

*

Antes de despedirnos de nuestro maestro y de nuestros condiscípulos, haremos saber a nuestros pacientes lectores que, al organizarse por primera vez el Instituto, fue nombrado aquél —¡qué horror!— **catedrático** de primeras letras. Un motilón sentado en fila con el senador Ruiz Tagle, con seis doctores, entre los cuales se contaba el Sieyes de esa época: don Juan Egaña. ¡Y esto sucedía en tiempo en que nadie había oído pronunciar la palabra **democracia**!

Si ahora se repitiera aquel escándalo, es seguro que nuestros flamantes doctores harían coro a los niños del Instituto para maldecir al Arzobispo, a los clérigos y a los inevitables jesuitas, que nosotros denunciamos como autores de la sequedad del tiempo y como introductores de la viruela. ¿Por qué no han de tener también la culpa de estos males que nos aquejan, ellos que tienen la culpa de todo?

CAPITULO IV

CAFES, FONDAS Y CHINGANAS

EL QUE ESCRIBE estas líneas empezó a conocer estos lugares en 1819, a la edad de 17 años. Por estas fechas ya caerán en cuenta nuestros lectores que cuando vinimos al mundo "este siglo tenía dos años".

Por nuestras indagaciones hemos calculado que los cafés fueron conocidos en Chile poco antes de 1808, pero bajo el nombre de **trucos**, con alusión a un juego muy parecido al de billar, que sólo se introdujo en Santiago en el año de 1812 ó 1814.

Estos establecimientos son más antiguos en Lima. El primer café se instaló en el año de 1775, media cuadra al oriente del templo de Santo Domingo.

Hace algunos años ha desaparecido con el edificio en que estaba.

Uno de estos cafés (no había más que dos) estaba situado en la plaza principal, en el mismo lugar que ahora ocupa el Casino del Portal Fernández Concha. Los altos, con vista a la plaza, y que estaban en un cuerpo, constituían el mejor salón para los concurrentes. Este salón servía de comedor, de centro de tertulia y de sala de juegos de **carteo**.

Los tales altos se elevaban poco más de tres metros del suelo. Esto es tan cierto, que, en el terremoto de 1822, que nos sorprendió en ese lugar, vimos gran número de personas descolgarse por ellos a la plaza, sin que ninguno recibiera daño de consideración. Al cuartito, a que acabábamos de llegar en ese momento en busca de un amigo, le viene como de molde la descripción que hace Goroztiza de un garito español, y que deben conocer muchos de nuestros lectores, por lo que sólo copiamos el principio:

En un ahumado aposento,
anegado en porquería,
he visto en un solo día
lo que no vería en ciento.

Allí se jugaba al **monte** sin que las impertinencias de la policía (este nombre es posterior a esa época) incomodaran a los aficionados. Ya supondrán nuestros lectores que en esta materia no hablamos a **humo de paja** . . .

A pesar de la falta de vigilancia y de celo para perseguir el juego, no faltaba su correctivo, que consistía en

una multa que se imponía a los dueños de casa que permitían juegos prohibidos, pero que sólo tenía efecto en casos raros y análogos al que vamos a referir.

Un amigo nuestro, compañero de profesión, solía, de tarde en tarde, escurrirse en las **tertulias** (así se llamaban las casas de juego), como ahora, sin más gasto que el de un trompo, se llaman **filarmónicas** los salones de baile. Cuando perdía, se retiraba sin decir nada. Al día siguiente se presentaba la mujer reclamando del dueño de casa lo que había perdido el marido, y lo que no había perdido también. Todo era cubierto por miedo a la multa y a sus consecuencias.

*

En dicho café se jugaba, desde mediodía hasta cualquier hora de la noche, malilla, mediator, primera y báciga. En cuanto al monte de baraja (pues no era conocido el de **dados**), siendo uno de los entretenimientos más productivos para el **dueño de casa**, no tenía horas limitadas.

Había una detestable **mesa** de billar, alumbrada por cuatro velas de sebo, que eran las únicas que se conocían, colocadas en dos cruces que pendían del techo sobre la mesa. En los intervalos en que no se jugaba se apagaban las luces, menos una, para no dejar en tinieblas a los concurrentes. Esto duraba mientras no se **armaba** otro partido. Los tacos con suela y tiza no se usaban aún, lo que daba lugar a ciertos expedientes que eran de uso forzoso. Antes de jugar nos apoderábamos de la lima para emparejar la punta del taco. La tiza la suplíamos de un modo muy ingenioso: la punta limada la apoyábamos en la pared —que nuestros lectores supondrán no era empapelada, pues hasta entonces era desconocido este adorno— y le dábamos vuelta como a un molinillo. Esta maniobra, que también se hacía en los ladrillos del piso, si suplía la tiza, llenaba la pared de agujeros; pero al fin satisfacía una necesidad a gusto de todo el mundo. Los filos del taco, como es natural, se prestaban admirablemente para romper el paño. Debemos añadir que éste no era como ahora de una sola pieza, puesto que, siendo el que se usaba del ancho ordinario, había que añadirlo, de suerte que en un costado de la mesa había una costura que tomaba todo el largo, haciendo perder la dirección a la bola cuando era impulsada con poca fuerza. Los efectos del taco con suela sólo fueron conocidos el año 32, cuando vimos jugar al señor Barré, profesor de piano.

Las mesas de billar tenían invariablemente un adorno. Este era un rodapié que cubría las patas y el interior, y que prestaba un servicio útil. Tras este rodapié se guardaban las camas del billarero y de los mozos del servicio, de lo que resultaban ciertos inconvenientes, que ya sospecharán nuestros lectores... Este café había pertenecido a Jaramillo, su fundador; pero en nuestro tiempo era de Dinator.

*

El otro café, situado en la calle Ahumada, frente a la puerta del que fue pasaje Bulnes, pertenecía a don Francisco Barrios, español de cuño antiguo y de bondad proverbial. De pobre aspecto y de menos dimensiones que el anterior, era frecuentado siempre, sin

embargo, por la gente de tono. La sala de malilla, que era la más concurrida, se hacía a veces insoportable por la fetidez que despedía la acequia interior que la atravesaba. Tenía cierta analogía con el café de **Bodegones de Lima**, que, como es sabido, sólo tiene por parroquianos a los viejos. Concluyó arruinando a su dueño el año 25 ó 26. En cuanto al anterior, fue suspendido tres o cuatro años después, con buenas utilidades para Dinator, que emprendió en el Tajamar la construcción de la Cancha de Gallos.

❋

En 1822 los señores Rengifo y Melgarejo abrieron un gran café en la calle de la Catedral, a dos cuadras de la Plaza de Armas, en la casa que ahora pertenece a don Fernando Errázuriz. Las numerosas y grandes ventanas que caen a la calle de Morandé, que aún se conservan, fueron colocadas entonces. Se estableció allí mismo una especie de escuela de baile dirigida por don Manuel Robles, autor de la antigua Canción Nacional. Como compensación del trabajo del señor Robles, cada concurrente a ese salón contribuía con un real, con el cual se pagaba también una buena orquesta. Este café hizo gran ruido, pero dos años después fue cerrado con pérdidas considerables para sus empresarios.

Tres años más tarde se instaló el **Café de la Nación** en la Plaza Principal, en el centro de la cuadra que hoy ocupa el Portal San Carlos. Su primitivo dueño fue don Rafael Hevia, muy conocido en esta clase de negocios, y que se trasladó a ese lugar, suspendiendo un cafecito situado en la calle Compañía, a media cuadra de la plaza, que con todo aplomo ostentaba una tabla en su frente que decía: **Café Serio del Comercio**. El público, sin embargo, jamás pudo olvidar su nombre primitivo, que, con alusión a la fragancia que se sentía desde la calle, lo había llamado "fonda de los m . . .". Este nombre bien podían llevarlo todos los establecimientos de esa época, pues, como utensilio indispensable, tenían siempre en el primer patio uno o dos **cancos**, que estaban destinados a prestar ciertos servicios a los parroquianos y transeúntes.

El mismo Hevia abrió el año de 1831 un café en la plaza, en el lugar que hoy ocupa el Palacio Arzobispal. Era el más bien montado que se había visto en Santiago; pero diez años más tarde se cerró por falta de concurrencia. El servicio para refrescos era de plata.

❋

Por fin, y para concluir con esta reseña, el año de 1831 se abrió otra casa con el título de **Café de la Baranda**, en la calle de las Monjitas, a una cuadra de la Plaza de Armas, en la casa que es ahora de don Pedro Marcoleta. En este café, que sería llamado por los parisienses **Chantant**, había canto, con acompañamiento de arpa y guitarra, ejecutado por varios **artistas** de primer orden, entre los que deben contarse a las inolvidables **Petorquinas**, de que luego hablaremos.

En sus salones se jugaba lotería, como antes se había hecho en el café de Dinator. Este juego era el favorito de los empresarios, por una razón muy sencilla. De cada **peso** de la suma a que ascendía cada lotería, la casa sacaba un **real**. Ya calcularán nuestros lec-

tores que con este sistema, a las pocas jugadas, el dinero casi en su totalidad pasaba como por encanto al bolsillo del dueño de casa. Esto justificaba un refrán muy repetido entonces: **De enero a enero, la plata es del lotero.**

No hemos olvidado, ni tampoco algunos de nuestros contemporáneos, cierto descubrimiento ingenioso del empresario aquél. Para apuntar los números que se iban pregonando, se ponían sobre las mesas varios pequeños montones de granos de maíz, con los que se cubrían los números que a cada uno le tocaban. Por distraerse, o no sabemos por qué otro motivo, los jugadores se echaban los granos a la boca y después de mascados se los comían o los botaban. El lotero, que cada vez que terminaba el juego notaba considerable disminución de aquel cereal, recurrió a un expediente que, si no acredita su aseo, prueba sus instintos económicos. El maíz, que debía servir en la noche, ya que no se jugaba de día, era puesto a remojar en cierto líquido que, por respeto a las narices del que nos lea, no nombraremos, lo secaba en seguida y formaba sus montones como de costumbre. Los aficionados cayeron en cuenta, no sabemos si por el sabor o por el olfato, de la operación, y dejaron de comer maíz.

❋

Ya que hemos hablado de fondas, recordamos que había en esos tiempos las siguientes, a más de las antes mencionadas: la de **Lampaya**, que después fue de **Chena**, en la calle de la Catedral; y la del **Tropezón,** llamada así, sin duda, por estar a la subida sur del puente grande. Estas fondas, sin una sola excepción, tenían gran número de covachuelas, con la capacidad apenas necesaria para **dos** personas.

Los braseros para encender cigarros eran de piedra de enlosar, de mucho peso y volumen, para evitar **que se perdieran**.

Había también otras dos fondas idénticas a las anteriores. A media cuadra de la plaza y en la calle del Estado una, la otra a la misma distancia, en la calle de las Monjitas. Los dueños, Aguila y Hernández, las suspendieron el año de 1823.

❋

Dicen que el número ternario se encuentra en todas las cosas: nosotros nos encontramos con él en nuestro caso: **café**, **fonda** y **chingana** son tres. Diremos algo sobre las últimas.

Las más antiguas que hemos conocido fueron, entre otras, la de **ña Rutal** y la de **ña Teresa Plaza**. Esta era la chingana jefe y la que de aquéllas duró hasta más tarde. En sus primeros tiempos estaba situada en una callejuela intermedia entre el Tajamar y la Cañada, ahora Alameda de las Delicias, frente a la pequeña pirámide, colocada al oriente del puente de la Purísima. Allí estaba el **Parral**, que tal era el nombre de esa famosa chingana, cuya reputación había atravesado los Andes, por las relaciones de nuestros paisanos. Conocimos en Buenos Aires, en los años veinticuatro y veinticinco, entre otros, un notable cantante argentino, Viera, que nos repetía: "No tengo ganas de ir a Chile sino por bailar un **zamba** (baile en boga entonces) en el **Parral**".

Este individuo, que había sido anti-

guo oficial, cívico, contaba como su más valioso blasón haber sido comensal de la señora doña Javiera Carrera, al custodiarla en su prisión en aquel pueblo.

El Parral traía su nombre, como su vecino **El Nogal**, de un pequeño parrón bajo el cual tenía lugar el baile, principal atractivo de esa chingana. No crean nuestros lectores que allí había, como ahora se usa, un pequeño proscenio en alto donde se canta y baila. Entonces la concurrencia, cada vez que se iba a bailar, rodeaba a los bailarines para poderlos ver, lo que ocasionaba una confusión fácil de calcular. Advertiremos de paso que allí no escaseaba la gente **de tono**.

Las chinganas de esta especie y al aire libre sólo funcionaban durante el verano. Pero en todo tiempo las había en gran número y en todos los barrios, y, si no nos equivocamos, hubo Ministro que con toda seriedad reglamentó el modo y los días en que debían funcionar.

Así se mantuvieron, más o menos decadentes, hasta el año 31, en que llegaron a Santiago las famosas **Petorquinas**, que hicieron en el **arte** una revolución más trascendental que la que ocasionaron en Italia los sabios emigrados de Constantinopla en el siglo XV. La capital se cubrió de chinganas, y en la Alameda, desde San Diego hasta San Lázaro, y en la calle de Duarte, en sus dos primeras cuadras, era rara la casa que no tuviera este destino. Algunos maliciosos de entonces, queriendo hacer de don Diego Portales, Ministro en esa época, un Maquiavelo de chingana, le atribuyeron el propósito de fomentarlas para distraer de la política al pipiolaje, recién caído del poder.

Las **Petorquinas**, así llamadas por el pueblo de que venían, eran tres. Se estrenaron bajo los hermosos parrones de los baños de Gómez, calle de Duarte. La concurrencia de las familias más notables de Santiago era atraída no sólo por la perfección y novedad de su canto y baile, sino también por la decencia con que se expedían. Nadie, por otra parte, se habría atrevido a exhibir algo parecido a lo que hemos visto más tarde en nuestros teatros. ¡Aquel público era aún muy atrasado para ver y aplaudir el **cancán**!

❊

En nuestra vida de café, desgraciadamente muy larga, nos encontramos con algunos tipos que aún no hemos olvidado. Recordamos tres en este momento: un santiaguino, un gallego y un andaluz. Este último era empleado público y muy entrado en años. La escala, que es ahora de la Intendencia, conducía a su oficina. Sin exageración, puede decirse que no la subía en menos de un cuarto de hora. No era lo que ahora son muchos, sin tantos inconvenientes, **jubilado**. Su cena, ya que no almorzaba ni comía en el café, era una jícara de chocolate. Apenas lo veía el mozo sentarse a la mesa, le traía la servilleta y **dos** cuchillos. Mientras llegaba el chocolate, nuestro viejo se entretenía en afilar un cuchillo con otro. Llegaba el chocolate acompañado de un enorme pan, de la panadería de Fierro, y de los de a **seis** por medio. Al recibirlo don Joaquín lo dividía en dos mitades: sopeaba en la jícara con una y guardaba la otra en el bolsillo. Al día siguiente, a la misma hora, al servirse la jícara, sacaba del bolsillo el medio

pan y se guardaba el pan entero. Este ya no volvía al café, pues era reemplazado por otro nuevo, que pasaba por la misma operación.

*

El consumo de víveres y demás artículos no era caro. Dos hojas de bisteque (no sabemos escribirlo en inglés) valían medio real; una hoja con un huevo, medio real; un respetable trozo de huachalomo asado, un medio real; un par de huevos fritos, íd.; una gran taza de té, café o leche, íd. Los guisos costaban en la misma proporción. De suerte que el hombre que no quedaba satisfecho con el consumo de real y medio y dos reales, era preciso que fuera más exigente que Lúculo. Es verdad que los consumidores notaban a veces que la leche tenía un sabor muy pronunciado a sebo, y era fama que para evitar que se **cortase**, se derretía en ella una vela, pero de sebo **limpio**.

Para consuelo de nuestros lectores, les diremos que antes del año 30 visitamos a Buenos Aires, y después del 40 a Lima, en varias ocasiones, y que, según lo que allí hemos visto y oído, no eran allí las cosas de mejor data en esos tiempos; y si no fuera por no abrumarlos con nuestros recuerdos, les referiríamos lo que cuenta la Duquesa de Abrantes de lo que en esta parte era París, entre los años 10 y 14.

*

Una buena noticia . . . : vamos a concluir. Un día, el año 28 ó 29, contábamos con sorpresa, en el Café de la Nación, entre una y dos de la tarde, **doce** mesas de malilla, báciga, etc. ¡Esto en día de trabajo! Como término medio y calculando entre jugadores y mirones, computamos cinco personas por mesa; lo que nos da el número de sesenta personas desocupadas, por no decir jugadores. Como hace muchos años que dejamos de frecuentar estos lugares, conservábamos este recuerdo con desagrado y como un reproche para aquella época; pero hace poco tiempo entramos, también en día de trabajo, a las dos de la tarde, en uno de esos lugares y vimos que, de ocho mesas de billar que allí había, **siete** estaban ocupadas, con su respectivo acompañamiento de mirones. Entre todos, sesenta o setenta individuos, imberbes la mayor parte.

La ociosidad, pues, ha ganado terreno, y lo único que hay de nuevo es que lo que antes se llamó café o fonda, hoy se llama hotel o casino, y que el consumo de licores espirituosos ha progresado de un modo que espanta . . .

CAPITULO V

MUSICA, TEATRO, BAILE

NO HACE MAS de setenta años que la música en Santiago consistía en cincuenta o sesenta **claves** repartidos entre las casas pudientes de esta ciudad; veinte o treinta **arpas**, incluso las de las chinganas, e innumerable cantidad de guitarras. A esto debemos agregar algunas **espinetas**, especie de clave pequeño, pero no de menos áspero sonido. El **salterio** era aún más escaso. No hemos conocido más que uno el año 20, tocado con cierta perfección por una señorita Román. Tenía mucha semejanza con la lira, pero era de más recursos y sonoridad. Se tocaba con uñas artificiales, y sus cuerdas eran de alambre.

En los últimos años del siglo anterior llegaron de España los dos primeros pianos que se conocieron en Chile. Se hicieron venir para el señor don Manuel Pérez de Cotapos, el uno, y para la señora doña Teresa Larraín Guzmán, el otro. El primero de estos pianos se encuentra en la hacienda de Ocoa; el segundo, hasta hace muy pocos años, se hallaba en el Barrancón, fundo de los señores Cerda. Ambos son de la fábrica de Juan de Mármol. Año 1792. Sevilla.

En algunas familias, sin embargo, se cultivaba la música en proporción a esos escasos recursos, y en nuestra niñez oímos hablar con entusiasmo de las tertulias de la señora Esterripa, de las señoras Orunas, Velasco y Muñoz, cuyas voces han dejado fama hasta nuestra época. En esos tiempos nadie había olvidado a Salinas y Barros, que habían hecho en el arpa las delicias de la antigua aristocracia. Con gusto recordamos a Cartabia, flautista **orecchiante**, y al portugués Juan Luis, comensal infalible del señor José Manuel Astorga, rascador de violín y maestro de baile, con quien más de una vez tuvimos el honor de tocar cuando aprendíamos.

Una noche en que el regente Ballesteros daba una de esas tertulias a que era tan aficionado, alguien nos llevó a ver por las ventanas del patio aquella reunión ceremoniosa; luego vimos llegar una mujer gorda y morena, brillante de lentejuelas, de pies a cabeza. Los **tapados** repitieron: "¡La Bernarda!, ¡la Bernarda!" El regente, al verla, tomó una silla, la puso en un lugar **conveniente** y la invitó a sentarse.

Cantó en seguida y fue aplaudida furiosamente.

En los días siguientes oímos repetir a varias personas: "¡El regente pasó el asiento a la Bernarda!"

Este nombre se borró en seguida de nuestra memoria; pero cuando, muchos años después, llegamos a Buenos Aires, nos encontramos en una casa, vecina a la casa del señor don Gabriel Real de Azúa, con una hija y un nieto de la Bernarda, que había emigrado el año de 1814. Allí supimos que nuestra paisana había muerto después de haber sido muy aplaudida por aquel público, y recibido, como última ovación en el teatro, un gato muerto arrojado desde la cazuela.

El nombre del regente Ballesteros nos trae a la memoria un episodio de nuestra revolución del año 10.

Cuando, el 1º de abril de 1811, estalló en Santiago el movimiento contrarevolucionario encabezado por el comandante Figueroa, se encontraba en esta ciudad don Manuel Dorrego, joven argentino que había venido, según oímos, a graduarse de doctor en leyes.

Su patriótico entusiasmo y sus relaciones con muchos de sus paisanos, que habían tenido una parte importante en la revolución de Chile, lo indujeron a solicitar un grado militar en ese día, en que podía prestar servicios importantes a la revolución.

Fue nombrado teniente, y se le dieron doce o quince hombres para que apresara al regente Ballesteros, momentos después de la fuga del comandante Figueroa de la Plaza de Armas.

Llegó Dorrego a la casa del regente, lo vimos, y encontrándola cerrada, hizo caer la cerradura con un balazo; pero inútilmente, porque no encontró al que buscaba, a pesar de estar oculto en la misma casa.

Dorrego estaba llamado a representar un notable papel y a morir en el patíbulo **por orden** de un compañero de armas: el general Lavalle.

Se han hecho grandes elogios de su elocuencia. Pudimos oírlo en las cámaras de su país; pero no tuvimos esta fortuna.

El balazo del fusil se conserva en la puerta, de que es poseedor el señor don Nicolás Barros Luco, en su hacienda de Lampa.

La casa mencionada está situada en la calle de Santo Domingo, número 38.

❊

La orquesta de la Catedral, pues no había otra, constaba de ocho instrumentos, incluso el órgano, tres voces y el maestro de capilla. Cuando funcionaba fuera de esta iglesia, se anunciaba esta novedad con gran júbilo de los devotos y aficionados.

Nada decimos del teatro, porque entonces, como ahora, los espectáculos escénicos no eran artículo de primera necesidad para nuestro público. Se observa, sin embargo, que los teatros aumentan mientras que la afición disminuye. Las continuas quiebras de las empresas explican este **fenómeno**.

❊

Los instrumentos de cobre eran desconocidos entre nosotros. La corneta, el clarín , etc., viejos ya en todas las colonias españolas, aún no habían llegado a Chile. El primero de estos instrumentos se oyó, por la primera vez, al arribo del batallón Talavera en 1814.

Por lo que hace a los instrumentos de percusión, era tal su escasez, que, según el parte del general Carrera, pasado al Gobierno después del asalto de Yerbas Buenas, aquella sorpresa, que debió ser decisiva a favor nuestro, no lo fue por la muerte **del tambor**, el único seguramente de que podía disponer el jefe del ejército. Esto nos recuerda lo que dice Rousseau: "Una piedra o un árbol, a la derecha o a la izquierda en un campo de batalla, puede decidir de la victoria".

❊

En aquella misma época se formaba en esta capital una pequeña banda de música, que debía reemplazar a los instrumentos **de cuerda** que hasta entonces hacían el servicio militar. Una de las primeras veces que esta banda salió a luz fue para publicar el bando de las paces celebradas con Gaínza, en 1814. Circuló por toda la ciudad tocando tres o cuatro valses de dos partes, y la tropa marchaba al paso que ahora lo hacen los tambores y músicos cuando tocan llamada, pero sin la menor uniformidad en la marcha; por este motivo causó tanta sorpresa el ver marchar al batallón de Talavera **pie con pie** . . .

El mismo año de 1814 desertó de la **Phœbe**, buque de guerra inglés, el músico Guillermo Cárter. Tocaba varios instrumentos, y muy bien el clarinete. Fue muy protegido por los Carrera, sobre todo por don Juan José, que tomaba lecciones de ese instrumento y que lo encargó de formar la banda de que hemos hablado, que se agregó al célebre batallón de granaderos, cuyo jefe era. Por la primera vez se oyeron en Chile la trompa, el trombón, el bascorno, que ha desaparecido; pero lo que más llamaba la atención era el serpentón, que, como su nombre lo indica, era una gran culebra negra y enroscada. Este instrumento pertenece a la familia de los bajos de madera, y por lo agradable de su sonido se usa en algunas iglesias de Francia, sobre todo para acompañar a los sochantres en ciertos casos en el canto llano.

Los violinistas de la antigua banda aprendieron a tocar instrumentos de viento, y fueron la base de la nueva.

Había retreta todas las noches, saliendo de la Plaza de Armas en dirección del cuartel de San Diego.

Jamás siguió a campaña a su batallón ni a ningún otro. Se había hecho de esta banda un medio de gobierno por el entusiasmo con que acudía el pueblo a oírla. Los músicos eran decididos carrerinos, lo que demostraron, quizás con alguna exageración, en la calle pública, al otro día de la caída del Director Lastra, en 1814.

Esta revolución tuvo una particularidad: era doble, y ambas debían estallar en una misma noche.

La familia Larraín, **los ochocientos**, aunque amiga del Director Lastra, preparaba la suya con gran actividad, y don José Miguel hacía otro tanto desde su escondite.

Sus agentes encontraron más simpatías en las tropas de la guarnición, que sólo exigieron que se presentara a la hora convenida.

Así lo hizo, y no fue necesario disparar un tiro para deponer a Lastra y establecer nuevo Gobierno.

El repertorio de música de entonces no pasaba de dieciséis o veinte sinfonías de Stamis, de Haydn y de Pleyel.

Con esto había lo suficiente para el servicio de la Catedral, de las otras iglesias y del teatro, cuando lo había.

La música de iglesia estaba en el mismo caso. El repertorio de la Catedral se componía en su totalidad de lo que había escrito Campderrós, lego español de la Buena Muerte, que se había traído de Lima para organizar la capilla en los últimos años del siglo pasado; para lo que fue preciso hacer venir poco después de Buenos Aires un violín, Teodoro Guzmán, y un violoncelo, Ramón Gil. Este es el mismo oficial que, por su entusiasmo patriótico, se incorporó a nuestro ejército, haciendo con los Carrera su primera campaña del Sur. Murió en Concepción de resultas de sus heridas. Su nombre, que antes leíamos en los lienzos que se acostumbra poner en las festividades del 18 de septiembre, ha desaparecido hace muchos años; pero en su reemplazo se conservan los de algunos a quienes el rey de España no habría tenido ningún cargo que hacer por sus servicios a la revolución.

Había otra orquesta digna de recordarse por su rareza. Era la que acompañaba, pero sólo **de noche**, al Santísimo Sacramento de la Catedral, cuando se llevaba a los enfermos. Esta orquesta consistía en **un** violín y **un** bombo, llamado entonces **tambora**.

*

Por lo que llevamos dicho, se ve que toda la filarmónica de Chile, en último resultado, podría resumirse en la bandita de que hemos hablado, la que en su mayor parte estaba compuesta de los músicos de la Catedral.

La pérdida del país en la batalla de Rancagua concluyó con la banda de granaderos, y podríamos decir, con toda música bélica; porque de los cuatro batallones del ejército realista, sólo el de Chiloé tenía una banda diminuta y detestable, y, aun así, fue poco oída en Santiago por su corta permanencia. El elegante Batallón de Talaveras no tenía música, pero sí una banda de tambores y pífanos que alternaba con otra pequeña de cornetas perfectamente tocadas.

Así estuvimos hasta que llegó a Chile el ejército de San Martín, el año de 1817. Ese ejército trajo dos bandas regularmente organizadas, sobresaliendo la del número 8, compuesta en su totalidad de negros africanos y de criollos argentinos, uniformados a la turca. Cuando, tres o cuatro días después de la batalla de Chacabuco, se publicó el bando que proclamaba a don Bernardo O'Higgins Director Supremo de Chile, el pueblo, al oír aquella música, creía estar en la gloria, según decía.

San Martín y O'Higgins tuvieron por primer alojamiento, después de esa batalla: el primero, la casa de los señores Valdés, a una cuadra de la Plaza de Armas, en la calle de la Merced, número 76, y el segundo, la casa del frente, que fue del señor don Juan Alcalde, y que es ahora de otro señor Alcalde (número 75).

Cuando el año 20 marchó al Perú el ejército unido, sólo quedó entre nosotros una banda en embrión, que el inglés Cárter enseñaba en La Moneda, en el salón donde ahora está la inspección del ejército. Esta banda, al formarla, se había agregado al Batallón Número 1 de Chile. Había tres batallo-

nes con el mismo número, el de los Andes, el de Chile y el de Coquimbo.

*

Poco más o menos en este estado de esterilidad y atraso permanecimos hasta que don Carlos Drewetke, aficionado alemán, llegó a Santiago, el año de 1819. Este caballero trajo las colecciones de sinfonías y cuartetos de Haydn, Mozart, Beethoven, Crommer, etc. El señor Drewetke reunía, no sin trabajo, ciertos días de la semana, a los músicos para ejecutar algunas de estas composiciones, desempeñando la parte de violoncelo y repartiendo consejos sobre el arte, desconocido hasta entonces. En este tiempo hacíamos nuestros primeros estudios musicales, y al trazar estas líneas recordamos con gratitud algunos de sus consejos.

Dos años después, 1822, llegó a esta ciudad la señorita doña Isidora Zegers, y este acontecimiento efectuó una verdadera revolución en la música vocal.

La señorita Zegers no venía sola; traía consigo otra gran novedad: las óperas de Rossini. Su vocalización brillante y atrevida, su afinación irreprochable y una voz que, sin ser de gran volumen en las notas graves, alcanzaba hasta el **fa agudísimo** con toda franqueza. Estas y otras cualidades de no menos valor hacían a la señorita Zegers el mejor intérprete de la música de Rossini. Las arias: **Dolce pensiero**, de "**Semíramis**"; **Oh quante lacrime!**, de la "**Donna del Lago**"; **Se il padre m'abandona**, de "**Otello**", y sobre todo el célebre romance de esa ópera, arrebataban a los aficionados.

Desde entonces, puede decirse, empezó la afición al canto, y esta afición tuvo un influjo relativo en la música en general; gran número de personas se dedicaron a su estudio, sobresaliendo, entre todas, la malograda señorita doña Rosario Garfias, cuya voz prodigiosa no ha tenido aún rival, en particular por su extensión de casi **tres** octavas. El **re** sobreagudo lo daba con toda fuerza, afinación y limpieza, como el **fa** grave, que no recordamos haber visto escrito jamás para voz de mujer.

*

En una carta que nos ha leído un apreciable caballero, hemos visto que en 1749 algunas familias notables de Santiago cultivaban con entusiasmo y buen éxito la música, y que los maestros de este arte, como de todos los demás, eran eclesiásticos, nombrándose con distinción a un padre Madux. Algún tiempo después viene el padre Ajuria, franciscano, que vivió hasta principios de este siglo y cuyas composiciones aún se cantan en algunos templos. Por ellas se conoce que había hecho algunos estudios sobre composición.

El bueno del padre quizás no sospechaba que más tarde en nuestra tierra se podría componer, imprimir y **vender** música, sin que para todo esto se necesitase saber los primeros rudimentos del arte . . .

*

El año 1822 fue fecundo para la música por casualidades felices. A principios de ese año, o fines del anterior, habían llegado de Mendoza don Fernando Guzmán y su hijo Francisco, profesor, el primero, de piano, y el segundo,

buen pianista y sobresaliente violín. Desde entonces se estableció en Chile esta familia que tantos artistas de mérito ha dado al país.

Don Fernando fue el primer maestro que hizo estudiar previamente a sus discípulos escalas y ejercicios antes de otra cosa. Los maestros anteriores principiaban desde la primera lección por un minué o una contradanza. No necesitamos decir los resultados que podía dar esta enseñanza. Algunos meses después llegó de Lima don Bartolomé Filomeno, violín de mérito y maestro de canto muy notable. Esta es otra familia que en Chile y el Perú se ha hecho conocer por su habilidad para la música.

Un año después, 1823, llegó a Chile don Bernardo Alzedo, artista peruano, decimos mal, profesor científico; pues que la música, abrazando la composición, es **ciencia**, y de las **más profundas**, como dice Rousseau en su "**Diccionario de Música**". Esto, sin embargo, que todos saben, parecen ignorarlo los doctores de la Universidad, al colocar la música en el último lugar entre las artes, en su nuevo plan universitario. Ultimamente ha desaparecido del programa; más vale así . . .

El señor Alzedo es el cantor antiguo y moderno de las glorias peruanas. Suyo es el himno nacional del Perú, proclamado por San Martín el año de 1821, en un certamen que al efecto tuvo lugar en su presencia y en que varios compositores presentaron sus obras.

En 1847 fue nombrado maestro de capilla de la Catedral de Santiago, cuyo empleo desempeñó hasta 1863, y en ese año fue llamado por el Gobierno del Perú para fundar un conservatorio. Aún no se ha planteado este establecimiento; pero aquella nación, en reconocimiento de su sobresaliente mérito, y por sus servicios musicales en la Guerra de la Independencia del Perú, le ha asignado cien soles mensuales.

Ha escrito, a más de sus numerosas composiciones, una obra notable sobre música, y para esa impresión dio aquel Gobierno 4.000 pesos. En Chile no hay ejemplo de que el Gobierno se haya suscrito **con un centavo** para ningún trabajo ni composición musical.

La obra del señor Alzedo lleva por título: "**Filosofía Elemental de la Música**".

Por último, a fines de 1822, llegó a Chile el doctor don Juan Crisóstomo Lafinur, natural de Córdoba, República Argentina. Este joven tenía veintiséis años, venía precedido por la fama de polemista, adquirida en Buenos Aires en una cuestión ruidosa con el célebre padre Castañeda, que tanto dio que hacer a los liberales de la escuela de Rivadavia.

Lafinur era excelente pianista como aficionado, y a pesar de que en su tiempo gozaba de gran popularidad el fecundo Gelinék, con sus innumerables variaciones sobre todos los temas, le tenía cierto odio y no tocaba más que música clásica. Sabía, poco menos que de memoria, todo lo que Haydn, Mozart y Dusek habían escrito para piano. Sin tener buena voz, cantaba bastante bien. Cuando se sentaba al piano era inútil llamarle la atención a otra cosa: era sordo y mudo, y se le hubiera tenido por una estatua sin los movimientos de la cabeza y la espalda que manifestaban sus impresiones. Se casó en Santiago; su señora, viuda, aún vive.

Al oír por primera vez nuestra antigua Canción Nacional, le desagradó,

sobre todo por la poesía. Concibió la idea de hacer otra completa, es decir, poesía y música. Llevó a cabo este pensamiento, con muy buen éxito, pues, exceptuando la música del coro, algo trivial, la estrofa era muy buena.

Se cantó en el teatro y fue muy aplaudida; pero en ese mismo instante cayó en cuenta de que quizás había herido la susceptibilidad, no sólo de Robles, autor de la música, sino también la del doctor Vera, autor de la poesía.

La recogió esa misma noche y no se cantó más. Recordamos aún los ocho primeros compases de la estrofa y todo el coro.

Un año nueve meses después de su llegada a Chile, murió, teniendo delante de sí un inmenso porvenir a que lo llamaban sus buenas cualidades, sus importantes relaciones, su talento y, más que todo, su palabra encantadora.

Había sido librepensador; pero, al agravarse su enfermedad, se reconcilió con la Iglesia, y murió, como en ese mismo tiempo su amigo Camilo Henríquez, ardiente católico.

Murió en la calle de Santo Domingo, en la casa que ahora tiene el número 30.

Se le llevó el viático con gran solemnidad. Entre las personas notables que lo acompañaban, iba el señor don Gabriel Tocornal, próximo a ser presidente de la Corte de Apelaciones de Santiago. Muchos años después oímos decir a este caballero: "Yo no sabía que se podía llorar de gusto, hasta que a mí me sucedió, al ver comulgar a Lafinur".

Al acercarse esos momentos nadie se hace incrédulo; pero, en cambio, casi todos los que lo han sido, vuelven al seno de la religión, a no ser que lo impidan, como sucede con frecuencia, los que rodean al enfermo . . .

❊

Algunos jóvenes entraron también con empeño en el estudio de la música instrumental, y sólo así puede explicarse cómo, al establecerse la primera sociedad filarmónica en 1826, pudieron darse las primeras funciones sin el concurso de profesores. El doctor don Gabriel Ocampo y un señor Correa (argentinos) tocaron en esos conciertos algunos trozos en la guitarra, con aceptación general.

Al siguiente año llegó a Santiago Massoni, gran violín y aventajado músico italiano, que sólo ha sido excedido más tarde por Sivori.

La adquisición de este gran artista y la de algunos otros que se habían ido reuniendo, entre otros, Herber, excelente fagot francés, hizo pensar en la organización de una orquesta que se compuso de dieciséis músicos, incluso cuatro aficionados, entre ellos el señor don Santos Pérez, actual senador y hermano del antiguo Presidente de la República, que bajo la enseñanza de Massoni se había hecho un notable violín, habiendo antes recibido nuestras pobres lecciones. El entusiasmo subió de punto, y faltaba lugar en el programa para dar colocación a las personas que solicitaban tocar o cantar, siendo de advertir que este programa no contenía en ninguna función menos de diez trozos.

Por muchos años funcionó aquella reunión en la casa de la calle de Santo Domingo, que ahora pertenece al señor Fernández Recio; hasta que se hizo ob-

jeto de especulación, apoderándose de su dirección personas que no tenían la menor tintura ni la más mínima afición a la música.

Los antiguos directores tuvieron especial empeño en alejar el lujo en los vestidos, como el único medio de hacer duradero aquel establecimiento; los nuevos, que en su mayor parte eran comerciantes, debían pensar de muy distinto modo, y el lujo se introdujo, a pesar de los reclamos de los antiguos fundadores.

*

Se trató de hacer economías en los gastos, y, como siempre, se principió por disminuir el sueldo de los músicos; en estos últimos tiempos, cuando hay lo que llaman filarmónicas, ha llegado el gasto de la diminuta orquesta a tal grado de mezquindad que, con lo que antes se pagaban cuatro músicos, hay de sobra ahora para pagarlos a todos.

Por un trastorno de todas las ideas, se llama Sociedad Filarmónica a una reunión de personas que no tienen otro objeto **público**, al asistir, que bailar desde que ponen los pies en el salón hasta que lo dejan.

Noche ha habido que, en las cinco horas que dura la función, se ha bailado **dieciséis veces.** Esto dará una idea del furor pedestre de nuestros **filarmónicos**. Con un bailar tan desmedido, los pobres músicos llevan, como es consiguiente, la peor parte, y no exageramos si decimos que se les trata peor que a bestias de carga.

Los acontecimientos políticos de 1829 apresuraron la partida de Massoni y ocasionaron una gran desgracia doméstica a la señorita Zegers, que la obligó a retirarse por mucho tiempo de toda reunión pública, haciendo lo mismo, poco después, el señor Drewetke.

En 1828 dio Massoni su último concierto en el teatro, antes de dejar a Santiago. Se cantó la canción de Carnicer, que se dice nacional sin que, como la antigua, tenga la autorización de un decreto. Cantaron por primera vez las dos voces de la estrofa doña Concepción Salvatierra, madre de los actores Arana, que no hace mucho tiempo se exhibieron en el Teatro Municipal, y el célebre actor argentino don Ambrosio Morante. Quizá más tarde nos permitiremos un análisis de esta canción, que en cerca de medio siglo no ha llegado ni llegará hasta el pueblo, por las dificultades invencibles que ofrece.

CAPITULO VI

OPERA Y TEATRO

EN MAYO de 1830 llegó una compañía lírica italiana; funcionó siete meses, al cabo de los cuales se trasladó a Lima, donde obtuvo gran éxito. Esta compañía contaba con cinco partes principales, sobresaliendo entre ellas la Scheroni y Pissoni. La primera, contralto; el segundo, barítono.

Dio por primera función el "**Engaño Feliz**", de Rossini; y del mismo autor: "**El Barbero**", "**Tancredo**", "**Gazza Ladra**", "**Eduardo y Cristina**", "**La Italiana en Argel**", la "**Cenerentola**"; como también la "**Inés**", de Paer; "**Elisa y Claudio**", de Mercadante, y otra cuyo autor no recordamos, "**I Portantini**".

Entonces sólo había un teatro, pero funcionaba constantemente; había plazas en la Catedral, que, sin proporcionar un gran sueldo, eran, sin embargo, un recurso seguro; había filarmónica en que el trabajo era generosamente recompensado, y el Gobierno aún no había dictado sus leyes suntuarias suprimiendo los entierros con música en el Cementerio, que producían considerables ganancias a los músicos.

Por lo que dejamos dicho, fácil es inferir el grado de adelantamiento a que había llegado la música entre nosotros. Faltaba, sin embargo, un modelo acabado en el más general de los instrumentos, el piano. Este modelo se presentó en la persona de M. Barré, que llegó a Santiago en 1832.

Barré había obtenido el primer premio de piano en el Conservatorio de París, de cuyo establecimiento había sido alumno.

En los conciertos que dio hizo conocer la música de Herz, tan de moda entonces en Europa, con ese talento correcto, puro y brillante que todos le conocemos. Esto le atrajo la reputación que aún conserva hasta hoy y que nadie le ha disputado.

Antes de su llegada, la nueva escuela del piano era desconocida en Chile.

Desde el año de 1831 había el Ministro Portales concebido y puesto en práctica la idea de dotar con su respectiva banda de músicos a cada cuerpo cívico de esta capital. Esto se hizo extensivo después a toda la República, y es raro el pueblecito donde no se cuente con este recurso, casi indispensable.

El interés con que aquel hombre público mirába este ramo era tanto, que

cuando en 1831 nos encargó de la organización y enseñanza de la banda del Batallón Nº 4, cívico, de que él era jefe, no faltaba jamás en la tarde al cuartel, que estaba en La Moneda. Hacía bajar la banda que apenas empezaba a tocar su primer paso doble, se colocaba al lado de aquellos músicos que no llevaban bien el paso y no los dejaba hasta que lo hacían como los otros.

Aún recordamos que el muchacho que tocaba el clarín tenía cierto inconveniente para marchar bien. Lo tomó del brazo desocupado y después de dar con él muchas vueltas en el gran patio, en unión de la banda, cayó en cuenta de la dificultad y dijo: "¿Cómo diablos ha de marchar bien, si es cojo?", remedándolo.

Cuando apenas comenzaba a estudiar las escalas, llegó un día, con el numeroso acompañamiento de costumbre, y nos dijo: "Escríbales algo en la pizarra para que toquen **juntos**". Le hicimos ver, en voz baja, que aún no hacían sonar bien los instrumentos y que los desentonos harían huir a todos aquellos señores.

Apenas oyó esto replicó: "Qué defecto, eso es lo que yo quiero".

Contra sus esperanzas, nadie se movió, sin embargo; y todos oían y miraban con la misma atención que él afectaba prestar.

Era muy aficionado a la música, y no había olvidado del todo lo que había aprendido en la flauta con su profesor Bebelagua.

*

El coro de música de la Catedral permanecía en un estado de atraso incompatible con los progresos que el arte había hecho en Chile. El Gobierno de entonces (1838), creyendo que para organizar este coro de nuevo no había otro medio que hacer venir músicos de Europa, hizo un encargo a Francia con este objeto, y un año después, y con grandes sacrificios, nos encontramos con el resultado que era de esperarse, pues los tales **profesores**, con pocas excepciones, eran poco más que aprendices.

El señor Lanza venía como maestro de capilla, y ciertamente que era necesario todo el mérito de este artista para indemnizar al Gobierno del engaño que había sufrido, sobre todo en dos de los supuestos artistas.

Aquel verdadero profesor de canto gozaba en París de una distinguida reputación, y al aseverar esto no nos fundamos en elogios y artículos de periódicos, que con frecuencia no son otra cosa que el resultado de intrigas y bajezas de todo género.

El señor Lanza fue recibido como debe serlo un hombre de su mérito; pero sentimos decir que ocupaciones de otro género privaron a la juventud amante de la música de sus importantes consejos, sin producir para él resultados ventajosos.

La Sociedad Filarmónica, que aun merecía este nombre, recibió nueva vida, a la que no contribuyó poco la inteligente cooperación de los señores Solar y Borgoño. Sin embargo, éstos eran los últimos alientos de aquella reunión antes de transformarse en lo que es hoy.

Las observaciones que nos hemos permitido sobre este establecimiento son a título de Sociedad Filarmónica, pues como **salón de baile**, éste es su

nombre, no tendríamos nada que decir.

Hay algo inseparable de la música. Este algo es el baile. Esto nos obliga a decir algo sobre el particular.

Los bailes que nosotros no hemos conocido, pero de que hemos oído hablar en nuestra niñez, son el **paspié**, el **rigodón**, etc. Hemos conocido el **minué**, la **alemanda**, la **contradanza**, el **rin**, el **churre** (especie de gavota), el **vals**, la **gavota** y las **cuadrillas**, introducidas en Chile el año de 1819. Como bailes a solo, el **fandango** y la **cachucha**, bailada y cantada, por primera vez, por oficiales y tropa del Batallón de Talavera.

Respecto a bailes de **chicoteo**, recordamos que por los años 1812 y 1813 la **zamba** y el **abuelito** eran los más populares; ambos eran peruanos.

San Martín, con su ejército, en 1817, nos trajo el **cielito**, el **pericón**, la **sajuriana** y el **cuándo**, especie de minué, que al fin tenía su alegro. Estos últimos bailes podrían mirarse como intermedios entre los serios y los de **chicoteo**, pues no daban lugar a las desenvolturas que se ven en los otros que nos vinieron del Perú desde el año de 1823 hasta el día.

Desde entonces, hasta hace diez o doce años, Lima nos proveía de sus innumerables y variadas **zamacuecas**, notables o ingeniosas por su música, que inútilmente tratan de imitarse entre nosotros. La especialidad de aquella música consiste particularmente en el ritmo y colocación de los acentos, propios de ella, cuyo carácter nos es desconocido, porque no puede escribirse con las figuras comunes de la música.

La gavota, baile francés, entre dos personas, principiaba con una especie de minué y en seguida pasaba a un aire vivo de dos tiempos, en que los bailarines ejecutaban movimientos vistosos y difíciles con los pies. Este baile estuvo muy en moda desde el año de 1823 hasta el 28 ó 30, y no hace mucho que han dejado de tocarlo los **organitos**. El había hecho la gloria del célebre y popular Vestris en Francia hasta los últimos años del primer Imperio.

*

Viene por fin el aristocrático y ceremonioso minué, que tantas veces tocamos para hacer bailar a otros. Por su misma índole no se exigía ser joven para ejecutarlo, y era de rigurosa etiqueta dar principio con él a todo sarao, chico o grande. Recordamos con este motivo el gran baile **nacional**, sin duda porque se costeaba con fondos de la nación, dado por el Presidente Prieto, el 25 de abril de 1834. Se dio principio, para hacer revivir la antigua costumbre, con un minué **en cuarto**, entre las personas siguientes: la señora doña Carmen Velasco de Alcalde con el Presidente de la República, don Joaquín Prieto; y la señora doña Carmen Gana de Blanco con el señor Bustamante, Ministro de la Guerra.

Como era natural, esos señores hacía muchos años no se veían en este caso y no andaban muy de acuerdo con la música. Cuando se acercaba el fin del minué, la señora Velasco manifestaba más de lo necesario su inquietud; conociendo que iba a sobrar música y faltar baile, miraba con desasosiego a la orquesta que dirigíamos, rascando nuestro violín. Dimos el corte que calculamos necesario; mas este expedien-

te no podía ocultarse a todos los oídos; pero música y baile concluyeron a un mismo tiempo, circunstancia indispensable en el minué.

El señor Prieto dijo, según supimos, que **la orquesta había tocado mal.** Así debió ser, porque es más fácil que una orquesta toque mal que un Presidente se equivoque cuando baila.

Esta es la última vez que se bailó minué en Santiago, podríamos decir en Chile. Sin embargo, en otro sarao, **nacional también**, que tuvo lugar un año después, se volvió a bailar, pero con cierta ligereza y poca solemnidad.

Este último sarao no fue organizado, y bien se echó de ver, como el anterior, por el señor don Javier Rosales. Esta fue la vez primera en que se tocó por papeles todo lo que se bailó. La costumbre hasta entonces era el que alguno de los instrumentos, ordinariamente el clarinete, **rompiera** con el minué, contradanza, etc., y los otros siguieran como podían, de lo que debía resultar un todo poco uniforme.

Daremos, fiados en nuestros recuerdos, alguna idea del minué. Se colocaban una o dos parejas, rara vez más, en los dos extremos del salón, llamado **cuadra** entonces; se saludaban, y adelantándose hasta el centro, partían en seguida para esquinas opuestas, con pasos mesurados, cadenciosos y con la vista recíprocamente fija en el compañero. Volvían otra vez al centro, se daban las manos y se dirigían a las otras dos esquinas del salón. En seguida volvían al lugar de donde habían partido; repetían los pasos del principio y antes de separarse se hacían el último saludo.

La música del minué, en tiempo de **tres por cuatro**, debía de ser pausada y majestuosa, en tonos de **bemoles**, rara vez de **sostenidos**. En nuestra niñez oímos a nuestros mayores recordar con entusiasmo un minué llamado del conde de Aranda, célebre ministro de Carlos III, y muy conocido por su **cariño** a los jesuitas.

Había en toda reunión o sarao un personaje inevitable, el **bastonero**. Este **funcionario** tenía por oficio anunciar en voz alta lo que debía bailarse; pero antes debía advertir a las personas que lo hacían, con quién formarían pareja; se entiende, consultando todas las conveniencias. En los grandes saraos había bastoneros subalternos, sujetos en ciertos casos al jefe.

En los antiguos tiempos, hasta el año de 1810, se observaba la más respetuosa etiqueta en la combinación de las parejas. Los oidores y los coroneles, no había generales, se ponían en baile con las señoras respectivas a su clase. Más de un sarao, y aun más de una reunión casera, concluyó antes de empezar por una indiscreción del bastonero. La familia que se consideraba agraviada tomaba la puerta y era seguida inmediatamente de parientes y amigos.

El bastonero apareció por última vez en los grandes saraos que tuvieron lugar con motivo de la victoria de Yungay.

*

Las funciones dramáticas, únicas conocidas hasta entonces en Chile, si se exceptúa la compañía lírica de que antes hablamos, llamaban exclusivamente la atención del público. Sin embargo, se hablaba con entusiasmo de una

compañía lírica que desde algún tiempo funcionaba en Lima.

Los empresarios del teatro, señores Solar y Borgoño, dieron todos los pasos que trajeron por resultado la adquisición de esta compañía, conocida con el nombre de su director, Pantanelli. Dio su primera función, en el Teatro de la Universidad, el 21 de abril de 1844, ejecutando la inolvidable "**Julieta**", de Bellini.

Esta ópera parecía escrita especialmente para la soprano y la contralto de aquella compañía, señora Rossi y señora Pantanelli, y no es extraño que el público, que en su mayor parte gozaba por la primera vez de tantas bellezas reunidas, manifestase, enajenado, su admiración y entusiasmo por las dos artistas que lo sabían conmover de un modo tan nuevo como agradable.

La afición al canto se hizo más general, y las señoras Pantanelli y Rossi eran paseadas en triunfo a **imitación** de lo que se hace en los pueblos europeos; pero es sabido que las imitaciones no tienen la consistencia y duración de los originales . . .

Formaban esta compañía, a más de algunos cantantes subalternos, la señora Teresa Rossi, soprano; doña Clorinda Pantanelli, contralto; los señores Ferreti, bajo y Zambaiti, tenor. Contaba también con un buen cuerpo de coros de hombres y algunos niños chilenos, contraltos, pues lo que es soprano masculino no es fruto de nuestra tierra. Hasta el momento en que escribimos no hemos oído jamás un niño que alcance al **sol** sobre la quinta línea; rarísimos son los que dan el **re** de la cuarta línea sin gran esfuerzo. Hablamos en la clave de **sol**.

Cuando uno ve hasta dónde llega en altura la música de templo que se ejecuta por niños en Europa, se admira de ese fenómeno. Muchas explicaciones se dan sobre esto, pero ninguna satisface. En lo que están casi todos de acuerdo es en atribuirlo al **cigarro**. Nosotros pertenecemos al tiempo en que los niños no lo usaban; sin embargo, las voces eran lo mismo que ahora.

La señora Rossi tenía una voz de cierta fuerza muy agradable y de extensión poco común, sobre todo hacia los bajos. Vocalizaba con dificultad, y cuando trataba de trinar ponía de manifiesto su poco estudio sobre el particular. Su figura era interesante y simpática.

La señora Pantanelli, que había hecho como contralto un papel distinguido en Italia, España, y poco después en La Habana, donde nunca faltaban artistas de mérito, era muy notable como actriz. Nadie ha olvidado su sobresaliente mérito a este respecto en "**Norma**", "**Lucrecia**" y otros papeles, que, sin ser a propósito para su voz, los realzaba con la nobleza y dignidad de su porte. En los papeles de contralto no ha tenido rival. Difícil nos parece que en "**Semíramis**" y "**Julieta**" volvamos a ver algo igual.

El señor Ferreti, bajo de sobresaliente mérito y de figura imponente, no ha sido igualado aún en ciertos papeles. En "**Marino Faliero**" era muy superior a los que más tarde han desempeñado ese papel, consiguiendo sólo que el público de entonces recuerde con pena a Ferreti.

El señor Lanza se incorporó también a esa compañía como barítono; decimos mal, se incorporó como **sobresaliente**; así se llamaba en las compa-

ñías dramáticas antiguas a los que hacían toda clase de papeles.

La flexibilidad de carácter de este excelente artista lo hacía prestarse a desempeñar papeles que rebajaban su mérito superior. Basta decir que pocos días después de haber cantado el Fernando del "**Marino**", que es un tenor de toda forma, ejecutó el protagonista de esa misma ópera que requiere un bajo de primer orden.

El último cantante de aquella compañía que hemos nombrado, Zambaiti, que era el tenor, tenía la particularidad de que, sin ser verdadero tenor, desempeñaba esta parte a satisfacción del público. A esto contribuía ser un profesor muy notable, sobre todo por su vocalización.

Aquella compañía tenía un raro mérito, sin ejemplo posterior: todos, sin excluir ni aun los coros, sabían su arte por principios, pudiendo cada uno cantar su parte sin más que su estudio particular. Allí no había, lo que ahora hemos visto, primeros actores que han necesitado pagar un maestro, andrajoso a veces, que les enseñe lo que deben cantar . . .

El señor Pantanelli dirigía la orquesta con tal maestría, que en algunos años que formamos parte de ella, jamás lo vimos, no diremos equivocarse, pero ni siquiera vacilar en el movimiento que debía iniciar en los numerosos y distintos trozos de que consta una ópera.

El señor Pantanelli dirigía tocando el piano en los recitados de las óperas bufas, y con una pequeña vara en las demás. Este **palito**, que en una orquesta numerosa puede tener su razón de ser, es de una gran ridiculez en orquestas pequeñas. No hace mucho asistimos a uno de nuestros teatros, y vimos al director, en un asiento que por poco no llegaba al techo, con el consabido **palito**; todo ello para dirigir **diez** u **once** músicos, que tocaban polcas, valses y cuadrillas.

Lo que más nos admira es la inocencia de los empresarios que, en vez de tener un director que desempeñe esta función tocando algún instrumento, pagan más caro el **mago** de la varita . . .

El furor de dirigir ha hecho tales progresos entre nosotros, que en un baile dado no hace mucho en el teatro, hubo **cinco** directores que lo hacían alternativamente. Se cree generalmente que todo aquel que lleva el compás es ya todo un director de orquesta, sin comprender que para llevar el compás, en muchos casos, basta tener un oído vulgar y que esta operación pueden muchos hacerla sin saber una nota de música.

Nuestras bandas militares, que en retretas y otros casos tocan piezas de consideración, no necesitan que nadie les marque el compás. Si ciertas personas supieran lo que se necesita para ser un verdadero director, se avergonzarían de su ignorancia.

Muchos que creen dirigir, sin saberlo, son ellos mismos dirigidos.

*

Por lo demás, el teatro de que eran empresarios los señores Solar y Borgoño estaba perfectamente servido: funcionaba y lo había hecho antes con actores dramáticos de indisputable mérito. Algunos de nuestros lectores, sin ser tan viejos como nosotros, no habrán olvidado aún a doña Teresa Samaniego, en decadencia por la edad, pero que aun dejaba conocer que pudo

con justicia compartir en sus buenos tiempos las glorias de la escena con Rita Luna, Márquez y González, que más tarde vino a Buenos Aires. Cáceres nos decía que cuando por primera vez había dado en Montevideo con la señora Samaniego **Los Hijos de Edipo**, de Alfieri, haciendo él de **Polinice**, González de **Eteocles** y la Samaniego de **Yocasta**, había hecho temblar a los dos como a niños. Agregaremos también a su hija doña Emilia y a doña Toribia Miranda, actriz peruana, muy simpática para el público.

Acompañaban a esta actriz los actores Casacuberta, Fedriani, Jiménez y el admirable gracioso Rendón. El nombre de Casacuberta nos trae a la memoria su inesperado y funesto fin. Permitan nuestros benévolos lectores una digresión más extensa que la que ya han soportado: es el último tributo pagado a la honradez, al talento y a la amistad.

*

Juan Casacuberta, si no estamos equivocados, nacido en la República Oriental, llegó a Chile en 1841, en compañía del general La Madrid, perseguido con otros argentinos hasta la falda oriental de la cordillera de los Andes por una partida del ejército de Rosas, contra el que había combatido en esa República. Tendría cuarenta y cuatro años. La fama de su mérito era conocida en Chile, y la empresa del Teatro de la Universidad se apresuró a contratarlo. Puede decirse que él fue el primero que nos hizo conocer el teatro moderno francés, de que apenas teníamos idea por Fedriani y Jiménez.

Después de año y medio de trabajo y de aplausos, y próxima a venir la compañía Pantanelli, se dirigió al Perú, donde fue apreciado su talento como merecía. Al cabo de algún tiempo volvió a Chile a trabajar en el nuevo Teatro de la República, incendiado más tarde. Al dar sus primeras funciones llegó nuevamente Sivori a Santiago. Anunció un concierto en el otro teatro en el mismo día en que Casacuberta daba función en el de la República. A la hora de levantarse el telón, observó el teatro vacío y tuvo que pasar por la dolorosa humillación de suspender la representación por haber acudido el público a oír el violín de Sivori . . .

Concluidos los conciertos de éste, tomó Casacuberta el Teatro de la Universidad en arriendo y, después de unas pocas funciones ante una escasa concurrencia, anunció su beneficio con el drama "**Los Seis Escalones del Crimen**", que, a pesar de su escaso mérito, agradaba al público por la maestría con que el beneficiado desempeñaba el papel de protagonista.

Días antes de este desgraciado beneficio se observaban en Casacuberta una tristeza y mutismo interrumpidos sólo a veces por algunas palabras irónicas, pero inofensivas, que después todos interpretaron. Había desaparecido por completo ese carácter festivo y decidor.

En las tardes se dirigía a casa de un amigo, hombre como él de conducta ejemplar, de más ilustración, pero actor mediocre: don Hilarión María Moreno, director más tarde de un colegio muy acreditado en Santiago.

Casacuberta, como buen argentino, era aficionado al **mate**. En la tarde víspera de su beneficio, llegó a casa de Moreno. Este, al verlo, con el cariño

de costumbre, ordenó al sirviente traerle mate a **Juan**. Casacuberta, al oír la orden, le fijó la vista con cierta expresión extraña, diciéndole:

—Mucho te apresuras en darme mate. ¿Te imaginas que no he comido?

—¡Cómo he de imaginarme tal cosa! ¿No sabes que yo también lo tomo?

La verdad, sin embargo, era lo que Moreno no sospechaba. Casacuberta, no sólo ese día, sino en muchos de los anteriores, no había tenido más alimento que el que con distintos pretextos le presentaba a veces un fiel negro que lo acompañaba desde el Perú, y era tal su indigencia, que sin las cariñosas industrias de ese criado no habría tenido ni la luz necesaria para el estudio de sus papeles.

*

Aquí creemos oír exclamar a nuestros lectores: "¡Cómo a un hombre de su mérito había de faltarle un amigo a quien dirigirse!" ¡Justa observación! Pero antes es preciso conocer al sujeto de que se trata. Desde nuestra primera juventud tuvimos relaciones con él en Buenos Aires, y notamos, como todos sus amigos, ciertas excentricidades, sobre todo en punto a delicadeza y honradez, que a veces provocaban la risa de los que se le acercaban. Desde entonces hasta la última vez que lo visitamos en Santiago, veíamos frente a su mesa de estudio una especie de cartel que en letras grandes decía: **Lista de lo que debo**. En seguida venían los nombres de los acreedores con la suma respectiva; y a continuación otra lista con estas palabras: **Lista de lo que me deben**; pero aquí no se veían más que las cantidades y las iniciales de los deudores.

Entonces, como ahora, por el conocimiento que teníamos de su carácter y por la idea ventajosa que con razón él tenía de su persona, le hemos atribuido en su desgracia este raciocinio: "Un hombre de mis aptitudes y de mi conducta, en un pueblo culto y rico, no puede, sin mengua, vivir a costa de amigos que no son bastante ricos para socorrerle, sin hacer sacrificios superiores a sus facultades". En cuanto a las personas de alta posición, se habría avergonzado de manifestarles su dolorosa situación. Después se supo que hasta sus más insignificantes alhajitas habían ido a parar a una casa de prendas, únicamente para sufragar a lo indispensable, pues era de conducta ejemplar.

*

Llegó por fin el día del esperado beneficio, calculado por él esa noche en 500 pesos, que debían salvarlo de sus compromisos y proporcionarle lo bastante para regresar a su patria.

En el cuarto acto de aquel drama que se titula **El robo**, aparece una escalera que debe servir para facilitar al **jugador** la ejecución de su crimen. En esos momentos subimos al proscenio con otros amigos; encontramos a Casacuberta indicando la colocación que debía dársele. La primera tabla había quedado algo separada del suelo. Al observarlo, dijo al carpintero: "Ponga usted aquí otra tabla", señalando el lugar; y volviéndose a los que allí estábamos, añadió: "¡Yo no me rompo una pierna por 500 pesos! . . ." ¡Cosas del mundo! Antes de dos horas, sin embargo, perdería algo de más valor: ¡la vida!

Ese día había recibido algunos rega-

los, y esto le permitió comer bien, quizás más de lo necesario. El drama es excesivamente fatigoso, sobre todo en las últimas escenas.

Antes de finalizar la función nos retiramos. Poco después, Villena, empleado del teatro, nos anunciaba, ahogado en llanto, que Casacuberta acababa de morir instantáneamente, al llegar a su casa, con la añadidura de costumbre de no haberse encontrado un médico que lo socorriera a tiempo...

CAPITULO VII

LA CANCION NACIONAL

EN UN ARTICULO anterior ofrecimos ocuparnos de la actual Canción Nacional. Recordaremos lo que sucedió cuando por primera vez se trató de ponerles música a los versos que había escrito el doctor Vera, a fines de 1819 o principios de 1820. Aseguramos, sin dudar, que con la **música** de Robles se cantó por **primera** vez el 20 de agosto de ese año, sin que antes se hubiera hecho con ninguna otra del mismo autor.

El empresario del teatro, que lo era el señor Domingo Arteaga, encargó a don José Ravanete, profesor peruano de cierto mérito, componer la música para esos versos. Este, no encontrándose capaz de hacer algo original, trató de aplicar a la poesía una canción española, de las innumerables que se publicaron en aquella nación cuando la invasión francesa. La canción argentina, menos el coro y la introducción, es una de ellas.

Al llegar Ravanete a la parte del coro, que dice:

Arrancad el puñal al tirano,
quebrantad ese cuello feroz,

se encontró con cuatro notas sobrantes. No se le ocurrió otro expediente que poner a cada nota un **sí, sí, sí, sí**; sílabas que no tenían la poesía y que hicieron levantarse tan alto de su asiento al doctor, presente al ensayo. Cuando éste concluyó, el señor Arteaga le preguntó: "¿Qué le parece, señor?" "Tiene visos de goda", contestó con rabia. La concurrencia de curiosos declaró lo mismo por aclamación, y se encargó a Robles hacer otra, que es la que se conoce con el nombre de este autor. "**Las Bellas Artes**", periódico musical publicado en Santiago hace tres o cuatro años, hizo una edición de una copia que nosotros le dimos, por haberla conservado en nuestra memoria. Los editores hallaron conveniente agregar a la estrofa una segunda voz. Robles la escribió a una voz sola, exceptuando el coro, que tenía tres voces.

El hecho que apuntamos sucedía en víspera de abrirse el teatro.

Para cumplir nuestra promesa, copiaremos un artículo que hace veinte años escribíamos sobre la nueva canción en el "**Semanario Musical**". Espe-

ramos que nuestros lectores disimularán algunas repeticiones inevitables.

Es probable que no sea ésta la única transcripción que hagamos de lo que entonces escribíamos.

❊

"En 1828, la que ahora llamamos Marcha Nacional llegó a Chile remitida de Londres por don Mariano Egaña, enviado de esta República cerca de aquella corte. La primera vez, como lo hemos dicho, que se cantó esta música fue en un beneficio de Massoni, dado en el teatro, en 1828. Desde entonces ha continuado cantándose y se le ha bautizado con el nombre de **nacional** sin más autorización.

"Chile tenía su Marcha Nacional, cuya letra había sido mandada reconocer por decreto especial del Gobierno, hasta que la intrusa música de Carnicer vino a interponerse, sin otro mérito que estar más conforme con la moda reinante posteriormente.

"El 20 de agosto de 1820, a la misma hora en que se hacían a la vela las últimas naves que conducían al general San Martín con la expedición libertadora del Perú, se abría un nuevo teatro en Santiago, en la plazuela de la Compañía, en la misma casa que ahora ocupa la señora de Gumucio, número 98. En ese día se cantó la primera marcha nacional que tuvo Chile, siendo de un año anterior la poesía a la música: la primera, del doctor Vera, argentino; la última, de Robles, músico chileno de aventajadas aunque incultas disposiciones.

"La música de esta marcha tenía todas las circunstancias de un canto popular: facilidad de ejecución, sencillez sin trivialidad (se exceptúa el coro, que parece que era de rigor, y que fuera un movimiento más vivo que la estrofa), y, lo más importante de todo, poderse cantar por **una voz sola sin auxilio de instrumentos**.

"Como se ve, pues, la antigua marcha tenía tantas ventajas como inconvenientes tiene la moderna, y nada prueba más lo que decimos que el que en tantos años que lleva de fecha se canta tan generalmente mal como en los principios.

"Ningún interés **musical** tenemos en hacer la defensa de la antigua marcha, que, sin vacilar, confesamos ser muy inferior, **como música**, a la moderna; pero, como patriotas, nos duele ver preferido un canto que no va acompañado de un solo recuerdo glorioso para un chileno, mientras la antigua no sólo se hizo oír en Chile, sino en el Perú, donde San Martín condujo nuestro ejército, unido al argentino.

"Permítasenos un corto análisis de la canción de Carnicer, que probará lo que decimos."

❊

"No consideramos la introducción, que éste es un adminículo desconocido en todos los modelos de esta especie de canto. La "**Marsellesa**" no tenía en su principio introducción; no la tiene la inglesa "**God save the King**", a pesar de su pequeñez, ni la tenía en su origen la canción argentina, que después hemos visto preceder de una especie de introducción que, sin duda, es una imitación de alguna antigua misa de **réquiem**. La canción peruana, última de las que hemos nombrado, tampoco la

tuvo al principio. Su autor, don Bernardo Alzedo, le puso introducción a su vuelta al Perú, el año 1864."

Hablaremos desde que entran las voces. Al fin de los trece primeros compases se encuentra un pasaje de ejecución que creemos muy difícil hacer con regularidad, por personas que no hayan vocalizado antes algún tiempo. Cuatro compases después hay uno entero de semitonos aun de mayor dificultad, y antes de la última nota de la estrofa hay tres tresillos continuos que están en el caso de los retazos citados.

Pero donde como de intento reunió el autor todas las dificultades de entonación fue en el coro, es decir, en aquella parte de la canción en que debió esmerarse por hacerla accesible a todas las voces.

Aquí se encuentra hasta un inconveniente indisculpable en un compositor de la capacidad de Carnicer: la altura de las notas, y este inconveniente es insuperable, pues, cantando en tono menos alto que el del original, las voces bajas no se oirían.

Siendo tan conocido por todos lo **impopular** del coro, nosotros sólo haremos una observación. A los dieciséis compases después de la entrada de las voces, hay un compás que empieza por un **acorde de séptima disminuida,** que sólo puede ser entonado por cantores muy acostumbrados.

La dificultad de tal pasaje se aumenta mucho desde que se canta sin las **tres voces** que, **a lo menos**, pide este acorde, llegando esto hasta el caso que, cuando el coro es cantado por una sola persona, ésta tiene que abandonar las notas de la primera voz para tomar parte de las del bajo, que es la única que aislada presenta alguna melodía.

Las repetidas interrupciones de la voz, sobre todo la que precede a la entrada del coro, hacen indispensable el auxilio de instrumentos acompañantes, y éste es un gran defecto en composiciones de esta clase.

Nuestras observaciones no tienden en lo menor a menoscabar el mérito reconocido de que goza Carnicer. No criticamos su música como tal, sino como canción popular.

Por lo demás, lo que de **nacional** tiene esta marcha, se comprenderá bien al saber que la música es de un **español** y los versos de un **argentino** . . .

Algo parecido podemos decir del toque de **a la carga**, palabra desconocida antes de que llegara a Chile San Martín, que ha corrido la misma suerte de la antigua marcha nacional.

La música de este toque, traída por aquel ejército, y que se oyó desde Chacabuco hasta la última batalla de la Independencia, y aun muchos años después, ha sido reemplazada con el sistema anárquico de que cada banda de música toque la suya. Con el agregado de variarse a discreción y según el gusto de los jefes de batallón.

No es difícil hacer otra cuya entonación sea **más bonita**; pero, ¿qué recuerdo, qué glorias nos traería a la memoria? Más de una vez tuvimos la idea de dar una sorpresa al general Las Heras, mandándole una banda que lo saludara con el antiguo toque de carga en el aniversario de Chacabuco o Maipo; pero nos retrajo de ese pensamiento el temor de conmover quizá demasiado aquella alma de fuego. Hace algún tiempo la hemos borroneado

en un pedazo de papel para que no muera con nosotros...

*

Cuando escribíamos los datos que acaban de leerse sobre la canción de Robles, lo hicimos con la intención de rectificar el error en que parece haber caído el señor Intendente Vicuña, confundiendo, en su decreto de último de agosto, la poesía con la música de la antigua Canción Nacional.

Ahora nos encontramos con que el señor don Miguel Luis Amunátegui cae en el mismo error, pero de un modo más erudito y terminante, pues dice que "se cree obligado a rectificar" lo que afirmamos al decir que la Canción Nacional, con la música de Robles, se cantó por primera vez el 20 de agosto de 1820.

Si alguna duda hubiéramos tenido sobre este particular, los argumentos del señor Amunátegui la habrían disipado por completo.

Dice este caballero: "La Canción Nacional se tocó y cantó por primera vez en las fiestas de setiembre de 1819". ¿Esta canción que se tocó y cantó fue con la música de Robles? No, señor. Pudo cantarse y aun bailarse con el sinnúmero de entonaciones que aparecieron cuando salió a luz la poesía de don Bernardo Vera ese mismo año, de una de las cuales, que no era la más fea, aún conservamos parte en la memoria.

Sigue el señor Amunátegui: "El Presidente del Senado, don Francisco Antonio Pérez, comunicó por oficio de 20 de setiembre del año citado al Director Supremo don Bernardo O'Higgins que aquella corporación había visto con placer la canción que éste le había acompañado, y que ella merecía justamente el nombre de "**Canción Nacional de Chile**", con que el Senado la titulaba".

¿Dónde está aquí, no diremos la música de Robles, pero cualquiera otra? El Senado habla de la poesía, porque a la poesía **sola**, como a la música **sola**, se les puede llamar y se les llama "**Canción Nacional**".

Pero donde la lógica del señor Amunátegui es matadora es en lo que sigue: "Puede Vuestra Excelencia —decía Pérez a O'Higgins— mandarla IMPRIMIR, repartiendo en todo el Estado ejemplares, y al Instituto y escuelas para que el 28 (¿el 28?) del presente saluden el día feliz en que dio el primer majestuoso paso de su libertad".

El Senado ponía al Director Supremo en un terrible aprieto, pidiéndole que mandara **imprimir** la Canción Nacional, música y versos, según el señor Amunátegui; y esto muy de prisa y en Chile, donde no se conoció el arte de imprimir música hasta **veinte años** más tarde. El Director debía haber vuelto la mano al Senado convocándolo para preguntarle en qué imprenta o litografía se haría la obra, del mismo modo que el emperador romano reunió al Senado para consultarle con qué salsa guisaría un pescado muy gordo que acababan de regalarle.

Continúa el señor Amunátegui: "El mismo 20 de setiembre de 1819, el Director O'Higgins promulgó el precedente acuerdo del Senado; y, entre otras cosas, ordenó que al teatro se pasaran **cuatro** ejemplares para que al empezar toda representación se cantara primero la Canción Nacional". ¡Cuatro ejemplares! Si era con acompaña-

miento de piano, con uno había suficiente. Si para orquesta, con uno había de sobra, pues la orquesta de que formábamos parte no tenía más que **ocho** músicos. Pero nos olvidábamos de que la **imprenta de música** de don Bernardo se había anticipado 20 años a su época.

Claro es, pues, que se trata de los versos, pues las tiritas de papel en que Robles había escrito la música para la orquesta estaban en el archivo del teatro, con las sinfonías y oberturas que se tocaban en los entreactos.

Añade el señor Amunátegui: "Para que no quede la menor duda acerca de este punto, léase el documento siguiente:

"La canción patriótica, cuya composición encargó S. E. el Supremo Director a usted, ha ocupado un distinguido lugar en la fiesta nacional del 18 de Setiembre, habiendo primero merecido el título de "**Canción Nacional**" por la sanción de los poderes Legislativo y Ejecutivo. S. E. tiene la mayor satisfacción de que usted ha desempeñado su encargo manifestando un entusiasmo y brillantez propios de un acendrado patriotismo y acreditado talento. De orden suprema, tengo el honor de comunicarlo a usted para su satisfacción. Dios guarde a usted muchos años.— Ministerio de Estado, octubre 2 de 1819.— **Joaquín Echeverría.**— Señor doctor don Bernardo Vera."

¿Dónde está Robles y su música?, volvemos a preguntar.

Como si lo anterior no fuera bastante para abrirle los ojos a un ciego, aún añade el señor Amunátegui que el 20 de agosto de 1820 se cantó "por la vigésima o quincuagésima vez" la canción de Robles.

Lo que hay de cierto es que el señor Amunátegui cae en su error por la cuadragésima vez, haciendo cantar la música de Robles cuando éste no soñaba en escribirla. Ya antes había dicho "que hay **constancia fehaciente** de haber sido compuesta en 1819 no sólo la letra de la Canción Nacional, sino también la música". ¿Qué música? Ya hemos dicho que hubo canciones en gran número, como sucedió antes en Buenos Aires, y más tarde en Chile, con motivo del himno de Yungay, del señor Rengifo.

De propósito no hemos querido mencionar ninguno de los muchos datos que, como contemporáneos, podríamos alegar, prefiriendo aquellos con que el señor Amunátegui cree **rectificarnos.**

Cite este caballero, no ya algún decreto, sino algún documento o escrito en que pruebe con razones, especiosas siquiera, que la música de **Robles**, de **Robles** decimos, se cantó antes del 20 de agosto de 1820, y esté seguro de que la primera vez que tengamos el gusto de encontrarnos en su presencia levantaremos nuestro sombrero más alto que de costumbre.

*

En 1845 se trasladó a Valparaíso la compañía Pantanelli, a estrenar el teatro, situado en la calle de la Victoria, construido por don Pedro Alexandri.

Al contratar este empresario a los cantantes tuvo también que hacerlo con la orquesta, que en su mayor parte la componían los músicos de la Catedral. Organizada la que debía funcionar en Valparaíso, quedó en la Catedral, con sólo dos excepciones, una orques-

ta a propósito para desollar los oídos de los devotos y hacer emigrar las ratas.

Seis meses duró la temporada de Valparaíso, y esta circunstancia probablemente sugirió al señor Valdivieso, presentado ya como Arzobispo, la idea de reemplazar la orquesta con un órgano, que se encargó a Inglaterra. Llegó el órgano el año de 1849, y con él, un organista, encargado también.

Organo y organista se merecían. El señor Howell, inglés de nación, era un consumado profesor, y el órgano era superior no sólo a todos los de la América del Sur, sino también a los de la del Norte. Este órgano no tiene **triángulo**, **platillos**, **bombo** ni **timbales**, instrumentos repetidas veces prohibidos por la Iglesia, particularmente por el Papa actual.

Esos ruidos hacen abrir tanta boca a los necios, excitan la compasión de las gentes de juicio y a quienes duele que de ese modo se ultraje al pontífice y rey de los instrumentos.

*

Casi a un mismo tiempo que Howell, llegó a Chile M. Desjardins, antiguo organista de San Eustaquio, en París, y muy notable profesor de **harmonium**, para cuyo instrumento había escrito un método, que hemos visto.

El señor don Pedro Palazuelos, que desde mucho tiempo había concebido la idea de fundar un Conservatorio en Santiago, creyó oportuna la adquisición del señor Desjardins y le facilitó los medios necesarios para que organizara una escuela preparatoria, en una sala de la cofradía del Santo Sepulcro.

Los buenos resultados de este ensayo animaron al señor Palazuelos, alma eminentemente artista, para solicitar del Gobierno la fundación de un Conservatorio. Gran trabajo tuvo para conseguirlo; pero a su entusiasmo no había resistencia posible.

El que esto escribe, sin desconocer el mérito de Desjardins, deseaba que la plaza de director de ese establecimiento se diera a oposición, según lo había acordado el Senado, a indicación del señor don Pedro Mena, en la certidumbre de que con este proceder se tendría lo mejor, si el Gobierno, como en otros casos, no hacía de las suyas.

A esto se agrega que el señor Neumanne, gran profesor que habíamos conocido en Lima, estaba próximo a llegar a Chile, como en realidad sucedió. En este caso Neumanne habría sido preferido. Con este motivo dirigimos al señor M. A. Tocornal, Ministro de Instrucción Pública, una carta que con su contestación se publicó entonces en el "**Semanario Musical**", en la que le decíamos: "Tan distante estoy de todo interés personal, que, respetando como debo toda determinación que US. tome a este respecto, nada me parece más justo que, siguiendo el acuerdo del Senado, dar esta plaza **a oposición.** De este modo se tendrá lo mejor y quizás esto daría por resultado un profesor de primer orden... No concluiré ésta sin decir a US. que uno que merece este nombre acaba de llegar a Valparaíso".

El señor Ministro tuvo a bien contestar a nuestra carta, en otra en que nos dice entre otras cosas: "Yo doy a usted las gracias por la franqueza e ingenuidad de sus observaciones, y aunque no he tomado resolución alguna sobre este negocio, ni anticipado

una simple promesa, si llegase el caso de obrar, no perderé de vista la imparcialidad y justicia con que debe procederse.

"Siempre que usted se sirva hablarme o escribirme sobre materias en que pueda ilustrarme, le quedará agradecido, etc."

Con gusto transcribimos las palabras de este alto funcionario, reconocido como uno de los hombres más eminentes de Chile. Si sus palabras nos honran por la justicia que hace a nuestras intenciones, ¿qué elogio no merece el hombre superior que cree puede ser **ilustrado** en ciertos casos, aun por aquellos que ocupan un lugar subalterno en la sociedad? No es el señor Tocornal de los que creen que la atmósfera de un salón ministerial infunde ciencia universal.

"Guizot, en un caso idéntico y desempeñando iguales funciones que el señor Tocornal, no creyó que debía legislar en música sin consultar a hombres inteligentes en la facultad."

*

Esto escribíamos en 1852. Las personas que quieran saber cómo procedió Guizot, de quien quizá podría decirse sin temeridad que nada ignora, pueden consultar en la Biblioteca el periódico citado.

Salió del Ministerio el señor Tocornal. La política, la pequeña política, metió su cola. Se hizo un embrión del Conservatorio, y el acuerdo del Senado no se tomó ni siquiera en consideración. El favor y los empeños hicieron los nombramientos. Nuestros lectores, por lo demás, no nos agradecerían una lección que saben más bien que nosotros: que ésta es la historia —antigua, media y moderna— de **cómo los gobiernos dan los empleos**.

Hay escuela de pintura, de escultura, etc.: ¿cuál de estos establecimientos presta servicios tan útiles y benéficos como el Conservatorio? Ninguno. Baste decir que esta institución es la única en que tienen parte las mujeres, que la ocupan en su mayor parte, proporcionando a gran número de familias pobres una profesión que las pone a cubierto de la miseria y del vicio.

El Conservatorio es el único establecimiento de esta especie en que el director no tiene sueldo como tal; así se explica cómo la Academia de Pintura y la de Escultura tienen casi doble dotación, gozando sus directores de más de dos mil pesos de renta.

Hemos sido profesor, director y presidente del Conservatorio. A todo hemos renunciado; no por la escasez o absoluta falta de honorario, sino por el desdén con que, con pocas excepciones, es mirado, llegando el caso de haber Ministro que no ha sabido dónde está situado . . . No faltan personas que piensan que sólo sirve para divertir a los que aprendan.

*

En 1847 ó 1848, el señor don Salvador Sanfuentes, Ministro de Instrucción Pública, estableció en la Escuela Normal de Preceptores una clase de canto elemental, de la que fuimos nombrado profesor.

Advertiremos que, si a veces vacilamos en las fechas, es porque escribimos estos "**Recuerdos**" sin ningún dato a la vista, fiados sólo en nuestra memoria; pero aseguramos, al mismo

tiempo, que en caso de equivocarnos, jamás será en más de **un** año.

El pensamiento del señor Sanfuentes era de gran importancia, porque, fuera de los resultados físicos que produce el ejercicio del canto para los que lo estudian, hay otros de más consideración. En el extenso informe leído ante el Concejo Municipal de París en 1835, con el objeto de introducir definitivamente el canto elemental en las escuelas primarias, formulado por **Bauvatier**, **Cochin**, **Orfila**, **Perrier** y **Boulai de la Meurthe**, se dice:

"Los antiguos empleaban este arte como un medio de hacer amar la virtud, de calmar las pasiones, de suavizar las costumbres y de civilizar a los pueblos. Desde luego, su poder de moralización no es para nosotros un problema. No queremos hablar aquí de los efectos fisiológicos que el estudio de sí mismo ha podido revelar a cada uno de nosotros; queremos hablar de los resultados reales obtenidos en las escuelas donde se enseña el canto.

"No solamente esas escuelas se hacen notables entre las otras por sus resultados y buen porte, sino que en estas mismas escuelas los alumnos de canto se distinguen entre sus condiscípulos por su mayor aplicación, suavidad de maneras y benignidad . . .

"Bajo cualquier aspecto, pues, que se mire: moral, normal, económico o nacional, la enseñanza del canto es útil . . . El célebre filósofo **Herder** decía: "Una reunión de cantores es una reunión de hermanos".

Da pena tener que recurrir a esta erudición **barata** para probar a nuestros hombres públicos el deber en que se encuentran de prestar alguna atención a este ramo, en que si sus antecesores hicieron poco, ellos no han hecho absolutamente nada.

No les pedimos que, como el Gobierno de 1848, funden una clase de canto en la Escuela Normal; ni, como el de 1852, la creación de un Conservatorio, pues, pobre como es, ya lo hay. Les pedimos que con su indiferencia, o con otra cosa peor, no destruyan lo que hicieron sus antecesores.

¡Pobre Conservatorio! ¡Pobre música! ¡Qué de sopapos habéis recibido en estos días!

*

Habiendo empezado en 1848 la clase de canto en la Escuela Normal de Preceptores y reduciendo los cálculos a su última expresión, hay de sobra para que en los 24 años corridos se hiciera en todas las escuelas fiscales clase de canto, y para que a la fecha hubiera muchos miles de personas que supieran regularmente música y canto, pudiendo los que no tuvieran buena voz dedicarse a tocar algún instrumento.

Después de tantos miles de cantores que, según los cálculos del señor Sanfuentes, debían solemnizar las fiestas cívicas y religiosas, ¿quieren saber nuestros lectores en cuántas escuelas fiscales o municipales se enseña la música? **En ninguna** . . .

Llevada a cabo la idea de aquel Ministro, daría muchos y buenos resultados. Apuntaremos sólo los siguientes: en las grandes fiestas nacionales, reunidas las escuelas de una localidad, y cantando cosas adecuadas, presentarían un hermoso y conmovedor espectáculo, proporcionando un recurso poderoso que, sin exigir gasto alguno,

solemnizaría esas fiestas tan tristes en la mayor parte de nuestros pueblos. "El niño que haya aprendido a cantar canciones de escuelas —dice Mainzer— sabrá cantar un día los cantos de guerra, los cantos de la patria."

¡Cuántos artistas perdidos por no tener ocasión de ejercitar y desenvolver sus facultades por falta de ocasión!

Los primeros beneficiados serían los preceptores primarios, a quienes la práctica de la enseñanza pondría en disposición de dar lecciones particulares, proporcionándoles de este modo una entrada que aliviaría en parte su triste situación.

*

Cuando, en 1850, sin ser nosotros naturalistas, geógrafos, marinos, astrónomos ni ingenieros, se le ocurrió a ese Gobierno hacernos emprender un viaje al interior de Chiloé, fuimos a parar a Castro, el pueblo más **importante** después de Ancud, la capital. Entre paréntesis, Castro da un diputado y un suplente; ¡no lo echen en saco roto los aficionados! Aquel pueblo era y es más triste que un cementerio. A cualquiera hora del día y de la noche se oiría el vuelo de una mosca.

Había dos escuelas, una de ellas fiscal, bastante concurrida. La visitamos y tuvimos el gusto de encontrarnos con un joven que había sido nuestro discípulo en la Escuela Normal. Nuestra primera pregunta fue si enseñaba la música; nos contestó que no, por dificultades que no encontramos convincentes.

Se celebraba en esos días la Pascua de Navidad, ¡y toda música de aquella fiesta tan popular se reducía a una especie de viola horriblemente tocada! ¡Cuánta animación hubiera dado a esa fiesta y a ese pueblo esa escuela, cantando música fácil y a propósito!

Con motivo de esa pobreza de recursos, preguntamos al Gobernador, comandante Roa, con qué recursos contaba para celebrar los días de la patria. Nos contestó: "La ciudad tiene 18 pesos de entrada anual; **doce** se invierten, con acuerdo de la Municipalidad, en los gastos ordinarios de la localidad, y los **seis** restantes en las fiestas del 18. Este año —añadió— han estado muy buenas, porque les hice pegar fuego a esas montañas que nos rodean, y la ciudad estaba como de día".

Los señores don Eusebio Lillo y don Vicente Villarreal, de **paseo** como nosotros, presenciaron este diálogo.

*

Cuando, en uno de los párrafos anteriores de este artículo, lamentábamos el abandono en que de algún tiempo a esta parte se dejaba al Conservatorio de Música, estábamos muy distantes de pensar que escribíamos una especie de epitafio.

Ya que no en el mensaje presidencial, en el que más de una vez se ha hecho mención de este establecimiento, por lo menos en la memoria del Ministerio del ramo esperábamos que se le tomara en cuenta, cual se hace con otros que están muy lejos de prestar al país tan útiles servicios, como los que ya hemos apuntado en otra parte.

Nos equivocamos; y, valiéndonos de

una frase de moda, sólo diremos que el Conservatorio en esa memoria "brilla por su ausencia".

El Conservatorio decididamente ha pasado a formar serie con otros establecimientos de que sólo se acuerdan los Gobiernos cuando hay algún ahijado a quien **acomodar,** cometiendo, con este fin, las más notorias injusticias y hasta infracciones de ley . . .

Tenemos a este respecto un pecado de que, como de otros muchos, aún no hemos hecho penitencia.

Somos causa de que los intendentes de Santiago sean presidentes **natos** del Conservatorio.

Cuando hace cinco o seis años renunciamos a esa presidencia, suplicamos a uno de los dos señores, don Manuel Amunátegui o don Carlos Riesco, oficiales del Ministerio de Instrucción Pública, indicara al señor Ministro del ramo que diera en adelante, por razones que hicimos presentes, la presidencia del Conservatorio a los intendentes de la provincia. Ese señor, hecho cargo, lo suponemos, de nuestras razones, nos reemplazó, y se ha seguido haciendo como lo habíamos solicitado.

El resultado de esta medida está en nuestra contra, y el pobre Conservatorio ha sido víctima de nuestra imprevisora indicación, atendida por el señor Ministro como no merecía serlo.

Las condescendencias de los intendentes, contrarias en muchos casos a la justicia y al reglamento respectivo, deben cesar en adelante, haciendo retribuir ese trabajo como corresponde.

El mal, por otra parte, no está precisamente en que los intendentes presidan el Conservatorio. Está en que el Gobierno, de algún tiempo a esta parte, se ha olvidado de que hay un reglamento que lleva la firma del Presidente Bulnes y del señor Mujica, Ministro respectivo. Este reglamento establece una comisión que tiene la dirección superior del establecimiento, pero de la que el Gobierno prescinde hasta el extremo de haberla abolido tácitamente para entenderse sólo con su **agente constitucional**, el intendente.

Todo lo dicho es sermón en desierto, y las cosas seguirán como hasta el día, por la razón muy sencilla de que este sistema es muy cómodo para los que mandan.

*

Habiendo llegado lo que hemos escrito sobre **música** a la época presente, que para nuestros lectores es tan conocida como para nosotros, suspendemos **por ahora** nuestros apuntes para dedicarnos a zurcir algunos artículos sobre otras materias.

Damos fin al presente con la noticia que sigue:

*

En agosto de 1834 se encontraron reunidos una tarde, en el Café de la Nación, el célebre actor Morante, el bailarín español Cañete, el muy notable actor, español también, Domingo Moreno Ramos (que cantaba como un maestro, sin saber una nota de música), y el autor de estos apuntes.

Morante se quejaba de que, debiendo dar un beneficio a principios del próximo septiembre, no tenía ninguna novedad que ofrecer al público.

Al oír esto, Moreno dijo a Morante:

"Yo tengo en la memoria una hermosa marcha patriótica; pero es preciso que usted le cambie la poesía, porque la que yo sé no puede servir para Chile, pues empieza con estos versos:

Al sepulcro de Bravo y Padilla, etc.

Apenas oyó Morante la primera estrofa, la reemplazó, imitando el canto de Moreno, con:

Al dieciocho inmortal de septiembre, etcétera.

En seguida se convino en que Morante haría las demás estrofas y el coro, y en que nosotros debíamos trasladar al papel lo que nos entonara Moreno, poniéndole acompañamiento de orquesta y enseñándola a los actores que se prestaran a cantarla; lo que todos hicieron, sin excepción. Morante tuvo un buen beneficio.

Este es el origen de esta hermosa canción, que todos nos atribuyen, y en que no tuvimos más que una pobre cooperación.

CAPITULO VIII

POLICIA DE SEGURIDAD Y GARANTIAS INDIVIDUALES

NUESTROS LECTORES habrán notado más de una vez en algunos de nuestros anteriores artículos la frecuencia con que citamos el año de 1830. No es culpa nuestra, pues esta fecha se nos presenta involuntariamente, por la naturaleza de los hechos, podríamos decir, como el punto de partida de todos nuestros progresos.

La paz de 40 años, interrumpida seriamente sólo tres veces, y por cortos intervalos, ha sido indudablemente el principal agente de nuestros adelantos, sin ejemplo en la América del Sur.

La Constitución de 1833, a pesar de los defectos de que se la acusa, si no es el motor de nuestra no interrumpida prosperidad, no ha sido tampoco un estorbo; y ya sería tiempo de que cesaran las vanas declamaciones de políticos de pacotilla.

No hace mucho un orador, contra la voluntad de Dios, repetía, en la Cámara de Diputados, la antigua cantinela de "esa Constitución es la causa de todas las desgracias de Chile". Si el señor diputado se hubiera tomado el trabajo de enumerar esas desgracias, es seguro que habría mucho que descontar. Desearíamos saber si las desgracias **permanentes** de casi todas las repúblicas de esta América se deben también a nuestra Constitución, y si del caletre del orador habría salido otra que nos hiciera más adelantados, más libres y más felices de lo que somos.

Desgracia es para tales políticos que las cuarenta navidades de la maldita Constitución la hayan endurecido de tal manera que, a pesar de los pinchazos de los reformistas, permanezca aún intacta, y que todavía no estén de acuerdo sobre por dónde deben dar principio al destrozo.

*

Antes de 1820, no había más guardianes de la propiedad que **los guardas de las tiendas**, cuyas funciones se limitaban a cuidar el reducido recinto del comercio, que no se extendía a más de dos cuadras de la plaza, y no en todas direcciones. El penúltimo jefe de aquel cuerpo, si no estamos equivocados, fue el español don Manuel

Imas, asesinado jurídicamente el año 1817, poco después de la batalla de Chacabuco.

Este hecho atroz nos trae a la memoria otros análogos ejecutados entre los años 18 y 20, en individuos de esa nación, a inmediaciones del cementerio, después de haberlos hecho prestar ciertos servicios. En alguna parte hemos leído que los antiguos reyes de Persia hacían desaparecer a los agentes secretos de quienes se habían servido para entenderse con los sátrapas de su imperio, en negocios en que un testigo podía ser perjudicial.

Como nada nos consta personalmente, al hacer estas referencias nos atenemos sólo a lo que hemos oído con generalidad en esos tiempos, citándose nombres propios que no hemos olvidado, pero que omitiremos.

Se decía, por ejemplo, y no hace dos meses lo repetían varios caballeros en nuestra presencia, que el capellán del cementerio, a quien no podían ocultarse aquellos hechos, se dirigió al Gobierno para ponerlos en su conocimiento, pero que a las primeras palabras se le mandó callar bruscamente.

Este denuncio del capellán, que nos parece imprudente, pues se añadía que había nombrado a la persona que presidía aquellos actos, lo confirmamos en cierto modo, más tarde, por lo que verán nuestros lectores.

Diez o doce años después de estos rumores tuvimos relaciones con el denunciado. En una ocasión en que, en presencia de varias personas, se nombró al capellán antedicho, aquel sujeto dijo estas palabras: **ese clérigo me tiene muy agraviado.** Ni él añadió más palabra ni ninguno de los que allí estábamos hizo ninguna observación, cayendo todos en cuenta de cuál podía ser el motivo del **agravio**.

Parece que los hombres de esa época, no tanto por venganza como por sistema, trataban de aterrar a los enemigos de la revolución, sobre todo a los españoles, con medidas extremas.

El primer acto de este sistema en Chile fue la muerte de Imas, que nadie que sepamos ha tratado siquiera de disculpar.

Hasta hace pocos años, nosotros, como todo el mundo, estábamos en la persuasión de que el autor de este crimen era el general San Martín.

Recordando un hecho que nada tenía que ver con este suceso, hemos caído en cuenta de nuestro error. Para asegurarnos más en esta última persuasión, nos hemos dirigido al señor coronel argentino don Jerónimo Espejo, que respetamos como la crónica más exacta y verídica de esa época.

El señor Espejo no sólo nos confirmó en nuestra idea, sino que nos suministró numerosos datos de que San Martín no podía tener parte en lo sucedido. Para desmentir esta imputación basta saber que la prisión y muerte de Imas tuvo lugar en los días 1 y 2 de abril de 1817 y que San Martín había salido para Buenos Aires el 11 **de marzo** de ese año, y que el 29 del mismo mes lo saludaba el Cabildo de aquella ciudad por su llegada a ese pueblo . . . Para el odio, la historia y la verdad son mudas.

No ignoramos que para acallar la reprobación pública se fraguó un proceso vergonzante, o más bien sin vergüenza, que sólo fue conocido de algunos iniciados. Y que era tan burda la trama, y hacía un Ministro en ella papel tan infame y ridículo, que se con-

cluyó por quemar o esconder el tal proceso.

Muchos años después el Congreso tuvo que asignar una pensión a la familia de Imas . . .

En 1818 se pronunció un incendio en la Maestranza, situada a la sazón en lo que ahora es Academia Militar. Este incendio, se dijo entonces, había sido intencional, con el objeto de atribuirlo a los godos, americanos y españoles residentes en Santiago, consiguiendo así la doble ventaja de atraer sobre ellos el odio público y hacerlos pagar los perjuicios superabundantemente, pues la cosa en sí fue muy insignificante.

Unas palabras que oímos en los momentos del incendio, que fue de día, al fraile Beltrán, que había cambiado su hábito de franciscano por la casaca de artillero, y que era jefe de la Maestranza, nos dieron más tarde más luz sobre el suceso.

Conversaba con unas señoras frente al Carmen Alto. Al despedirse les dijo: "¡Ya yo sé quién ha de pagar esto!" Un incendio igual había tenido lugar en Mendoza, en vísperas de salir para Chile el ejército de los Andes. No añadiremos sus circunstancias por odiosas y agravantes.

Un año después llegábamos a mediodía a la calle del Estado, y notando muchos grupos de personas que hablaban con grande animación, preguntamos lo que ocurría. Se nos dijo que hacía poco que, pasando por allí el general San Martín, pasaba al mismo tiempo un individuo que no lo saludó, que, averiguando que era español, lo había hecho conducir a un cuartel, atado de las manos a la cola de un caballo.

Si entonces supimos quién era el español, ahora no lo recordamos.

¡Dos o tres años más tarde, sin el valor y energía de nuestro compatriota señor don José Manuel Borgoño, jefe del cuartel de la Merced, en Lima, los innumerables españoles, ancianos casi todos, encerrados allí para ser deportados a Chile, es probable hubieran dado entonces al populacho furioso el espectáculo que más tarde han dado los Gutiérrez, en ese mismo pueblo!

Podríamos referir otros hechos que eran en nuestra niñez contados minuciosamente por todo el mundo, sobre todo algunos de ellos que gozaban de gran celebridad, y que manifiestan la más completa inseguridad para la vida y propiedad de los vecinos de la capital. Aun referiremos un suceso que hizo gran ruido por las personas que en él tuvieron parte, y sobre todo por su desenlace.

*

Una noche de verano, en 1811, entre diez y once de la noche, estábamos entretenidos con otros niños de nuestra edad, en la calle de Santo Domingo, una cuadra al oriente de la iglesia. La luna alumbraba como de día. De repente nos sorprendió un gran ruido de caballos **herrados** (cosa rara entonces) que venían a todo escape del lado del río, por la calle de San Antonio. No tuvimos más tiempo que el necesario para guarecernos en el hueco de la esquina de la casa del señor don Vicente Ovalle, que es ahora del señor don Luis Alcalde.

Un instante después, y habiendo resbalado en la losa un caballo, al querer hacerlo cambiar de dirección al orien-

te, cayó el jinete a nuestros pies dándose un tremendo golpe. Apenas se vio en el suelo, abandonó el caballo y corrió en dirección a la casa antedicha. Casi al mismo tiempo llegaban dos jóvenes oficiales que lo seguían muy de cerca y que, al ver el caballo solo, nos preguntaron: "¿Dónde ha entrado **ese picarón**?" En coro contestamos: "En esta casa", señalando la del señor Ovalle.

Se desmontaron, nos encargaron el cuidado de los caballos, y, entrando en la casa indicada, encontraron al que buscaban, tras la puerta de un cuarto del primer patio.

Lo hicieron salir, conduciéndolo a pie al cuartel de San Diego, según se supo al otro día, pero sin decirle ninguna palabra injuriosa. A una señora que acudió al ruido del suceso la llenaron de satisfacciones, a lo que contestó, lo recordamos: "Hagan ustedes su deber".

Al otro día se supo también que el sujeto perseguido formaba parte de un grupo situado en la plazuela de la Recoleta Franciscana, en acecho de aquellos dos caballeros que frecuentaban una casa en esas inmediaciones. Los del grupo, viéndose embestidos por dos oficiales resueltamente, tomaron distintas direcciones, pero ellos se dirigieron contra el que enderezó por el lado del río, próximo al puente de madera, y que es el mismo a quien tomaron prisionero.

Pocos días después, se supo que éste había sido fusilado con gran solemnidad, pero **con pólvora** . . . No necesitamos para nuestra narración decir cómo se llamaba esta persona, que más tarde alcanzó los más altos grados en nuestro ejército, del que fue un buen servidor.

En cuanto a los otros dos actores, más de un lector sabe ya o ha sospechado que eran Juan José y Luis Carrera.

Al preso se le halló desarmado; pero algún tiempo después, al sacudir el cuarto donde se ocultó, se encontró bajo una tarima un gran trabuco . . .

*

San Bruno, años de 1815 y 1816, había dado a lo que entonces podía llamarse policía de seguridad, esa forma odiosa y a veces burlona que ha pasado con horror hasta estos tiempos, sin que para esto hubiera ni siquiera disculpa, pues es sabido que, en los dos años cuatro meses transcurridos desde el descalabro de Rancagua hasta la victoria de Chacabuco, el país en toda su extensión se mantuvo en la más completa sumisión al rey de España, sin que la historia tenga que mencionar ni el más ligero síntoma de trastorno.

Un hecho, entre otros, confirma lo que decimos. Cuando dos o tres días después de la batalla de Rancagua entraron a Santiago las primeras tropas realistas, apareció la ciudad completamente adornada con la bandera española. Estas banderas eran flamantes, pues antes de 1810 no había costumbre de usarlas con generalidad. Agréguese a esto que en esos días, como es natural, el comercio estuvo completamente cerrado . . . Claro es, pues, que con nuestra **conocida prudencia,** tales banderas estaban listas, pero guardadas, para cuando llegase el caso . . . Nuestros lectores, por lo demás, no extrañarán esta previsión cuando sepan que el día de la batalla de Maipo el ejército de Osorio recibió de regalo pan **ca-**

liente, mientras el nuestro no lo tuvo ni **frío** . . .

Es probable, por otra parte, que los 400 patriotas, **mal contados,** que el 18 de septiembre de 1810 se reunieron en el consulado para testificar **de nuevo** su **obediencia** a nuestro **amado** Fernando no sospechaban que, veinte años después, un decreto declararía ese día **el único** en que se compendiarían todas las glorias de Chile.

Y tanto menos lo sospecharían que muchos de ellos, seis años más tarde, pedían perdón desde Juan Fernández, en un documento público, al rey de España, por sus extravíos . . .

Don Diego Portales, autor de esta innovación, por odio al militarismo, no calculó que la tiranía trapacera y enredista de la toga haría recordar con pena el despotismo franco y glorioso del sable.

Los chilenos no pueden repetir las palabras vanidosas de Cicerón: **Cedant arma togoe.**

¡Pobre 12 de febrero, pobre 5 de abril, que nos disteis patria e independencia: inclinaos ante el **godo** 18 de septiembre, que no nos dio nada!

En los días de la entrada de los españoles hubo iluminación general.

La base de las luminarias era un elemento que tenía bien poca analogía con ellas: el barro o más bien el lodo.

Había para esto dos sistemas: el primero usado por las casas acomodadas. Este consistía en cuatro o seis palmetas de madera clavadas en la pared en una altura conveniente. En la parte redonda de esta palmeta se ponía una pelota de cieno, y en ella se enterraba la vela de sebo, de las de a cuatro por medio.

El otro modo, el más común, era pegar en la pared tantas pelotas de barro como luces debían ponerse.

En algunas casas de lujo se ponía en la palmeta un canuto de lata. Esto, por supuesto, era poco común.

La clase de acequias de entonces, que corrían por el centro de las calles, proporcionaba todo el lodo necesario para estas operaciones.

Estas se repetían cada vez que había luminarias, y lo alto de las paredes, tanto por el barro como por el humo de las velas, estaba siempre negro.

El estado de las paredes lo calcularán nuestros lectores teniendo presente que entonces no había obligación de blanquearlas.

La orden que ahora se da anualmente con este objeto sólo data del año 30 ó 31.

*

San Bruno era un hombre de valor. Se le encontraba en las altas horas de la noche en los barrios más apartados de la ciudad, sin más acompañamiento que un soldado armado de bayoneta a más de media cuadra de distancia. No era extraordinario encontrarlo solo, con su gran sable con vaina de hierro, el primero que nos parece haber visto antes de que llegara a Chile el célebre regimiento de granaderos a caballo del ejército de San Martín.

A veces no temía arriesgarse solo, como en el caso siguiente, que hemos oído varias veces a la misma persona a quien vamos a referirnos.

Sin contar muchos años, algunos de nuestros lectores habrán visto un vehículo que ya no está en uso y que se llamaba **carretón.** Este servía para transportar a las familias que tenían

quintas inmediatas, y para toda clase de paseos. No tenía sopandas, y, por consiguiente, no era muy suave. Los carros de los grandes triunfadores romanos tampoco las tuvieron.

Ordinariamente, el carretón estaba en el zaguán o en el primer patio de la casa. Este lugar ocupaba el que había en casa de las señoras Guzmán, calle de Santo Domingo. Era familia de patriotas, como la del frente, del señor Ovalle, de que hemos hablado antes.

Don José Urriola, hermano del coronel don Pedro, muerto en la revolución del 20 de abril de 1851, que aún era seglar, salía una noche de la casa de las señoras Guzmán, sin sombrero y dirigiéndose a la del frente, donde vivía su hermana doña Pabla, esposa del señor Ovalle. Al llegar al medio del patio de la casa de las señoras Guzmán, advirtió que salía del carretón precipitadamente un hombre de levita y sombrero redondo, llamándolo repetidas veces:

—¡Señor don Pedro, señor don Pedro!

—Yo no soy don Pedro.

—¿Quién es usted?

—Soy José Urriola.

—¿Y su hermano?

—Hace dos años que no sabemos de él.

—¿Dónde está?

—Creo que en Mendoza . . .

Esto pasaba en un patio completamente oscuro y sin un solo testigo. En seguida San Bruno acompañó al señor Urriola hasta la puerta del señor Ovalle en conversación amistosa, despidiéndose en seguida con mucha cortesía.

*

La luz, que parece ser un gran elemento de orden, a veces lo es de tiranía. Tan a pechos han tomado esta máxima algunos Gobiernos, que nosotros hemos visto en 1859 a uno de ellos encender el gas en noche de luna, por temores de revolución. Pero los Gobiernos de aquellos tiempos no ocurrían a este expediente, muy recomendado por Maquiavelo, probablemente por la proverbial mansedumbre de los chilenos.

A las siete de la noche en invierno, y a las ocho en verano, no había más luz en toda la ciudad que los poquísimos faroles, sucios siempre, en las calles de que hemos hablado antes, y los que pertenecían a los conventos, que no eran más aseados. A las diez, pero infaliblemente a las once, toda luz había desaparecido.

En 1829, apenas pasada la medianoche, nos encontrábamos en una casa situada a poco más de tres cuadras al poniente de la iglesia de Santo Domingo. Al asomarnos a la calle con otros amigos para retirarnos, no divisamos una sola luz en toda la extensión que abarcaba nuestra vista. Empezaba a llover, y por todos estos motivos se creyó una temeridad nuestra resolución de dirigirnos solos a nuestra casa. Para nosotros, la verdadera temeridad consistía en dormir en casa ajena, en la alfombra del salón, sin más abrigo que la compañía de doce o quince individuos que estaban resueltos a no recogerse a sus casas.

Nuestra primera operación al emprender la marcha fue tomar el medio de la calle, cerrar el paraguas y llevarlo horizontalmente para cerciorarnos cuando pudiéramos encontrarnos con algún obstáculo en nuestro camino.

Era tan densa la oscuridad, que el único medio por el cual conocíamos que habíamos llegado a una bocacalle era el viento Norte, que soplaba, lo que nos servía para contar las cuadras que habíamos andado.

Al llegar a la bocacalle llamábamos: "¡Sereno!", tres o cuatro veces consecutivas, sin que jamás se nos contestara una palabra.

*

Había algunas calles que gozaban de gran reputación por su soledad. Al hacer esta observación no nos referimos a los barrios apartados del centro de la población: hablamos de calles muy inmediatas a la plaza principal. La de San Antonio, que está a una cuadra al oriente de la misma plaza, se encontraba en este caso; pero sobre todo la que corre de la plazuela de San Agustín hasta la del Teatro Municipal, era aterrante hasta por su nombre —calle de **La Muerte**—, con alusión, según recordamos, a un esqueleto de madera que la representaba y que los padres agustinos guardaban no muy oculto en un cuarto del convento que tenía ventana a la calle.

No había en toda esa cuadra un solo habitante, y por gran rareza se solía alquilar alguna de las varias cocheras que había en ella.

La Cámara de Diputados se reunía, en 1847, en el lugar en que ahora está el Teatro Municipal, y con este motivo pasaban por esa calle los Diputados. Nadie ignora que un famoso asesino estuvo muchas noches en acecho del señor Manuel Cifuentes en una de esas cocheras, para la que se había proporcionado una llave; pero se libró aquel caballero por haber pasado, sin la menor sospecha, siempre acompañado. Al respetable señor Fernando Lazcano, Diputado también en ese entonces, le hemos oído decir que, al pasar por allí algunas noches, había visto al asesino, pero sin sospechar ni remotamente sus intenciones.

Más tarde consumó su crimen en la misma casa del señor Cifuentes, pero lo pagó en el patíbulo.

Las personas acomodadas se hacían preceder por un criado armado de un farol. Las que lo eran menos, los hombres sobre todo, llevaban linternas que les prestaban el servicio de advertir a los ladrones **dónde** y **cuándo** debían embestirles.

En una de estas mismas cocheras había, el año de 1810, en vísperas de la revolución, un carpintero llamado Trigueros. Esta cochera pertenecía a la casa del señor don José Antonio Rojas, el más antiguo conspirador de Chile, pues había hecho o tratado de hacer su primer ensayo en 1780.

Los Clodios y Catilinas de peluca y calzón corto, por exceso de precaución, tenían sus conciliábulos en lo más apartado de aquella casa, que es ahora de don Domingo Ugarte, recién edificada en la plazuela del Teatro Municipal.

El cuarto en que se reunían estaba pared o tabique de por medio con la carpintería.

Carrasco tuvo noticia, no sólo de estas reuniones secretas, sino también de lo que se trataba en ellas. Esto lo decidió a tomar presos a tres de los principales concurrentes, lo que dio origen, no sabemos con qué datos, a que el denuncio se atribuyera a Trigueros.

Diez o doce años más tarde lo cono-

cimos de tendero y con el apellido de Solar, que servía de diversión a sus viejos conocidos. Estos y el antiguo carpintero no sospechaban que este cambio de apellido lo emparentaba nada menos que con uno de los papas de más rancia nobleza, y con el duque de Valentinois, el discípulo más **aprovechado** de Maquiavelo.

Los que hemos conocido aquellas épocas no nos quejamos del actual alumbrado, como a veces, sin razón, se critica el de ahora, llevando estas quejas hasta la ridiculez.

Un día llegábamos a la imprenta de Julio Belin, donde, en 1852, se publicaba "**La República**". El cronista, que era un señor Frías, nos preguntó si habíamos visto en la noche anterior algún farol que diera mala luz. Contestamos que no nos habíamos fijado. "No importa —replicó—, estoy escribiendo contra el alumbrado, y algún farol ha de haber estado malo anoche."

Recordamos ahora que aún nada hemos dicho acerca del estado de la prensa periódica en la época a que nos hemos referido. Personas más autorizadas que nosotros lo han hecho ya, y no somos tan temerarios que nos internemos en este terreno. Referiremos un hecho característico que dice más que muchas páginas, y del que hemos hablado hace muchos años en "**El Diario de Santiago**".

En el año 1821 apareció en las esquinas de la ciudad un cartel en el que, después de citar un artículo constitucional que parecía garantir la libertad de imprenta, se anunciaba "**El Independiente**".

Días después salió el periódico, y, según recordamos, se reducía a pedir algunas modestas reformas y la reunión de un Congreso. Todo ello con suma moderación.

El mismo día fue conducido a la cárcel el autor del periódico, que, según se dijo, era un sueco.

En seguida se presentó en la prisión un edecán del Gobierno, y después de saber de boca del preso que él era el autor, le dijo:

—¿Podrá usted escribirlo de nuevo?

—Sí, señor.

—¿Qué necesita usted?

—Tintero, papel y una botella de ron.

Todo le fue entregado al momento, y, según el señor edecán, el periódico fue redactado entero, y con una que otra diferencia insignificante.

Esto, sin embargo, no libró al sueco de que se le hiciera salir de Chile, sin que hasta ahora se haya sabido para dónde. El Gobierno sospechaba de otras personas, pero nada pudo sacar en limpio.

A la publicidad de este negocio se añade para nosotros haberlo oído referir al mismo comisionado, el comandante de prisioneros don Domingo Arteaga, edecán del Gobierno.

Suplicamos a nuestros lectores guarden su admiración, tanto sobre este hecho como sobre otros de que hemos hablado, para cuando, más adelante, pongamos a su vista la conducta de ciertos Gobiernos posteriores, bautizados como adelantados y liberales, y juzguen comparando **las épocas y las circunstancias** . . .

*

Hemos referido antes lo que se hizo el año de 1821 con un extranjero que se atrevió a escribir sobre congresos y reformas.

Durante los tres años del Gobierno del general Freire las cosas cambiaron favorablemente, y pudo escribirse con libertad.

Nuestro amigo don Bernardo Alzedo, muy apreciado del señor don José Miguel Infante, y ahora residente en Lima, nos refirió varias veces lo siguiente, contado por Infante:

Estaba una vez de visita en palacio, y un sujeto, muy amigo de Freire, le dijo: "¿Hasta cuándo sufre V. E. que se le ultraje por la prensa de un modo tan villano?" Contestó el Director: "Agradezco a usted, señor don N., el interés que manifiesta por mí; pero yo no puedo tomar ninguna medida, porque si hay razón para que se me insulte, sería una ruindad vengarme; si no hay motivo, el público me hará justicia".

Añadía Infante: "Si no hubieran estado presentes tantos adulones, me habría levantado de mi asiento y le habría dado un abrazo".

No son éstas las únicas palabras que podríamos citar del general Freire en que se manifiesta su buen sentido y su liberalismo de buena ley. Recordamos una contestación que, por su oportunidad y laconismo, no desmerece colocarse al lado de algunas que nos ha transmitido la historia, que no la valen.

En 1825 se había declarado cierta odiosidad contra el ejército en el partido liberal, en que no se omitía ninguna clase de injurias contra ciertos jefes.

En algunas sesiones del Congreso se trató de algo parecido a la supresión del ejército, y alguien preguntó qué harían esos hombres con la disminución o supresión de sus sueldos. Don Carlos Rodríguez, que estaba a la cabeza de aquella cruzada, contestó: **"¡Que vayan a sembrar papas!"**

Estas palabras, aunque con distintas interpretaciones, hicieron fortuna.

A fines de ese mismo año tuvo lugar la última expedición a Chiloé.

La antevíspera de la batalla decisiva marchaba toda la infantería del ejército en dirección de los puntos esenciales del enemigo. El camino era fragosísimo, y en algunos puntos nos enterrábamos en el barro hasta la rodilla.

Llegamos a mediodía a un lugar menos montañoso y sombrío, haciendo en él un corto descanso.

Al llegar el general Freire a este lugar, el coronel Rondizzoni (jefe de nuestro batallón, y uno de los más injuriados por los liberales), le dirigió, desde alguna distancia, estas palabras: "¿Qué tal camino, señor?" **"¡Bueno para sembrar papas, coronel!"**

En tiempo del sucesor de Freire, el general Pinto, y a principios de su Gobierno, se cometió un atentado contra la libertad de imprenta, que no le va en zaga a lo que seis años antes se había hecho con el suceso de "**El Independiente**".

Otro extranjero, M. Chapuis, francés de nacimiento y escritor de "**El Verdadero Liberal**", publicó un artículo sobre un motín que había tenido lugar en Talca, encabezado por un sargento y un cabo, dando en cierto modo la razón a los amotinados.

De resultas de este artículo, fue preso e incomunicado **de orden del Gobierno**. Fue juzgado el periódico en seguida; pero no se puso en libertad al escritor, a pesar de haber sido absuelto, hasta después de haberle hecho sufrir cinco o seis días de prisión.

Este fue el primer atentado cometido por aquel Gobierno, que la pasión o la mala fe han querido hacer pasar a la

historia como el tipo de los Gobiernos liberales de nuestro país. Ya lo iremos conociendo **por sus obras.**

*

Poco después se sublevaron en San Fernando el diminuto Batallón Nº 6 y un escuadrón o regimiento que no llegaba a 200 hombres, encabezados por el coronel don Pedro Urriola, y, como segundo jefe, por el comandante de aquel batallón, don José Antonio Vidaurre, posteriormente jefe de la revolución de Quillota.

El Presidente Pinto salió al encuentro de Urriola con triples fuerzas, la mayor parte de guardias nacionales. La refriega no duró diez minutos, y el Presidente y su ejército fueron completamente deshechos, dejando el camino, desde las Tres Acequias hasta Santiago, sembrado de fusiles, corazas y morriones de acero, de los coraceros que formaban la escolta del Presidente. De éste se dijo, no lo vimos nosotros, que había llegado a palacio sin sombrero, a las cuatro de la tarde.

Esa misma noche, la división de Urriola (400 hombres) tomó cuarteles en la Maestranza, y, lo que pinta la época, una hora más tarde los oficiales de ambos ejércitos se encontraban cenando en el Café de la Nación (lo presenciamos), contándose sus percances recíprocos, con gran algazara y alegría. La frecuencia quizás de los motines y revoluciones, y la idea de que el que un día era vencedor podría ser vencido al siguiente, había introducido esa tolerancia mutua, increíble ahora.

Nadie dijo una palabra acerba. Sólo al despedirse Asagra, jefe de uno de los batallones vencidos, dijo en alta voz: "¡Hasta mañana, caballeros!"

Por entonces, a lo menos, habían pasado los tiempos en que algunos parásitos de Gobiernos anteriores habían tratado de hacer del odio una virtud militar, si no republicana. Cuando fue capturada la fragata "María Isabel", se inventó la odiosa calumnia de que, por unos papeles encontrados en ese buque, se había descubierto que don José Miguel Carrera había estado pocos años antes en correspondencia con los agentes del rey de España. Ninguno de los tres autores de esta trama era chileno.

En la noche del día en que ella circuló, dictó el comandante de armas el **santo** siguiente para el jefe de día y para los cuerpos de guardia: **¡Los carrerinos son peores que los godos!**

*

Uno o dos días después de la derrota del Presidente Pinto se publicaba un bando en la Plaza de Armas, en que los vencedores daban a reconocer, no recordamos bajo qué título, jefe de la nación a don José Miguel Infante.

Este bando, que el Presidente legal oía desde los altos de **Las Cajas,** era arrancado de las esquinas por los amigos del Gobierno apenas era fijado.

La revolución cayó de por sí por falta de apoyo, y todo quedó como antes.

*

Al día siguiente, a mediodía, el mayor Quezada pasaba en dirección a la cárcel por la botica del señor Bustillos (donde estábamos), conduciendo a don Aniceto Padilla de casa del señor Infante, donde estaba de visita.

Este sujeto, desconocido de nuestros contemporáneos, ha tenido, sin embargo, una parte importante en algunos acontecimientos considerables de nuestro país, por lo menos en aquellos en que influyó el señor Infante.

Era natural de Cochabamba y muy relacionado con los jefes de la revolución argentina. Había venido a Chile muy en principios de nuestra revolución, y volvió en el tercer decenio del siglo. Se alababa del predominio que ejercía sobre Infante; y era la verdad, hasta el extremo de que cuando el señor Infante hablaba en la Cámara, Padilla, desde la barra, gesticulaba y accionaba, llegando el caso, que presenciamos, de que cuando don José Miguel no encontraba en sus discursos la palabra precisa, Padilla la decía en voz baja, haciendo reír a los que estaban cerca.

Se encontraba en Buenos Aires al tiempo de la primera invasión inglesa, en 1806. En la dispersión que sufrió el ejército inglés, Padilla ocultó a un general o jefe de alta graduación de ese ejército. Esto le valió una pensión vitalicia de parte del Gobierno inglés o de la familia de aquel jefe.

Esta circunstancia le hizo emprender un viaje a Inglaterra dos años más tarde. Entonces se dijo que llevaba el encargo de ofrecer a Dumouriez, emigrado en Inglaterra, un mando en el ejército argentino.

El delito que ocasionó la prisión de Padilla consistía en que, siendo consejero del señor Infante, **debía** haber tenido su parte en esa revolución en que se consideró cómplice a ese caballero.

Sin seguirle causa ni tomarle declaración alguna, se le hizo salir de Chile, sin que entonces ni después se haya sabido con seguridad para dónde, exactamente como se hizo con el sueco de marras. Con una diferencia, sin embargo, en contra del Gobierno liberal: y es que, en tiempo del general O'Higgins, en que tuvo efecto esa arbitrariedad, año 21, el ejército realista ocupaba una buena parte del territorio chileno, y que en ese mismo tiempo don José Miguel Carrera se dirigía a Chile con éxito favorable hasta entonces, pues su último descalabro no tuvo lugar hasta tres meses después de la publicación de "**El Independiente**".

Tan notorio era el influjo poderoso de Padilla sobre don José Miguel Infante, que "**El Hambriento**", periódico de esa época, publicaba en una letanía, entre otras estrofas, ésta:

> **De un** cuico **el más detestado,**
> **que su ruin asociación**
> **ha minado la opinión**
> **de un chileno magistrado,**
> **que en el país no ha figurado,**
> **y todos saben por qué.**
> **Libera nos, Domine!**

No era el señor Infante, por otra parte, el único de nuestros hombres públicos que se inspiraba en consejos de extranjeros. Podríamos citar otros, pero sólo lo haremos con el doctor Rozas, quien, era cosa sabida, tenía por consejero a un **yankee**, a quien no conocimos ni de vista, que se llamaba Mr. Procopio, comerciante muy dado a la política.

Esto explica las ideas muy avanzadas en estas materias que de palabra y por escrito manifestaba el señor Rozas y que sorprendían a sus contemporáneos.

Una sola vez vimos al señor Rozas, probablemente en vísperas de salir para su destierro a Mendoza, de donde no volvió. Salía de Santo Domingo una mañana y se dirigía a casa de don Manuel Salas. Llevaba grandes zuecos de palo, media blanca de algodón, calzón corto, capa parda y sombrero de tres picos, atravesado a lo Napoleón. Nos pareció de un feo algo subido.

CAPITULO IX

COSTUMBRES DE LA EPOCA

LAS **GUERRAS de piedra** de un barrio a otro, de una calle con la vecina, eran la cosa más corriente del mundo. Pero el verdadero campo de batalla, o más bien, la Italia de los siglos XV y XVI, era la caja del Mapocho, adonde acudían combatientes de todos los barrios, prefiriendo el espacio comprendido desde donde ahora está el puente de la Purísima hasta dos o tres cuadras más abajo del de Calicanto, es decir, una extensión de una milla de oriente a poniente.

En tan largo trecho jamás faltaban **guerreros** de uno y otro lado del río, entre **chimberos** y **santiaguinos.** Los días festivos esto no podía faltar, y gran parte de la población del sur del río, por afición o necesidad, acudía a esas batallas, estando allí, hasta algo entrado el tercer decenio de este siglo, el único paseo público de Santiago, el **Tajamar**.

A esta circunstancia se agregaba la comodidad que proporcionaba el malecón, desde cuya altura se veía la batalla sin el menor peligro, mientras los chimberos no vencían a los santiaguinos; cosa rara, porque las fuerzas de estos últimos eran siempre superiores, como lo era su población.

Las grandes batallas eran siempre los días festivos en la tarde, y éste era otro aliciente más para los paseantes.

La línea divisoria de ambos ejércitos era el río, del cual se prefería la parte más angosta, tanto para alcanzar a herir al enemigo con menos esfuerzos como para pasarlo, en caso necesario, en su persecución. Esta última circunstancia era sólo favorable a los santiaguinos, que, llegando casi siempre hasta los ranchos situados en el río, y encontrándolos abandonados, saqueaban como vencedores esos ranchos, escapando sólo aquellos cuyos dueños eran mujeres indefensas.

Estos saqueos no eran precisamente por robar, pues ya se sabe lo que en un rancho puede tentar la codicia, sino por imitar la guerra en todos sus pormenores, y, más que todo, por el instinto de hacer daño, inherente a los niños.

Los santiaguinos no corrían este peligro, porque la clase de edificios, al

sur del río, no se prestaba al saqueo, y principalmente porque el gran número de curiosos lo habría impedido.

*

Las calles del centro también eran teatro de estos combates. Había una sobre todo en que a veces se improvisaban estas batallas a cualquier hora del día y aun de noche. Esta calle era la de San Antonio, en la cuadra que está entre la de las Monjitas y la de Santo Domingo. Era preferida por una circunstancia muy favorable: en toda ella no había un solo habitante. El lado oriente no tenía más que una o dos ventanas de la casa de don Antonio Sol, en la calle de las Monjitas, que ahora pertenece a don Nicolás Larraín y Aguirre, y en el resto de la cuadra sucedía otro tanto con la casa de las señoras Guzmán. El lado del poniente lo ocupaba en toda su extensión la pared del convento de las Monjitas.

En este barrio vivimos desde 1806 hasta 1824, es decir, casi desde que nacimos. Por consiguiente, hicimos todas esas campañas hasta 1818, en que casi concluyeron por completo, entre las dos calles mencionadas.

De esos rudos combates conservamos la cicatriz de una herida que recibimos en la que entonces era nuestra frente; pues, como aquel antiguo persa, que no tenía más vestido como el de la Susana de la Exposición, decía que **todo su cuerpo era cara,** nosotros tenemos ahora una cabeza que casi es toda frente.

Aquellos combates infundían tal temor a los transeúntes de ambas calles, de Santo Domingo y Monjitas, que para pasar a la cuadra siguiente tenían que esperar el momento en que hubiera menos piedras en el aire, y, aun en ese caso, lo hacían a todo correr, sin que esta precaución los librara siempre de una pedrada.

*

Tenía esto lugar a una cuadra de la plaza principal, donde había tres cuerpos de guardia; en la cárcel, el más inmediato; los otros dos, en **Las Cajas** (ahora el Correo) y en el palacio presidencial esquina del Poniente. **La guerra de piedras,** según nuestra cuenta, empezó, o por lo menos tomó ese grado de encarnizamiento, el año de 1813, al mismo tiempo que principiaba la de la Independencia, y desapareció, en gran parte, de las calles del centro de la ciudad el año de 1817. En el río continuó aún hasta muchos años después.

Este hecho solo bastaría a probar la ausencia completa de policía de seguridad. Si ninguna medida se tomaba para reprimir a niños que en su mayor parte apenas tenían 12 años de edad, ¿qué podría hacerse cuando estos desórdenes eran ocasionados por hombres, y sobre todo por los mismos soldados de línea?

*

En los últimos meses de 1816 tenían lugar tremendas refriegas entre los batallones Talavera y Valdivia. Este último se componía en su totalidad de chilenos del Sur de la república; el otro, con excepción de **dos** soldados chilenos, era todo de españoles. Estos, que eran los pretorianos de Osorio y Marcó, jamás salían a la calle sin llevar colga-

da al costado la bayoneta de su fusil, en tanto que a todo el resto del ejército le era prohibido cargar arma alguna fuera de formación, exceptuando la oficialidad, que usaba espada. De esta desigualdad provino que, cuando estos dos batallones se hicieron enemigos, los valdivianos acudieron a la piedra, que, como chilenos, manejaban con ventaja.

Había en La Chimba, a inmediaciones del cerro de San Cristóbal, una especie de chingana de **ño Plaza**, de gran capacidad, a donde los días de fiesta acudía el pueblo, atraído por las buenas aceitunas y su indispensable compañera, la chicha.

Allí se encontraban en esos días los soldados de ambos batallones, que, al retirarse, armaban la refriega. El pueblo, como era natural, se unía al Batallón Valdivia, compuesto, como hemos dicho, de chilenos. El éxito no era dudoso; la piedra triunfaba de la bayoneta, y los talaveras eran perseguidos desde aquel barrio apartado hasta inmediaciones de su cuartel, situado en la calle de la Catedral, en el patio del antiguo Instituto.

Este escándalo en el ejército realista lo vimos renovarse dos o tres años después en dos batallones, el 7º y el 8º, del ejército argentino. Ambos habían sido formados en su mayor parte en Buenos Aires, y el resto en San Juan y Mendoza. En su totalidad se componían de negros africanos o criollos de esas provincias.

*

Siempre, y en todas partes, a las tropas que se mantienen largo tiempo en guarnición, sobre todo en las capitales, donde naturalmente son más atendidas, se las mira con odio y desprecio por las que, al mismo tiempo, sufren las fatigas y riesgos de la guerra. Se ha observado a más que esas tropas, en tal condición, al cabo de algún tiempo principian por perder el valor y concluyen por ser infieles a sus protectores. La historia abunda en pruebas de lo que decimos.

Durante los dos años seis meses que permaneció en Chile el ejército argentino, el Batallón Nº 3 sólo se alejó de Santiago el corto tiempo que pasó en el campamento de las Tablas, antes de dirigirse al Sur; según nuestros recuerdos, no pasó de tres meses cumplidos cuando fue a la batalla de Maipo. En seguida volvió a la capital, donde permaneció hasta el año de 1820, en que se reunió con el ejército expedicionario que marchó al Perú el 20 de agosto.

El Batallón Nº 7, que, después de Chacabuco, había hecho una larga y penosa campaña en el Sur; que había visto diezmadas sus filas en el asalto de Talcahuano, y que, a mayor abundamiento, había sido rechazado con el Nº 8 por el solo Batallón Burgos, hasta volver caras en Maipo (de cuyo descalabro culpaba al Nº 8), dio principio a sus provocaciones, llamando a sus compañeros, con su pronunciación africana: **¡poyelulo!** (pollerudos), comparándolos con las mujeres.

En estas refriegas volvió a tomar parte el pueblo, dejándose dirigir por ambos combatientes en sentido contrario. Tales proporciones llegaron a tomar estos combates que tenían lugar siempre en el **Basural**, ahora Plaza de Abastos, que fue preciso, los días de fiesta sobre todo, mantener sobre las

armas al Batallón Nº 2 de guardias nacionales, cuyo cuartel estaba allí mismo, para dispersar a los combatientes.

Aquellos dos batallones, de los que se formó más tarde en el Perú el regimiento del Río de la Plata, enemigos en Chile, se unieron, cuatro o cinco años más tarde, para cometer la insigne traición de entregar las fortalezas del Callao, que les estaban confiadas, a los jefes realistas y ponerse bajo sus órdenes. Nos complacemos en declarar que en este acto vil no tuvo parte ningún oficial, habiendo sido todos ellos encerrados con tiempo por los amotinados, dirigidos por el sargento Moyano, tambor mayor del Batallón Nº 8, cuya fisonomía, que aún recordamos, estaba marcada con el sello de Judas, por medio de un horroroso chirlo que le atravesaba todo un lado de la cara.

Una sola voz protestó de este crimen, y ésta fue la del **africano Falucho**, soldado de cazadores del mismo cuerpo, a quien siempre habíamos visto jugando a las **chapitas** con los niños de Santiago. Con su estatura de poco más de cuatro pies, su gorra sujeta más bien de la oreja izquierda que de la cabeza, se atrevió a desafiar a sus camaradas de Chacabuco y Maipo, llamándolos repetidas veces **traidores**, y concluyendo por hacer astillas su fusil contra una piedra. ¡Los traidores lo fusilaron!

El general Mitre hace **argentino** a Falucho, fundado en llamarse Antonio Ruiz, que, sin duda, era el apellido de sus amos. Falucho era negro **mula**.

El ejemplo de estas traiciones, imitadas por **los negros**, había sido iniciado antes por **los blancos**, jefes algunos de ellos. Entre éstos hubo algunos que habían cambiado de bandera **cuatro** veces. Así se iniciaba la independencia del Perú.

*

Nada diremos de cómo era tratada la propiedad en esos tiempos. Parece que se profesaba el principio, no muy nuevo, de que el enemigo debía costear los gastos de guerra que se le hacía, y ya puede calcularse a qué punto se puede llegar con tal sistema.

Se había inventado un nuevo delito, **enterrar** su dinero o sus alhajas; como era natural, este delito se hizo endémico, y el Gobierno era asediado por innumerables denuncios de este género.

Estos **entierros** eran generalmente efectuados en casa ajena, a veces en despoblado, y no era raro que el dueño del entierro fuera a parar a la cárcel, después de perderlo . . .

En 1818, antes de la batalla de Maipo, tomó esta precaución grandes proporciones entre los españoles pudientes. Teníamos a la sazón poco más de quince años y ya cargábamos nuestro fusil en el Batallón Nº 2 de guardias nacionales. Un día que estábamos de guardia en **Las Cajas**, vimos a un oficial, ya entrado en años, en grandes trajines con unos talegos de dinero. Teníamos amistad con él, y le preguntamos qué era aquello. Nos contestó con rabia: "Plata del godo Alzérreca que hemos desenterrado en un rancho del río".

Algunos años más tarde, recordándole aquel suceso, nos decía aún de mal humor: "Ese viejo Valderrama, con sus escrúpulos de beata, con quien me comisionó el Gobierno para hacer desenterrar la plata, tuvo la culpa de que no

nos quedaran mil pesos a cada uno, como se lo propuse, de los ocho mil del entierro, que estaba en pesos fuertes. Yo apenas **agarré** cien pesos, echándome veinticinco en cada bolsillo del chaleco y los calzones".

Entonces también se descubrió en cierta oficina un medio de hacer pagar una contribución a los que tenían que recibir dinero del Gobierno.

Este medio consistía en haber rodeado de una alforza cosida en el interior, por la orilla de abajo, esa especie de bolsa (antes de género, hoy de metal) en que cae el dinero para pasar a la que lo recibe. De este modo, una parte de ese dinero, en lugar de caer a la bolsa del acreedor, quedaba en la mencionada alforza, pasando en seguida al bolsillo de los autores del invento.

❋

En esos tiempos, notablemente entre los años de 1817 y 1820, en que la guerra debía ser la atención preferente del Gobierno, no era posible ejercer una vigilancia permanente y eficaz en materia de secuestros, contribuciones forzosas y extraordinarias. De manera, pues, que la mala fe y la falta de honradez podían contar con la más completa impunidad. Un hecho muy conocido entonces confirma lo que decimos.

De la casa del español Chopitea, situada en la calle de la Catedral, a dos cuadras y media de **Las Cajas**, y ocupada hoy por el señor don Fernando Errázuriz, salieron un día dieciocho carretas cargadas de efectos **secuestrados**, con dirección a **Las Cajas**. Llegaron a su destino **dos**; las **dieciséis** restantes **se extraviaron** . . .

Después oímos decir que, habiendo solicitado el mismo Chopitea pasaporte para el Perú, se le concedió; pero en cambio de la susodicha casa. Ciertos grandes potentados adquirieron notable celebridad por los secuestros con que **corrieron** . . .

El **penitente** era un personaje, casi diríamos un mito, que infundía pavor a los habitantes de la capital. La calle en que se anunciaba un penitente sólo era transitada por las personas de coraje, pues, en ciertos casos, para la gente ilustrada no era otra cosa el penitente que un ladrón disfrazado.

Su arma **visible** era la disciplina, de que se servía para azotarse las espaldas. Nosotros no vimos jamás ningún penitente de noche, y creemos que en esto había mucho de cuentos de gente asustadiza. La única vez que vimos uno fue de día, en unas **Tres Horas** muy solemnes que se celebraron en la iglesia de la Estampa en 1820, y que fueron predicadas por el señor Arzobispo don Manuel Vicuña, presbítero entonces.

Este penitente, como todos, llevaba calzoncillos blancos, muy anchos y hasta los talones, camisa muy larga, corona de espinas, pero sólo puesta en la cabeza sin causarle herida alguna, y una disciplina de cordeles, de que no se sirvió, a lo menos durante las **Tres Horas.** Cargaba también una gran cruz de madera.

El penitente no llamó la atención. Toda ella estaba fija en el insigne misionero que, por su voz simpática y robusta y, más que todo, por aquellos ojos en que estaba pintada la humildad y respeto a sus oyentes, se atraía la admiración cariñosa de todo su auditorio.

Los que sólo hayan conocido al santo

obispo, ya entrado en años, por el retrato que corre, se formarán una idea remota de su fisonomía en su mocedad.

*

El **duende** era otro personaje de distinta especie, que, según algunos escritores contemporáneos, especialmente Görres, no es tan inverosímil como se cree generalmente.

El último de que nosotros oímos hablar se manifestó entre los años de 1811 y 1812.

Antes de construirse en la antigua Alameda la Cancha de Gallos y los edificios más al poniente, que principian con la casa y jardín que fueron del señor don Diego Benavente, había un gran espacio en aquella situación, donde hacían ejercicio las tropas. Allí vimos por primera vez al general Blanco, recién llegado a Chile e incorporado a nuestro ejército, año de 1814, con el grado de sargento mayor de artillería. Se ocupaba esa vez en hacer ejercicio de fuego con un mortero, cuyas bombas caían a cierta distancia de ese mismo lugar. Allí también concurría la gente con un objeto muy diferente. Se daban misiones. En ese lugar las dio el célebre padre Silva, después del terremoto de 1822.

La calle de las Monjitas concluye por el oriente en la que atraviesa el cerro de Santa Lucía en dirección al río, que ahora se llama de Tres Montes.

Al principiar la cuadra que sigue al oriente, y pasando la casa de la esquina, se encuentra en seguida la número 34.

En esta casa apareció el último **duende**, que tanto alboroto causó en Santiago en la época que hemos dicho. Vivía en ella el "guarda mayor" de las tiendas, don Francisco González, español desterrado en 1818 a Mendoza, donde murió.

Hizo tal ruido aquel duende, que por espacio a lo menos de veinte días, desde que empezaba a oscurecer, principiaban a reunirse los curiosos en tanto número, que apenas podía contenerlo el inmenso espacio que ahora ocupan los edificios antes mencionados.

La operación esencial de los duendes era arrojar piedras, no tanto a las personas, cuanto a las puertas, ventanas y muebles de las casas que se proponían atacar, buscando siempre el modo de hacer **ruido.**

La casa mencionada, de resultas de esto, se cerraba desde antes de anochecer; lo que daba al asunto cierto grado de certidumbre. Las pedradas en el interior de la casa eran incesantes. El duende se proveía de piedras, sacándolas principalmente del tercer patio de la misma casa. A las inmediaciones había un bodegonero, **ño Chena**, que de cuando en cuando se acercaba a la puerta de calle con un cigarro encendido, diciendo a los que allí estaban: "Voy a poner el cigarro en el agujero de la llave: si hay duende, debe soplar". Efectivamente, cada vez que hacía esta prueba, se veía chispear el cigarro y nadie dudaba de lo concluyente del silogismo de **ño Chena.**

Los dueños de casa, a quienes este hecho llegaba desfigurado, no le daban ningún crédito y creían que era travesura del bodegonero. Estaban en vísperas de desalojar la casa, a pesar de no encontrar quién quisiera arrendarla, cuando sucedió que un ama de leche,

dirigiéndose una noche al segundo patio, vio que otra criada, de quien ya sospechaba, que iba delante de ella y que se creía sola, tiró una pedrada al farol que alumbraba el pasadizo.

Esto lo descubrió todo, y el duende no era nadie más que una criada, ayudada de otra, como subalterna.

El duende, a quien vimos ya viejo una sola vez hace muchos años, murió poco ha en casa del señor don Santiago Portales, convertido en una excelente criada, apreciada por este caballero, como lo merecía por sus buenos servicios.

Si el señor Portales no lee este libro, es seguro que seguirá ignorando que la criada a quien tanto protegió es el duende que hace sesenta años hizo tanto **ruido.**

*

Antes de 1830, la policía de seguridad de Santiago estaba reducida al escaso número de serenos, que, como su nombre lo indica, sólo prestaban sus servicios desde que oscurecía hasta las primeras luces de la mañana.

Los ladrones, a quienes la vigilancia de los serenos impedía ejercer su industria de noche, se guardaban para esa hora, en que las calles quedaban poco menos que solas, no habiendo entonces para qué madrugar, desde que los que se ocupaban en construcciones de casas y otras obras análogas eran en muy corto número, por los pocos trabajos de esta especie.

La escasa dotación y recurso del cuerpo de serenos en esa época la comprenderán nuestros lectores cuando sepan que su punto de reunión y cuartel era un **cuarto redondo,** situado en el lugar que ahora ocupa la casa del señor don Manuel Montt, a inmediaciones del templo de la Merced.

En este cuarto, y más tarde en un pequeño corral del antiguo Teatro de la Universidad, tenía su despacho el comandante de serenos; en él se guardaban las armas, sables, la mayor parte rotos, y quedaban detenidos los delincuentes hasta el siguiente día, en que eran remitidos al juzgado respectivo. Los jefes de este cuerpo eran en ese tiempo los señores Alvarez de Toledo, y Grez más tarde.

*

El servicio, pues, no podía estar en peores condiciones ni en mejores los salteos, robos y asesinatos.

El pórtico de la cárcel era el lugar preferido para depositar los cadáveres de los que morían violentamente, si alguien no se comedía a recogerlos. Los lunes, sobre todo, eran los días en que en aquel sitio aparecían los muertos en mayor número. Recordamos haber visto varias veces hasta **tres** juntos.

Al apreciable joven, amigo nuestro, don N. Fernández Puelma (*), asesinado, según se dijo, en la plazuela de la Merced, se le atravesó en un caballo y, después de cruzar toda la ciudad, se le botó en la Pampilla. De allí se le trajo al día siguiente al pórtico de la cárcel, sin faltarle una sola prenda de su lujoso traje, y sin que a su más que presunto asesino se le molestara en lo menor. El crimen había tenido lugar antes de medianoche.

(*) Era portero de la Corte Suprema y fue asesinado por un español carpintero. (Z.)

Un hecho que hemos mencionado en otra ocasión por la prensa dará una idea cabal del estado de nuestra policía de seguridad en ese tiempo.

En plena Cámara, en 1828, el canónigo argentino don Julián Navarro, diputado por un pueblo del Norte, decía estas palabras, que oímos y que han quedado fijas en nuestra memoria: "**Este año ha habido ochocientos asesinatos en Santiago**". Nadie desplegó sus labios, no diremos para desmentir este hecho increíble, pero ni siquiera para atenuarlo; y es de advertir que esta aseveración se hacía en presencia de gran número de jueces de los tribunales de la capital, que eran diputados a ese Congreso.

*

Esta misma Cámara, si no nos equivocamos, fue la que luego se trasladó a Valparaíso a discutir o más bien a **firmar** la Constitución de 1828, obra exclusiva de don José Joaquín de Mora.

Esta Constitución, tan querida por hombres de cuya sinceridad y honradez nadie duda, ha servido de tema a ciertos liberales falsificados para dirigirle endechas, cuyo objeto a cien leguas se conoce . . .

Dicen que Tácito encomiaba las virtudes de los germanos para echar en cara su corrupción a los romanos. Algunos de nuestros Tácitos, al hablar de Constituciones y Gobiernos anteriores, con tanto elogio, descubren intenciones idénticas a las del progenitor de Maquiavelo; pero les falta lo que no puede falsificarse: el talento del gran historiador.

*

La policía diurna de Santiago no fue conocida hasta mediados de 1830, en que la estableció don Diego Portales, siendo Ministro del Interior. Sus enemigos dieron a esta nueva institución un sentido siniestro, diciendo que el cuerpo de **vigilantes** no era otra cosa que un vasto espionaje que debía tener al Gobierno a toda hora al corriente de los pasos y movimientos de la oposición.

Sin embargo, el servicio de esta policía era reclamado por los continuos desórdenes que se cometían en la calle pública. Podía decirse que más seguridad había de noche, con el auxilio del diminuto número de serenos, que de día, en que no se contaba con ningún recurso contra pendencieros y ladrones.

*

El general Pinto, que, por renuncia del general Freire, fue Presidente de la República, había hecho concebir las más altas esperanzas; no realizó nada, absolutamente nada, de lo que de su talento se esperaba. En cambio, el patíbulo funcionó por motivos políticos como en ningún otro Gobierno, anterior o posterior, aun sin tomar en cuenta una gran hornada, única en Chile, y no sabemos si en América. Nos referimos al fusilamiento de treinta personas en unas cuantas horas, en San Carlos de Chiloé, ahora Ancud, 1827.

Este hecho horrible tenía lugar después de concluida la Guerra de la Independencia, cuyo último acto, a que concurrimos, tuvo lugar en las alturas de Bellavista, a inmediaciones de ese pueblo, el 14 de enero de 1826.

Mandaba el Ejército el Supremo Director Freire. El y el sargento mayor Maruri, presente en esa batalla con un mando importante, eran los únicos que disparaban los últimos tiros en ese día, como habían tirado los primeros en 1813, el uno de alférez, el otro de soldado. Aquella escena funesta tenía, pues, lugar cuando ya el rey de España no contaba con un solo soldado en Chile ni en América.

Hacemos esta observación, porque el motivo de esta carnicería, según se dijo, era una revolución a favor de aquel Gobierno.

Si no hubiera tanta sangre de por medio, este hecho provocaría la risa, por la pobreza de los medios y por su objeto verdaderamente ridículo. Algunos coscorrones habrían sido el único castigo que mereciera semejante disparate.

El digno jefe de esa provincia, sin embargo, atribuyó a este suceso, al que no sabemos qué nombre dar, una importancia que no podía tener; y la ejecución de esos infelices tuvo lugar con pormenores horribles y fue verificada con gran precipitación.

Como es muy difícil dejar definitivamente muertas en el mismo instante a treinta personas, algunos trataron de huir del lugar del suplicio, después de la primera descarga; pero fueron seguidos por la tropa que los rodeaba.

Uno de ellos se metió en un horno inmediato, y allí fue ultimado a punta de bayoneta.

En ese pueblo se conserva fresca la memoria de esta escena horrible, como sucedida ayer.

*

Nosotros, que muchos años más tarde estuvimos allí por segunda vez, somos testigos de esta verdad. Entonces lo oímos repetir, entre otros, por un veterano de la Independencia que había concurrido al acto como militar de la guarnición. No hace tres meses dábamos al señor don Eusebio Lillo, que oyó esa relación, memorias de aquel valiente soldado de Maipo, que se las enviaba de un pueblo del Sur, donde reside. A esto podríamos agregar una conversación que tuvimos poco antes con un jefe de artillería, que está ahora en Santiago, y que nos hablaba de aquel desgraciado suceso como muy conocido por él en Chiloé. Aun podríamos añadir una conversación tenida con un ilustrado y apreciable caballero, que hace poco ha visitado aquel pueblo, y a quien hemos oído datos que ignorábamos.

Lo más extraño para nosotros no es el hecho (que lo es bastante), sino el silencio de nuestros historiadores, sobre todo de aquellos que han estado en el caso imprescindible de considerarlo. ¿Han creído estos señores que con lo que ahora se llama "la conspiración del silencio" descargarían de su inmensa responsabilidad al principal actor de aquel drama sangriento?

¿Las quejas, justas o no, de parientes y amigos, de **treinta** ajusticiados, se ahogan acaso con sólo taparse los oídos para no escucharlas? Engaño nos parece; y mientras más tiempo pase, se hará más difícil su defensa por la dificultad que habrá más tarde de proporcionarse los medios de hacerla.

Creemos, por otra parte, que estas ejecuciones debieron ser precedidas de un proceso en regla. La publicación de este proceso, que suponemos muy

sumario, pondría a la vista la realidad de todo lo sucedido.

Sólo la justicia nos obliga a expresar este deseo, y nos hacemos un deber de confesar que nace en parte del aprecio y gratitud que tenemos a la persona comprometida.

Cuando en esa última expedición a Chiloé, que hicimos con aquel señor, embarcados en la **Golondrina**, al tomar el bote que debía llevarlo a tierra para emprender, como jefe de vanguardia, los primeros movimientos contra Quintanilla, nos encontró ya en el mismo bote. Cansado de aconsejarnos que volviéramos a bordo, nos dijo, con interés marcado de cariño: "**¿Y si lo hieren a usted?**" Cedió por fin, y desembarcamos juntos.

Cuando más tarde fue Ministro de la Guerra, de 1841 a 1847, nos encargó de componer los nuevos **toques de guerrilla**, de que se sirve desde entonces nuestro Ejército; hicimos este trabajo, que nos recompensó con generosidad.

Por esto se convencerán nuestros lectores que, al escribir las anteriores líneas, no tenemos otro móvil que el de que se conozca este triste episodio de nuestra historia tal cual es.

Chiloé nos trae a la memoria un episodio de la batalla de Bellavista, que presenciamos y que no hemos olvidado, por su rareza.

Al abandonar el ejército realista una de sus primeras posiciones, era seguido por nuestra infantería, haciéndose nutrido fuego por ambas partes.

El primer herido de los nuestros con que nos encontramos fue un soldado muy joven, a quien una bala de cañón había llevado una pierna como a distancia de dos a tres metros. Al acercarnos a él notamos sus continuos movimientos para buscar, aunque inútilmente, piedras con que tirar a un perro que lamía la sangre de la pierna, repitiendo furiosamente: **¡Ah perro! ¡Ah perro!**

Al vernos pasar nos dijo, en tono de súplica: "—Señor, espante ese perro, que me come la pierna". Le prestamos este servicio, no sin extrañar su pretensión, que después nos ha parecido muy natural, a pesar de su extravagancia.

*

Cuando en 1863 tuvo lugar el último incendio de la Compañía, se encontraba don Domingo Faustino Sarmiento en San Juan, su pueblo natal, en comisión del Gobierno argentino. Desde aquel pueblo escribió, en un periódico que él había fundado antes, "**El Zonda**", un artículo, no para dirigirnos palabras de consuelo en nuestra inmensa desgracia, sino para echarnos en cara que con nuestra propensión a las prácticas piadosas, en vez de moralizar al pueblo, lo único que conseguíamos era que el pueblo de Chile fuera decidido partidario del robo. Alegaba como prueba de este aserto la costumbre que había en Santiago de asegurar con cadenas de hierro los candeleros de los altares.

No negamos que había esta costumbre, que habíamos visto, hacía muchos años, en las iglesias de Buenos Aires. Probaremos al señor Sarmiento que este medio de seguridad, que en gran parte ha desaparecido entre nosotros, no estaba en uso sólo para los ladrones **chilenos**, sino también para otros del oficio que no habían nacido en Chile.

El año de 1830 llegó a Santiago un paisano y probablemente amigo del señor Sarmiento. Venía a recibirse de abogado, y fue admitido a la práctica en el estudio del de más crédito en esa época.

Llegó el tiempo de recibirse, y sólo le faltaba aprontar el dinero necesario para cubrir los gastos de costumbre.

Una pequeña digresión.

En "**El Mercurio Peruano**", periódico de un gran crédito, que se publicaba en Lima desde fines del siglo pasado, hemos leído, hace muchos años, que para graduarse de doctor en esos tiempos era necesario dar un capelo a cada doctor, una gran comida, una corrida de toros, etc., suma total: **diez mil pesos.**

Volvamos a la historia del paisano del señor Sarmiento. Encontrándose, pues, nuestro hombre en la imposibilidad de salir de su apuro, ocurrió a un medio fácil en su ejecución, pero peligroso en sus resultados.

Nuestros lectores saben que en septiembre de todos los años se celebra en la iglesia de La Merced una solemne novena en honor de la Virgen, en la que la iglesia se adorna con gran esmero.

El abogado en cierne tuvo la feliz ocurrencia de asistir una noche a esa novena.

Al siguiente día, muy de mañana, al pasar frente al altar mayor, el lego que debía abrir las puertas de la iglesia notó, al arrodillarse, que faltaban los candeleros **de plata**, cuyas luces había apagado él mismo en la noche anterior. Su primera diligencia fue dirigirse a toda prisa a las puertas de la iglesia, para asegurarse de si no habían sido abiertas en la noche. Una vez convencido de que estaban cerradas, volvió al convento para hacerse acompañar de otras personas y registrar la iglesia.

Apenas había empezado esta segunda excursión, divisó un bulto en un confesionario. Se acercó y descubrió a nuestro jurisconsulto, pero no solo, sino acompañado de otro bulto, abrigado por su capa azul con vueltas lacres, que contenía los candeleros, desarmados y perfectamente acomodados en un atado, que debía tomar, al abrirse la iglesia, la dirección del **estudio** del Cicerón **transandino**.

El comendador, con la mayor reserva y con todas las precauciones necesarias, para no llamar la atención pública, lo remitió a la policía.

Ya verá, pues, el señor Sarmiento que, como hemos dicho, las cadenas no se usaban sólo para los ladrones **chilenos.**

Los que nos lean desearán que, según la regla que creemos de Aristóteles, les demos cuenta del fin del héroe. Lo hacemos con tanto más gusto cuanto que es imposible que ellos lo adivinen: ¡Fue condenado (y cumplió su condena) por los tribunales **de justicia** a ser **preceptor de instrucción primaria en Copiapó**! . . .

No sabemos si el señor Sarmiento, que diez años más tarde dirigió en Chile la Escuela Normal de Preceptores, habría admitido en ella como alumno a su paisano el de los candeleros.

CAPITULO X

MANUEL ROBLES

CUARENTA Y CUATRO años hace que la Canción Nacional de Robles dejó de cantarse, aun viviendo su autor, que, al recibir el desaire de que se relegara su música al olvido, no manifestó resentimiento alguno por este acto de ingratitud.

La había escrito sin ninguna pretensión y sólo por repetidas instancias a que no pudo resistir. Nos complacemos en haber contribuido, no a que se la prefiera a la de Carnicer, cosa difícil, sino a que quede el recuerdo de esas notas que vibraron en los oídos de aquella generación en los últimos años de la Guerra de la Independencia.

La conservábamos únicamente en nuestra memoria, y cuando hace cuatro años tuvimos la idea de trasladarla al papel, a pesar de la seguridad de que nada habíamos olvidado, nos dirigimos a nuestro amigo don Bernardo Alzedo, residente en Lima, que, habiéndola enseñado en el Perú al Batallón Nº 4 de Chile, estábamos seguros no la habría olvidado, por haberla oído repetir en las campañas de aquel país, a que concurrió nuestro ejército, de que él formaba parte.

Contábamos además con la buena voluntad de Alzedo, a quien muchas veces habíamos oído lamentar el olvido de nuestro verdadero himno nacional. Efectivamente, nos lo remitió y tuvimos el gusto de ver que el suyo y el nuestro eran iguales.

Lo hemos dicho antes: como música, la de Carnicer es muy superior; pero, tal cual es, jamás podrá cantarla el pueblo. Lo contrario sucede con la de Robles. A las pocas veces de oírse ya se sabe de memoria; pero lo esencial es, no que sea bonita, sino los recuerdos que trae a nuestra memoria.

No nos sería difícil probar que más de uno de esos cantos populares, por los que algunos pueblos tienen una especie de culto, son inferiores a la música de Robles.

El señor don Miguel Luis Amunátegui ha hecho una especie de biografía de Carnicer. Nosotros haremos algo por dar algunos datos sobre nuestro compatriota y amigo Robles.

*

Manuel Robles, según nuestros cálculos, debió nacer el año de 1790. Su padre era músico y maestro de baile.

Hasta algo entrado este siglo, había un paseo anual a San Francisco del Monte, pequeño pueblo situado en el camino de Melipilla, a doce leguas de Santiago. A este pueblo acudía gran parte de la gente acomodada de la capital, a principios de octubre, en que se celebraba la fiesta de San Francisco, en un conventillo de la orden que allí había.

El año de 1819 fuimos invitados a ese paseo por una respetable familia. No lo extrañen nuestros lectores: entonces empezábamos a aprender el clarinete, y era seguro que se nos convidaba por este aliciente . . .

Las corridas de toros, ya en decadencia, aun se conservan en las fiestas de campo. En la plaza donde estaba el convento franciscano se había formado una especie de circo con sus respectivos palcos y demás accesorios. Una tarde de función habían salido dos o tres toros que divirtieron a los espectadores mediante algunos toreros menos que mediocres; pues **ño** Montano, el Milón de la época, no había acudido, o por haber engrosado excesivamente o, lo que es más seguro, por no considerar aquel pobre corral digno de su mérito.

Salió un cuarto toro, de un aspecto tal, que impuso terror al público, incluso a los toreros, que al verlo se replegaron casi corriendo a distancia respetuosa del toril. Como de costumbre, se le había hecho rabiar antes de soltarlo. Hubo un rato de silencio, que fue en seguida interrumpido con gritos y palabras mayores dirigidas a los toreros por su cobardía. Entre esas voces salió una de un palco vecino al nuestro: "¡Que lo **toree** Manuel Robles, Manuel Robles!" Como de costumbre, el pueblo repitió este nombre, a gritos y sin saber, como de costumbre también, quién era Robles.

Redoblaron los gritos acompañados de palmoteos y esto nos hizo fijarnos en un individuo que se descolgaba de un palco. Se dirigió a uno de los toreros para pedirle su poncho, y en seguida vino al palco de donde había salido el primer grito. Hizo una cortesía, y después fue a encontrar al temible toro; le sacó cuatro, ocho, doce, y quién sabe cuántos **lances**, hasta que el toro, cansado o aburrido, le dio vuelta, no la espalda, sino **otra** cosa, y se dirigió a los otros toreros que, avergonzados, se disponían a imitar a Robles, con grandes pifias del público, que no cesaba de aplaudir furiosamente al **futre**.

Este volvió al antedicho palco, repleto de gente, y al hacer la cortesía de rigor, cayó sobre él una lluvia de flores y mucho dinero. Guardó las flores y entregó el dinero al que le había prestado el poncho, todo esto en medio de un ruido atronador.

Robles manifestaba como treinta años de edad. De altura más que común, de formas perfectas y de cara hermosa y simpática. Todo esto acompañado de un traje que llamaba la atención, pues era todo de seda, incluso los calzones de punto, muy de moda entonces entre la gente de tono.

Esta fue la primera vez que vimos a Robles, pues antes sólo le conocíamos por fama de su violín, el mejor de ese tiempo.

Tocaba muy bien la guitarra, y con su mala voz cantaba con una gracia

inimitable. Bailaba como nadie, y esto hacía que fuera muy solicitado como maestro de baile. En el juego de pelota no tenía rival, y en cuanto a **comisiones**, para el manejo de estrellas y volantines, era reconocido como el único sucesor de **Pascual Intento**, a quien sólo conocimos por su fama. Era lo que se llamaba un hombre **remoledor**, y no había diversión para que no fuera buscado. Las horas avanzadas de la noche, en que de ordinario se recogía, le proporcionaron algunas discusiones, no siempre de **palabras**, con San Bruno y su policía, en que de ordinario salía triunfante, sin sacar jamás un rasguño. Por lo demás, manso como un cordero.

*

En marzo de 1824 se le ocurrió a un amigo nuestro, don Mariano Palacios, invitarnos para hacer un viaje a Buenos Aires.

Esto tenía lugar a las tres de la tarde y la marcha debía emprenderse a las diez de la noche. Aceptamos sin vacilar, a pesar de algunos pequeños inconvenientes. Ese día habíamos amanecido con ocho pesos en el bolsillo; pero cuando nos hablaba el amigo Palacios nos los acababan de ganar al billar. Esto no nos dio gran cuidado, porque nos había advertido que contaba para el viaje con **veinticuatro onzas** . . .

El gran apuro consistía en que no teníamos ni caballo ni montura. Nuestros elementos como artistas (no se usaba esta palabra) consistían en un pobre clarinete que desarmamos y echamos al bolsillo para buscar a quién cambiarlo por un caballo. No recordamos por qué motivos nos dirigimos a don Ramón Nieto, cuñado del doctor Lafinur, oficial del Ejército y amigo de la niñez. Apenas le propusimos el cambio, lo aceptó y ya nos encontramos con la **mitad** de lo que necesitábamos.

Faltaba la montura, de la que, sin trabajo creerán nuestros lectores, no teníamos una sola prenda.

A esa hora, las ocho de la noche, nos echamos en persecución de nuestros amigos, que en este particular no estaban más provistos que nosotros. Uno nos dio un par de espuelas, otro un sudadero, un tercero un freno. Al montar para dirigirnos a la casa en que debíamos reunirnos para salir, caímos en cuenta de que nos encontrábamos con **dos** pares de espuelas, pero sin estribos. Como la hora urgía, nos pusimos en marcha con una espuela en cada pie y con el otro par en la mano.

Al llegar al punto de reunión (la Chimba) sufrimos una sorpresa, y era que Robles había recibido igual invitación; y que, como nosotros, la había aceptado, con el bolsillo tan **repleto** como el nuestro; pero que igualmente contaba con las **veinticuatro** de nuestro amigo. La falta de estribos se suplió, y las doce de la noche nos dieron frente a la Recoleta Dominica, y en marcha.

*

Con un viaje tan precipitado, a nadie se le ocurrió una cosa indispensable entonces: sacar pasaporte. Ese olvido debía contrariarnos en el viaje. Antes de llegar a Uspallata se nos agre-

gó un huaso que iba de Aconcagua a comprar mulas a Mendoza. Cuando llegamos al alojamiento, empezó el huaso por hablar de **divertirnos**, y, para hacer más eficaces sus palabras, sacó un naipe. No haciendo caso Palacios de la invitación, se dirigió con empeño a nosotros que, por lo que ya saben nuestros lectores, no podíamos complacerlo; pero tanto porfió, que al fin Robles se hizo prestar de Palacios algún dinero y se armó la **primera**.

No pasó mucho tiempo sin que una parte de la plata de las mulas pasara al bolsillo de Robles. El guarda en cuya casa sucedía esto nos avisó estar ya la comida, y Robles se negó a continuar después, por no abusar de la tolerancia de este empleado.

Antes de llegar a la guardia anterior, los Ojos de Agua, jurisdicción de Chile, habíamos caído en cuenta de la falta de pasaporte. Estuvimos al tomar un camino extraviado; pero Robles, que se había convertido en jefe de la partida, nos aseguró que un señor Almarza, jefe de ese punto, era su amigo y que pasaríamos, como sucedió, sin ningún inconveniente. Estas discusiones pusieron a nuestro huaso en autos.

Al continuar al otro día nuestro viaje, se separó de nosotros, a pesar de los halagos de Robles, que sospechó sus intenciones. Efectivamente, cuando dos días después llegamos a Mendoza, una partida de policía nos estaba esperando para conducirnos a casa del gobernador, señor Molina.

Este, apenas nos vio, pidió los pasaportes. Nuestras disculpas no lo satisficieron, y nos preguntó en qué nos ocupábamos. Palacios dijo, y era la verdad, que era comerciante. Robles y yo, músicos. Apenas oyó esto, llamó al secretario, que era —¡cuánto han cambiado los tiempos!— un clérigo. Se hizo leer una requisitoria que había recibido de Chile, en que se le pedía aprehendiera a unos músicos de un batallón que habían desertado en esa dirección. Le probamos su equivocación: pero nos insinuó que iríamos a la cárcel mientras recibía noticias de Chile.

Al oír esto, Palacios y yo estuvimos al caer de espaldas; pero allí estaba Robles, que, al oír aquella barbaridad, con el mayor aplomo dijo al gobernador:

—Daremos fiador.

—¿A quién? —preguntó, sorprendido.

—A don N. Torres —contestó Robles.

—¿Dónde está el señor Torres?

—En el patio.

Y diciendo esto salió a llamar a Torres, que, con cierta sorpresa, se encontró ser fiador, no sólo de Robles, a quien conocía, sino también de otros dos individuos de quienes no tenía ni noticias.

Al llegar nosotros a los extramuros de la ciudad, donde vivía Torres, se fijó en la partida que nos conducía y, habiendo reconocido a Robles, nos siguió; pero sin hablar con Robles, porque íbamos incomunicados.

Esa noche se nos dejó en libertad, pero obligándose al fiador improvisado por Robles a presentarnos al día siguiente. Todo se arregló haciéndonos pagar **tres** pasaportes para Buenos Aires, por un precio que para Europa habría sido muy caro: una onza cada uno.

*

A medio camino de Mendoza a Buenos Aires nos encontramos con un desierto de muchas leguas, donde no se veía más que desolación y ruinas, ocasionadas por los indios que hacía pocos días habían pasado por allí haciendo los más horrorosos estragos. En todo ese gran espacio no había un solo habitante. Llegamos a la última posta, donde debíamos tomar caballos para esta larga travesía. El **maestro** de posta, especie de gigante, nos recibió con marcado desdén. Al pedirle caballos para continuar nuestro viaje, nos hizo esperar gran rato su contestación, que se redujo a decirnos: "Caballos hay, pero muy bien pagados". Le contestamos que hasta allí habíamos pagado el precio establecido, un real por legua cada caballo. "A mí no me **establece nadie**. Desde aquí hasta donde vuelven mis caballos, vale doble".

Al oír esto Robles, ya no se contuvo y entre sus palabras dijo una algo dura. Apenas oyó esto el gaucho, echó mano de una tercerola que colgaba a su espalda en la pared. Robles, que vio este ademán, olvidando que él ni nosotros teníamos arma ninguna y que había otros tres gauchos, le arrebató la tercerola y corrió a colocarse en un rincón del rancho amenazando a todo el grupo con ella.

Palacios, hombre de gran calma y de figura y modales aristocráticos, dijo al maestro de posta: "Ustedes son cuatro como nosotros (contaba con el arriero); si ustedes están armados, nosotros también lo estamos (no era cierto); lo mejor es que nos arreglemos amigablemente . . ." Una vez apaciguados los ánimos con recíprocas explicaciones, Robles entregó la tercerola a su dueño, quitándole antes la ceba, según nos lo dijo después. El gaucho le ofreció el mejor de sus caballos, y, efectivamente, en el largo trecho que hicimos, no tuvo como nosotros que remudar. Por lo demás, cuando a Palacios o a nosotros nos tocaba, lo que no era raro, un caballo **chúcaro**, Robles se encargaba de arreglarlo, y a poco andar lo ponía como seda. Estos **pingos** dieron muchas veces en tierra con nosotros; a Robles una sola vez le vimos soltar un estribo.

*

Llegamos, por fin, a Buenos Aires el Miércoles Santo en la tarde y, al dirigirnos a la fonda de "La Ratona", tuvimos que pasar por las calles más concurridas. Por un motivo que no sospecharán nuestros lectores, Robles llamó la atención de todos. En ese tiempo aun eran entre nosotros muy usados los grandes estribos de madera. Los de Robles, regalados tal vez como nuestra montura, eran de esta clase. Durante nuestro paso por la ciudad no se oía otra cosa que: ¡**Ve los estribos**! ¡**Ve los baúles chilenos**! Esta letanía no cesó hasta que llegamos al alojamiento. Las dos primeras y únicas visitas fueron a Robles. La una del señor don Francisco León de la Barra, muerto en Santiago hace poco; la otra del teniente coronel o sargento mayor Merlo, el mismo oficial de su escolta a quien O'Higgins arrancó las charreteras el 28 de enero de 1823.

*

Luego que llegamos a Buenos Aires

entramos a formar parte de la magnífica orquesta del teatro, dirigida por el célebre violín Massoni. Robles, que contaba con otros recursos, no se incorporó en ella por entonces.

Era insigne jugador de billar. En Chile no había tenido más que dos competidores: don Francisco Iglesias y el coronel español Acosta, que hizo escuela en este juego. En Buenos Aires no los contó en mayor número; éstos eran Collao y el ñato González, ambos sujetos decentes. Antes de mucho tiempo, Robles había dado en tierra con ellos; pero esta circunstancia le perjudicó para sus cálculos, pues, en vista de esto, nadie se atrevía a jugar con él sin pedirle ventajas imposibles de conceder.

Por ese tiempo entró a formar parte de la orquesta del teatro, ocupando un lugar distinguido en ella.

En los billares donde jugaba se atraía el cariño de todos los concurrentes, hasta el extremo de comer rara vez en su casa, por el sinnúmero de convites de que era objeto. Sin embargo, el amor a Chile era para él un culto, y un año después decidió regresar, a pesar de ofertas lisonjeras que se le hicieron para trabajar en lo que hubiera querido. Por último, el señor don Julián Navarro, argentino y canónigo del coro de Santiago, de paseo en Buenos Aires, lo obligó con sus instancias a emprender el viaje más pronto de lo que pensaba.

El año de 1825 llegó a Chile, donde vivió aún once años ocupado en su profesión. A pesar de la proximidad de los cincuenta años, se casó de un modo novelesco.

Cuando más tarde llegamos a Chile, nos encontramos con que Robles padecía de cojera.

*

El camino de aquí a Mendoza en ese tiempo era muy peligroso, principalmente en las cuatro o cinco laderas del otro lado de la gran cordillera. Los que ahora transiten esos lugares, no podrán formarse una idea, ni remota siquiera, del arrojo de San Martín, al lanzar por el camino de Uspallata, el más transitado hasta hoy, la división del general Las Heras, que debía apoderarse de Santa Rosa. Al llegar allí, la mayor parte de los viajeros se apeaban por creerse así más seguros.

Al entrar en una de esas laderas, la mula del canónigo Navarro se paró y a cada movimiento o esfuerzo que éste hacía para hacerla andar respondía con un gran corcovo. No se podía volverla, porque la estrechez no lo permitía, estando entre el camino, cortado a pico, y el abismo. Al ver Robles, que seguía a poca distancia, el peligro de su compañero de viaje, se desmontó precipitadamente, por no ser posible pasar con su mula al costado de la otra para tomar las riendas, que el señor Navarro había abandonado para asegurarse de la montura con ambas manos.

Al pasar Robles entre el cerro y la mula, recibió una terrible coz en una rodilla, dada con ambas patas. Pasó, sin embargo, tomó la rienda, tirando la mula con gran trabajo un largo trecho hasta dejar al canónigo en lugar seguro, ayudándolo a desmontarse. Este fue su último esfuerzo antes de caer sin habla por espacio de más de

media hora. El golpe le había inutilizado una pierna y, hasta llegar a Santa Rosa, donde paró algunos días, era preciso subirlo y desmontarlo.

El señor Navarro no contaba jamás este lance sin admirar el denuedo de Robles y sin dar las más tiernas pruebas de su agradecimiento.

Este fue el motivo de la cojera, que hasta su muerte le conservó el apodo de **el cojo Robles**.

La enfermedad que lo condujo al sepulcro encontró en su energía física y moral gran resistencia; pero al fin fue vencido y tuvo una muerte edificante.

La larga curación había concluido con sus escasos recursos; para sepultarlo fue preciso ocurrir a sus amigos, que honraron sus cenizas con generosidad.

*

En el mismo año de 1836 murieron también los notables actores Morante y Cáceres, y como si el arte no hubiera sufrido bastante, ese mismo año fue demolido el teatro, único en Santiago, de la plazuela de la Compañía. Quedó la capital sin ningún establecimiento de este género hasta tres o cuatro años después que don Hilarión Moreno, argentino, y don Juan Peso, español, construyeron, por acciones, el de la Universidad, que ocupó el mismo lugar que el actual Teatro Municipal.

CAPITULO XI

LUIS AMBROSIO MORANTE

MORANTE, NOTABILISIMO actor dramático, cuya memoria muchas personas conservan fresca a pesar de los años transcurridos desde su muerte, ha adquirido nuevo mérito después que hemos visto a Rossi, que, en casi todos los papeles que ha ejecutado, no ha tenido rival hasta el día.

Al ver nosotros por primera vez a Rossi, experimentamos una sorpresa agradable que no pudimos menos que comunicar a las personas que estaban a nuestro lado. Gesticulación, andar, movimientos, declamación, todo nos recordó instantáneamente a Morante; y es de advertir que entre el aspecto y figura de uno y otro no hay ni la más remota analogía. Rossi es un buen mozo en toda forma; Morante era exactamente todo lo contrario.

Bajo y grueso de cuerpo, de vientre abultado, de color moreno, era, sin agraviarlo, feo; pero de él podía decirse, sin faltar a la verdad, lo que siempre se dice de los feos y las feas: que era simpático. Y lo era sobre todo cuando hacía papeles de barba, sacerdote, etc.

*

Morante era natural de Montevideo, pero desde muy joven se estableció en Buenos Aires, donde se había dedicado a la carrera dramática.

Su voz poderosa y agradable, su acción propia y natural y su pronunciación clara y correcta, le conquistaron las simpatías del público, nada indulgente, de aquella capital.

Pocos años después de haberse exhibido en público Morante, llegó a Buenos Aires, Cubas, actor español y muy notable y del que Morante aprovechó todo lo bueno que la escuela española tenía en esa época.

El ejército de San Martín y los emigrados chilenos que con él habían vuelto a Chile dieron a conocer la fama de que gozaba Morante en Buenos Aires.

La falta absoluta que había en el teatro de Santiago de un actor modelo que dirigiera la enseñanza de los prisioneros españoles, que el comandante de ellos, don Domingo Arteaga, empresario de esa época, había dedicado a esa carrera, hacía desear un artista de la capacidad de Morante.

En los dos años que hasta entonces

llevábamos de teatro **permanente,** no habían tenido estos actores improvisados más maestro ni director de escena que el coronel La Torre, prisionero también, y fanático aficionado al teatro. El fue el primer maestro que tuvieron Cáceres, Peso y demás actores que después hemos conocido.

Escribió un cuaderno que llamó **"Alcorán del Teatro"**, en donde había consignado algunos preceptos sobre la declamación, acompañados de trozos sacados de las tragedias y comedias ya representadas. El estudio del tal cuaderno había servido de bien poco a los actores, y eran éstos tan escasos en conocimientos profesionales, que a veces decían en alta voz, dirigiéndose al público o a los actores, los **apartes.**

De los trajes nada diremos. Las tragedias griegas o romanas eran las únicas en que había alguna verosimilitud, aunque muy remota. Los personajes de la Edad Media se presentaban casi siempre vestidos de frac o levita, y, más ordinariamente, con el traje militar del día.

Morante fue el primer actor que se vio en Chile vestido con propiedad, aunque sin lujo. Su espada romana, que remitió al señor Arteaga anticipadamente, llamó mucho la atención.

*

Llegó a Santiago el 1º de noviembre de 1822. Había sido compañero de viaje, hasta Mendoza, del doctor Lafinur, su más entusiasta admirador; pero éste no llegó hasta fines del mismo mes.

Su sueldo, por contrata, era de 60 pesos mensuales, comida y casa en la del empresario. Estas dos últimas ventajas las tuvo Morante sobre Camilo Henríquez, que con la misma dotación vino a Chile, poco más o menos, en ese mismo tiempo, de Montevideo, llamado por el Director O'Higgins para redactar **"El Mercurio de Chile".**

Henríquez prometió a sus amigos Benavente, Gandarillas y Vial, emigrados como él, que se serviría de ese mismo periódico para **echar abajo a O'Higgins.**

El antiguo hijo de San Camilo ofrecía más de lo que podía cumplir, pues ni O'Higgins era hombre para dejarse hacer la guerra con sus mismas armas, ni Henríquez tenía la mala fe y el valor necesarios para intentarlo.

Morante dio por primera representación **"El Duque de Viseo"**, tragedia en tres actos, de Quintana. Esta tragedia, en boga en toda la América entonces, había sido representada muchas veces por Cáceres con gran éxito. Morante, haciendo como Cáceres de protagonista, tenía que luchar con la opinión de que éste gozaba en el público y con algo que vale mucho en todo caso: con la más arrogante figura que hemos visto en nuestro teatro.

El público de entonces era muy avaro de aplausos, y, para conseguir algo en este sentido, era necesario conmoverlo de un modo extraordinario. El aparato, inusitado hasta entonces, que preparó Morante en el proscenio, un trozo de música de orquesta al levantarse el telón, adecuado al caso, y otros pormenores, no consiguieron que al presentarse se moviera una mano para aplaudirlo.

La acogida glacial del público debió afectarle de un modo doloroso por lo inesperada que debe suponerse; sin embargo, no mostró desagrado ni sorpresa, confiado sin duda en que su ta-

lento triunfaría al fin de la indiferencia que entonces se le mostraba.

En el segundo acto hay una escena, la más notable de la tragedia, y en que el público había aplaudido con entusiasmo a Cáceres. El duque aparece despavorido pidiendo socorro a sus dos criados negros, a consecuencia de un horroroso sueño que acababa de sufrir, en que se creyó transportado a las tumbas de su castillo "donde descansan":

De mis nobles abuelos las cenizas,
bajo el mármol de honor que las agobia.

La descripción de ese sueño, en que sus abuelos le echaban en cara sus crímenes y le hacían las más terribles amenazas, es a propósito para aterrar al espectador. Morante desempeñó esta escena con admirable maestría y propiedad. Al fin, cuando debía esperar, como de costumbre en otros teatros, un torrente de aplausos, no oyó más que a don José Miguel Cruz que, con voz perceptible, nasal y burlona, le dijo: "—¡Bueno, hombre!", especie de refrán de moda entonces.

El público en su totalidad reconocía la superioridad de Morante sobre Cáceres; pero con la restricción de no tener **naturalidad.** Algunos lo encontraban **exagerado** en ciertas escenas.

Esta palabra que con porfía hemos oído repetir respecto de Rossi y de la señora Paladini, no es de ordinario más que un recurso de la ignorancia presuntuosa, que no puede de otra manera y con más facilidad emitir su opinión en un arte que desconoce. Almas de hielo a quienes nada conmueve, no comprenden cómo las pasiones se manifiestan en su más alta expresión, y encuentran **exagerado** lo perfecto.

*

Después de **"El Duque de Viseo"** representó Morante **"El Hombre Agradecido"**, comedia de costumbres de mediano mérito, pero cuyo protagonista, simpático para el público, fue caracterizado por Morante admirablemente. Esta vez fue aplaudido varias veces. Morante quedó contento, pero no satisfecho.

Se anunció en seguida **"El Abate de L'Epée"**, comedia seria, nueva en Chile, pero que el público conocía por los elogios que los argentinos residentes en Santiago hacían de ella, y sobre todo por la fama que Morante había adquirido haciendo el papel de abate.

Apenas asomó a la escena fue saludado por un largo y no interrumpido aplauso. Vestía, como era de rigor, el traje correspondiente a su papel, y ya hemos dicho que en estos casos se atraía las simpatías del público. Hacía el interesante papel del joven mudo la señora Lucía Rodríguez, la actriz chilena más hermosa y de más mérito que hemos tenido. La ilusión, pues, era completa.

En el segundo acto, el abate se presenta en casa del abogado que ha elegido para que defienda a su pupilo, que desde un pueblo de provincia fue mandado botar, vestido de andrajos, por su tutor en las calles de París, para usurparle sus bienes.

La relación que hace de lo sucedido desde que recogió y educó al niño, poniéndole en disposición de que pudiera darle informe sobre su origen y familia, las penurias de un largo viaje a

pie y, por último, su reciente llegada a Tolosa, donde el niño había reconocido la casa de sus difuntos padres, de la que había sido arrojado: todo esto relatado con voz conmovedora, con una acción nobilísima y con la unción más persuasiva, enajenó de tal modo al público, que entre el fin de la narración y el estallido del aplauso hubo un intervalo de silencio que jamás hemos visto después ni habíamos visto antes.

Sólo conocemos un caso idéntico, sucedido diez años, más tarde, cuando por primera vez se dejó oír Paganini en París.

Creemos, sin embargo, que entre ambos casos debió haber una diferencia y es la siguiente:

Asistía esa noche, como todas las veces que había función, el señor Fuentes, asiduo como nadie al teatro. Era aficionado sin igual a la lectura y alimentaba esta pasión con la historia griega y romana, que sabía de memoria en sus menores ápices. No siéndole desconocida ninguna obra notable del antiguo teatro español, no había más que insinuarle algún soliloquio para que él lo continuara sin equivocarse. Era portero, pero de cierto tono, de la Corte de Apelaciones de Santiago. Usaba gran cantidad de colgajos en la cadena del reloj, lo que había dado lugar a que se le llamara **Doctor Carabanas.**

Su asiento, como es de suponerse, estaba de los más cercanos al proscenio, y era el iniciador de todos los aplausos, jamás de las pifias.

Nosotros, que formábamos parte de la orquesta, no perdíamos ninguna de sus palabras y movimientos.

Cuando Morante dijo la última palabra de su interesante narración, impresionado Fuentes como todo el público, tampoco aplaudió, mirando a todos lados como quien interroga. Su silencio no podía ser largo y lo interrumpió para exclamar en alta voz: "¡Ni en los infiernos lo hacen mejor!". Esa fue la iniciativa de los grandes y repetidos aplausos que se dieron a Morante, en los que indudablemente había tenido su parte **Carabanas.**

*

Esa noche cesó toda vacilación en el público, y Morante fue desde entonces su actor favorito. Ni concluida la función ni antes, fue llamado a la escena, como ahora se hace, a veces sin motivo. Esta costumbre era desconocida y sólo empezó a ponerse en práctica a la llegada a Santiago de la compañía Pantanelli.

Pronto puso Morante en escena una tragedia del español Cabrera Nevares, que era un ataque a toda religión positiva y una prédica incesante del más resuelto deísmo. Morante era volteriano, y al decirnos que le arregláramos un coro que debía cantarse en la tragedia, añadió al nombrarla: "¡Qué Ruinas de Palmira ni qué nada!".

Se dio la tragedia con aplauso de una parte del público, a quien las recientes lecturas de Rousseau, Voltaire y, más que todo, de las mismas **"Ruinas"** de Volney, habían entusiasmado.

Creemos que entonces no había censura en el teatro, porque, de haberla, no hubiera sido fácil que permitiera la representación de esa tragedia. Desde entonces, cada vez que se anunciaba, no faltaban reclamos, aunque inútiles, de algunos eclesiásticos; pero es de

advertir que no faltaba tampoco uno que otro de estos mismos que, complacidos, concurrían a verla.

Estos eclesiásticos, que no eran más que **dos** o **tres,** hacían el papel de algunos abates franceses en 1789. Es verdad que se les parecían **en todo** . . .

Morante no perdía alusión o palabra que pudiera interpretarse como desfavorable a la religión, sin recargarla para hacerla notar. Cuando esto no se encontraba en el original, lo agregaba. En una comedia, una de sus favoritas, le decía su criada al oírlo quejarse de la gota: "¿Por qué no toma, señor, el **elixir milagroso**?". Contestaba: "Madama Bran, yo no quiero nada que **huela a milagros".**

Esta, por supuesto, era una añadidura que no tenía **"La Reconciliación de los dos Hermanos".**

❋

En el año de 1823, según nuestros recuerdos, se empezó a usar por primera vez el apodo de **pelucón,** aplicado a ciertos hombres de alta posición y de ideas **conservadoras.** Este último calificativo, aplicado más tarde a un partido político, no era conocido en Chile ni tampoco en Francia, de donde lo hemos tomado después.

El apodo de pelucón fue aplicado a este partido por los **liberales,** nombre que se daba a un partido que empezaba entonces a retoñar. Como es de suponerlo, Morante pertenecía a él.

Se cantaba en una representación una tonadilla española, muy conocida del público hasta hace poco tiempo, con el título de **"El Trípili Trápala",** música graciosa y alegre como su poesía. Morante era uno de los tres que la cantaban, y cuando en una parte de la tonadilla debía decir: **peluquín, peluquín de Antón,** se le ocurrió un ligero cambio, y dijo: **peluquín, pelucón de Antón.**

No habiendo nosotros concurrido esa noche al teatro, no supimos hasta el otro día que Morante había estado próximo a ir a la cárcel.

❋

Suplicamos a nuestros lectores nos permitan consignar aquí una observación que desde muchos años atrás venimos haciendo y que resumimos en pocas palabras: "Los partidos deben aceptar el nombre con que los bautizan sus enemigos".

¿Quién llamó **sans-culottes** en Francia a los revolucionarios exaltados? Sus enemigos.

¿Quién llamó **pelucones** a los conservadores de Chile? Sus enemigos.

¿Quién, dos años más tarde, llamó **pipiolos** a los liberales? Sus enemigos.

¿Quién en nuestros días ha llamado montt-varistas a un partido que se daba el nombre de **nacional**? Sus enemigos.

Como era natural, esos partidos, que a porfía se habían dado nombres honrosos, rechazaban con indignación sus respectivos apodos; pero lo único que con eso consiguieron fue una porfiada insistencia de parte de sus contrarios, que al fin y al cabo triunfó, hasta tal punto que los que al principio miraban esos nombres como una injuria, los aceptaron más tarde como timbre de honor.

¿Cuál de los últimos restos o de los descendientes de pelucones y pipiolos no se honra del apodo que al principio

rechazaron esos partidos? Nadie; porque en estos casos el nombre, cualquiera que sea, no cambia la esencia de las cosas, y **sans-culotte**, ahora **rojo**, quiere decir **exaltado**; pelucón, **conservador**, y pipiolo, **liberal.**

Para que no haya sermón sin San Agustín, ¿quién por apodo llamó a los hijos de San Ignacio **jesuitas**? Sus enemigos; y ¿hay algún padre de la Compañía que no se honre de que así se le llame?

El partido montt-varista aún se resiste a llevar este nombre, porque cree que así se convierte en partido personal. ¡Patarata! Los carrerinos y o'higginistas estaban en el mismo caso, y a fe que no se avergonzaban ni entonces ni ahora de ello.

El partido montt-varista tiene una particularidad, quizá sin precedente, sobre todo por su duración; tiene **dos** jefes que apenas son **prójimos** entre sí, y entre los que hasta ahora no hay noticia de la más mínima disidencia **en nada** . . .

Estos dos señores han desmentido a Napoleón, que decía: "Más vale **un** mal general que **dos** buenos".

❊

Las anteriores observaciones no son escritas a humo de paja; se dirigen también, y muy particularmente, a nuestros amigos, los **pechoños,** cuyo nombre según parece es de todo el gusto de sus contrarios.

Justamente por eso, debemos apechugar con él con más cariño.

Pechoño es sinónimo de clerical, conservador, jesuita, ultramontano, papista, retrógrado, fanático y sacristán. ¿Qué significa todo esto en el lenguaje de nuestros adversarios? Católico, y nada más que católico. Dejemos, pues, esos nombres, que son europeos, para De Maistre, Bonald, Chateaubriand, Audin, Montalembert, Champagny, César Cantú y hasta para Guizot y Thiers, a quienes han sido aplicados, y aferrémonos al primero, que es esencialmente chileno, y **pechoño me fecit.**

❊

A principios de marzo de 1824 llegó a Santiago el señor Muzzi, Nuncio Apostólico, solicitado, según nos parece, por el Gobierno de Chile. Después de algunos meses de residencia en la capital, y no habiendo podido llenar su misión, se volvió a Roma, con gran complacencia de los liberales.

Acompañaba al Nuncio el canónigo Mastai Ferreti, actualmente Pío IX.

Morante encontró, con motivo de aquel suceso, un pretexto para dar expansión a sus ideas anticatólicas. Desenterró, no sabemos de dónde, una antigua comedia que nadie en Chile había oído nombrar, y a la que dio un sentido que no tenía. **"El Falso Nuncio de Portugal"** se prestó a las mil maravillas para excitar la burla contra el verdadero Nuncio que acababa de salir de Chile.

Se representó con gran aparato, a lo que contribuyeron inocentemente algunas de nuestras sacristías prestando sus ornamentos. La primera entrada del Nuncio se hizo por la platea, atravesándola antes de subir al proscenio. Al fin de un numeroso acompañamiento de eclesiásticos de todas jerarquías, venía Morante, con hábito cardenalicio, repartiendo bendiciones.

Como era preciso imitar en un todo

a la persona que se trataba de exhibir, Morante no omitió ningún detalle. El señor Muzzi tenía un ojo menos; Morante se tapó un ojo y apareció tuerto.

Esta comedia, que se repitió varias veces, y **"Felipe II"**, tragedia a la que, por odio a los reyes, hizo más feroz que lo que la había escrito Alfieri, con todo su republicanismo, fueron sus últimos triunfos antes de regresar, en abril de 1825, a Buenos Aires, para donde había sido contratado ventajosamente.

❊

Morante volvió a Buenos Aires después de una residencia en Chile de dos años y medio. Allí se le aguardaba con gran interés, porque en su ausencia no había tenido quién lo reemplazara, pues Velarde, con sus buenas dotes, apenas lo suplía.

Entonces se organizaba una compañía de ópera en aquel pueblo, que contaba entre su personal a Vacani, bajo, aunque ya algo cascado, de reputación europea y el mismo de quien habla Bretón de los Herreros en una de sus comedias.

En ese mismo tiempo volvió Cáceres a Santiago, de donde había estado ausente cerca de dos años en La Serena.

Cáceres no había podido resignarse a verse pospuesto por Morante. Salió furtivamente para ese pueblo, porque formaba parte del cuerpo de prisioneros, que no obtuvieron su libertad hasta que ascendió al mando de la república el general Freire.

La presencia de este actor consoló al público de la ausencia de Morante y satisfizo a sus numerosos apasionados.

Con Caceres sucedió lo que de costumbre en estos casos: que "ya no era tan buen actor como antes". ¡Engaño! Cáceres, en los dos o tres meses que había trabajado al lado de Morante, había adelantado considerablemente. A lo que debe agregarse que, durante su permanencia en Coquimbo, se había dedicado con tesón a la lectura, y ya podía considerársele como un hombre de instrucción poco común. Lo que hay de cierto es que Morante estaba **ausente** y la ausencia había aumentado su reputación. Esta es la historia de siempre.

Morante llegó a Buenos Aires a mediados de 1825.

Se le hizo un recibimiento espléndido y pocos días después dio principio a sus tareas como actor y director de escena.

Sucedió en Buenos Aires, en parte, lo que era natural: que, como a Cáceres en Santiago, no encontraron a Morante "tan gran actor como antes." Sin embargo, su éxito fue completo.

Después de algunos meses de trabajo, le asaltó una enfermedad (aneurisma), que diez años más tarde debía llevarlo al sepulcro.

La familia en cuya casa estaba alojado había notado que, acercándose a él, se sentía una especie de arrullo semejante al de una paloma. Se notó igualmente que este ruido, después de algún tiempo, aumentaba en intensidad.

Vivía con Morante nuestro compañero de viaje y paisano don Mariano Palacios, conocido de nuestros lectores. Dormían en un mismo cuarto. El ruido del pecho de Morante era perceptible para todos los que se le acercaban, menos para él mismo.

Una noche en que se había recogido a su cama mientras Palacios escribía, dice Morante: "Don Mariano, ¿se nos ha metido el gato aquí?" "Creo que sí", contestó Palacios. Se levantó en seguida, abrió la puerta y fingió espantar al gato. Volvió Palacios a su asiento, y apenas se disponía a continuar en su ocupación, vuelve Morante a decir: "El gato no ha salido". Palacios creyó inútil todo disimulo y contestó: "Aquí no hay gato ninguno; lo que usted oye lo hemos oído todos hace mucho tiempo; ese ruido sale de usted mismo".

Morante, como quien cae en cuenta, oyó a Palacios sin sorpresa y determinó una junta de médicos.

❋

En ese tiempo en Buenos Aires y aun en toda la República Argentina se había apoderado de las gentes tal furor por el **pan quimagogo**, que no era raro encontrar personas que se hubieran administrado este evacuante trescientas, quinientas y aun más veces.

Los médicos de Buenos Aires, con una sola excepción, hacían a Le Roy una guerra a muerte, sobre todo por la prensa. La excepción de que hemos hablado era un doctor español, **médico del puerto,** conocido con el nombre de **don Pedro el físico.** De una y otra parte se escribían artículos violentos de ataque y defensa del medicamento. Don Pedro tenía todas las simpatías del público.

Tuvo lugar la junta llamada por Morante. Este había encargado a Palacios se colocara en un lugar en que, sin ser visto de los médicos, oyera la discusión sobre su enfermedad, que él no hallaba cómo caracterizar.

El día convenido tomaban sus asientos los cinco médicos citados, al mismo tiempo que Palacios, colocado en un cuarto contiguo, aplicaba el oído desde un lugar donde no perdió una palabra de la discusión.

La sesión fue larga, muy larga y animada. Al cabo de tres cuartos de hora se retiraron los doctores, y Palacios pasó a dar cuenta a Morante del resultado de la junta, cubriendo previamente a cada uno de esos señores el honorario de costumbre.

Apenas lo vio Morante, que ese día permaneció en cama por si se le quería examinar, le preguntó:

—¿Qué dicen los médicos de mi enfermedad?

—Nada.

—¡Cómo! ¿Nada?

—Ni una palabra.

—¿En qué se han ocupado entonces?

—En convenir en lo que han de contestar a **don Pedro el físico.**

—Pero es imposible que no me hayan nombrado siquiera.

—Sí, al último dijeron al doctor Arjeri, médico de cabecera: "Siga con lo mismo"...

Desde el día siguiente llamó Morante al defensor del pan quimagogo, que le volvió la salud casi completamente. Un mes después empezó a representar sin inconveniente ninguno. Este mismo médico nos limpió cuanto ganamos en Buenos Aires. Jugábamos más que él al billar; pero sus burlas nos quemaban la sangre. ¡Era andaluz!

❋

Las representaciones dramáticas estaban en decadencia en Buenos Aires al llegar Morante, a consecuencia de

funcionar allí una compañía lírica, diminuta, pero que, como hemos dicho, contaba con cantantes de mérito: Angela Tani y Rosquellas, entre ellos. A mediados de 1825 aquella compañía se completó. La música de Rossini, que recién empezaba a oírse, contribuyó más que todo a que el público prefiriera los espectáculos líricos a los temas dramáticos.

Morante no podía luchar solo contra este torrente; pues el resto de la compañía dramática era de muy escaso mérito. En estas circunstancias llegó Cáceres a Buenos Aires. Entre él y Morante ya no cabía rivalidad racional. Aquél, en todo el vigor de la edad y el talento, debía necesariamente ejecutar los galanes de tragedias y comedias, Morante, en decadencia por su edad y sus achaques, era llamado a desempeñar los barbas y a dirigir la escena, en lo que no contaba con ningún competidor. Esto los unió en estrecha amistad hasta la muerte, que para ambos tuvo lugar en el mismo año y, por decirlo así, a pocos días de distancia, y en Chile.

*

Dos años, poco más o menos, pasó Morante en Buenos Aires, volviendo en seguida a Chile contratado nuevamente por el señor Arteaga. Morante, en esta nueva contrata propuesta por él mismo, no tenía asignado sueldo fijo. Su remuneración consistía en una función mensual que no podría llamarse **beneficio,** sino función **extraordinaria.**

CAPITULO XII

VIDA TEATRAL

CUANDO EL 20 de agosto de 1820 se abrió aquel teatro, lo hizo con una compañía dramática tan numerosa como no se ha visto jamás. Tres primeros galanes, cuatro barbas, tres graciosos, siete actrices e infinidad de partes de por medio.

Esto sólo supone un gasto enorme en sueldos; pero eso no era posible si se considera lo exiguo del valor de palcos, entradas y asientos. El palco valía dos pesos, la entrada dos reales y la luneta uno.

Excepto Pérez y Hevia, y no sabemos si las actrices, chilenas como aquéllos, todos los otros actores eran pagados por **función**, de suerte que el que no trabajaba no tenía nada que cobrar. Cáceres, que era el primer actor, ganaba **seis** pesos por noche. Siendo los otros muy inferiores, debía en proporción ser su honorario, si puede usarse esta palabra con aprendices de cómico.

La orquesta fluctuaba entre siete u ocho músicos, los únicos que podían llamarse tales en Santiago, que costarían de 20 a 22 pesos por noche. Esto nos trae a la memoria que la orquesta, situada en el mismo lugar que ahora ocupa, tenía una particularidad. Aquel lugar no estaba ni entablado ni enladrillado, de suerte que cuando Robles, director de orquesta, marcaba el compás con el pie, por tener ocupadas las manos con el violín, levantaba una gran polvareda más que visible al público. Aquel lugar no se barría jamás.

❊

Los **fines de fiestas** eran, hasta el año de 1830, sainetes, tonadillas españolas y a veces baile. Desde 1824 hasta 1826 desempeñaba esta parte doña Rosa Lagunas, limeña, y don José Pose, español.

Cuatro años antes, doña Angela Calderón, favorita del público por su hermosa figura y buena voz, cantaba una tonadilla a una sola voz, en que representaba a una ciega que vendía almanaques.

La tonadilla era fea y desde el principio se notaron muestras de desagrado en un palco de gran tono.

Este descontento cundió hasta hacerse general en el público.

La Calderón, acostumbrada sólo a escuchar aplausos, no fue dueña de sí misma, y dando algunos pasos en dirección al público, le dirigió las palabras siguientes, que conservamos letra por letra en la memoria: "Pueblo indecente de m . . ., que por tres reales que paga, con licencia de la gente".

Con esta última palabra cayó el telón, sin que el público se diera **por aludido**; sin embargo, la Calderón, en la función siguiente, dio una satisfacción, redactada por el doctor Vera, y todo quedó olvidado.

Lo preferido, sin embargo, era el sainete, casi siempre sacado del inagotable don Ramón de la Cruz.

Algunos se repetían con frecuencia, entre ellos **"San Tristezas Tongarini"**.

Se daba este sainete una vez en circunstancias de hallarse en Santiago gran número de coquimbanos, recién caído don Bernardo O'Higgins. En este sainete tenía lugar una procesión en que el gracioso Pedro Pérez era paseado en el proscenio en andas, disfrazado de santo, cantando los alumbrantes esta copla:

El señor San Tristezas,
al pueblo de Coquimbo.
Sea bien venido.

Los coquimbanos, que se daban los aires de haber derrocado a don Bernardo O'Higgins, se consideraron insultados y amenazaban con un reclamo.

Morante dio por la prensa, a nombre de la empresa, una satisfacción en que decía que no se había dicho o tratado de decir pueblo de Coquimbo, sino pueblo de **Apoquindo.** Esta mentira era grosera, porque esa vez y siempre se había cantado Coquimbo.

Había otro sainete que también se repetía mucho. No recordamos el título, pero en él se simulaba un entierro en que, al pasearse por el proscenio los acompañantes, cantaban a dos coros alternados estas estrofas:

Primera estrofa

1.er coro: **¿Por qué van a los duelos [tantas visitas?**
2º coro: **Por tomar chocolate los nue[ve días.**

Segunda estrofa

1.er coro: **¿Por qué lloran las viudas [dando chillidos?**
2º coro: **Porque antes no enterraron [a sus maridos.**

Al fin de cada estrofa se decía:

El preste: **¡Dinero y descanso ten[gamos!**
Coro: **¡Amén!**

Esto se cantaba imitando las entonaciones usadas en estos casos por la iglesia. Se prefería el 8º tono.

❋

El alumbrado era otra especialidad. El de bastidores, palcos, platea y salones era de velas de sebo, que sólo podían reanimarse despavesándolas en los entreactos.

El alumbrado del proscenio, o carro de Febo, como algunos dicen, consistía en seis u ocho candiles o tazas de barro ordinario. El líquido que alimentaba estas luces era sebo. Durante la representación solían esos candiles

despedir un humo denso por falta de pabilo o mala colocación de las mechas, y era preciso sufrirlo hasta que caía el telón. A veces ese humo era general en todos los candiles, hasta el extremo de interponerse entre el público y los actores una especie de niebla insoportable por su hediondez.

En los entreactos salía un muchacho a sumergir de nuevo las mechas y reanimar de este modo el alumbrado. La postura del muchacho, en cuclillas, solía ofrecer ciertos inconvenientes.

El alumbrado duró tanto como el Teatro Principal, es decir, hasta 1836, en que fue demolido.

*

Nos falta hablar del **anunciador,** cuyo papel hacía temblar a los que lo desempeñaban, y por lo cual en todas partes se encomendaba a los graciosos, a no ser que se contara con algún actor especial, como lo era Pino entre nosotros. El anuncio por impresos no se conoció de un modo estable hasta después de 1840, en el Teatro de la Universidad.

El exordio obligado del anuncio era: "Para tal día se convida a tan respetable público", etc. El fin de este anuncio jamás dejaba de ser saludado con alguna palabra burlesca o con silbidos de muchachos, y esto sólo cuando el actor no había cometido alguna ligera equivocación, pues en este caso la pifia era general.

Otras veces, cuando lo que se anunciaba no era del agrado del público, éste protestaba con gritos generalmente, pidiendo otra tragedia o comedia más de su gusto.

Esto daba lugar a ciertos diálogos muy vivos entre el público y el anunciador, que, no pudiendo resolver nada sobre lo que le exigía, tenía que escuchar lo que en voz baja le soplaba el empresario, colocado a sus espaldas tras del telón, y que siempre se oía por una parte del público.

La mayor dificultad consistía, como a veces sucede en nuestras cámaras, en saber dónde estaba **la mayoría.**

El triunfo era siempre, también como en las cámaras, de los más porfiados, majaderos y de mejores pulmones, y, oído el empresario, se les daba gusto.

*

A su vuelta Morante se estrenó, **a petición general,** esta vez no era mentira, con la obra favorita **"El Abate de L'Epée".**

El público, sin embargo, no saludó a su actor predilecto ni con una palmada al presentarse por primera vez. Hemos dicho que era avaro en aplausos. Esta vez fue una cosa peor, y para desagraviar a Morante fue necesario una ovación estrepitosa antes de caer el telón en el último acto.

En las diez funciones extraordinarias que en los diez meses y medio de la temporada dio Morante cada año, representó obras enteramente nuevas, que había traducido él mismo del italiano y del francés, idiomas que le eran familiares.

Algunos actores, ignorantes y envidiosos de su mérito, le declararon una guerra sistemática.

Al recibir los papeles de estudio que Morante repartía para sus funciones, buscaban alguna palabra cuya acepción les era desconocida y tomaban de refrán para repetirla en todas partes co-

mo inventada para aquél, lo que servía de tema para desacreditar sus beneficios.

Recordamos dos palabras que levantaron entre ellos gran algazara.

La primera fue **espelunca,** sustantivo poco usado en el día, pero castellano.

La otra, **sonámbula,** tan castellana como la anterior; pero que aquellos ignorantes burlones oían probablemente por primera vez.

Por estos medios y otros idénticos conseguían anticipadamente desacreditar las funciones de Morante, y en los dos años que duró esta contrata no sólo vio frustradas sus esperanzas, sino que tuvo el pesar de ser víctima de la más estúpida malignidad.

Esto le hizo contraer una deuda considerable con el empresario, que jamás pudo cancelar.

Para esa clase de pícaros hemos visto hace años un modelo de contrata formulada en un teatro de París, y no sería el único, en que tanto a músicos como a cantantes se les imponía una fuerte multa en caso de saberse que desacreditaban las óperas en estudio.

❋

Durante la ausencia de Morante y Cáceres había venido de Buenos Aires doña Teresa Samaniego, actriz de quien ya hemos hablado.

La Samaniego, concluidas las funciones que dio en Santiago, se dirigió al Perú, y don Domingo Arteaga volvió a Santiago con la compañía, a la que se incorporó Villalba, el gracioso de más mérito conocido hasta entonces, pues el famoso Rendón no debíamos verlo hasta 1841.

❋

Llegó en ese tiempo Rivas, catalán y trágico de notable mérito, que luego debía ser rival temible de Cáceres.

No pasó mucho tiempo sin que éste llegara también de Buenos Aires en compañía de don Domingo Moreno, excelente actor español, y de doña Trinidad Guevara, actriz favorita de aquel pueblo.

Entre Rivas y Cáceres se dividieron los pareceres. Cáceres tenía sobre aquél su magnífica figura y su voz agradable y poderosa. Rivas, por su acción y más que todo por su admirable gesticulación, contrabalanceaba aquellas ventajas. Los señores don Andrés Bello y don Ventura Blanco Encalada eran partidarios decididos de Rivas.

El señor Bello publicó algunos artículos sobre teatro en que, sin desconocer el mérito de Cáceres, dejaba entender muy claramente que prefería a Rivas. El público se dividió en dos bandos, siendo el más numeroso el de los amigos de Cáceres. El otro suplía el número con la opinión importante de aquellos dos señores.

Los artículos del señor Bello fueron atribuidos a Morante, que, sin razón, suponían enemigo de Cáceres. Eso prueba, por otra parte, la elevada idea que se tenía del talento de Morante, pues se le confundía con aquel eminente literato.

Las cosas habían llegado a tal término, que fue necesario recurrir a un expediente, usado a veces en estos casos. El público exigió ver trabajar a los dos rivales en idénticos papeles en dos noches consecutivas.

La obra elegida fue **"Los Hijos de Edipo"**, tragedia muy conocida del público y en que Cáceres y Rivas se habían hecho aplaudir con entusiasmo.

En una noche debía uno de ellos hacer el papel de Eteocles, ejecutando el otro el de Polinice; en la noche siguiente, al revés.

La concurrencia, como debe suponerse, fue inmensa. Las opiniones, como también debe suponerse, no variaron, y Cáceres y Rivas no fueron menos excelentes actores que antes para sus respectivos partidarios.

En una escena ocurrió un incidente que aterró al público más que todas las de esa terrible tragedia.

En la segunda representación, y seguramente por ser del caso, ambos hermanos, que tantas pruebas habían dado de su odio recíproco, y que el público había personificado con aplausos imprudentes, sacan a un mismo tiempo las espadas. Rivas y Cáceres se acercan en aire amenazante y tan a lo vivo, que una gran parte del público, lleno de angustia, dio un grito unánime: "¡No, no!"

Más de una persona se levantó en ademán de lanzarse sobre el proscenio, creyendo una desgracia inminente . . .

Ambos actores, de valor probado, no habían llevado, sin embargo, hasta ese extremo su rivalidad de artistas.

*

Poco después, Cáceres y Rivas se dirigieron, éste a México, aquél al Perú.

Morante, a pesar de que su enfermedad se había declarado enteramente, aún conservaba su antiguo prestigio, y no sin razón.

Se anunció el **"Aristodemo"**, en que antes había hecho de protagonista. Esa vez se debía representar sin que él tomara parte. Pero antes de levantarse el telón se avisa al empresario que Peso, que hacía el papel del rey que da el nombre a la tragedia, no podía representar por una enfermedad repentina. Por el mal efecto que siempre causa en el público un cambio repentino, fue preciso recurrir a Morante para que reemplazara a Peso, en un papel que jamás había tenido ocasión ni siquiera de leer, y es de advertir que, como es de regla, la tragedia era en verso endecasílabo.

Morante no tuvo más tiempo que el necesario para vestirse y salir a la escena en seguida.

A poco andar, el público empezó a observar que al personaje del rey, que Peso, con ser uno de los mejores actores, no había conseguido hacer notar, Morante le daba una importancia de primer orden, sacando aplausos de pasajes en que nadie se había fijado. Este también era su último destello.

Continuó representando papeles de barba y dirigiendo la escena; pero la enfermedad hacía visibles progresos.

Llegado el año de 1835 ó 1836, volvió Cáceres del Perú a muy buen tiempo por lo decadente de las funciones dramáticas. Fue contratado y dio principio con **"Montescos y Capuletos"**, tragedia en que hizo, como siempre, el primero de estos papeles con éxito completo. Este también fue el último triunfo de Cáceres, atacado ya de la misma enfermedad de Morante, y de la que murió pocos meses después en Valparaíso, en ese año; según nuestros cálculos, de 42 de edad.

Luego dejó Morante de representar. Vivió con los escasos recursos que algunos amigos le proporcionaban, y sobre todo con los del señor Arteaga,

que, en escasa fortuna, no lo abandonó jamás.

❊

El Arzobispo Vicuña, noticioso del estado de peligro en que se encontraba Morante, encargó a un amigo de éste le hiciera ver la necesidad de reconciliarse con la Iglesia, a quien había hecho tan cruda guerra. El señor Vicuña ignoraba que el comisionado tenía en religión las mismas ideas de Morante. A pesar de eso, aquél cumplió su encargo, como era de esperarse, sin ningún resultado. En la primera visita, y después de las palabras de costumbre, dio principio a su misión diciendo a Morante, con aire distraído: "¿Me parece que he visto salir de aquí un padre de la Merced?" Contestó Morante: "Si viera el hábito de un fraile en mi casa, me daría fiebre". "Sin embargo, la religión tiene sus pruebas, y han creído y creen en ella hombres muy grandes." Morante mudó de conversación y ya no se habló más sobre la materia.

❊

El mal, a pesar de su gravedad, daba todavía mucha espera. El presbítero, después canónigo, don Miguel Mendoza, amigo de Morante, le hizo algunas visitas que le agradeció vivamente. Esto alentó a Mendoza, quien, conociendo que él no era hombre para Morante, sólo trató de atraerlo con palabras cariñosas, evitando toda discusión a que éste parecía inclinado. Por este medio ganó su voluntad y consiguió por fin confesarlo.

El mismo día en que esto sucedió, Morante, como volviendo en sí, hizo llamar en la noche a don Mariano Palacios, su antiguo compañero, y nuestro, llegado de Buenos Aires. Al verlo le dijo: "Esta mañana he tenido una debilidad: me he confesado; pero voy a protestar de lo que he hecho". Dictó en pocas palabras la protesta y encargó las fórmulas a Palacios, próximo a recibirse de escribano, encargándosele traer todo escrito para firmar al siguiente día.

Al retirarse Palacios encontró cerca de la casa de Morante dos clérigos, de los que sólo conocía al señor Mendoza. Se detuvo y los vio entrar en la casa de Morante. Después se supo que el otro eclesiástico era el señor don José Iñiguez, sacerdote de maneras sencillas, de eminentes virtudes y de gran saber.

Mendoza, habiendo presentado al señor Iñiguez y al cabo de una conversación en que Morante tomó parte como en perfecta salud, se retiró solo.

Después de una larga conferencia privada y en voz baja, se retiró también el señor Iñiguez.

Morante llamó en seguida y encargó, si no estamos equivocados, a don Anselmo Silva, residente ahora en Rancagua, dijera al señor Mendoza lo esperaba al día siguiente. El señor Silva, que con un cariño y fidelidad altamente laudables no se separó de Morante hasta el cementerio, cumplió sin duda su encargo.

❊

Palacios se dirigió en la mañana siguiente a casa de Morante, sin llevar la protesta escrita, porque se proponía hacerlo bajo su dictado.

Apenas entró al patio, oyó con sorpresa la voz robusta del señor Mendo-

za que dictaba a Morante palabras de arrepentimiento y consuelo, y que Morante repetía con fervor y entonación que apagaba la de aquel antiguo sochantre de la Catedral.

Palacios habló con la señora de Morante sin dejarse ver de éste, y se retiró.

Según nuestra invencible costumbre de no visitar enfermos de gravedad, de acuerdo con Palacios, lo esperábamos en el Café de la Nación con el mayor interés. Allí supimos todo lo que hemos referido y calculamos lo siguiente respecto a las últimas resoluciones de Morante.

Al retirarse el señor Mendoza el día anterior, después de haberlo confesado por primera vez, debió pensar que aquel acto había tenido lugar más por condescendencia que por convicción. (Esto lo prueba la protesta proyectada.) El señor Mendoza, no encontrándose capaz de convencer a Morante, acudió al señor Iñiguez, que por lo visto lo consiguió completamente en la conferencia referida.

❊

Morante, después de recibir los sacramentos, vivió aún muchos días, dando pruebas de la sinceridad de su arrepentimiento, si no tan espléndidas como las de sus antiguos admiradores Lafinur y C. Henríquez, no menos claras y sinceras.

Su edad sería de 52 a 54 años.

Morante dejó varios manuscritos: entre ellos **"Los Templarios"**, tragedia traducida por él del francés, en verso, y de cuyo autor no estamos seguros, por haber conocido otras sobre el mismo argumento.

Morante, al traducirla, la había acompañado de extensas y numerosas "notas históricas" en que manifestaba su vasta erudición.

Hasta hace poco hemos conservado una **"Despedida de mi patria y de mis amigos"**, que suponemos escrita al emprender su último viaje a Chile.

En esta composición hacía recuerdos de su niñez y de su madre, que no era posible leer sin conmoverse. Era notable, sobre todo, el fin, por la exactitud con que describe el desamparo de los últimos años de su vida.

Segunda Parte

LA REVOLUCION DE 1810

Pequeños incidentes

EN LA TARDE del 25 de mayo de 1810 se encontraban reunidos en la casa del señor don José Antonio Rojas, los señores don Juan Antonio Ovalle, don Bernardo Vera, don José Miguel Infante y don José María Infante, su primo.

La casa del señor Rojas era la más frecuentada por los revolucionarios, a causa de su situación central. Está en la plazuela del Teatro Municipal, y tiene el número 27 en su reciente construcción.

Se discutía con mucho calor el significado de una ley o real cédula en que debía apoyarse la formación de una Junta Gubernativa durante la prisión en Francia del rey Fernando VII.

Para cortar toda cuestión, don José Miguel Infante mandó a don José María a su casa, distante sólo dos cuadras, en la calle del Rey entonces y ahora del Estado, número 33, a buscar un libro en que se encontraba la ley o cédula en cuestión.

Infante, impaciente por convencer a sus amigos y mortificado por la demora del mensajero, salió a toda prisa en la misma dirección. Apenas habían pasado algunos minutos llegó a casa del señor Rojas la tropa que, al mando de un oficial y por orden de Carrasco, le tomó preso; en seguida lo fueron los señores don Juan Antonio Ovalle y el doctor Vera.

Por aquel incidente sólo fueron sorprendidos los señores Ovalle, Rojas y Vera. Infante y su sobrino escaparon mediante su ausencia momentánea. Algunos días después fueron conducidos esos tres señores a Valparaíso, para seguir su viaje a los castillos del Callao. El doctor Vera quedó en Valparaíso **por enfermo . . .**

❊

Cerca de mes y medio después de estas prisiones apareció en la plaza de Armas, a las ocho de la mañana, una reunión como de doscientas personas respetables, que luego se duplicó con los curiosos: pidió a unos cuantos cabildantes que allí se encontraban que citaran a sus compañeros a un **Cabildo abierto.**

Esta reunión no se hizo esperar, y antes de dos horas se comisionaba a don Agustín Eyzaguirre y al doctor don José Gregorio Argomedo para pedir ex-

plicaciones a Carrasco sobre su falta de palabra para hacer volver a Santiago a esos señores que estaban presos en Valparaíso, a bordo.

Carrasco se mostró altanero al principio; pero al fin, aconsejado por dos oidores, concurrió a la Audiencia para contestar a los cargos que se le hacían.

Entre los concurrentes se encontraba don Luis Carrera, de edad apenas de diez y nueve años.

Cuando el valiente doctor Argomedo dirigió a Carrasco su elocuente y conocido discurso, al decir: "En la plaza hay dos mil hombres decididos a hacer respetar los derechos que defiendo", Carrera, abriendo su capa y mostrando un par de pistolas, añadió dirigiéndose a Carrasco: "¡Y todos vienen como yo!"

Este segundo epílogo decidió a Carrasco a **prometer** todo lo que antes había negado . . .

LOS DOS SARGENTOS,

o

La Primera Revolución de los Carrera

CUANDO, EN 1811, los Carrera y sus amigos, descontentos con la marcha irresoluta de aquel Gobierno, proyectaron una revolución que pusiera los destinos del país en otras manos, una de sus primeras diligencias fue solicitar la cooperación de dos sargentos de artillería, que debían facilitarles un movimiento que los hiciera dueños de ese cuerpo y de los recursos de armas y municiones depositadas en el cuartel.

Un sargento en aquellos tiempos gozaba de mucha más consideración que en el día. Podríamos comparar su representación, por lo menos, a la de un oficial subalterno de nuestra época.

Los sargentos mencionados a quienes se dirigieron los Carrera fueron don Antonio Millán y don Ramón Picarte, los más notables de ese cuerpo.

Millán se negó rotundamente con estas palabras: "Si el asalto tiene lugar estando yo de guardia, me haré matar en mi puesto; pero, si me niego a la solicitud de ustedes, pueden, sin embargo, contar con mi silencio. Yo no soy delator".

Picarte no puso más inconvenientes que los que le dictaba su conocida prudencia, pero fueron allanados, y se comprometió con los revolucionarios, fijándose el día.

❊

El cuartel de artillería estaba entonces más al Oriente del lugar que ocupa el de la escolta del Presidente de la República. Los Carrera vivían o disponían de la casa, ahora nueva, en la calle de las Agustinas, esquina opuesta a la del general Blanco, a espaldas del cuartel, y que ahora lleva el número 46.

Tenía esa casa, como la actual, una puerta de servicio a la calle de Morandé, a poco más de media cuadra del mencionado cuartel, y que ahora tiene el número 49.

Los revolucionarios debían reunirse en esta casa y salir por aquella puerta sin que pudieran ser vistos por la guardia del cuartel hasta el momento de caer sobre ella. Se fijó el día 4 de septiembre, entre una y dos de la tarde. A las doce se encontraban ya juntos los asaltantes, que no llegaban a cuarenta, y que se habían reunido poco a poco,

entrando por la calle de las Agustinas y de Morandé, de uno en uno.

Poco después pasaba Millán por la calle del Poniente de la plazuela de la Moneda, es decir, por la de Teatinos, en dirección del reñidero de gallos, situado entonces en la esquina nordeste de la que es ahora Plaza de Abastos. Tenía para ese mismo día una pelea **armada**, y llevaba su gallo él mismo, lo que no era raro entonces.

Al pasar por allí vio a don José Miguel Carrera, que, vestido con su gran uniforme de húsar, se paseaba a lo largo de la plazuela con otra persona más, pero seguido a distancia por algunos curiosos, gente toda del pueblo, siendo este barrio poco frecuentado entonces.

Era en ese día oficial de guardia del cuartel el capitán Barainca, dueño o administrador de la chacra de este nombre, ahora seminario. En ese momento estaba en la cochera inmediata al cuartel, que servía de habitación a los oficiales de guardia.

Los revolucionarios, cosa combinada, mandaron tres individuos a solicitar de Barainca una orden para que el mayordomo de la chacra recibiera algunos caballos a talaje. Apenas Barainca se puso a escribir la orden, uno de los comisionados, que se había quedado en la puerta de la cochera, hizo una seña a otro, que, situado en la esquina, la repitió a un tercero que la aguardaba en la puerta del patio donde estaban los amotinados, entre los que había varios oficiales y soldados del ejército.

Salieron inmediatamente: al llegar a la puerta del cuartel y habiendo encontrado una resistencia obstinada en el sargento González, fue muerto de un balazo por don Juan José Carrera, y el cuartel quedó sin otra resistencia en poder de los asaltantes.

Barainca no pudo impedirlo, porque los del **recibo** se lo estorbaron.

Sin más que este movimiento parcial hubo cambio de Gobierno. ¿Y quién se habría atrevido a moverse contra los que se habían **tomado** la artillería?

Por espacio de cuarenta años los revolucionarios de Santiago no se separaron una línea de esta idea; dígalo el 20 de abril de 1851. Se creía que el que **se tomaba la artillería** podía echarse a dormir: todo era suyo.

Como es natural, después del triunfo vinieron los ascensos. Al sargento Picarte, que había tenido en él una parte importante, se le dio el **grado** de alférez. Al sargento Millán, que sólo cooperó con su silencio, se le premió con el ascenso de alférez **efectivo.**

Esta conducta de Carrera, que encierra una alta lección, no necesitamos explicarla a nuestros lectores. Ella nos trae a la memoria un hecho análogo de Napoleón, que ha sido muy encomiado por los historiadores y que por sabido callamos.

Picarte y Millán estaban llamados a representar un noble papel en nuestra historia militar.

Millán tiene una hermosa página en el sitio de Chillán y el de Rancagua.

Picarte llevó una vida llena de contratiempos y expuesta a grandes peligros, que siempre arrostró con valor heroico. El motín de la guarnición de Valdivia, sofocado por él solo, con una prontitud y energía inauditas, sería suficiente para colocarlo entre nuestros más notables militares.

El año de 1830 cayó con el partido liberal a que pertenecía: ocupó su lugar

entre los jefes y oficiales que dio de baja el Ministro Portales.

Después de esto, en una transacción iniciada entre el partido liberal y el gobierno, Portales había indicado a Picarte para Intendente de Coquimbo; pero una trama revolucionaria, descubierta en esos días, y en que Picarte apareció complicado, dio en tierra con esa combinación.

Portales, al saber, algo más tarde, que se hallaba gravemente enfermo y sin recursos, hizo llegar hasta él una suma considerable (500 pesos), ocultándole cuidadosamente quién le prestaba este servicio. No fue ésta la única prueba de la predilección con que lo miraba.

Millán se retiró del servicio activo con el grado de teniente coronel. Picarte había llegado a coronel cuando se le dio de baja. Sin la interrupción de su carrera, habría sido muy pronto general. Su carácter serio, su talento y su valor lo llamaban a ocupar los primeros puestos del ejército, a que entonces no se llegaba con tanta facilidad como en el día.

DON LUIS CARRERA

Lance en el teatro de Buenos Aires en 1815

EN 1815 SE encontraba en Buenos Aires don Luis Carrera. Asistió una noche al único teatro que había entonces, inmediato a la iglesia de la Merced y que ha desaparecido. Se representaba **"El Chismoso"**, comedia de costumbres, cuyo protagonista desempeñaba el célebre actor Ambrosio Morante.

Don Luis ocupaba una luneta bajo un palco en que estaba una familia con varios niños de corta edad. Como era natural, y por el poco cuidado de sus padres, no sólo hacían ruido con sus conversaciones, sino también con sus continuos movimientos, subiendo y bajando a la barandilla del palco.

La situación que ocupaba Carrera y el poco cuidado que se tenía con los niños lo hizo fijarse, previendo lo que no podía menos de suceder. En una disputa por ocupar el lugar más alto, uno de ellos, de edad de tres o cuatro años, cayó a la platea.

Apenas lo vio Carrera, y aun antes de que la madre diera un grito, se puso en pie para recibirlo. La poca altura del palco y su talla aventajada facilitaron la operación, pero no sin que al vecino que tenía a su izquierda le pisara un pie con fuerza:

Esa persona desahogó su dolor diciendo: **"¡Badulaque!"** Mientras, don Luis ponía al niño en manos de su padre, subiéndose para esto sobre su asiento.

En seguida se dio vuelta y preguntó al sujeto aquel:

—¿Con quién habla usted?

—Con usted, por impolítico.

Carrera dio por única contestación a su interlocutor un gran bofetón a mano abierta que resonó en todo el teatro.

El público, sobre todo el de la platea, se levantó para gritar contra el que aparecía como único agresor, pues las pocas personas que estaban en autos de lo sucedido no podían hacerse oír ni tomaban en esto mucho empeño por temor a la inmensa mayoría, prevenida contra Carrera por imputaciones calumniosas, y aún no desvanecidas del todo, sobre su lealtad en el desafío con el coronel Mackenna; a lo que debe agregarse que el abofeteado era argentino... Este a su vez había hecho uso de su bastón, pero con poco éxito.

La representación fue interrumpida por algunos minutos.

Esto sucedía en el último acto de la comedia. Durante el intermedio y el sainete —**"La Muerte del Diablo"**— ninguno de los dos contendores se movió de su asiento, atrayendo sobre sí todas las miradas del público.

Concluida la función, don Luis esperó para salir que se despejase la platea; pero viendo que nadie se movía y que se manifestaba cierta impaciencia en el público, se dirigió a la única puerta que tenía el teatro; pero antes de salir a la calle, una voz dijo, dirigiéndose al piquete de guardia:

—¡Ese es, sujétenlo!

Apenas oyó esto Carrera, se dirigió a la pared de la izquierda, que daba frente a la guardia, y metiendo ambas manos a los bolsillos de los pantalones, como en ademán de sacar armas, contestó, mirando a la concurrencia:

—¿Quién me sujeta?

Todos los curiosos estaban del lado de adentro del teatro, y en el zaguán sólo se veían la guardia y Carrera. La actitud amenazante de éste impuso a todo el mundo, pero no era esto sólo: el padre del niño, después de darle las gracias desde el palco, bajó a la platea, y, acercándose a todos los corrillos, contaba conmovido el suceso; por consiguiente se había efectuado una reacción, en una parte del público, favorable a Carrera.

A su pregunta, y después de un corto silencio, el mayor Ramírez, que más tarde conocimos de coronel de artillería (año 25), contestó:

—Señor Carrera: si usted da su palabra de presentarse mañana a las 12 en la comandancia de armas, puede retirarse sin ningún inconveniente.

—¡Corriente! —contestó Carrera.

Y todo concluyó esa noche.

Al siguiente día concurrió a la cita. Lo esperaban su adversario, el padre del niño y éste mismo, que al ver a Carrera corrió a él presentándole un ramo de flores y pidiéndole, a nombre de su madre, permiso para besarle las manos.

Las primeras palabras de la entrevista fueron agresivas por ambas partes; pero todo se arregló amigablemente por el interés que en ello tomaron aun personas extrañas.

Se exigió a los dos actores que dejaran al menos por un mes de concurrir al teatro. Carrera contestó:

—¡Anoche me he despedido del teatro para siempre!

DON JOSE MIGUEL CARRERA

Recibe en Montevideo la noticia de la batalla de Maipo y de la ejecución de sus hermanos.

CUANDO EN ABRIL de 1818 tenía lugar en Chile la victoria de Maipo, se encontraba asilado en Montevideo don José Miguel Carrera, que un año antes y con gran trabajo y peligro había podido escaparse de un buque en que el Gobierno argentino lo tenía preso en la bahía de Buenos Aires.

Los Gobiernos chileno y argentino se prestaban estos servicios mutuos. Las prisiones argentinas estaban abiertas para los chilenos hostiles al Gobierno de nuestro país; las de Chile lo estaban para los argentinos que se encontraban en el mismo caso . . .

La familia Carrera era perseguida en Chile con más encarnizamiento y crueldad que los más decididos partidarios del rey de España.

El gobierno se había echado sobre todas sus propiedades, dejándola perecer en el destierro, y aun en Chile, falta de todo recurso. Si esta política era inevitable, fatal, no nos toca a nosotros decidirlo.

Don Juan José y don Luis, sorprendidos en su tránsito para Chile en meses anteriores, permanecían presos en Mendoza, donde se les seguía una causa con mucha lentitud, por conspiración intentada desde su prisión.

A fines de marzo del mismo año llegó a ese pueblo la noticia del descalabro de Cancha Rayada, que puso a Chile al borde de su ruina.

Fue transmitida con toda celeridad a Buenos Aires y a Montevideo.

Como era natural, aquel suceso causó en los ánimos gran zozobra. Un correo posterior de pocos días consoló a los patriotas, haciéndoles saber que una gran parte de las fuerzas dispersas en Cancha Rayada se encontraba reunida muy próxima a Santiago, dispuesta a disputar la victoria al ejército de Osorio.

Don José Miguel, los dos Benavente, don Manuel Gandarillas, don Pedro Vidal, Camilo Henríquez y otros chilenos partidarios de Carrera, asilados, como él, en Montevideo, esperaban con el mayor interés noticias del resultado de la batalla decisiva que se preparaba, como también del desenlace de la causa que con tanta calma se seguía a don Juan José y a don Luis, aunque sin temer un resultado sangriento, a que

no daba lugar la naturaleza de esa misma causa.

Una mañana, a eso de mediodía, hora ordinaria en que se reunían diariamente los señores mencionados para comunicarse los rumores que cada uno había recogido en la ciudad, el último que llegó trayendo la noticia que ya todos sabían de la victoria de Maipo, añadió que se decía, aunque con reserva, que don Juan José y don Luis habían sido fusilados el 8 del mes corriente en Mendoza.

Aun cuando no se hallaba presente don José Miguel, ninguno de los otros había querido añadir, a pesar de saberlo, este funesto apéndice... Por momentos y con la mayor ansiedad lo esperaban, no dudando de que a esa hora no podía ignorar su inmensa desgracia.

La mayor dificultad para dar crédito a la noticia era que hubiera llegado desde Mendoza a Montevideo en seis días y algunas horas; pero luego se supo que el correo que la había llevado a Buenos Aires desde Mendoza había andado aquellas trescientas leguas en cuatro días y medio.

Este correo, por rara coincidencia, fue el famoso Escalera, el mismo que diez años antes había salvado en veintitantos días la enorme distancia (creemos que de mil leguas) que hay de Buenos Aires a Lima, llevando la noticia del fracaso de la segunda invasión inglesa.

Tardaba don José Miguel más que de costumbre, y ya don Manuel Gandarillas se disponía a buscarlo en casa de don Nicolás Herrera, argentino y amigo común, cuando oyeron que desde el zaguán de la casa, casi corriendo y golpeando las manos, gritaba:

—¡Viva Chile: victoria completa!...

Al oírlo, todos se miraron con dolorosa sorpresa; pero él, sin fijarse en la expresión indefinible de aquellas fisonomías, añadió:

—¿Qué dicen ustedes de los reclutas chilenos que se baten como leones?

Una sonrisa forzada de asentimiento, sin una palabra articulada, fue la única contestación. ¡Todos habían caído en cuenta de su ignorancia!

Entonces, sorprendido y mirando sucesivamente a todos, dijo:

—¡Cómo! ¿Se han convertido ustedes en godos, acaso?

Como nadie contestaba, añadió:

—¿O hay algo más que yo no sé?

El mismo silencio.

—¡Ah! ¡Han fusilado a alguno de mis hermanos!... ¿A los dos quizás?... Sí, ¡no me digan nada!

Y dando un gran golpe con ambos puños en la pared, permaneció vuelto a ella un largo rato, dando libre curso a sus lágrimas.

En seguida tiró el sombrero, añadiendo:

—Basta de lágrimas; ¡los vengaré o perderé la vida!...

Desde el siguiente día empezó a cumplir su palabra, y sus escritos, vehementes hasta entonces, fueron en adelante incendiarios. Esto no era bastante: luego cambió la pluma por la espada, que no dejó de la mano hasta concluir su vida en el mismo pueblo, en la misma plaza y en el mismo rincón en que tres años y medio antes la habían perdido sus hermanos.

El año 19 vimos en la pared Oriente de esa plaza las huellas de las balas que habían atravesado el pecho a los primeros; el año 24 vimos aún las que habían dejado las que atravesaron el suyo...

ENTRE CHACABUCO Y MAIPO

Virutas históricas

EL 20 DE marzo de 1818, entre doce y una de la noche, hablaba con el centinela (que entonces no faltaba en la esquina de la antigua cárcel) don Francisco de Borja Fontecilla, Intendente de Santiago. A ese tiempo pasaba por allí el teniente de artillería de Chile (había entonces un cuerpo de artillería de los Andes) don Antonio Vidal. Después del saludo, Fontecilla dijo a Vidal:

—Acompáñeme usted hasta la Cañada —nombre que entonces tenía la Alameda de las Delicias.

La ciudad estaba silenciosa como un cementerio.

Nadie ignoraba que el encuentro de nuestro ejército con el realista debía tener lugar en esos momentos, y que del éxito de una batalla estaba pendiente la suerte de Chile. Como siempre en esos casos, circulaban rumores más o menos alarmantes.

Los godos no disimulaban su alegría, no sólo por la retirada de nuestro ejército, después de la sangrienta derrota de Talcahuano, sino también por el considerable refuerzo recién llegado del Perú a los realistas, con el que venía Osorio, el vencedor de Rancagua.

Fontecilla y Vidal tomaron la dirección de la calle del Estado. Al llegar a la plazuela de San Agustín les llamó la atención el paso de un caballo cansado y con las herraduras rotas que venía del lado de la Cañada en dirección a la plaza de Armas. De común acuerdo, ambos se ocultaron en el rincón que ocupaba, como ahora, la portería del convento. El ruido de un sable les advirtió que el que montaba el caballo era un militar, al cual, saliéndole al encuentro, preguntó Vidal:

—¿Quién vive?

—La patria.

—¿Qué gente?

—Oficial del ejército.

—¡Alto!

Al acercarse a él, conocieron que hablaban con Samaniego, teniente de caballería, chileno y muy conocido en Santiago.

Sorprendido el Intendente de aquel inesperado encuentro, preguntó:

—¿De dónde viene usted?

—Del ejército.

—¿Dónde está el ejército?

—Anoche estábamos cerca de Talca; pero a las nueve nos asaltaron los go-

dos y nos han dispersado completamente.

—Apéese usted y marche para San Pablo.

Samaniego quiso añadir algo, pero se le hizo callar por el teniente Vidal, diciéndole:

—¡Obedezca usted al Intendente!

Este silencio no fue interrumpido en todo el camino.

*

En San Pablo estaba acuartelado un regimiento de caballería de milicias, que mandaba don Pedro Prado, vocal de una de las antiguas juntas, pero que en ese momento no estaba en el cuartel, y no costó poco trabajo que el teniente don Juan María Egaña, oficial de guardia, abriera la puerta. Conseguido esto, las tres personas mencionadas se encerraron en la mayoría, donde Samaniego dio todas sus explicaciones sin vacilación alguna, añadiendo al terminar:

—Tras de mí viene todo el ejército.

La mayor dificultad para el señor Fontecilla era que en 28 horas hubiera podido este oficial recorrer las 80 leguas que entonces se suponían entre Talca y Santiago. A esto contestó Samaniego que las veces que había cambiado caballo para acelerar su viaje lo pedía en nombre del Gobierno, mostrando un papel que decía ser un oficio urgente, pero callando lo sucedido.

Al retirarse el Intendente, dio orden terminante de poner al preso dos centinelas, prohibiendo toda comunicación.

De ahí se dirigió, siempre seguido del teniente Vidal, a casa de dos o tres personas de alta posición para referirles lo sucedido, pero dudando de la verdad. Al llegar a la casa de la última de estas personas, ya viniendo el día, la encontró en pie y con la noticia que acababan de darle: que don Bernardo Monteagudo, auditor del ejército, había llegado refiriendo el mismo suceso, con pormenores aún más alarmantes que los que ellos sabían. Ya no era posible la duda y sólo se trató de ocultar la catástrofe al público.

Todas las precauciones, sin embargo, fueron inútiles, pues el 21, Sábado Santo, a las diez de la mañana, las noticias de nuestro ejército estaban en boca de todo el mundo, con dolorosos pormenores.

La noche de ese día y la del domingo inmediato fueron aterradoras. Algunas tiendas de comercio fueron saqueadas, teniendo esta preferencia las de algunos entusiastas patriotas. Pero nada más siniestro que ese mismo domingo. Al mediodía empezó a levantarse una nube de polvo por el lado del Sur, próximo a la ciudad, que por momentos se hacía más densa, aumentando el espanto de los habitantes de Santiago.

*

Entonces el llano de Maipo no tenía un solo arbusto y sus siete leguas de anchura no eran más que un arenal no interrumpido entre el Mapocho y el Maipo, por no correr por esa gran extensión ni un hilo de agua.

Esa polvareda la levantaba la multitud de gente de a caballo y de a pie de los pueblos del Sur, que buscaba un asilo en la capital.

Entre esa multitud de familias, pobres casi en su totalidad, venían gran parte de soldados y no pocos oficiales

del ejército más brillante que hasta entonces había tenido Chile. Lo que más desconsuelo causaba era ver ese sinnúmero de militares avergonzados y abatidos, sin formación alguna, y la mayor parte desarmados, y que en lugar de tomar cuarteles en Santiago pasaban de largo, en dirección al Norte, es decir, a Mendoza, que miraban como el único punto de seguridad.

El 23, día lunes, puede decirse que todo el mundo se disponía a emigrar en esa dirección. El que estas líneas escribe tuvo un buen empeño para incorporarse en el equipaje del general O'Higgins, que marchó en dirección a Mendoza a cargo del padre Jara, religioso dominico.

Compramos en **doce reales** una yegua, o más bien una armazón de yegua, que con gran trabajo nos condujo hasta inmediaciones de Santa Rosa de los Andes, de donde regresamos después al saber el triunfo de Maipo. En nuestra compañía iba un cadete, más tarde general, que después vimos **condecorado** con la medalla que se concedió a **los vencedores de los vencedores de Bailén**... Así se dan a veces los premios, y no será éste el único caso de ese género a que nos referiremos en el presente artículo.

*

En estas circunstancias apareció don Manuel Rodríguez, que infundió aliento en unos y desconfianza y recelo en otros.

Este personaje, que tanto contribuyó a la restauración de nuestra patria, fue relegado al olvido después del triunfo de Chacabuco. Decimos mal: en el tiempo que corrió desde esa batalla hasta la de Maipo se le tuvo presente para perseguirlo sin descanso; pero no es esto lo más raro, sino el empeño que se ha puesto en atribuir al general San Martín la parte principal en estas persecuciones.

Tan lejos está esto de la verdad, que en todas las dificultades que se ofrecían entre el Gobierno de don Bernardo O'Higgins y Rodríguez, éste acudía a San Martín, que siempre se prestó gustoso a zanjarlas. San Martín no sólo dio a Rodríguez pruebas de cariño, sino de confianza, nombrándolo auditor de guerra del ejército que organizaba en Las Tablas, pocos meses antes de la batalla de Maipo.

Nadie ignora quién fue el que solicitó al capitán Zuluaga, argentino, y más tarde al teniente Navarro, español, ambos del Batallón 1º de los Andes, para asesinar a Rodríguez.

Cuando esto sucedía, San Martín estaba en Buenos Aires, donde llegó la noticia de la muerte de Rodríguez con posterioridad.

Se ha dicho por algunos que aquel general dominaba en Chile con su ejército, sin recordar que el ejército argentino, después de la batalla de Maipo, era inferior al de Chile en más de mil hombres; pues, de los cuatro mil con que contaba en Chacabuco, había perdido cerca de mil en las campañas del Sur, anteriores a la batalla de Maipo; esto sin contar que el general O'Higgins era Director Supremo de la República.

No fue San Martín quien, tres años más tarde y residiendo en el Perú, dio un alto grado en el ejército de Chile al Gobernador de Mendoza, Godoy Cruz, que fusiló a don José Miguel Carrera, acompañado este nombramiento de una

rica casaca, correspondiente al empleo. Como el grado se evaporó más tarde, la casaca corrió la misma suerte, viniendo a parar al teatro de Santiago, donde murió entre los desechos del actor Peso, a quien le fue vendida por su dueño, emigrado en Chile. La tal casaca había ocasionado un mal rato en Buenos Aires a su poseedor, por haber tenido el arrojo de presentarse en paseo público de gran parada.

Llamó la atención, sobre todo, por su alta graduación y por ser desconocido de todo el mundo.

Al día siguiente se le notificó por la Comandancia de Armas la orden verbal de no volver a presentarse en público con ese traje. A esta orden hemos oído en Buenos Aires añadir palabras que por su dureza creemos inverosímiles.

*

Como todos saben, el pueblo, o lo que se llama tal, asoció a Rodríguez con el coronel don Luis Cruz, que momentáneamente reemplazaba en el mando supremo de la República al general O'Higgins. Contando con los recursos que este cargo le proporcionaba, organizó un regimiento de caballería de quinientas a seiscientas plazas, que llamó **Húsares de la Muerte.** Los oficiales en su totalidad eran carrerinos, lo que no era una garantía de fidelidad para San Martín ni O'Higgins, pues estando don Juan José y don Luis a cien leguas de Santiago, presos en Mendoza, no era imposible que ambos se presentaran el día menos pensado en Chile, donde contaban con numerosos y decididos partidarios, aun en el ejército.

Tan cierto es esto, que el francés don Ambrosio Crammer, teniente coronel y comandante del Batallón 8º de los Andes y el italiano don José Rondizzoni, sargento mayor del número 2 de Chile, fueron separados violentamente de sus puestos en esos días por sospechas de carrerismo, pues ambos habían venido de Norteamérica con don José Miguel.

En esa misma época se hizo igual cosa con el general francés Brayer, últimamente incorporado a nuestro ejército, y que, habiendo venido del mismo punto con Carrera, se prestaba a las mismas sospechas.

A esta última separación se le dio como motivo el mal éxito del asalto de Talcahuano, en diciembre del año anterior, a pesar de que la empresa se acometió con aprobación y bajo las órdenes del general O'Higgins, jefe del ejército y Supremo Director, siendo Brayer jefe de estado mayor. Pero, como es sabido, en estas desgracias siempre se busca a quién echar la culpa, y ¿quién más a propósito para este caso que un extranjero, y, a más de esto, carrerino?

Brayer, pues, fue el **autor exclusivo** de uno de los más grandes descalabros que sufrió nuestro ejército en la guerra de la independencia, y una licencia de pocos días que pidió para tomar los baños de Colina fue el motivo ostensible para separarlo del ejército, a pesar de haberse presentado siete días antes de la batalla de Maipo solicitando su incorporación.

El había agriado los ánimos de O'Higgins y San Martín con sus palabras y conducta más que imprudentes en un militar. En esos días se le veía a todas horas acompañando a Rodríguez, que había asumido el papel del más exaltado tribuno.

Sin embargo, este notable jefe de los ejércitos del Primer Imperio, y que aunque por algún tiempo perteneció al nuestro, es desconocido de casi todos nuestros lectores. Esto nos obliga a decir algunas palabras sobre su persona.

*

Cuando don Miguel Brayer llegó a Chile, en 1817, tendría 48 a 50 años de edad. De elevada estatura y color moreno, tenía la figura más arrogante y marcial que hemos visto. Su presencia imponía respeto.

En la primera caída de Napoleón fue tratado con mucha consideración por Luis XVIII, hasta el punto de confiarle el gobierno de Lyon. Desempeñaba este cargo cuando desembarcó Napoleón de la isla de Elba. Brayer se declaró por él, entregándole ese pueblo importante.

Después de Waterloo emigró a Norteamérica. Allí lo encontró don José Miguel, que, como a otros que se hallaban en el mismo caso, lo solicitó para que lo acompañara en su expedición a Chile, que no tuvo lugar por haberlo impedido el Gobierno argentino, al arribo de esa pequeña escuadra al Río de la Plata.

Libres por este contratiempo, la mayor parte de aquellos militares tomaron servicio sucesivamente en el ejército de los Andes, a las órdenes de San Martín.

Napoleón conservó por Brayer gran estimación hasta sus últimos momentos. En su testamento, que todos conocen, y que el Gobierno francés impidió que se cumpliera, le dejaba un legado de cien mil francos.

Antes de la batalla de Maipo se retiró de Chile a Montevideo, después de una discusión acalorada con San Martín, de cuya presencia se retiró sin saludarlo, habiendo mediado antes las siguientes comunicaciones:

Durante una carrera de treinta años de servicios, el honor ha sido siempre mi guía. Conducido por mi patriotismo a la América del Sur, creo haber merecido la estimación del ejército. Bajo este supuesto, me dirijo a V. E. con toda confianza, suplicándole me conceda algún mando en las tropas que se reúnen para rechazar al enemigo.

Mi salud, destruida por heridas graves, me deja sólo una existencia dolorosa, cuyos restos ofrezco en obsequio de la independencia del país que me ha acogido en mi desgracia. Me atrevo a esperar esta gracia de la generosidad y justicia de V. E.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Santiago de Chile, marzo 27 de 1818. — MIGUEL BRAYER.— **Excelentísimo Capitán General don José de San Martín.**

(Contestación)

La salud de US. es muy interesante, y por lo mismo, deberá reponerla por medio de una curación formal; logrado este objeto se proporcionará el destino que US. solicita a beneficio del país.

Dios guarde a US. muchos años.

Cuartel General en el Llano de Maipo, marzo 29 de 1818.— JOSE DE SAN MARTIN.— **Señor General don Miguel Brayer.**

A esta contestación irónica, y demás incidentes, respondió Brayer más tarde desde Montevideo con un manifiesto que hemos visto sobre su conducta en Chile y sus disidencias con San Mar-

tín. La redacción de este escrito se atribuyó a don José Miguel Carrera.

*

Los cinco o seis días que transcurrieron desde la dispersión de nuestro ejército en Cancha Rayada hasta la llegada a Santiago de San Martín y O'Higgins, los empleó Rodríguez en armar malamente su regimiento, con los escasos restos que habían quedado en la maestranza, que apenas había podido suministrar lo muy preciso para armar los siete mil hombres que habían marchado al encuentro de Osorio.

Las noches las empleaba en recorrer la población y visitar los cuarteles, reducidos en su mayor parte a diez o doce inválidos que los custodiaban.

Los dos únicos batallones de milicias que había entonces cubrían todas las guardias. Una compañía de comerciantes argentinos, numerosos en Santiago, acuartelados en San Agustín, rondaban la ciudad y en particular el comercio, amenazado seriamente.

Rodríguez se empeñaba, sobre todo, en desterrar el pánico que se había apoderado de todo el mundo. Se presentaba a caballo, a cierta distancia, en los cuerpos de guardia donde había centinelas exteriores, y al preguntársele: "¿Quién vive?", contestaba clavando las espuelas al caballo en ademán de atropellar al centinela.

Al que abandonaba su puesto, que no eran pocos, se le castigaba con un corto arresto, no siendo posible otra cosa por ser cívicos en su mayor parte, o con una burla mortificante. El que se conservaba en él recibía muchos elogios y algunas monedas.

*

A la llegada de O'Higgins y San Martín a Santiago, Rodríguez se contrajo exclusivamente a la disciplina de su cuerpo, que siendo voluntario y sin sueldo determinado, no tenía más estímulo que su entusiasmo, contrariado con frecuencia por los pocos y tardíos recursos que recibía. Esto, y la índole política de los que lo componían, lo mantenía a cierta distancia del Gobierno, que lo miraba con mal ojo. Por lo demás, esto le daba cierta independencia poco avenible con la disciplina, sobre todo en esas circunstancias.

*

A pesar del entusiasmo que la presencia del Supremo Director y del general San Martín había inspirado en muchos, la emigración iba en aumento, y el camino de Aconcagua no era más que una fila interminable de gente que abandonaba la capital en dirección a la otra banda. Entre esa multitud vimos con extrañeza a un valiente jefe argentino, don Mariano Necochea, que seis años más tarde se cubrió de gloria en Junín, acompañado del célebre médico español Grajales. Una herida casual de una mano, fuera del campo de batalla, era el motivo. ¿No podía esperar en Santiago el último resultado de la contienda? Si esta clase de hombres nos abandonaban sin la menor reserva, ¿quién podría infundirnos aliento? No es, pues, extraño lo que vamos a referir.

*

Hemos dicho antes que había en la capital en ese tiempo dos batallones de guardias nacionales. No tomamos

en cuenta un cuerpo de caballería compuesto de **gente decente**, que poco antes de la batalla se dispersó, yendo algunos de los más valientes a engrosar el ejército ... ¡de Osorio!

De los dos batallones mencionados eran jefes: del número 1, don Francisco Elizalde, argentino, muerto honrosamente en Lircay, en las filas del general Freire; del número 2 lo era don José Santiago Aldunate. Ambos cuerpos ocupaban el antiguo edificio del Instituto. Una tarde, en víspera de la batalla, se reunieron con gran solemnidad. El señor Elizalde les dirigió un discurso entusiasta y conmovedor, que concluyó por estas palabras: "Ciudadanos: el que esté dispuesto a vencer o morir al lado de nuestro valiente ejército, dé dos pasos al frente". Los dos batallones, sin una sola excepción, lo hicieron a los gritos de "¡Viva la patria y mueran los godos!" Esa noche quedaron acuartelados, disponiéndose para marchar. A las cuatro de la tarde del siguiente día salieron ambos cuerpos acompañados por gran parte del pueblo. Alojaron a la salida de la ciudad, formando pabellones, con numerosos centinelas, quizá no tanto para cuidar las armas cuanto a los que las llevaban.

Al venir el día siguiente, se tocó diana por los cuatro tambores que tenían las dos bandas **reunidas**. A esa hora empezó a notarse que había más fusiles que soldados; pero se creyó que, como se había acampado muy cerca de la ciudad, habrían ido a **remoler** a las inmediaciones, como cuatro años antes había sucedido con la desgraciada división de don Manuel Blanco Encalada en Talca, con el enemigo al frente. Pero después de hacer circular en todas direcciones a los tambores, tocando llamada por más de una hora, se cayó en cuenta de que la tropa que había formado no era suficiente ni para acarrear al cuartel los fusiles sobrantes.

En vista de esto, se determinó volver a la ciudad, pero esperando la noche para ocultar al público lo sucedido y trayendo los fusiles en carretas.

*

En esos días, el teniente del número 3, don José Antonio Alemparte, herido de gravedad en el asalto de Talcahuano, se hacía conducir a la Plaza de Armas en una silla, y con voz casi extinguida trataba de excitar el entusiasmo y la venganza contra los invasores.

Desde la catástrofe de Cancha Rayada los jefes del ejército y don Bernardo O'Higgins, como los demás, tenían un temor: **un asalto nocturno.**

La víspera de la batalla preguntaba el Director al teniente Vidal, que venía del campamento:

—¿Cómo está el ejército?

—Bien, señor, si no nos embisten de noche.

Don Bernardo movió la cabeza en signo de asentimiento, pero sin decir una palabra.

A este respecto se referían varios incidentes que confirmaban este temor.

Se dio por fin la batalla. Hubo un momento de vacilación en el ejército patriota cuando el magnífico Batallón Burgos hizo volver caras a dos de los nuestros, el 7 y el 8. Poco después la victoria se declaraba por nosotros, y

ambos batallones recuperaban el terreno perdido.

❊

El regimiento de Rodríguez no concurrió a la batalla. ¿Cómo se explica que un cuerpo organizado en los momentos de conflicto y formado por patriotas decididos y de conocido valor faltara en su puesto en la hora crítica? No hemos leído a todos los historiadores que han tratado de este episodio de nuestra revolución, y en los que hemos visto no encontramos nada que satisfaga ni remotamente esta duda, que debe ocurrírsele a todo el mundo.

Sin que el que esto escribe se quiera dar los aires de hombre de importancia, casi está seguro de ser el único que sobrevive a los pocos que estuvieron en el secreto de este hecho, puesto en su noticia por un testigo de toda responsabilidad.

❊

El año 31 ó 32 llegó a Chile don Ramón Allende, después de doce años de ausencia, por haber sido desterrado por carrerino en el gobierno de O'Higgins. Este y su hermano don Gregorio, víctima de igual persecución, habían pertenecido a nuestro ejército desde la campaña de 1813 y habían conquistado gran fama por su raro valor.

A don Ramón, que hace algunos años murió en Valparaíso de comandante de serenos, hemos oído referir lo que vamos a relatar. Adviértase que era capitán del regimiento de que se trata y por mil motivos amigo de Rodríguez.

❊

La víspera del combate se convocó, con la mayor reserva, a una junta a que sólo debían asistir el primero y segundo jefe del cuerpo y los capitanes.

La junta tuvo lugar y casi no hubo discusión, porque la uniformidad en las opiniones era completa; de manera que sin la menor vacilación se convino por unanimidad en no concurrir a la batalla, dando como motivos, entre otros, los siguientes:

El regimiento estaba, exceptuando la oficialidad, y no toda, malísimamente montado y con armas la mayor parte inservibles. Este cuerpo, en tales condiciones, debía representar un pobre papel al lado de nuestra numerosa e irresistible caballería, tanto chilena como argentina, con que contaba el Ejército . . .

En caso de ganarse la batalla, se trataría de conservar a todo trance el regimiento, con la casi seguridad de que próximamente debían llegar a Chile don Juan José y don Luis Carrera, presos en Mendoza, pero cuya libertad era inminente. En todo caso se contaba con don José Miguel, libre en Montevideo. En suma, el regimiento debía ser la base de una revolución contra aquel orden de cosas, que para ellos no era más que una persecución permanente, la cual tomaría mayores proporciones una vez pasada la presente situación.

Si la batalla se perdía, el regimiento estaba llamado a prestar valiosos servicios a la patria, retirándose al norte y sublevando esa gran provincia, que

más tarde ha sido dividida en tres, contra el Gobierno español, pudiendo contar desde luego con el denuedo y patriotismo de los aconcagüinos. En todo caso estaban decididos a no emigrar por segunda vez.

He aquí, omitiendo pormenores, lo que no sólo a nosotros refería el señor Allende, sin reserva alguna.

*

Los sucesos posteriores confirmaron la previsión de esos señores. El regimiento fue disuelto bruscamente, sin esperar que volviera a Santiago de una excursión que se le había ordenado al sur, a que no había concurrido su jefe. Esto sucedía cinco a seis días después de la batalla.

Diez o doce días más tarde de aquel acontecimiento, una reunión pacífica de las personas más importantes de Santiago pedía respetuosamente al Director algunas modificaciones en el régimen estrictamente dictatorial que entonces imperaba.

La contestación no se hizo esperar: Rodríguez, que se encontraba entre los peticionarios, fue tomado preso, y conducido con numerosa escolta al cuartel de San Pablo, de donde no salió hasta un mes después con el Batallón Nº 1 de los Andes, con dirección a Quillota. Todos saben que en Tiltil concluyó su viaje . . . y su vida . . .

Aquí habríamos terminado nuestro artículo; pero recordamos haber ofrecido decir algo sobre el modo cómo a veces se conceden condecoraciones, y vamos a cumplir nuestra palabra, refiriéndonos a lo que contaba **un condecorado** con franqueza y gracia inimitables.

*

Nuestros lectores recordarán que cuando el Intendente Fontecilla se presentó en el cuartel de San Pablo, lo recibió como oficial de guardia el teniente Egaña. Pues bien, a este mismo oficial, perteneciente a una familia que por su talento y patriotismo desempeña un gran papel en nuestra historia, le tocó la guardia del cuartel en vísperas de la batalla de Maipo. Su familia había emigrado antes, y se encontraba alojada cerca de la cordillera, esperando el resultado final. El, que no se creía menos comprometido que su familia, abandonó la guardia y se fue a reunir con ella.

Al verlo llegar, su padre le reconvino duramente por haber abandonado su regimiento, sin saber en ese momento que estaba de guardia. En la mañana del 6 de abril llegó la noticia de la victoria. Nuestro oficial, aprovechando la alegría de su padre, le confesó la verdad entera. Nueva, pero más dura reprimenda.

Volvió la familia a Santiago, y en medio del júbilo con que celebraba tan fausto acontecimiento llega un soldado del regimiento con una orden del coronel para que el teniente Egaña se presentara a la mayor brevedad en la mayoría del cuartel. La sorpresa de todos fue cual debe suponerse. El padre, impuesto de la orden, se dirigió a su hijo, diciéndole:

—Tu delito no tiene más que un castigo: la muerte; pero en estas circunstancias quizá no se te aplique el rigor de la Ordenanza. Te conmutarán el

castigo en un largo encierro en un castillo, gracias a mi amistad con el coronel. Preséntate en el cuartel, veremos lo que se ha de hacer, y avisa con tiempo a dónde se te ha de mandar la cama y la comida.

En ese momento no había en la casa más hombres que el padre de nuestro oficial, enfermo de resultas del viaje e imposibilitado para acompañarlo. Tuvo que ir solo.

Al cabo de dos horas volvió el teniente Egaña acompañado de uno de sus hermanos. Apenas los vio el padre, se dirigió al primero, preguntando sorprendido:

—¿Qué hubo?

—Nada, señor.

—¿Cómo, nada? Dímelo todo, sin omitir una palabra.

—Apenas me vio el coronel, me dijo: "¿Cómo te va, Juanito?, y mi compadre, ¿está bueno?" En seguida añadió: "El general me pide una razón circunstanciada de la comportación del regimiento en la batalla, y te he llamado para que la escribas". Luego dictó el parte, añadiendo al fin una recomendación nominal de todos los oficiales. Al oírmelo leer, me dijo: "¿Y tú no te pones?" Viendo que no le contestaba: "¡Sería original que yo omitiera al hijo de mi compadre!" Y agregó: "El teniente don J. M. Egaña no se condujo con menos valor y entusiasmo que los otros oficiales".

—¿Y eso escribiste?

—Sí, señor: me lo ordenó terminantemente.

—¡Bendito sea Dios! ¡Y así hay patria!

Por lo demás, el señor Egaña conservaba, según decía, su medalla con su respectivo diploma . . .

Un escritor notable de la República Argentina nos escribe desde Buenos Aires, con fecha 31 de mayo de este año, y con respecto a este artículo, lo que sigue:

"Tengo a la vista **"La Estrella de Chile"**, la que contiene las **"Virutas Históricas"**, episodios que precedieron a la batalla de Maipo. Su contenido es de una irreprochable verdad, y me consta toda su narración, porque de alguna parte he sido testigo, y del resto, su notoriedad es su mejor justificación.

"Voy a dar a usted una ligera idea de mi análisis", etc.

La persona mencionada es el señor coronel don Jerónimo Espejo, alférez de artillería en Chacabuco, que hizo todas las campañas de Chile hasta su marcha al Perú con el Ejército Libertador, y a quien San Martín decía, antes de partir para Europa, en un documento público:

"Le autorizo por el presente para que pueda recordar con orgullo a cuantos participen de los beneficios de la independencia, que tuvo la gloria de ser del Ejército Libertador . . . **y lo declaro acreedor al reconocimiento de la patria y de la posteridad.— San Martín."**

DON DIEGO PORTALES

Juicio histórico por J. V. Lastarria

RECTIFICACIONES

> Si es verdad que en ninguna época se ha tratado tanto de historia como en la nuestra, jamás tampoco la historia ha sido tan sistemáticamente falseada bajo el punto de vista de los partidos y de las escuelas.
>
> LENORMANT.

CON MOTIVO de la publicación de las **"Misceláneas"** del señor don Victorino Lastarria, de que hablábamos con un amigo nuestro, éste nos remitió en días pasados un folleto que, con el título que encabeza estas líneas, publicó aquel caballero el año de 1866, y que nos dicen hace parte de esa publicación.

Desde las primeras páginas notamos que el autor no ha tenido, al parecer, otro propósito que rebajar el indisputable mérito de aquel eminente patriota a quien tanto debe Chile, y cuyo prestigio aumenta a proporción de la lejanía de su tiempo y de los aullidos del espíritu de partido.

Sin la capacidad necesaria, y aun sin el tiempo que esto requiere, nos hemos resuelto a **rectificar** muy a la ligera, no todos, sino una parte de los errores que están a nuestro alcance, con hechos positivos y no con cuentos y deducciones antojadizas. En suma, la injusticia y el encarnizamiento con que se ataca a Portales y a su partido nos han puesto la pluma en la mano.

Advertiremos, una vez por todas, que si con frecuencia opinamos de distinta manera que el señor Lastarria acerca de las ideas y actos del partido liberal, no es nuestra intención atacar al **verdadero** partido que llevó ese nombre, que es conocido en Chile y del que aún quedan pocos, pero honrosos restos. Lo que el historiador presenta ordinariamente es una entidad desconocida para los coetáneos de esa época.

Empieza el señor Lastarria por escandalizarse de que se presente a Portales como "el primer estadista de América". Este pecado lo cometía don José J. de Mora, que, como sabe el señor Lastarria, no era amigo de Portales.

"Aunque era joven cuando estalló la revolución de la Independencia, no se apasionó por ella". **No todos** los jóvenes de su tiempo se apasionaron por la revolución. Hubo muchos indiferentes y gran número de godos. Portales no fue ni uno ni otro, y más de un acto de su vida lo prueba.

"El público de entonces se aficionó a cierto gracejo con que **"El Hambriento"** ridiculizaba a los pipiolos, poniéndo-

doles apodos, notándoles sus defectos personales y hasta sus faltas privadas y sus vicios". El señor Lastarria, que menciona a **"El Hambriento"** para censurarlo, se olvida de que antes de ese periódico publicaban ciertos pipiolos los suyos, con esos mismos adornos, y que primero que **"El Hambriento"**, en que indebidamente hace tomar parte a Portales, Meneses y Rodríguez, aparecieron **"El Monitor Imparcial"** y su **"Boletín"**, **"El Pipiolo"** y los asquerosos **"Canalla"** y **"Descamisado"**, contemporáneos de **"El Hambriento"**. Los redactores de esos periódicos, en lugar de la indisputable gracia de este último, no hacían más que verter las injurias más groseras, cuando no las obscenidades más repugnantes.

Para anunciar la salida de uno de estos periódicos, se ponía una vez en los lugares públicos un aviso que empezaba así, con referencia a don M. Gandarillas:

"Tuerto, borracho, ladrón, etc.".

No recordamos si en **"El Descamisado"** o en **"El Canalla"** se encuentran unos versos cuyo principio, refiriéndose al mismo caballero, es éste:

Se me saltó el ojo izquierdo
con el humor de robar,
de beber y tunantear, etc.

En la biblioteca se encuentra el comprobante de lo que decimos. A don Manuel Rengifo y a otros aun se les trataba peor; pero el señor Lastarria parece creer que sólo **"El Hambriento"** insultaba.

❊

"El partido liberal había surgido naturalmente de las reacciones y peripecias políticas", etc. El partido liberal, y aun la palabra, fueron importadas en Chile por don Manuel Gandarillas y don Diego Benavente, a su vuelta de Buenos Aires, y el primer periódico que se tituló **"Liberal"** fue escrito por Gandarillas.

"El pago del ejército, la contabilidad, la organización de los tribunales, de su fuero, y todos los demás puntos de este negociado, habían sido reglamentados con oportunidad y diligencia". Reglamentar no es **pagar**, señor don Victorino. Diríjase usted a cualquiera de los militares y empleados de esa época, y ellos le dirán cómo andaba este **negociado**.

Nosotros hacíamos parte de aquel ejército y nuestro sueldo era de cincuenta pesos. Sólo recibíamos, como todo el mundo, **buenas** cuentas, las mayores de a veinte pesos.

A nuestro retiro del servicio se nos debía una cantidad considerable, que se nos cubrió con un papel **contra pagarés de aduana**; pero como para que a uno le llegara su turno era necesario **hacer cola**, y como a esta cola no teníamos esperanza de verle la raíz, por el inmenso número de acreedores más antiguos, tuvimos que vender nuestro documento, perdiendo por lo menos la mitad, al señor don Manuel Huici, próximo a ser Ministro de Hacienda. El negocio de compra de papeles lo hacían varios especuladores, de quienes eran víctimas casi todos los empleados.

"La sublevación militar que destronó a los liberales en 1829 vino a encontrar en pie esos preciosos trabajos", etc. El señor Lastarria llama **sublevación militar** a una revolución nacional apoyada únicamente en un bata-

llón incompleto, el Carampangue; en el Regimiento de Granaderos a caballo, igualmente incompleto, y en dos piezas de artillería, situada toda esta fuerza en el Sur de la República. El Gobierno tenía a la mano tres batallones, también incompletos, Chacabuco, Maipú y Pudeto; el Regimiento de Cazadores, el escuadrón de Coraceros, dos batallones de guardias nacionales, y una numerosa artillería, contando dos compañías situadas en Valparaíso. No contamos un regimiento o escuadrón, los **hilvanados**, que se organizó en esos días para reemplazar a los cazadores que con toda calma y en medio del día salieron de su cuartel, situado, puede decirse, en el mismo palacio presidencial, para incorporarse a la división sublevada. La fuerza total con que se movió del Sur el general Prieto no llegaba a mil hombres, mientras el Gobierno tenía todo el resto del ejército, que, según el señor Lastarria lo ha dicho antes, ascendía a tres mil quinientos hombres; a lo que deben agregarse sus brillantes jefes y oficiales, que, sin agravio de nadie, puede decirse no los ha tenido superiores posteriormente nuestro Ejército.

Noten nuestros lectores que a esto llama el señor Lastarria **sublevación militar**, mientras el motín de Quillota, sin ninguna ramificación, según dice, lo llama **revolución**. Don Federico Errázuriz, en su **"Memoria"** sobre el año 28, dice que la revolución del 29 es la mayor después de la de la Independencia.

*

"El Congreso liberal instalado en 25 de febrero de 1828 había cerrado sus sesiones el 2 de febrero de 1829, después de haber dado la Constitución de la República y las leyes principales para su planteamiento, incluso la ley sobre abusos de libertad de imprenta, la mejor y más sabia que hasta ahora se haya dictado en los Estados que han tenido la pretensión de reglamentar el uso de la palabra escrita". Esta ley de imprenta, que tanto alaba, y con razón, el señor Lastarria, rigió durante toda la administración del Gobierno **reaccionario** de Prieto, y cinco años del gobierno **conservador** de Bulnes. Fue reemplazada por la que ahora tenemos, año de 1874, por los **recientes** amigos del señor V. Lastarria y contra la decidida oposición de los **retrógrados** Tocornal y García Reyes.

"Pero nada más digno de atención, entre esos trabajos públicos, que la Constitución sancionada por aquel Congreso (el de 1828). No es ésta ocasión oportuna de analizarla, pero sí lo es de expresar un voto de admiración y gratitud por aquellos legisladores", etc... Para ser justo, señor Lastarria, su voto de admiración debía principiar por don José J. de Mora, autor único y exclusivo de esa Constitución. Su voto de **gratitud** debe ser para aquel Congreso que solo **sancionó** la Constitución.

"El Gobierno había ensayado sin tino la clemencia y el rigor, y al lado de los patíbulos de Trujillo, Paredes y Villegas, oficiales subalternos sorprendidos en conspiraciones militares, había puesto el perdón de otros conspiradores más tenaces y el disimulo de las faltas y de las traiciones de personajes que contaba por amigos."

Aquel Gobierno sólo fusilaba soldados, cabos y sargentos. También fusi-

laba **subtenientes**, con tal que hubieran principiado su carrera **desde soldados.**

A los conspiradores de más graduación y nobleza, aunque fueran reincidentes, se les hacía dar su paseo, por pocas semanas, en algún pueblo subalterno, con su sueldo respectivo, por supuesto.

El gasto del patíbulo lo costeaba **la vil multitud** o **la clase abyecta,** como llaman al pueblo los liberales de 1825, en un manifiesto: **"Los Estratócratas".**

*

"El ejército insurrecto había llegado hasta las puertas de la capital a fines de 1829. Se apellidaba **libertador**, en tanto que los autores de esa revolución no tenían otro propósito que reaccionar contra la única administración liberal que había tenido la República". De manera que para el señor Lastarria la administración del general Freire, en que por primera vez se daban a Chile libertad de imprenta, sufragio al pueblo y **elecciones libres**, no fue liberal, y esto a pesar de haber tenido por Ministros a don Joaquín Campino, a don Ventura Blanco, a don José María Novoa, a los generales Rivera, Pinto, etc. Nosotros creíamos que si no en mérito de todo esto, a lo menos por haberse efectuado entonces dos hechos muy **liberales**: el asalto **a medianoche** a los bienes de la Iglesia, y el destierro de un obispo, por motivos ridículos, debería el señor Lastarria acordar sus simpatías a esa administración. En cuanto al primer atentado, vemos, sin sorpresa, que más adelante tiene la aprobación del señor Lastarria.

No estará de más que se sepa que cuando aquel destierro tuvo lugar, el Director Freire se encontraba en Valdivia, de paso para Chiloé, y que el principal autor de esta medida fue don J. M. Infante, a quien el obispo Rodríguez había llamado dieciséis años antes, en presencia del Presidente Toro, **rotoso** . . .

La intemperancia liberal que se ha apoderado últimamente del señor Lastarria es capaz de conducirlo hasta negar el liberalismo de Marat, Carrier, Fouquier-Tinville y Cía.

"El Presidente Pinto no había tomado una sola medida contra la insurrección, y antes bien, había dejado el puesto, haciendo una renuncia en que formulaba como causales de su separación las mismas que los revolucionarios invocaban para justificar su movimiento. No era extraño: una fracción de los pelucones, que entonces se llamaban de los o'higginistas, se había aprovechado de la liberalidad y de los puestos que en él tenía para insinuarse en el ánimo del general Pinto", etc. Algunas líneas más adelante se lee: "El ilustre general Freire se había negado a mandar aquel puñado de valientes (el ejército liberal), porque sus relaciones con Benavente y los demás estanqueros lo tenían neutralizado" etcétera.

El señor Lastarria es inflexible; una fracción de o'higginistas disponía a su antojo del general Pinto, hasta el extremo de hacerle llamar **infractores** de la Constitución a sus amigos los **liberales** que componían la inmensa mayoría del Congreso.

Don Diego Benavente y **algunos estanqueros** disponían también del general Freire. Los convertirá en autómatas antes de confesar que esos jefes im-

portantes volvieron la espalda al partido liberal en fuerza del descrédito que ciertos hombres le imprimían, esterilizando los esfuerzos de honradez y patriotismo del general Pinto.

"La votación del Congreso debía determinar la elección de Vicepresidente. Dos o'higginistas, Ruiz Tagle y el general Prieto, al cual habían logrado aquéllos colocar en el mando del Ejército, habían obtenido votos con don Joaquín Vicuña, que era el candidato liberal. El Presidente se empeñaba por el primero, pero el Congreso eligió al último. He aquí la causa del rompimiento entre el Congreso y el Presidente. Los o'higginistas no se conformaron y la revolución estalló aclamando la nulidad de la elección y protestando contra el despotismo del Congreso."

Para ser más lacónico y exacto debía el señor Lastarria haber dicho: no habiendo obtenido ninguno de los candidatos a la vicepresidencia los votos requeridos, y teniendo el Congreso en estos casos la facultad de elegir entre ellos, fue elegido por la mayoría **liberal** el que había obtenido **menos votos** en las elecciones populares, porque así convenía al partido, que no era tan necio como los electores que se habían pronunciado por Tagle, que no era de la cofradía.

Después de los tratados de Ochagavía y antes de la batalla de Lircay, hace el señor Lastarria la siguiente observación;

"Aquélla era propiamente la primera guerra civil que había manchado la historia de Chile después de su independencia."

La palabra **propiamente** se ha puesto aquí con la intención de no tomar en cuenta la batalla dada a inmediaciones de Santiago entre los Carrera y O'Higgins en 1814, con la circunstancia agravante de que cuando esto tenía lugar, el ejército de Osorio venía, puede decirse, sirviendo de retaguardia a la división del último. Allí se vio con dolor pelear en distintas filas a los dos hermanos Freire; don Ramón, teniente entonces, venía con O'Higgins.

No tomamos en cuenta la revolución de Figueroa, anterior, y que se encuentra en el mismo caso.

"La policía de Santiago, después de la caída del partido liberal, quedaba organizada para perseguir, por medio de un reglamento que atribuía a los vigilantes numerosas y temibles facultades. El ejército estaba bien pagado", etcétera.

La organización de la policía también es un cargo que el señor Lastarria hace a la administración de Portales. Tiene razón: cuánto mejor estábamos dos años antes, cuando era preciso felicitarse el día en que en el pórtico de la cárcel sólo aparecía **un** cadáver apuñalado, cuyo asesino quizá estaba entre los curiosos espectadores, o cuando, como antes hemos dicho, el canónigo Navarro decía en plena Cámara, en presencia de varios jueces: "¡Este año, 1828, hemos tenido **ochocientos asesinatos** en Santiago!"

Atengámonos a las primeras palabras: "La policía de Santiago quedaba bien organizada"; lo demás no es otra cosa que las mismas majaderías que aun hoy se repiten contra ese cuerpo.

El señor Lastarria dice que el ejército estaba **bien pagado.** ¡Pobre ejército! Esto prueba que **antes** no lo estaba, lo que daba lugar a continuos motines de cuartel y a escenas ridículas en los congresos, que no lo referimos por

vergüenza y por no alargar más este escrito. Desde el año 30 desapareció de las puertas de **las cajas**, ahora Correo, una nube de oficiales que obstruían el paso a todas horas del día para preguntar, siempre inútilmente: ¿hay plata? Es de advertir que cuando había, sólo era para recibir **buenas cuentas**, que lo que era sueldo íntegro, jamás.

En ese tiempo don José Miguel Infante presentó una moción a la Cámara, que debe estar en el archivo, para que las entradas fiscales se repartieran entre **todos** los empleados, rata por cantidad; pues, según decía este señor, las oficinas pagadoras habían dado en la flor de pagarse íntegra y mensualmente, lo que ocasionaba disminución para los otros, que eran pagados como ya hemos visto. No faltan viejos en el día que, cuando se trata de algún negocio con un militar, lo miran de arriba abajo, porque creen que aún estamos en aquellos tiempos felices.

"En septiembre de 1830 había devuelto (el Gobierno) a las comunidades de regulares los bienes que por la ley de septiembre de 1826 se había mandado vender, tomando aquella resolución a consecuencia de las solicitudes que al efecto habían hecho las municipalidades de Santiago y Concepción, y que el Ejecutivo había recomendado. Esta manera de iniciar reformas retrógradas por medio de solicitudes . . .", etc. En el diccionario político y económico del señor Lastarria, retrógrado significa devolver lo ajeno, sobre todo cuando es robado. Dios nos libre de que las teorías del señor Lastarria hagan fortuna en Chile.

"La porción retrógrada de nuestra sociedad, por tanto, ha tenido varios hombres grandes de su gusto que admirar, pero ningún estadista a quien la historia deba aplausos."

¿No nos haría, el historiador, la gracia de decirnos cuántos estadistas ha producido su **porción** liberal?

"Los documentos públicos de esa época nos dan, pues, noticias de cinco revoluciones abortadas en ese tiempo mismo", etc. El señor Lastarria, que nos da cuenta de cinco revoluciones **abortadas** en dos o tres años en tiempo de Portales, haría un servicio a la historia enumerando las que tuvieron lugar desde 1827 a 1829. Estas últimas no abortaban, a pesar de su repetición; nacían a su debido tiempo y por consiguiente dieron sus verdaderos resultados de hacha y bala.

En tiempo de ese Gobierno tuvo lugar una revolución de nuevo género, la de **los inválidos**, por falta de pago. También costó sangre sofocarla, por el coronel Rondizzoni, brillante oficial de Napoleón.

*

Al hablar el historiador de la expedición que desde el Perú emprendió el general Freire sobre Chiloé, en 1836, dice: "La gran mayoría de la nación, no obstante, estaba a la expectativa de los sucesos, haciendo votos en el fondo de su corazón por el buen éxito de la empresa de los liberales, cuyas desgracias los habían hecho altamente simpáticos; pero como el temor inspirado por la política del Gobierno había aniquilado el espíritu público e introducido la desconfianza, todos callaban y disimulaban sus esperanzas".

El señor Lastarria atribuye a los li-

berales en esta empresa una parte principal, y, sin embargo, la verdad es que nada hicieron ni antes ni después de emprendida, siendo todo ello obra sola del general Freire; y esto es tan cierto, que antes de hacerse a la vela, se dirigió desde Lima con preferencia a don Diego Benavente y a otros que no eran liberales, y con quienes no estaba hacía mucho tiempo en relaciones.

Tan poco se hizo por la **empresa**, que el general Freire cayó en manos del Gobierno en Chiloé, sin haber recibido un aviso, que no se intentó siquiera, que pusiera en su conocimiento la defección del mejor buque que traía, y en el mismo que tuvo tiempo sobrado el Gobierno para hacerlo tomar por el coronel Cuitiño. Mil pesos, quizá menos, habrían salvado al general Freire de la humillación de hacerse sacar de un buque ballenero en que se había asilado y de sus sufrimientos en la bahía de Valparaíso; pero ya se ve: más fácil es **disimular sus esperanzas** que gastar mil pesos.

❋

Se empeña el señor Lastarria en contar al general Freire en las filas liberales; sin embargo, lo contrario es lo cierto. El general Freire era **liberal** en obras, no en discursos hablados o escritos; y cuando por circunstancias imprevistas se unió a ese partido, fue para arruinarse, como veinte años más tarde sucedió a los generales Cruz y Baquedano.

Tan poco liberal de esa escuela era Freire que el general Prieto, pelucón, no se habría movido del Sur si no hubiera estado seguro de su cooperación contra el Gobierno de entonces; daremos algunas pruebas al señor Lastarria, que es el único que parece ignorarlas.

Cuando el 7 de noviembre de 1829 se hizo la poblada contra el Gobierno **liberal**, que tuvo lugar en el edificio del consulado, ¿qué nombre fue el primero que se proclamó para componer la junta **revolucionaria** que debía reemplazar a ese Gobierno? El de Freire, que aceptó, o más bien que ya había aceptado. Cuando llegó el caso de que los ejércitos, pocos días después, apelaran a las armas, nos ha dicho ya el señor Lastarria: "El ilustre general Freire se había negado a mandar a aquel puñado de valientes", es decir, al ejército liberal; y cuando un mes después se celebraban los tratados de Ochagavía, el ejército **revolucionario** nombraba al mismo general Freire como su primer plenipotenciario.

También admitió este cargo.

Todo esto lo ha dicho ya el señor Lastarria, y, sin embargo, no dejará de insistir en contar entre **sus** liberales a la persona que fue la causa principal de que ese partido fuera **destronado**, como lo dice más arriba:

Más tarde tomó el mando del ejército liberal, y, sin necesidad de variar de opinión, cumplió con un deber sagrado, a que el jefe del ejército revolucionario había faltado con pretextos frívolos. Su estrella se eclipsó porque no había nacido para triunfar en guerra fratricida.

❋

Al dar cuenta de la guerra que hizo Chile a Santa Cruz, dice el señor Lastarria: "Así es que en esa época, en

que el Gobierno apelaba al patriotismo para salvar el honor nacional empañado, los enemigos del Gobierno acudían también al patriotismo para reconquistar las libertades públicas, conspirando a merced de la situación. No había en esto sino un resultado muy lógico de la política restrictiva e inflexible del Ministro Portales, que le enajenaba la voluntad de la gran mayoría y lo hacía antipático aún en la empresa más patriótica que había acometido".

Poco honor hace a los liberales el señor Lastarria, a quienes supone conspirar cuando se trataba de **salvar el honor nacional empañado.** Si hubo entonces conspiradores, es **muy lógico** colocarlos al lado de Talleyrand, Bourmont y Fouché, insignes traidores que se aliaban con los extranjeros para conspirar contra Napoleón, so pretexto de libertar a la Francia de su tiranía. Las palabras del señor Lastarria nos advierten que para ciertos liberales hay **dos** patriotismos opuestos entre sí: el que se sacrifica por la patria y el que conspira contra ella.

"En noviembre de aquel año denunciaba el Ministro ante el Congreso una nueva conspiración, la más atroz que hasta entonces se había descubierto, porque estaba fundada en el propósito de asesinarlo."

El historiador bautiza con el nombre de conspiración el simple hecho de un asesino consuetudinario, sorprendido con el puñal en la mano, de noche y a inmediaciones de la habitación del Ministro. Por lo demás, el señor Lastarria se equivoca calificando lo que él llama conspiración, la **más atroz** que hasta entonces se había descubierto. Ha olvidado la que ha pasado a la historia con el nombre significativo de revolución **de los puñales,** anterior al intento de asesinato y verdaderamente atroz por sus horribles propósitos. Esta, cosa rara entonces, no había sido denunciada; sólo fue descubierta, en el momento de ponerse en ejecución, por un rarísimo accidente. Por las calles de Santiago se pasea el autor de este casual fracaso.

"El Gobierno arrastró a las cárceles y al presidio de Juan Fernández a multitud de ciudadanos, haciendo cesar un periódico independiente que se había fundado con el título de **"El Barómetro".** Al hacer esto, el Ministro Portales seguía el ejemplo que el Gobierno liberal había dado antes en plena paz, aprisionando a M. Chapuis, redactor de **"El Verdadero Liberal"**, y reteniéndole en prisión después de absuelto por el jurado.

Para que la imitación fuera más completa, la administración **reaccionaria,** al aprisionar y confinar ciudadanos, debía tener presente lo que se había hecho antes por el Gobierno **liberal** con don Aniceto Padilla, sacado por el mayor Quezada en medio del día de casa de don José Miguel Infante, donde estaba de visita, **por suponerlo** inspirador de este caballero, otro liberal **por fuerza**, que hizo la guerra más tenaz a la administración liberal del general Pinto . . . Véase **"El Valdiviano Federal".**

Padilla fue inmediatamente extrañado de Chile, como hemos dicho, sin que se le siguiera causa alguna.

Aquí es ocasión de recordar lo que antes hemos leído en una nota del folleto: **"El Araucano"**, dirigido entonces por don Manuel José Gandarillas, tratando de refutar un luminoso y patriótico artículo de don Ventura Marín contra la reforma de la Constitución

del 28 . . .", etc. Es decir, que aquel Gobierno, cargado de maldiciones por el señor Lastarria por su tiranía, franqueaba las columnas del periódico **oficial** para que se atacara lo que más interesaba a su política.

El Gobierno del señor Pérez, el más libre que ha tenido Chile, dudamos mucho que hiciera otro tanto.

*

"Un mes después ya esos consejos manchaban nuestra historia con la sangre de tres víctimas acusadas de una conspiración aislada, sin elementos, sin acto alguno que la comprobase; y tres meses más tarde caían otros **nueve** desgraciados bajo la cuchilla de aquellos sangrientos tribunales . . . No toquemos el velo del olvido que encubre tan atroz hecatombe ofrecida en aras del despotismo. Lloremos sí el extravío de la política que busca el respeto de las instituciones en la violación de las leyes sacrosantas que aseguran los derechos naturales del hombre."

El señor Lastarria, que no tuvo una sola palabra de compasión al dar cuenta de los patíbulos de Trujillo, Paredes y Villegas, oficiales **subalternos**, inmolados por el Gobierno liberal, nos invita a llorar el extravío de la política que más tarde mandó al suplicio **nueve** víctimas. A nuestro turno, nosotros le suplicamos reserve algunas lágrimas para una **hecatombe,** TRES VECES mayor, que tuvo lugar en **una** sola vez en Chiloé, y en tiempo del Gobierno liberal, por **conato** de conspiración; pero **"no toquemos el velo del olvido".**

*

Al concluir el señor Lastarria su **"Juicio Histórico"** da cuenta de la muerte de don Diego Portales, y continúa:

"Al anochecer del día 6 llegó a Santiago la noticia de los sucesos de la mañana, y gran multitud de gente se agolpó a las puertas del palacio del Presidente, que estaban cerradas. Todos guardaban silencio y se comunicaban en secreto; la noche era tenebrosa, húmeda y fría, y aquellos grupos de hombres embozados e inmóviles hacían más siniestras las sombras. De repente las puertas se entreabrieron y el coronel Maruri pidió al pueblo en nombre del Presidente que se retirara: "El Ministro ha sido asesinado", dijo, y volvió a cerrar con estruendo las puertas. Un rumor sordo, prolongado, parecido al eco del huracán, llenó los ámbitos; era un **viva** a media voz, un viva inhumano, terrible, pero espontáneo y demasiado expresivo de la opinión que rechazaba la dictadura."

No sabremos decir el efecto que ha causado en nosotros esta mentirosa narración, que con sus afeites de melodrama no es más de una vulgar invención para deslumbrar al lector, encubrir la ignorancia de los hechos, por no decir el odio a las personas.

Es de advertir que el folleto de que nos ocupamos se ha escrito viviendo aún gran número de personas contemporáneas del suceso; pero se ha contado, y con razón, por lo visto, con la impasibilidad de nuestro carácter, que a veces raya en la más fría indiferencia. El **viva** es completamente falso. El único efecto que produjo la noticia dada por el coronel Maruri, conocida ya de muchos, fue un doloroso silencio. Lo contrario sólo habría sido digno de

un pueblo infame y cobarde. Chile no es ni lo uno ni lo otro . . .

Veinte años antes, y en esa misma plaza, se había ejecutado un gran acto de justicia en la persona de un agente subalterno de la tiranía, el odioso San Bruno; y sólo habían transcurrido dieciséis años desde la muerte de Benavides, criminal insigne, sin rival por los inmensos males que hizo sufrir a Chile, y que pagó en la horca, suplicio aplicado por última vez.

El pueblo de Santiago, innumerable en ambos casos, que no tuvo una palabra injuriosa para aquellos feroces verdugos, ¿la habría tenido para Portales, después de muerto?

Esto podría concebirse persuadiéndonos de que en treinta años de vida republicana sólo habíamos conseguido convertirnos en antropófagos.

Chile estaba entonces dividido en dos partidos: el conservador, que era Gobierno, y el liberal, que era la oposición. Es claro que el grito salvaje no pudo ser dado por el primero, del que era jefe Portales; luego debió serlo por el segundo . . . Ni por uno ni por otro, decimos nosotros, y es la verdad. El historiador no advertía que la infamia de esta conducta echaba una mancha indeleble sobre el partido liberal, al que parece pertenecer, y al que jamás sus más encarnizados enemigos han podido con justicia atribuirle un solo acto deshonroso.

Concluiremos este episodio con el testimonio de un testigo intachable y muy conocido en Chile.

En aquellos momentos no estábamos en la plaza de Armas, pero el señor don Bernardo Alzedo nos llevó la noticia a nuestra casa esa misma noche. Esta circunstancia nos ha hecho dirigirle una pregunta, en carta de agosto de 1874.

Su contestación, fechada desde Lima, es la que a continuación copiamos, del mismo mes y año:

"Sobre la noticia que dio Maruri de la muerte de Portales, recuerdo habérsela llevado yo a usted, con la observación de no haber ni un **viva**, ni gritos a este respecto. Dígalo usted que yo se lo comuniqué como he dicho."

La primera noticia que hemos tenido del **viva** es la que da el autor de **"Don Diego Portales"**.

Concluye su **"Juicio Histórico"** el señor Lastarria diciendo: "Si nos ha faltado tino en la exposición, no nos ha abandonado la imparcialidad para aplicar los juicios que nos han dictado nuestros principios y convicciones. Si hemos herido recuerdos simpáticos, habrá sido a nuestro pesar, no por odio ni por mala voluntad. Respetamos al personaje y su memoria, y respetamos sus intenciones".

La **imparcialidad** del señor Lastarria es ejemplar, como ya lo han visto nuestros lectores, y como podrán verlo con más extensión en el folleto. A vuelta de declamaciones y reticencias, encontrarán en cada página los amables adjetivos de **estanquero, reaccionario, godo, servil, fanático,** etc., aplicados al partido conservador. Pero todo esto nada significa, porque este caballero advierte que lo hace **sin odio ni mala voluntad** . . .

❋

El Congreso Constituyente, de que con tantos elogios nos habla el señor Lastarria, era digno de que algún curioso hubiera escrito su rara y sucinta

historia, donde abundan las ridiculeces y las más increíbles miserias.

Sus primeras sesiones tuvieron lugar en Santiago, y en una de ellas **oímos** el disparate más solemne que ha pronunciado boca humana. El diputado liberal don Manuel M... era uno de los tres únicos de ese Congreso que se oponían a que se trasladase a Valparaíso.

Agotada la discusión, pidió aquel señor la palabra, y dijo textualmente lo siguiente:

"Todo el mundo está en expectación nuestra: ¿quién nos asegura que, estando el Congreso en Valparaíso, no venga una expedición de España y **agarre** a los diputados y se los lleve?"

Gran trabajo tuvo don José María Novoa, que presidía, en ahogar una gran carcajada de la Cámara y de la barra. El señor don Manuel Carmona, que, en compañía de don Francisco Solano Pérez, ya muerto, hacía sus primeros ensayos como taquígrafo, y que reside en Valparaíso, no ha de haber olvidado este incidente.

❋

Dos años después, año 30, el respetable padre Mujica, dominico, que por encargo de su convento se había trasladado entonces a Valparaíso para gestionar la devolución de las propiedades de que se había apoderado hacía cuatro años un Ministro liberal, nos mostraba una carta, tapando la firma, en que un diputado le decía: "Anoche he quedado debiendo cien onzas; si su paternidad me las facilita, puede contar con toda seguridad con mi voto".

En esos días llegó la noticia de estos célebres legisladores que el Gobierno podía disponer de **dos** mil pesos que destinaba al pago de las viudas que recibían pensiones del Gobierno. Los Solones y Licurgos de Valparaíso, a quienes no se había cubierto sus dietas, cuatro pesos diarios, se dirigieron al Presidente Pinto, reclamándolas con urgencia. El Presidente se disculpó alegando el destino sagrado a que estaba comprometida esta suma; pero tuvo que ceder a la exigencia del Congreso, que obtuvo, no sólo que se le diera la razón, sino, lo que vale más, **¡los dos mil!**...

En los diarios de ese tiempo se encontrarán los documentos de este arduo negocio..

❋

Apéndice.— El mismo amigo de que antes hemos hablado nos leía hace poco algunas páginas de un libro del señor Vicuña Mackenna en que se trata de don Diego Portales. De esas pocas páginas sacamos en limpio que, si el señor Lastarria lo pinta como un **ministro sin piedad que se burla de la desgracia que causa**, el señor Vicuña exhibe una especie de truhán, a quien no sabemos si le hace **tamborear** en las arpas de las chinganas.

El haber perdido el pelo a la edad de cuarenta años le ha valido, por parte del señor don Benjamín, ser comparado, por sus costumbres, con uno de los tipos más acabados de la corrupción antigua, con César. Mejor librado habría salido teniendo un ojo menos, pues entonces le habría buscado su igual en alguno de los cuatro tuertos célebres del paganismo, que hacen gran papel en la historia sin haber dejado más recuerdo odioso que el de su astucia.

LOS CHISMES Y LA HISTORIA

Rectificaciones a la memoria "Chile bajo el Imperio de la Constitución de 1828"

Toda buena crítica histórica descansa sobre dos fundamentos: los testimonios y la verosimilitud.

THIERS.

DESPUES DE escrito este artículo hemos caído en cuenta de que, versando todo él sobre la revolución de 1829, "la más grande después de la de la Independencia", debíamos decir algo, aunque someramente, sobre el estado del país al tener lugar aquel acontecimiento que tanto ha influido en la suerte de nuestra patria.

Pero no estando seguros de hacer con acierto estas apreciaciones y temiendo alargar este escrito, acudiremos a unas pocas palabras que decíamos en el número 5 de **"La Estrella de Chile"**, a propósito de aquellos tiempos:

"En cuanto a nosotros, recordamos aquella época, sin reticencia, como la más feliz de nuestra vida. Vivíamos en perpetua excitación por la frecuencia de sucesos variados e interesantes, aunque no felices para Chile.

"Nuestra primera diligencia entonces era, al salir de nuestra casa, dirigirnos a la Plaza de Armas, a **saber noticias**, y pocas veces perdíamos nuestro viaje; pues, cuando no había novedad en Santiago, las provincias se encargaban de suplir esta falta. ¡Qué época aquélla!"

*

Algunos apreciables amigos nos han puesto en un tácito compromiso con los lectores de nuestros **"Recuerdos de Treinta Años"**. Ellos han llevado su **amabilidad** hasta anunciar por la prensa que nos ocupábamos en compaginar algunos artículos que debían formar la "segunda parte" de aquella publicación.

Nos hallamos, pues, en el caso de no ser descorteses, y hemos emprendido este **trabajo**, que para otros sería un juguete.

El material de que para esto disponíamos era poco abundante, y a fin de formar un pequeño volumen, nos hemos visto en la necesidad de recurrir a las vejeces que conservamos en nuestra memoria, o a los escritos de personas que nos recuerdan hechos antiguos, que hemos presenciado y sabido en el momento en que tenían lugar.

Pero como estos hechos los sabe-

mos en muchos casos de distinto modo del que son referidos en esos escritos, nos hemos tomado la libertad de rectificar (no encontramos otra palabra para expresarnos) algunos de ellos.

Entre las publicaciones a que nos referimos, se encuentra una **"Memoria"** escrita por el señor don Federico Errázuriz, actual Presidente de la República, que emprendió esta obra por encargo del señor rector de la Universidad, dejando a la elección del escritor el tema de ese trabajo.

El autor tituló su **"Memoria"**: **"Chile Bajo el Imperio de la Constitución de 1828"**.

Este libro nos fue obsequiado, a solicitud nuestra, por un deudo inmediato del señor Errázuriz.

Nos llamó la atención desde luego su marcada parcialidad, no sólo en las apreciaciones, sino también en el modo de referir los sucesos. Las repetidas manifestaciones de odio al partido pelucón y de tierno cariño al partido pipiolo, atendidas las circunstancias del autor, nos parecieron, por lo menos, inverosímiles por su excesiva exageración.

Sea de esto lo que fuere, lo que ahora hemos hecho no ha sido más que dar mayor extensión a los apuntes que entonces hicimos al margen del libro de que ahora se trata, no por defender al partido pelucón, al que no pertenecíamos **ni podíamos pertenecer**, sino en obsequio de la justicia y de la verdad.

Por espacio de treinta años formamos de último soldado en las filas liberales, no tanto a título de liberales, sino a título de **opositores,** porque, por instinto y aun antes de haber leído a Chateaubriand, practicábamos su máxima: "La razón del más fuerte me ha hecho ponerme siempre de parte del más débil, porque no puedo soportar el orgullo de la victoria".

❊

El señor Errázuriz hace referencia, en la página 19 de su **"Memoria"**, a una escena que tuvo lugar en el salón principal del Consulado, dos o tres días después de haber entrado triunfantes en Santiago, julio de 1828, los cuatrocientos hombres que, al mando del coronel Urriola, habían derrotado al Vicepresidente Pinto en el llano de Maipo.

Con pasmosa credulidad, el historiador se hace eco de falsedades orales o escritas, que la más mínima atención habría sido suficiente para desechar.

En la página 20 dice:

"No es posible pasar en silencio un rasgo magnífico de este episodio revolucionario. En esos momentos de angustia para todos los corazones, los miembros de la asamblea provincial de Santiago juzgaron oportuno constituirse mediadores entre el Gobierno y los revolucionarios. Reunidos, al efecto, en presencia del pueblo, en la sala de la asamblea, con comisionados de los amotinados, uno de éstos principió su discurso diciendo que no podía haber tratados entre vencedores y vencidos. Instantáneamente fue interrumpido por el ciudadano don Pedro Palazuelos Astaburuaga, que con esfuerzo poderoso exclamó: **"¡El pueblo jamás es vencido!"** ¡Grito sublime de la inspiración! ¡Arranque espontáneo y generoso del alma, que, haciendo eco en todos los corazones y tocando sus fibras más de-

licadas y sensibles, fue repetido inmediatamente con profundo entusiasmo por millares de voces! Ese grito elocuente y solemne interrumpió y puso fin a la reunión, saliendo el pueblo de la sala a las aclamaciones ardorosamente repetidas: **"¡El pueblo no está vencido! ¡El pueblo jamás es vencido!"**

Todo este ditirambo está fundado en un hecho o, más bien, en una palabra inventada por los amigos de aquel Gobierno al día siguiente del suceso. Ya que la falta de atención no ha hecho sospechar al escritor el embuste, nosotros, que estábamos presentes, referiremos el hecho tal como fue.

*

Los tres comisionados por los revolucionarios para entenderse con la asamblea provincial fueron don José Miguel Infante, don Nicolás Pradel y don Manuel Magallanes.

El primero que tomó la palabra fue el señor Infante. Principió por hacer cargos graves al Congreso, que funcionaba en Valparaíso. Este discurso fue, teniendo presente el estado de los ánimos, excesivamente largo e inconducente.

En seguida habló el señor Pradel, quien, con el fuego y energía que aún no ha perdido, dijo: "Se nos ha llamado para una transacción, a la cual yo no le encuentro una base razonable. ¿Qué transacción puede haber entre un vencedor y un vencido?" Estas palabras fueron interrumpidas por el señor Palazuelos con estas otras: "EL GOBIERNO **no está vencido**".

—**Sí** lo está —contestó Pradel.

—**No** lo está —replicó Palazuelos.

Cada cual de esta inmensa concurrencia, dividida en dos partidos, repitió, de estas palabras, la que más cuadraba a su opinión.

Quien no está cegado por el espíritu de partido conoce que el **vencido** a que se refería el señor Pradel no era ni podía ser otro que el Gobierno, que acababa de ser derrotado, y no el pueblo, que no tenía para qué venir a cuenta.

Pero, aun cuando el pueblo hubiera sido vencido, cosa siempre difícil de comprobar, y que a veces sucede, por más que diga el historiador, no es el señor Pradel un necio para repetírselo, con insistencia, en sus mismas barbas.

Hace dos o tres años leíamos un escrito en que se mencionaba esta majadería. Con este motivo nos dirigimos al señor Pradel, residente como hasta hoy en Valparaíso, diciéndole que ya era tiempo de poner atajo a la repetida circulación de esta mentira. Este señor nos contestó: "Estoy tan acostumbrado a la falsificación de nuestra historia, dictada con frecuencia **por la cocinera de casa**, que ya nada de lo que se escribe me sorprende".

A esto, y no más que a esto, queda reducido el **grito sublime y elocuente repetido por millares de voces.**

*

Continúa la **Memoria**: "Ciudadanos notables por sus antecedentes y recomendables por sus cualidades eran aquellos de que el Vicepresidente se había rodeado, llamándolos al servicio de los diversos Ministerios de Estado. Don Carlos Rodríguez, abogado de crédito, Senador y Ministro de la Suprema Corte de Justicia, manejaba la cartera

del despacho en los ramos del Interior y Relaciones Exteriores".

Un hecho, el primero que se nos ocurre, probará al lector cómo era tratado el señor Rodríguez por los mismos hombres a quienes prestaba sus servicios.

A mediados o a fines de 1827 aparecieron, después de mediodía, en el patio del Consulado, varios grupos de amigos del Gobierno, que en el espacio de dos horas aumentaban o disminuían alternativamente, hablando con reserva y en voz baja, a consecuencia de la entrada o salida de ciertos agentes que comunicaban a los grupos órdenes o noticias.

Al cabo de esas dos horas, esta reunión misteriosa concluyó por disolverse, dejando a los curiosos sin saber qué pensar de lo ocurrido.

En la noche de ese día circuló en el público que aquello había sido un proyecto de poblada, organizada por el Gobierno para pedir la caída del Ministro del Interior, don Carlos Rodríguez, y la del juez de letras don José Gabriel Palma.

Es de advertir que el señor Rodríguez, cuando estalló la revolución de Urriola, no se separó un momento del lado del Presidente Pinto, desplegando gran valor y energía cuando los partidarios del éxito flaqueaban.

La poblada fracasó por falta de cooperadores, pero sirvió para dar a conocer qué clase de Gobierno tenía Chile. Muchos amigos le volvieron la espalda, los vacilantes se hicieron enemigos.

Este hecho, muy notorio entonces, lo leíamos algunos meses después, año 29, con minuciosos detalles, en uno de los primeros números de **"El Sufragante"**, periódico serio, redactado por don Manuel Gandarillas.

*

El señor Errázuriz, que carga de maldiciones al partido **pelucón** (este adjetivo se repite hasta el fastidio) cuando, a su parecer, infringe la Constitución, sólo tiene disculpas cariñosas y aun elogios mal disimulados cuando menciona la enorme infracción cometida por el Presidente Pinto que, arrebatando sus facultades al Congreso, dio una **amnistía** de su propia autoridad, contra el texto expreso del artículo 46, inciso 13, de la Constitución de 1828.

Con este criterio, o más bien, con estos dos criterios, ¿puede esperarse imparcialidad y justicia en el historiador?

He aquí, pues, que la adorada Constitución del 28 tuvo como estreno una flagrante infracción. Por desgracia no fue la única.

*

El capítulo IV de la **Memoria** empieza con una digresión sobre los partidos de esa época, 1829, dando cuerpo a una sombra que llama partido **monarquista** y que tenía por jefe a don José Antonio Rodríguez Aldea, por haber sido secretario de Gainza en 1813, sin recordar que este mismo godo había dado las pruebas más notorias de patriotismo, aun antes de ser Ministro del Director O'Higgins.

Si entonces había quien **opinara** por la monarquía, en el día no falta quien piense lo mismo, sin que a nadie se le ocurra decir que en Chile hay un **partido monarquista.**

Si el haber servido al rey es un motivo para ser calificado como **monarquista**, raro, rarísimo sería el hombre notable de ese tiempo a quien no pudiera llamársele **godo**. Pero el historiador ignora lo que todo el mundo sabe . . .

*

El folleto enumera **seis** partidos más o menos numerosos, pero todos ellos enemigos del Gobierno liberal. ¿Qué tal Gobierno sería ése?

"Esos partidos necesitaban un jefe que manejase **tantos** elementos dispersos, haciéndolos servir de concierto al fin que se proponían. En un principio se **lisonjearon** con atraerse al general Freire, explotando **los celos** y sentimientos personales **que abrigaba** contra el general Pinto."

No es ésta la única imputación ofensiva que el folleto hace al general Freire. A las pocas páginas más adelante dice, al dar cuenta de una junta de guerra a que asistió este general: "Freire creyó, **o fingió creer**", etc. ¡De manera que, para el historiador, Freire era **hipócrita y envidioso**! Esto no se rectifica, y los elogios alegóricos que vienen en seguida no lavan esas injurias: "La alabanza se pone aquí para que pase la injuria, y el movimiento del incensario, para justificar el bofetón".

*

Al dar cuenta de la reunión que tuvo lugar en el Consulado el 7 de noviembre de 1829, con pormenores inexactos, se hace una imputación deshonrosa al señor Prado Montaner, Intendente de Santiago en esa época.

La calumnia de que el historiador se hace eco ha tenido que ser confesada paladinamente ante los respetables y numerosos testimonios exhibidos por el señor don Francisco Prado Aldunate, hijo celoso de aquel funcionario.

Si el señor Errázuriz hubiera concretado en su escrito sus asertos, no sería ésta la única palinodia que habría tenido que cantar.

La numerosa reunión del 7, compuesta de las personas más respetables de Santiago, **menos una**, "nombró una junta de gobierno compuesta del general Freire, en quien residiría el mando de la fuerza armada; de don Francisco Ruiz Tagle, y de don Juan Agustín Alcalde". Estos dos señores habían hecho un notable papel en la revolución del año 10.

Ya verá, pues, el lector, que no **en vano se lisonjeaban** los pelucones contando con la decidida cooperación del general Freire, que no habría sido nombrado sin su previo consentimiento.

"Libres ya de todo cuidado, levantaron un acta, en la que, después de diversos considerandos, que establecían las **pretendidas** infracciones de la Constitución . . .", etc.

Entre estas **pretendidas** infracciones está la que el escritor confiesa, con ciertas reticencias, en la página 62: la célebre amnistía, y las que calla, como la de obligar al Congreso a reunirse en Valparaíso, a petición de la **minoría** pipiola, etc.

En efecto, el acta la dictó don Manuel Gandarillas, y la escribió don Manuel Cavada, que ocho años más tarde debía morir, mártir de su lealtad, al lado de don Diego Portales.

*

La reunión del Consulado nombró una comisión que pusiera en conocimiento del señor don Francisco Ramón Vicuña, que **se decía** Vicepresidente interino, que el vecindario de Santiago desconocía todas las autoridades, incluso la del mismo señor Vicuña, por su origen ilegal, y que acababa de nombrar una junta de gobierno, etc.

El señor Vicuña se negó a reconocer la junta, y los comisionados volvieron al Consulado a dar cuenta de lo sucedido. En vista de esta negativa, el concurso se dirigió a la sala de Gobierno, cuya entrada no pudo impedir la guardia.

"En el momento son invadidos el patio del palacio y las salas del Gobierno, y al bullicio de una gritería destemplada, mediante la cual cada uno pretendía hacerse oír y valer, el desorden aumenta y toma por momentos mayores proporciones." El señor Vicuña se negó a dar su dimisión, que era lo que se le exigía, y se retiró del salón.

"En este momento se oyen grandes gritos y fuertes voces que aclamaban al general Freire en las puertas de la plaza y de los patios del palacio. Efectivamente, se presentaba este personaje vestido de todas sus insignias, pues lo habían ido a buscar y lo traían los pelucones para valerse de su prestigio. Con su presencia se calma el tumulto, se restablece el orden e impera el silencio, donde poco antes reinaban la confusión y la algazara. En el exceso de su entusiasmo toman en brazos al general Freire, que fue conducido así hasta la sala de Gobierno por dos hombres aparentes por su corpulencia y robustez, el clérigo Meneses y don Agustín Larraín. Llegados a la sala y agobiados de fatiga, depositan éstos su **carga** en la silla presidencial, con tal precipitación, que quebraron a ésta los brazos."

❋

Trabajo nos ha costado llegar al fin de esta inverosímil y falsísima narración. En ella, como en muchas otras partes de la **"Memoria"**, está de manifiesto hasta dónde puede llegar una idea preconcebida y mal intencionada . . .

Esta misma idea no ha permitido dudar de nada al historiador. Dado el caso de que los dos Hércules hubieran podido salvar **con su carga**, y al través de largas escaleras, la gran distancia que separaba el patio **de la silla** presidencial, el general Freire, ¿habría permitido que se ajara su persona hasta ese extremo? La respetable reunión que acababa de elevarlo al más alto puesto de la República, y que tenía por él una especie de culto, ¿habría permitido, ni a pretexto de **entusiasmo**, tal ultraje? Pero está visto: infieles consultores han abusado de la credulidad del historiador, muy dispuesto a dejarse engañar.

Añadiremos aún otro dato, a saber: que de las doce o quince personas que aún viven y que tomaron una parte importante en esos acontecimientos, **firmando** el acta del 9 de noviembre, nos permitieron nombrar algunas que residen en Santiago, y que ni vieron ni oyeron, estamos seguros, hablar de la **silla rota**; son los muy respetables señores don Rafael Valentín Valdivieso, seglar entonces; don Manuel Montt y don Manuel Camilo Vial. Nos parece inútil nombrar otros.

❋

En el mismo capítulo antes citado, párrafo VII, dice la **Memoria**: "El motín popular del día 7 había sido, pues, de estériles resultados para sus autores".

Uno de estos **estériles** resultados lo ha consignado el mismo historiador, dos páginas más adelante, diciendo, entre otras cosas: "El día 12 se **trasladó** el Gobierno a Valparaíso. Los motivos de esta determinación se encuentran consignados en un manifiesto publicado el día 13 en aquella ciudad por el mismo Presidente provisorio", etc.

Entre los considerandos que el autor copia, se encuentra el último, que dice: "No debiendo el Presidente exponer la República a las fatales contingencias de la acefalía en que quedaría sumergida si el jefe supremo fuese privado de su libertad **o de su vida**, decreta:", etc.

El escritor llama **estéril resultado** el que, **cinco** días después del **motín**, hacía abandonar la capital al Presidente de la República, por temor de ser privado de su libertad **o de su vida**. Si esto es estéril, no sabemos lo que será fecundo.

La **"Memoria"** refiere aún otro hecho falso en la página 128, a saber: "Consecuentes a este plan, se reunieron EN LA NOCHE del día 9, en el primer patio del Instituto Nacional, por haber encontrado cerradas las puertas del Consulado".

Fácilmente se calcula el respeto que podía inspirar un Gobierno que echaba llave al Consulado, edificio **fiscal**, para impedir que se reunieran los que desconocían su autoridad; y no pudo impedir que a cincuenta pasos de distancia y en otro edificio, **fiscal** también, el antiguo Instituto, se firmara un acta **el lunes**, en que se reiteraban las protestas **del sábado**.

Poco diremos de aquello: **se reunieron en la noche**. Este es uno de los muchos cuentos de que ha sido víctima el historiador.

Para Gobierno como ése, lo mismo era reunirse de día que de noche, siendo aquél preferible como menos incómodo.

Ya hemos nombrado tres **amotinados que firmaron** el acta, **de día**; añadiremos algunos otros, que aún existen, y son los señores don Santiago y don Juan José Gandarillas, don Francisco Marín, don Vicente Larraín Espinosa, don Nicolás Pradel, don Miguel Dávila, etc. etc. Entre estas etcéteras se encuentra nuestra pobre firma. Hay una cosa digna de observarse, y es que esa inmensa lista, toda de personas conocidas, la encabeza un pariente inmediato del autor de la **"Memoria"**, y es el señor Javier Errázuriz, siendo de notar que este apellido y el de Tagle son los que más se repiten en aquel documento. Falta, sin embargo, en él la firma del señor don Ramón Errázuriz, vivo también, pero eso no fue un obstáculo para que pocos meses después fuera Ministro del Gobierno **"reaccionario, representante del atraso, enemigo de la libertad y del derecho"**, como dice la **"Memoria"**, es decir, del Gobierno pelucón.

Por lo demás, los pocos días que duró este señor Ministro no fueron **estériles** en persecuciones a los liberales. Véase la **"Carta Monstruo"** del señor coronel don Pedro Godoy, **uno de los favorecidos** . . .

❋

La Constitución del 28 no da al Presidente ni a nadie facultades extraordinarias, pero no importa: aquel Gobierno, **sin infringirla**, se las proporcionaba con frecuencia. Otro caso. En esos días se dictó el decreto siguiente: "Artículo 1º Se suspende la libertad de imprenta hasta nueva providencia del Gobierno.— 2º En consecuencia no se imprimirá papel alguno sin la revisión del **Ministro del Interior**, bajo la pena de perdimiento de la imprenta, si lo contrario se hiciere".

A este decreto, que haría honor a Rosas y a Melgarejo, al notificárselo a don Ramón Renjifo, dueño de imprenta, contestó con una protesta, invocando los artículos siguientes de la Constitución: "Art. 10. La nación asegura a todo hombre, como derechos imprescriptibles e inviolables, la libertad, la seguridad, la propiedad, el derecho de petición **y la facultad de publicar sus opiniones**". "Art. 18. Todo hombre puede publicar por la imprenta sus pensamientos y opiniones. Los abusos cometidos por este medio serán juzgados en virtud de una ley particular y calificados **por un tribunal de jurados**".

Los amigos del Gobierno, como es natural, se sometieron, y encabezaban o concluían **sus papeles** con estas palabras: **Con la revisión necesaria**. Esto era una gran mentira, pues, siendo los escritores partidarios del Gobierno, era excusado ese trámite.

La imprenta del señor Renjifo, aunque con menos frecuencia, contestaba a estas provocaciones **sin** la revisión, lo que le valió un asalto, **en la noche**, de una partida de policía. Como este asalto se supo con anticipación, al llegar la fuerza, se encontró con una numerosa y respetable reunión dispuesta a impedir este atropello, y, efectivamente, lo impidió. Pero ya sabemos que esto y la persecución anterior al redactor de **"El Verdadero Liberal"**, etc., no son más que **pretendidas** infracciones . . .

Ocho meses después, las célebres ordenanzas sobre imprenta, que, comparadas con el decreto que hemos citado, eran liberalísimas, dieron en tierra con Carlos X. Era natural: en Chile mataba la prensa el Gobierno liberal; en Francia la restringía un pelucón: ¡abajo los pelucones!

*

Aunque saltuariamente, hemos llegado con nuestras rectificaciones a la página 130 de la **"Memoria"**. No concluiremos este primer artículo, quizá sin segundo, sin poner ante la vista de nuestros lectores un bello rasgo de justicia y de republicanismo trazado por el Presidente actual, hace trece años, es decir, **cuando formaba en las filas de la oposición** . . .

Al dar cuenta del resultado de las elecciones en que el general Pinto fue elegido Presidente de la República, como también de los numerosos votos que obtuvieron otros candidatos, añade:

"El resultado de esta votación nos hace ver que en aquellos tiempos no era costumbre que hubiese en las elecciones **la admirable uniformidad que se nota en nuestros días**. Es que entonces la autoridad respetaba la espontaneidad en la expresión de los deseos del ciudadano, y había dignidad en el individuo. El solo hecho de esta elección, unido a la minoría que los pe-

lucones tenían en el Congreso de 1829, que sería como una tercera parte de sus miembros, nos da la mejor prueba de la libertad y legalidad que reinaron en las elecciones durante el Gobierno pipiolo".

Este rasgo de patriotismo del escritor no se comenta. Lo único que nos atreveríamos a pedir al señor Errázuriz sería que en las próximas elecciones **tuviera presente al Gobierno pipiolo**, del que se olvidó en las pasadas, hechas **con admirable uniformidad** . . .

Santiago, mayo de 1874.

SANTIAGO,

LOS TALAVERAS Y SAN BRUNO

Doce de febrero de 1817

A MEDIODIA del 12 de febrero de 1817 se declaró derrotado el ejército español, mandado por el coronel de Talaveras don Rafael Maroto, que no alcanzó a reunir en el campo de batalla 1.500 hombres, porque las estratagemas de San Martín, dirigidas desde Mendoza, habían tenido engañado a Marcó acerca del punto por donde sería invadido Chile por el ejército de los Andes. La infantería, en su mayor parte, fue muerta o prisionera, por el gran despoblado en que tuvo lugar la batalla, y por ser perseguida en su derrota por cinco escuadrones de caballería, intactos y perfectamente montados.

Los primeros rumores del triunfo de los patriotas se empezaron a difundir en Santiago entre cuatro o cinco de la tarde, pero los realistas tuvieron cuidado de desfigurarlos, hasta atribuirse la victoria. Sólo a las ocho de la noche para nadie era dudoso que el triunfo era de San Martín.

A esas horas se mandó iluminar la ciudad, y todo el mundo, con deseos opuestos, ocupaba las puertas de calle, pero sin que nadie se atreviera a comunicarse con sus amigos o vecinos en voz perceptible. El miedo todo lo dominaba, a pesar de que los terribles talaveras no dejaban, por su ausencia, oír sus amables interjecciones, que habían formado escuela en muchos chilenos, y que desde entonces se nos han hecho familiares.

A las once, puede asegurarse que había desaparecido de Santiago toda autoridad alta y baja, pues no sólo habían abandonado la ciudad los militares y empleados civiles, sino también gran número de españoles y chilenos partidarios de aquel Gobierno y más realistas que el rey.

A medianoche la ciudad era un desierto. A esta hora nos dirigimos con gran cautela a la plaza de Armas, donde advertimos un grupo movedizo en la puerta del palacio de Marcó, que ha sido **retocado** hace poco por el Intendente Vicuña Mackenna.

Al acercarnos a este edificio notamos gran cantidad de **pueblo** que entraba y salía. Penetramos allí y tuvimos la agradable sorpresa de ver que aquellos **ciudadanos**, que entraban con las manos vacías, o, cuando más, con un

cabo de vela encendido, se retiraban con algo que había pertenecido al Presidente prófugo.

Mentiríamos si dijéramos que oímos disputa o siquiera discusión sobre la propiedad de algún mueble o utensilio, en que tanto abundaban los numerosos salones, cuartos y aun patios de palacio; cada uno se apropiaba lo que encontraba a mano o más le convenía, y se retiraba muy tranquilo. Aquello parecía una escena de sordomudos perfectamente ensayada, y nos dio una idea de lo que después leímos en Chateaubriand: lo que es **el orden en el desorden**; y no hay que olvidar que allí había gran número de niños, y sobre todo de mujeres, que nuestros lectores calcularán que no eran las menos activas.

Al retirarnos pasamos por el **"Cuartel de Dragones"**, que era el mismo que en la calle del Puente es ahora cuartel de bombas. Allí se repetía una igual **repartición** del magnífico vestuario de la tropa de caballería que antes lo había ocupado.

*

No crean nuestros lectores que en aquel tiempo ese cuartel era, como lo fue más tarde, **cuartel de la escolta**; no, señor: los Presidentes godos Carrasco, Osorio y Marcó no usaban escolta. El pobre Chile no hacía este enorme gasto que, unos por lujo, otros por miedo, y algunos por miedo y lujo, han hecho inseparable de su importante persona; aquéllos se paseaban por las calles de Santiago, de día y de noche, sin más acompañamiento que una o dos personas, generalmente inofensivas.

Don Bernardo O'Higgins con su escolta plagió a San Martín, que la trajo a Chile. San Martín había plagiado a Napoleón, que se la organizó en las primeras campañas de Italia a consecuencia de haber estado en peligro de caer en manos de una partida austríaca.

La tal escolta se convirtió más tarde en un verdadero ejército, que llegó a tener 25.000 hombres de las tres armas, y se llamó la **Guardia**, que según algunos historiadores, causando celos en el Ejército, no prestó servicios equivalentes a los sacrificios que imponía.

Parece que ésta es enfermedad de todas las escoltas. El año 28 se vio en el llano de Maipo correr a la escolta del Presidente Pinto al solo amago dé los granaderos, revolucionados por don Pedro Urriola, dejando el camino hasta Santiago sembrado de corazas y morriones de acero. Quedó entre esos despojos el sombrero del Presidente, que llegó a palacio en cabeza, donde fue recibido por el loco Pardo, que lo apostrofó en presencia del pueblo con estas palabras: "Príncipe mío, ¿quién os ha arrebatado vuestra corona?"

El 20 de abril del 51 la escolta del Presidente Bulnes hizo algo peor en la calle del Estado, seguida por un roto que la amenazaba con un fusil... **sin llave**.

*

Después de esta digresión, que hemos alargado por complacer a ciertos amigos que nos tachan de **lacónicos**, y sobre todo al señor W. M., volvemos a nuestra narración.

Al siguiente día, 13 de febrero, fueron saqueadas muchas tiendas de comercio, y con preferencia la adminis-

tración del estanco. Esa noche se esperaba el diluvio; pero una pequeña partida de caballería, a las órdenes del más tarde célebre Aldao, y, algunas horas después, el Regimiento de Granaderos a caballo, volvieron la tranquilidad a los ánimos.

*

Se ha hablado mucho del odio que el pueblo de Santiago tenía a los Talaveras, que jamás dejaron esta ciudad. Quizá se confunde el odio con el miedo. Según el señor Amunátegui, cuando después de Rancagua entró en Santiago el ejército real, no había en las puertas de calles menos de **seis mil** banderas realistas. En otro escrito hemos hablado de este entusiasmo por el rey. El mismo autor dice: "Al pasaje de cada batallón, desparramaban de los balcones grandes azafates de flores, y algunos altos personajes, arrebatados por su entusiasmo, arrojaban puñados de dinero, que los soldados en su marcha no se detenían a recoger".

A la entrada de los vencedores de Chacabuco, que fue por la Cañadilla y calle del Puente, no recordamos haber visto ni una sola bandera, y lo que es flores, y sobre todo dinero, ni la sombra. Los altos personajes que cita el historiador nos recuerda que uno de esa altura y gran patriota, que después alcanzó los más altos puestos en la República, mandó de regalo a Osorio, la víspera de la batalla de Maipo, un magnífico caballo con herraduras de plata. No fue éste el único obsequio que recibió Osorio.

*

Como en el ejército real no venía más banda de música que la detestable del Batallón Chiloé, los Talaveras suplieron esta falta para celebrar su triunfo. A poca distancia, y frente a la cárcel, circunstancia significativa, se armó un tabladillo, que muy luego y a toda hora del día y de la noche se llenó con gran número de cantores y guitarristas que, de este batallón, se reunían en alegre algazara a cantar tonadas españolas, que se oyen por todo el mundo con gusto por sus graciosas y agradables melodías.

El pueblo gustaba mucho de esta música, y esto dio a los Talaveras cierta popularidad. Los versos de esta música, poco edificantes, eran interrumpidos con gritos y aplausos del mismo género. Entonces, y por primera vez, se oyó la eterna **cachucha** que ha dado la vuelta al mundo. Recordamos una de esas tonadas y algunos versos, de los que ponemos aquí una estrofa, la más pulcra:

Se quería coronar
el maldito de Carrera,
ya le pondrán la corona
si no se va a la . . .

Estos filarmónicos de nuevo género eran innumerables, hasta el caso de que a cualquiera hora, al pasar por los cuerpos de guardia, se les oía cantar en coro acompañados por la inseparable guitarra.

Este batallón de quinientas o seiscientas plazas se hacía admirar del público por el lujo de su uniforme, muy variado, por la elegancia, soltura y uniformidad de su marcha, y hasta por el movimiento lateral de los fusiles.

En el día esto no llama la atención; pero la llamaba entonces, al comparar estas tropas con nuestros reclutas, que de ordinario salían, por las exigencias de la guerra, sin la menor instrucción y sin saber ni siquiera marchar medianamente. A esto hay que agregar una circunstancia que vale mucho: la buena figura, poco común, por no decir rara, en nuestros soldados.

*

Al principio alojó el batallón en la Plaza de Armas, en el antiguo palacio de los Presidentes, por no haberlo ocupado Osorio. La lista de la tarde tenía lugar en la misma plaza, donde solían ejecutar algunas maniobras al son de una magnífica banda de tambores, pífanos y **cornetas**, que por primera vez se oían en Santiago.

Los Talaveras tenían un privilegio sobre todo el ejército real: salir a la calle, aun sin estar de servicio, con su bayoneta al costado. Esto, la predilección con que los miraban el Gobierno y sus partidarios, españoles y chilenos, y hasta el sueldo, muy superior al del resto del ejército, les daba una decidida superioridad sobre él. Esta superioridad la reconocía el público, dando hasta a los soldados rasos el tratamiento de **don**. No sólo los oficiales, sino aun los individuos de tropa, eran admitidos en ciertas familias aristocráticas, y más de un sargento casó en ellas. Si el temido San Bruno hubiera querido hacer otro tanto, podría haberlo efectuado en alguna de esas familias, donde era recibido con gran cariño. En una de ellas lo trataban con tal confianza, que un día le pusieron en el sombrero sobre la escarapela realista otra patriota, con la que, sin advertirlo, atravesó gran parte de la ciudad.

Se habla también del odio que el pueblo profesaba a San Bruno: esto tiene su explicación.

A los asesinatos cometidos en la cárcel de Santiago, a principios de 1815, a que prestó feroz y activa cooperación, debe agregarse que era. puede decirse, la única policía de la ciudad, y ya pueden calcular nuestros lectores, por lo que se ve aún en el día, cuánto sería el cariño que el pueblo podría profesarle. Algunos años más tarde, y en el Gobierno de Pinto, un Intendente de Santiago, que por su cargo desempeñaba algunas de las funciones que ejercía San Bruno, y que era el hombre más benévolo que hemos conocido, don Rafael Bilbao, alcanzó el alto honor de que se le llamara Arranca Brazos, en recuerdo de un famoso esbirro que el pueblo recordaba con horror. Su celo por cumplir con sus deberes le adquirió ... este título.

San Bruno representaba cuarenta años. Era de estatura mediana, de nariz aguileña, color algo sanguíneo y de vientre abultado; de ojos muy vivos y de mirada alegre, casi risueña. Empezaba a perder el cabello, pero tenía bigote abundante y rubio.

*

Los Gobiernos de Osorio y de Marcó duraron veintiocho meses, y en todo este tiempo nadie en Chile entero concibió ni siquiera un proyecto revolucionario. El general Sebastiani podría haber dicho entonces con más verdad

que en las cámaras francesas más tarde: **La paz reina en Chile** . . . Nadie ignora que los asesinados en la cárcel de Santiago, que hemos mencionado, no tuvieron más delito que el deseo inofensivo de recobrar su libertad. En toda nuestra historia revolucionaria sólo hay un hecho parecido, aunque más horrible por sus circunstancias y proporciones: el de Chiloé, doce años después, bajo un Gobierno liberal, y que, según nos parece, hemos sido los primeros y únicos en referir en nuestros **"Recuerdos de Treinta Años"**.

Como prueba del temor que inspiraban los Talaveras, copiaremos otro acápite del historiador que ya hemos citado:

"Las primeras ocasiones que le tocó salir de patrulla (a San Bruno), visitó las chinganas, donde se agrupaba el populacho (y también la gente decente), y aunque casi solo, arreó con el sable a los infractores de los bandos con tanta facilidad como un pastor su rebaño". ¡Lo que sigue, como otros muchos datos del historiador, no lo transcribimos . . . por vergüenza!

*

Referiremos, por último, un hecho que presenciamos.

Al siguiente día de la batalla de Chacabuco nos dirigíamos del oriente de la calle de Santo Domingo a la Plaza de Armas. Al llegar a aquella iglesia nos sorprendió la presencia de un soldado de Talavera que venía como de la plaza ya citada, vestido con tal esmero y limpieza, que parecía salir en ese momento de casa de su lavandera. Traía el fusil terciado al hombro y marchaba con un aire y confianza admirables. Serían las seis de la mañana.

Numeroso pueblo caminaba en dirección opuesta; pero al acercarse a él todo el mundo cambiaba de vereda, dejándolo marchar solo por la que llevaba. Eso sí, cuando se alejaban de este raro personaje, repetían sucesivamente y a gritos: **¡Quítenle el fusil!** Detuvimos nuestra marcha, y a las tres o cuatro cuadras lo perdimos de vista sin que nadie se le acercara.

*

Lo cierto es, aunque parezca extraño, que entonces había, y aún se conserva, cierta predilección por los españoles, que no es menos efectiva, a pesar del calificativo de **godo**, que ha perdido su odioso significado.

Nadie habrá olvidado lo que sucedió con los prisioneros de la **Covadonga**. A su llegada a Santiago fueron abundantemente obsequiados por familias respetables con toda clase de refrescos. Esto es noble, pero no lo habría sido menos si las personas obsequiosas hubieran tenido presente a la escolta que los custodiaba, que en estos días no tuvo más refrigerio que el agua de la pila inmediata, que entonces no era potable . . .

LA CAIDA DE O'HIGGINS

28 DE ENERO DE 1823

LOS EPISODIOS de este acontecimiento que vamos a referir no tienen más interés que ser desconocidos o no publicados, que nosotros sepamos, hasta hoy por nuestros historiadores.

Omitimos varios hechos con ellos relacionados, por no considerarlos necesarios, o porque son generalmente conocidos.

*

El antiguo batallón de la Guardia de Honor se había elevado a regimiento por el aumento de fuerzas que últimamente había recibido. Era su jefe el bizarro coronel argentino don Luis Pereira, y segundo, el sargento mayor don Manuel Riquelme, tío materno de don Bernardo O'Higgins.

El día arriba mencionado se había dado orden en el regimiento para que nadie saliera del cuartel, situado en San Agustín. Después de mediodía se colocó en la torre del norte de la iglesia un piquete a las órdenes del capitán inglés Young, con orden de hacer fuego al mismo Director si se acercaba al cuartel.

A las cuatro de la tarde se vio a un grupo que de la Plaza de Armas se dirigía a ese punto por la calle del Estado. El coronel Pereira, que reconoció en aquel grupo al Director, que montaba un magnífico caballo y era seguido del mismo modo por sus cuatro edecanes, como única escolta, mandó al ayudante don Justo Arteaga, ahora general, que se adelantara y pusiera en su conocimiento la orden que le impedía pasar adelante. Esta orden fue comunicada a media cuadra del cuartel. El Director, sorprendido con desagrado al oírla, hizo, por medio del mismo señor Arteaga, llamar al coronel. Este vino, y, al acercarse, don Bernardo le dijo:

—¡Coronel, vuelva usted a su cuartel!

Pereira obedeció, acompañándolo hasta allí.

Poco después salía el regimiento en dirección a la Plaza de Armas, con O'Higgins y Pereira a la cabeza. Formó en batalla en el costado del poniente, y allí, paseando a su frente, permaneció recibiendo atentas y casi suplicantes invitaciones de la reunión que

lo esperaba en el gran salón del Consulado, para que se presentara en este lugar.

Para doblegarlo se acudió a influencias increíbles. No sólo se solicitó el empeño de su señora madre, que se negó a intervenir, sino también al de su antiguo Ministro Rodríguez, a quien la opinión pública culpaba de los odios que el Director había llamado sobre su persona. El ex Ministro prestó gustoso y con buen éxito este servicio que con urgencia se le pedía; pero esto no lo libró de ser, pocos días después, arrastrado a una prisión . . .

O'Higgins cedió al fin, y, acompañado de su escolta, a la que había dado un nuevo jefe momentos antes, llegó a la plazuela de la Compañía, ahora de O'Higgins. Dejó la tropa en las gradas de la iglesia, situadas como a cuarenta metros frente al Consulado, y casi solo se dirigió a este lugar, al que con trabajo pudo penetrar, por la numerosísima concurrencia que lo ocupaba.

*

Con raras excepciones, todos los presentes estaban armados y en actitud amenazante. Su exaltación había subido de punto al saber las palabras despreciativas con que el Director se había expresado ante las comisiones que se le habían dirigido. Muchos de los que lo vieron entrar no creyeron verlo salir. La escolta, que quedaba muy distante, no era una garantía de su vida. Esto hizo que el célebre actor argentino Morante, recién llegado a Chile, al verlo entrar exclamase en alta voz: "¡No espero ver más ese hombre!"

El tono y ademanes insultantes, que no le abandonaron en toda la conferencia, provocaron la ira del doctor Vera hasta recorrer el salón repitiendo a media voz: "¡La cesarina, la cesarina!" Esta provocación al asesinato era tanto más grave cuanto se hacía al fin del día, casi en la oscuridad, por la suma escasez de luces que alumbraban el salón.

Felizmente, si allí había gran número de enemigos que tenían mucho de que vengarse del Director, no había, a pesar de lo que se ha dicho, ningún asesino.

Antes de las nueve de la noche, y después de haberse despojado de las insignias del mando, se retiró, en medio de vivas atronadores, dando el brazo a don Antonio Mendiburu, en cuya casa, al poniente del Consulado, vivió los pocos días que permaneció en Santiago, antes de su salida para Valparaíso.

*

A poco de haber salido O'Higgins del Consulado, la Guardia de Honor y la escolta se recogieron a sus cuarteles. Algunos pocos oficiales y soldados de los dos batallones de infantería de que constaba la guardia nacional de Santiago, que con gran trabajo se habían reunido en el cuartel de San Diego, y una compañía de artillería, a las órdenes del coronel don Francisco Formas, que se había pronunciado por la revolución, permanecían en actitud hostil contra la Guardia de Honor, pero sin moverse de su cuartel. Después de entrada la noche, los artilleros habían hecho desde ese punto disparos por alto contra el cuartel de San Agustín, pero sin ningún resultado.

La oficialidad de la Guardia, casi en

su totalidad, era adversa al Director, con solo **cinco** excepciones, contando entre ellas al capitán de cazadores don Joaquín Arteaga, hermano del ayudante de que hemos hablado. Esta compañía se hacía notar por su disciplina; por su fuerza, 120 hombres, y por su jefe, de conocido valor.

Este oficial, partidario entusiasta de O'Higgins, no había podido mirar con indiferencia las provocaciones de los artilleros, y al recogerse al cuartel con su compañía pudo, sin llamar la atención, sacarla y tomar la dirección de San Diego, de donde habían salido los disparos, con la intención poco disimulada de contestar aquel insulto.

Felizmente, el coronel Pereira supo a tiempo lo que sucedía y corrió a impedirlo, persuadiendo con palabras cariñosas al capitán Arteaga a volver a su cuartel. Sin este incidente, ¡quién sabe qué rumbo hubieran tomado, al menos por corto tiempo, los acontecimientos! En esos momentos, obraba, tanto en la tropa como en el pueblo, una reacción o'higginista.

*

Los escritores que hemos leído sobre este suceso están más o menos de acuerdo en elogiar con entusiasmo el valor **heroico** del pueblo de Santiago en este día. Aunque no hubiéramos presenciado los hechos, la lectura de esos escritores bastaría para persuadirnos de parte de quién estuvo el valor . . .

Los señores don José María Guzmán y don Fernando Errázuriz, que en esa ocasión desplegaron rara energía, no ignoraban que en esos momentos el Director no contaba con más apoyo que el de su espada, pues la Guardia de Honor, además de los compromisos privados de casi toda su oficialidad, había empeñado su palabra públicamente, por medio de su jefe, de no hacer armas contra el pueblo.

En cuanto a la escolta, desmoralizada con el cambio violento de su antiguo jefe, hecho en esos momentos en un militar de mérito, pero extraño al cuerpo, contaba con varios oficiales mal dispuestos.

No necesitamos decir que los señores Pereira y Merlo, también argentino, y jefe de la escolta, depuestos por el Director por su decisión por el pueblo, recibieron muy pronto el pago republicano: **el que sirve a muchos, a nadie sirve,** dice Rousseau.

Uno de nuestros más notables historiadores ha dicho, al narrar estos sucesos: "El **28 de enero** es una fecha que el vecindario de la capital puede escribir con letras de oro al lado del **18 de septiembre** de 1810".

Estamos de acuerdo en cuanto a la identidad de ambos acontecimientos, pero diferimos respecto **al metal** en que deben hacerse las inscripciones. Pensamos que la hipocresía y el miedo del 18 de septiembre y el miedo y la hipocresía del 28 de enero pueden inscribirse en letras . . . **de plomo.**

LAS ULTIMAS ELECCIONES BAJO EL GOBIERNO PIPIOLO

EN 1829 TUVIERON lugar las elecciones generales en la República, y los dos partidos, pipiolo y pelucón, se disponían a dar una batalla decisiva, que venía preparándose desde cinco a seis años atrás, tiempo en que habían nacido ambos partidos con esos nombres.

Por la primera vez en Chile se organizaron y presentaron en público sociedades políticas. La más seria y numerosa fue la que formaron los pipiolos, amigos del general Pinto, Presidente de la República a la sazón.

Se reunía en público, en el gran salón en que la primera y **verdadera** sociedad filarmónica que hubo en Santiago daba sus conciertos, en la calle de Santo Domingo, en la casa que ahora ocupa la familia Fernández Recio, dos cuadras al Oriente de ese templo.

El tiempo que duró aquella sociedad tuvo como único presidente a don José María Novoa, abogado y hombre público, notable por más de un concepto. A principios del tercer decenio de este siglo, y aun antes, había tomado parte, tanto en Colombia como en el Perú, a pesar de ser chileno, en importantes acontecimientos. El año 23, si no estamos equivocados, desempeñó el Ministerio de la Guerra en el Gobierno de Riva Agüero.

*

Llegado a Chile durante el Gobierno del general Freire, fue nombrado Ministro del mismo ramo, de cuyo cargo se retiró de un modo ruidoso. En las Cámaras posteriores a ese Gobierno ocupó un lugar distinguido, y más de una vez las presidió con notable habilidad. De fácil palabra y de voz magnífica, era escuchado con agrado, aun por la indomable barra de entonces, que no le era adicta y que no habría tenido la mansedumbre de desocupar la sala con la resignación que ahora lo hace. Aquellos concurrentes no habrían tolerado impasibles que por un aplauso, dado al fin de una votación, se les llamara, como hace poco, por el Presidente del Senado: **Badulaques** . . . (Nos tocó la rociada).

Se discutía, en una sesión nocturna, un asunto de gran interés de partido, y la discusión estaba agotada. En ese

apuro se acerca un diputado pipiolo al señor Novoa, que presidía, y en voz baja le dice: "Estamos perdiendo por un voto, y se ha mandado buscar a Urízar". Novoa sacó con disimulo el reloj, y fingiendo que tosía, contestó en el mismo tono: "Busquen a otros; yo hablaré más largo que antes".

Así sucedió, y más de media hora después, cuando llegó el señor Urízar, moribundo y entre dos personas que lo conducían del brazo, el señor Novoa resumió con toda calma su discurso, hizo votar y la cuestión se ganó por un voto. El Urízar de que se trata es padre del señor Urízar Garfias, muerto hace poco.

*

El partido pelucón no se reunía como sociedad política, pero el coronel don Enrique Campino formó en la calle de las Monjitas una sociedad numerosa, dividida en tres secciones: la primera, de personas importantes; la segunda, de individuos de menos categoría; y la tercera, de artesanos. Estas secciones se comunicaban y entendían por medio de comisiones respectivas.

En esta sociedad había gran número de empleados de todas categorías y aun oficiales subalternos del ejército, que trabajaban en público y abiertamente con los enemigos del Gobierno. En estas filas era el más asiduo el capitán entonces y más tarde general Vidaurre. Aún no se había convertido a los empleados públicos en ciegos instrumentos de opresión, y esto explica la admiración que causó hace poco la conducta digna y enérgica del señor don Pacífico Jiménez, que renunció su gobernatura de Linares antes que prestarse a servir de máquina de elecciones, como se lo exigía el Ministro Altamirano.

El partido pelucón formó o fomentaba una gran sociedad de artesanos, que, como la anterior, era notoriamente hostil al Gobierno.

Las elecciones fueron en su mayor parte favorables a éste, ¡pero la oposición estuvo representada en las Cámaras, en las Municipalidades y en las asambleas provinciales por un número respetable de sus adeptos!

Cuando decimos que el triunfo, en su mayor parte, fue de los amigos del Gobierno, no debe creerse que éste prescindiera del todo de tomar una parte en las elecciones, como había sucedido en el Gobierno del general Freire: la intervención asomaba ya la cabeza; pero ni como sombra de lo que se vio después, y mucho menos de lo que ahora vemos, que por sus excesos debe ya tocar a su fin, si es cierto que **los extremos se tocan.** Los destinos de Chile no habían caído aún en manos de abogados sin pleitos, de médicos sin enfermos y de covachuelistas, que por su número y sueldos son una amenaza a la fortuna pública y privada de nuestra patria.

*

Al principiarse esas elecciones, principiaron también las maniobras preparadas de antemano. Los pelucones no llamaron la atención pública por su actividad y disciplina. Por este motivo sólo daremos cuenta de la organización y maniobras del partido pipiolo, dirigido por el señor Novoa.

Se nombraron, entre otras, tres comisiones, que debían funcionar incesan-

temente alrededor de las mesas receptoras; estas comisiones tenían los títulos siguientes: **Comisión Negociadora, Comisión Apretadora** y **Comisión Arrebatadora.**

Pocas palabras explicarán el respectivo objeto de estas comisiones. La **negociadora** se empleaba en la compra de calificaciones y del voto, si se podía, de los que se dirigían a votar; la **apretadora**, muy numerosa, en impedir acercarse a la mesa a los enemigos. Cuando estos medios eran insuficientes, la **arrebatadora** ponía en ejercicio su título en el momento en que el votante sacaba su calificación.

El que arrebataba una calificación debía, para evitar reclamos y alboroto, abandonar inmediatamente la mesa en que lo había hecho, y dirigirse a otra de la parroquia más inmediata, de donde venía al momento su reemplazante.

Estas comisiones, compuestas únicamente de partidarios decididos, algunos de ellos de cierta representación, ejercían sus funciones de preferencia con individuos de menor cuantía. No habíamos llegado a los felices tiempos en que la policía de seguridad y, sobre todo, la policía **secreta** suministraran el personal que debe facilitar o impedir la emisión del sufragio de los ciudadanos, que a veces tienen que luchar con bandidos de quienes es preciso defender el reloj, el pañuelo y aun el sombrero. Esos mismos bandidos han amenazado más de una vez la seguridad pública, cuando, llegada la noche, al volver al cuartel de policía y desnudarse del disfraz, no se les ha pagado su **trabajo** pronta y debidamente.

❋

Para el acto de votar no se exigía entonces la comparecencia del sufragante. Cualquier individuo podía votar por una o más personas con sólo exhibir las calificaciones respectivas. Esto daba lugar a que algunos se presentaran a votar por otros con abultados paquetes de calificaciones, que eran admitidas sin la menor dificultad.

Este sistema era menos complicado y más económico que el usado en el día, pues una vez comprada la calificación, no había que dar **nueva** gratificación al **digno** ciudadano que la vendía, mientras ahora hay que pagarle dos veces: cuando la vende y cuando vota.

❋

Terminada la elección, que entonces duraba dos días, se hacía el escrutinio en el último. Las cajas que contenían los votos quedaban depositadas durante la primera noche en un lugar público y cerrado, sobre una mesa bien alumbrada y vigilada por comisiones de todos los partidos.

La caja de la parroquia de la Catedral se depositó esta vez, como siempre, en una pieza del Poniente del pórtico de la cárcel, sobre una mesa separada de la calle por el grueso de la muralla, con la ventana abierta y con las luces consabidas.

Recién colocada allí la caja, don Cayetano O'Ryan, entusiasta pipiolo, se introdujo en ese cuarto sin ser visto por los cuidadores, por una puerta lateral que se abrió para él solo; en seguida, y gateando para no ser visto de aquéllos, se colocó tras de la mesa, cubierta en gran parte por la caja. Permaneció allí más de una hora sentado

o de rodillas alternativamente. En ese tiempo se ocupó en introducir por una rendija casual o a propósito, valiéndose de un cuchillo, trescientos votos pipiolos.

Concluida esta operación, y al pasar cerca de los Argos que desde la plaza cuidaban la mesa, les dijo: "No hay que descuidarse; el que pestañea pierde". Nadie conoció la ironía del consejo hasta muchos días después, en que la maniobra se hizo pública.

Grande fue el asombro de los comisionados pelucones que, según **sus apuntes**, ganaban en esta mesa por más de cien votos, al ver que en el escrutinio perdían por más de doscientos . . .

*

La conducta hipócrita y de aparente prescindencia de aquel Gobierno no lo libró de la responsabilidad que sobre él recayó por los abusos cometidos por sus partidarios. Algunos meses después, partidarios y Gobierno vinieron a tierra para no levantarse más.

El temor a una revolución en esos tiempos no era, como en el día, un medio de Gobierno, por las numerosas y aventuradas especulaciones que ahora pueden verse comprometidas a la menor amenaza de un trastorno político.

El ilustre Infante, que no era economista ni profundo político, decía en ese tiempo: "El día en que el Gobierno consiga formar un banco que esté a sus órdenes, tendrá un instrumento más de opresión".

Si hubiera vivido hasta nuestra época habría visto que, para que esta clase de instituciones hagan pusilánimes a los hombres, no se necesita que estén a las órdenes de un Gobierno. La mayor parte de los que tienen **papeles** preferirían el peor de los Gobiernos a una revolución que cure los males radicalmente. Por lo demás, los repetidos empréstitos del Gobierno han realizado los temores de aquel gran patriota.

Esto lo sabe el Gobierno, y porque lo sabe no teme cometer ninguna clase de atentados, seguro de la impunidad.

Luis Blanc hace una observación que debe meditarse. Sus palabras son más o menos las siguientes:

"Cuando la Francia sufrió la mayor desgracia que puede sufrir una nación, la **invasión extranjera**, los papeles de banco **subieron** . . ."

El adusto socialista nos trae a la memoria a una persona que no se le parece.

En los primeros años de nuestra revolución había en Santiago un comerciante, don Roque Huici, cuyo principal negocio era de azúcar y yerba. El primer artículo sólo venía del Perú, así como la yerba no venía más que de la otra banda. Ambas remisiones cesaban alternativamente, según los sucesos de la guerra, por las incomunicaciones consiguientes. Cuando a **don Roque** le preguntaban algo sobre las noticias que corrían, contestaba: "La única noticia que yo sé es que si gana el Rey, **baja** la azúcar y **sube** la yerba; y si gana la patria, **baja** la yerba y **sube** la azúcar".

Con raras excepciones, cada uno de los que tienen **papeles** en el día puede llamarse **don Roque.**

DON MANUEL HARBIN Y LA MONEDA DE COBRE

PARA INDICAR con exactitud las fechas a que vamos a referirnos, habríamos necesitado recurrir a la Biblioteca Nacional; pero al escribir este artículo estábamos en vacaciones. Después de abierta, no hemos estado en disposición de hacerlo; sin embargo, por lo que aquí decimos, pueden buscarse estas fechas.

Advertiremos que casi todo lo que referimos es desconocido del público hasta ahora.

*

Hace cuarenta y cinco años, poco más o menos, circula en Chile la moneda de cobre, cambiada últimamente por la de níquel, y es casi seguro de que ninguno de los que la usan saben a quién deben este beneficio, y mucho menos los sacrificios de todo género que costó al autor **único** de este adelanto.

Hasta esa época los valores que esa moneda representa lo eran por pequeños pedazos de plomo, lata o suela, con el sello o nombre de los bodegoneros que la emitían, y que eran cambiados por ellos mismos con mucha frecuencia, sin amortizar la que antes habían puesto en circulación.

Estas monedas, ya que es necesario darles este nombre, se llamaban **señas** o **mitades** y equivalían a un centavo y medio de nuestra moneda del día: por consiguiente, eran menos divisibles que éstas, pues 64, que era la última subdivisión, componían **un peso.**

La moneda más pequeña de plata era el **cuartillo** o cuarto de real, que equivalía a tres centavos de la actual. El cuartillo era muy escaso y las **mitades** sólo eran recibidas por los mismos que las sellaban; de suerte que su circulación era muy limitada y acompañada siempre del temor de un cambio de que usaban los bodegoneros a su antojo, y, como hemos dicho, sin amortizar las anteriores, que en este caso quedaban sin valor alguno.

*

Estos y otros abusos que omitimos hacían muy difíciles las transacciones

al menudeo, siendo, como siempre en estos casos, la víctima obligada la clase pobre.

Todo el mundo se quejaba de este desorden, pero nadie indicaba el remedio. Pocos años antes la Municipalidad de Santiago se había dirigido, no recordamos bien si al Congreso o al Gobierno, con este objeto; pero nada se consiguió. Camilo Henríquez y don Manuel Salas escribieron también algo, en los primeros años de la revolución, relativamente a la moneda de cobre, pero sin resultado práctico alguno. El remedio vino, por fin, de donde nadie lo esperaba.

*

Entre los años de 20 a 24 llegó a Chile, de la República Argentina, don Manuel Harbin, comerciante español, que poco después dio punto a sus negocios por su mal éxito. Sin embargo, no abandonó este país en que se había arruinado. Concurría diariamente al café de Hevia, que por su situación, donde está ahora el palacio arzobispal, y otros motivos, era entonces el más concurrido.

Harbin era buscado por los concurrentes por su genio festivo y por su amena y chistosa conversación. Este café era el teatro de sus prédicas sobre mejoras de toda especie para Santiago; muchas de las que se han efectuado más tarde eran indicadas con empeño por él. Es la primera persona a quien oímos hablar de un **túnel** frente a la calle de las Agustinas, que debía comunicar la calle de Bretón con la parte oriental del Santa Lucía, y, según sus cálculos y combinaciones, la obra costaría una cantidad relativamente pequeña.

Pero nada llamaba tanto su atención y por nada manifestaba más empeño que por persuadir a sus oyentes a poner un pronto remedio a la anarquía que reinaba en la moneda de última clase.

*

Después de más de dos años de discusión y de haber reducido al silencio a sus contradictores, se convenció de que nada conseguiría si no acudía a la prensa; pero, ¿cómo hacerlo? El no había escrito jamás un artículo de periódico. En Santiago no había más órgano **frecuente** de publicidad que **"El Mercurio de Valparaíso"**, que con gran trabajo facilitaba sus columnas a escritores acreditados, y los que esta circunstancia no tenían, acompañaban el valor del escrito, muy subido entonces.

A esto se agrega que ese único diario de Chile tenía muy reducida circulación; pues, fuera de los pocos números que recibía el Gobierno para repartirlos en Santiago y las provincias entre sus empleados, no contaba en la capital con más de doce o quince suscriptores. Dos o tres asistentes obligados y asiduos al mencionado café leían en alta voz, para poner al corriente del contenido de **"El Mercurio"**, o de algún otro periódico eventual, a los **aficionados** . . . Año, más o menos: estamos a fines del tercer decenio de este siglo. Algunos años más tarde (y después de algunos meses de fundado **"El Progreso"**, primer diario de Santiago), le preguntábamos al señor Sarmiento, su fundador, cuántos suscriptores tenía. Contestó: "Al principio tuvo

como 200, pero después han disminuido".

*

En esos días la conversación de Harbin se hizo agresiva, sin perdonar ni a las personas que habitualmente lo rodeaban, que no se daban por notificadas, por su conocida buena intención y porque al fin de la perorata había de venir un chiste que pondría a todo el mundo de buen humor.

*

Poco después apareció en **El Mercurio** el primer artículo sobre la urgencia de sellar moneda de cobre. Este artículo fue seguido a largos intervalos de otros. Fácilmente se calcula que la intermitencia de estos escritos no tenía otro motivo que los escasísimos recursos del que los escribía, que no era otro que Harbin, a costa de increíbles sacrificios.

No recordamos si encontró contradictores en la prensa, pero sí estamos ciertos de que en el Gobierno los tuvo tenaces y poderosos. Se recordaba lo sucedido algunos años antes en el Perú al emitir esa clase de moneda, sin fijarse en el gran desacierto que en este caso se había cometido, dando a la moneda de cobre un valor excesivamente subido y sin ninguna garantía segura por este exceso en caso de amortización. Harbin, sin embargo, no se desalentaba y tentó un recurso que creyó decisivo: escribió un artículo acompañado de varios modelos, impresos en el mismo diario, de las distintas formas de monedas de cobre usadas en otros países, cuyos ejemplares le fueron facilitados, según recordamos, por el señor don Pedro Lira.

Este artículo también era su último esfuerzo: para pagarlo le fue necesario empeñar su viejo reloj, que lo acompañaba desde su juventud y que no volvió a recobrar . . .

Nos trae a la memoria este caso al célebre químico que, agotados sus últimos recursos en una operación decisiva, repetida muchas veces, haciendo su última prueba y temeroso de un mal éxito por falta de combustible, arrojó al fuego su catre de madera; con la diferencia de que a éste, una vez acertado su experimento, le aguardaban la gloria y la riqueza, mientras que Harbin sólo podía esperar, como sucedió, el olvido . . .

Poco después el Gobierno se decidió, por fin, a mandar sellar a Europa una cantidad de la mencionada moneda. Harbin habría dado como ya vivido el tiempo que había que aguardar. Por último, después de algunos meses, un día se le ve entrar al café, contra su costumbre, con paso apresurado y con un pequeño envoltorio que levantaba en alto sin pronunciar más palabras que: "¡Ya llegó, ya llegó!", tirándolo sobre una mesa. Todos se apresuraron a desdoblarlo. Su contenido se reducía a **dos** monedas de cobre; fue todo el premio de sus sacrificios, **un centavo** y **un medio centavo**, nombre que se dio a esa moneda, sin corresponderle, por su valor intrínseco.

No sabemos de quién fue la culpa, pero al recibirse la primera remesa se cayó en cuenta de que el valor de la nueva moneda era casi doble del nominal. Esta ocurrencia obligó al Gobierno a darle más valor; de suerte que un peso lo formaban, en lugar de **cien**

monedas de las grandes, **sesenta y cuatro,** y el doble de las chicas.

Tenían que pasar más de veinte años para que pensáramos en establecer el sistema decimal, rechazado aun por la nación más rica y comercial del mundo, la Inglaterra, y que, según la experiencia, aún no es comprendido por la generalidad en ninguno de los pueblos en que se ha establecido desde muy atrás.

*

En una de las obras de Proudhon hemos leído que las dificultades que ofrece este sistema nacen de que es **contrario a la naturaleza**, que no ejecuta ninguna de sus operaciones por el orden decimal. Esta observación la apoya en numerosos hechos que prueban lo que dice. Antes de Proudhon, Millin había dicho: "El sistema decimal es de tal modo vicioso, que sus denominaciones a veces significan lo contrario de lo que expresan", etc.

*

No sobrevivió mucho tiempo el señor Harbin al costoso triunfo de su idea, y no hemos olvidado que murió sumamente pobre y sin haber merecido su memoria ni un triste recuerdo de la prensa. Conservó su carácter hasta sus últimos momentos. Pocos días antes de morir atravesaba la Plaza de Armas la carreta en que llegaba del campo, donde, aunque inútilmente, había buscado la salud. Al ver que se estaba colocando la fuente que ahora la adorna, hizo parar la carreta, y dirigiéndose al que ordenaba el trabajo, le hizo notar, con palabras burlescas, pero cariñosas, el disparate que se cometía, sobre todo por lo desproporcionado de la base, demasiado baja. Tenía razón: esta falta se corrigió más tarde, como todos lo hemos visto.

*

La carreta se dirigió en seguida . . . al hospital, donde murió Harbin, sin que lo libraran de esta desgracia la regular fortuna que trajo a Chile ni su honorable conducta.

LA REVOLUCION del año 10 no introdujo por de pronto ningún cambio en nuestros hábitos y modo de vida. Los títulos nobiliarios y sus signos exteriores se conservaron intactos. Tan cierto es esto, que cuando, después del triunfo de Chacabuco, año de 1817, volvieron los patriotas confinados en Juan Fernández, el día en que avistaron a Valparaíso, cada uno de los **titulados** desempaquetó su respectiva placa o condecoración y con este adorno desembarcaron todos en ese puerto, con gran asombro de los militares argentinos que cubrían la guarnición, y para los cuales eran cosa nueva estos relumbrones, desconocidos en su país.

Nadie ignora que los escudos de armas desaparecieron, y no del todo, del frente de las puertas de calle en ese mismo año, por orden del Director O'Higgins (*).

❊

En pos del ejército de los Andes vino gran número de argentinos, sobre todo comerciantes, que introdujeron nuevas modas en el vestido. Antes de esta época todo era español y nuestro modelo era Lima. Con la moda cambió el nombre de los objetos del vestuario. El **armador** fue reemplazado por el **chaleco**; el **volante**, por el **frac**; el **citoyen**, por el **capote** o **capotón**, etc. Por los nombres **casi** franceses que citamos se conoce el origen de esas modas.

Los argentinos introdujeron también el uso de un arete en la oreja izquierda; algunos usaban dos, uno en cada oreja.

❊

Del año 18 al 30 el traje de verano, entre los hombres de medianas facultades, era el siguiente:

Sombrero de castor; chaqueta o levita (ésta no era común; se prefería el frac) de seda, y calzón de lo mismo, a veces de espumilla; zapato recortado de becerro y media de seda blanca o color carne. Los precios eran poco variables. Un par de medias de vena, tres pesos, y veinte reales si eran lisas. El par de zapatos ingleses, muy en moda,

(*) Hasta 1883 existió el de la familia Encalada en su casa solariega, Agustinas 34, ángulo sureste con Ahumada. (Z.)

tres pesos. El uso de las medias de seda era dispendioso, sobre todo por una circunstancia.

El zapato de becerro (no era conocido el charol, a lo menos para el calzado) exigía el uso frecuente del betún para lustrarlo. Este betún imprimía muy pronto en la media una ancha lista negra en toda la orilla del zapato, de suerte que se hacía necesario cambiar medias por lo menos cada dos días. La cosa era seria, y vamos a comprobarlo con un hecho.

*

En una de las innumerables "Memorias" que se publicaron después de la caída de Napoleón, hemos leído, hace muchos años, lo que sigue:

Lebrun, duque y gran chambelán del imperio, tenía, en razón de este último empleo, la obligación de asistir a la corte diariamente, con excepción de los días feriados. En estas asistencias era de rigor presentarse de calzón corto y media de seda blanca. El inconveniente del betún, de que hemos hablado, obligaba a Lebrun a cambiar medias diariamente, lo cual contrariaba sus hábitos económicos.

Un día llamó a su ayuda de cámara más temprano que de costumbre, ordenándole con urgencia hiciera venir a su zapatero.

Apenas llegó éste, le dice Lebrun:

—Necesito tres pares de zapatos lo más pronto.

El zapatero contestó:

—Dentro de dos días estarán aquí.

—Pero antes —añadió el primero—, oiga usted lo que yo quiero: los tres pares de zapatos han de ser en esta forma: un par, igual a los que usted me hace ahora; el otro, media pulgada más embotinado; y el tercero, el doble más que este último.

Este expediente produjo los más felices resultados: el gran chambelán se ponía sus medias limpias el lunes; el martes, mediante el segundo par de zapatos, no aparecía la lista negra, ni el miércoles tampoco, porque quedaba oculta con lo más embotinado del tercer par de zapatos. El jueves se ponía un segundo par de medias limpias, que pasaba hasta el sábado por la misma maniobra. De esta suerte, el servicio que antes le costaba **seis** pares de medias semanales, lo hizo en adelante con **dos.**

Los que no éramos ricos, por no decir los que éramos pobres, hacíamos servir las medias dos o tres días más, tirándolas para la punta del pie para ocultar la maula.

*

Por lo común, el único cambio de ropa al entrar el invierno consistía en guardar la de seda para reemplazarla con géneros de más abrigo. Con esta excepción, la generalidad usaba la misma ropa en todas las estaciones. Aun para las personas entradas en años, la capa era poco común. El alto precio, por otra parte, de una capa hacía poco común el uso. La capa color **grana y blanca** sólo la usaban los **nobles.** Para los nacidos en España no había dificultad, porque en general esta circunstancia era signo de nobleza... Las personas acomodadas iniciaban el verano el 29 de septiembre, día de San Miguel, con el estreno de capa de seda, asistiendo en ese día a una función de toros que se daba frente a esa iglesia,

situada en el mismo sitio que ahora y en el lugar donde se construye el Templo de la Gratitud Nacional. El uso de la capa de seda había concluido antes del año 10. La moda de los colores privilegiados desapareció en parte a principios de la revolución; pero en muchos casos esas capas se conservaron hasta muy tarde, como recuerdos honrosos. El año 23 vimos teñir una, variando el color antiguo.

❋

Las modas no cambiaban entonces, ni con mucho, con la frecuencia que ahora. Entre esas modas las había muy incómodas: citaremos dos de ellas.

La primera fue la de usar **dos** chalecos de distinto color, que si para el invierno podía ser conveniente, para el verano era insoportable. Del chaleco de abajo sólo debía verse la orilla de la parte de arriba. Esta moda no debió venir de Buenos Aires, como las otras, porque cuando en Chile estaba en toda su fuerza, año 24, nos presentamos con ella en ese pueblo, en un billar muy concurrido, y del que tuvimos que retirarnos muy pronto, por haber llamado la atención de aquellos señores de un modo poco conveniente a nuestra persona. Al retirarnos, dirigimos a los burlones algunas palabras que nos parecieron de gran efecto, y con las que conseguimos hacer estallar una gran risotada unísona y estrepitosa . . . Nuestros chalecos eran rojo el de abajo y amarillo el de encima.

Pero nada más terrible que las **dos** corbatas: la de abajo **blanca,** y **negra** la otra. De la primera sólo debía verse la orilla superior, que servía de **vivo**. A esto debe agregarse que la corbata de arriba contenía en su interior una almohadilla de algodón que aumentaba el volumen, hasta el extremo de hacer desaparecer en muchos casos el cuello y dificultando sus movimientos. En verano estas corbatas eran un verdadero suplicio; pero era **moda,** y basta.

El guante era poco usado, sobre todo en verano, en que invariablemente era de seda. En invierno se usaba de ante amarillo.

❋

Tampoco se temía al frío, que antes del año 20 no recordamos haber visto ninguna ventana ni puerta interior con vidrio. Respecto a las ventanas con vista a la calle, podemos asegurar que no había ninguna en Santiago que los tuviera.

Cuando las ventanas a la calle correspondían a piezas de habitación, una reja tupida de alambre las garantía de la curiosidad de los transeúntes. Aún recordamos, año 18, que una ventana de la casa de los señores Figueroa, situada en la calle de las Monjitas, nos suministraba, sin la voluntad de su dueño, pedazos de alambre amarillo para hacer sortijas.

Las puertas y ventanas, en lugar del vidrio ahora en uso, tenían balaustres de madera de prolijo trabajo. En la **cuadra,** que ahora se llama **salón,** circulaba el aire libremente; pues los bailes y reuniones se hacían a ventanas y puertas abiertas, dejando toda libertad a las **tapadas** para ejercer la más rigurosa inspección y crítica, de ordinario no muy caritativas.

A esta cuadra no la cubría enteramente la alfombra: por lo común sólo lo estaba la mitad; en lo demás estaba

descubierto el enladrillado. La alfombra se extendía sobre una tarima de madera de tres o cuatro pulgadas de altura. Allí se colocaban los asientos de preferencia, que no tenían espaldar ni brazos y se llamaban taburetes. Estas alfombras se trabajaban casi en su totalidad en La Ligua.

El empapelado, desconocido entonces, se reemplazaba con damasco de seda carmesí o anteado. Esta tapicería era poco común por su alto precio.

El material de las murallas de las casas, y aun de la mayor parte de las iglesias, era invariablemente de adobe y la enmaderación de canelo. Esta madera, sin uso en el día, es de una increíble duración, a pesar de su debilidad aparente. La capilla de **La Soledad**, situada a pocos metros al Poniente de San Francisco, y contemporánea de su fundador Pedro de Valdivia, fue reconocida hace veinte años, y su enmaderación de canelo estaba intacta.

Hasta hace menos de cuarenta años, sólo recordamos tres casas de dos pisos y de ladrillo y cal, que aún se conservan: la del señor don Juan Alcalde, calle de la Merced, número 95; la que fue de don Juan Manuel Cruz, calle del Estado, número 44; y la del Obispo Aldunate, en la Cañadilla, número 45. De piedra, como hasta ahora, sólo había la que habita el señor don Juan de Dios Correa, que fue del Conde de Toro, calle de la Merced, número 80.

No recordamos —hablamos del año 10 y 20— haber visto en Santiago más de treinta y tantas casas de dos pisos, de varios aspectos y dimensiones. La mayor parte de estas casas eran de balcones salientes, de madera, y pertenecían a épocas remotas. En general, nadie habitaba el segundo piso. En la época en que esas casas se construyeron se necesitaba ser **noble** para el uso de balcón a la calle. Según nuestros recuerdos, la última edificada con este adorno, que conocimos, fue la que en la calle de Santo Domingo lleva ahora el número 49, después de haber variado tres o cuatro propietarios y de haber sufrido dos transformaciones.

En nuestra niñez oímos repetir que su primitivo dueño, cuyo apellido, extinguido ya, recordamos, pagó doscientos pesos de multa por faltarle el requisito consabido.

*

Al leer lo anteriormente escrito, notamos que hubiéramos podido dar mayor amplitud y más conveniente continuación a estos datos; pero no hemos podido resolvernos a emprender este trabajo, por temor de alargar este artículo más de lo conveniente. Más tarde, **si el tiempo lo permite**, agregaremos lo que en éste falta sobre trajes del otro sexo, carruajes, objetos alimenticios y modo de servirlos.

Concluiremos por ahora con pocas palabras sobre el más caro y escaso de esos alimentos.

El pescado sólo estaba al alcance de la gente acomodada. Los días de **vigilia**, y sobre todo los jueves, se vendía en escasa cantidad en el mercado, pues no era permitido venderlo en otra parte, y mucho menos en las calles, donde eran perseguidos sin piedad **los revendedores.**

Entonces había una frase que expresaba la venta de este alimento.

Desde muy antiguo era costumbre —aún subsiste— tocar los jueves en la tarde la gran campana de la Catedral

a **Escuela de Cristo,** distribución que tiene lugar en la noche de ese día. Al oír esta campana se decía: **a pescado.**

Esta frase, y aun la campana misma, quizás de otra forma, es de la más remota antigüedad. Vamos a probarlo.

Hemos leído en uno de los antiguos historiadores de Grecia, o de un escritor que a ellos se refiere, lo siguiente:

Un orador de esos tiempos arengaba al pueblo en una plaza de Atenas. En medio de su fogoso discurso notó que sus oyentes, sin el menor miramiento al orador ni al interesante negocio de que les hablaba, abandonaron la plaza a toda prisa, quedando de aquella gran multitud un solo individuo, que le escuchaba con gran atención.

Sorprendido y mortificado por este desaire, se dirigió a este único oyente, colocado próximo a la tribuna, diciéndole:

—Te doy las gracias, porque tú eres el único que no has cometido la grosería de retirarte como los demás apenas tocaron la campana **a pescado.**

El elogiado, que, siendo sordo, no había oído la campana, preguntó al orador:

—¿Han tocado ya?

—Sí, por eso se han ido.

—¡Pues yo también me voy!

RECTIFICACION

A UN HECHO CONTENIDO EN EL LIBRO DEL SEÑOR CANONIGO ALBANO

Sobre la abdicación del General O'Higgins

Uno de nuestros historiadores, el señor prebendado don Casimiro Albano, hace una observación a propósito de este acontecimiento. Por el número de argentinos que, a su parecer, tomó parte en él, esta revolución fue argentina.

Pues bien, nosotros, que la vimos muy de cerca, aseguramos que de esta nacionalidad sólo **cuatro** personas tomaron parte en ella, y algunas con poca decisión.

El más notable por su entusiasmo fue el doctor Martín de Orgera, que desde ese día fue bautizado por el pueblo con el nombre de **tribuno**, y el doctor Bernardo Vera, que en voz baja pedía la **cesarina**.

Los otros dos fueron el coronel Pereira, jefe de la Guardia de Honor, y el sargento mayor y jefe de la escolta presidencial, don Mariano Merlo.

La observación del señor Albano habría sido más exacta aplicada a la revolución del año 10. Ella tuvo como promotores o activos cooperadores a los señores siguientes, todos argentinos:

Maza, Juan Vicente.— Doctor de la Universidad de Chile en 1810. En 1839, miembro de la Alta Corte de Justicia y Presidente de la Cámara de Representantes de Buenos Aires. Iniciado en una revolución contra Rosas, éste lo hizo asesinar una noche en la secretaría de la Cámara. Un hijo suyo, mezclado en el complot, fue fusilado el día siguiente.

Martínez de Rozas, Juan.

Doctor Vera y Pintado, Bernardo.

Villegas, Hipólito.— Ministro de O'Higgins y doctor.

Troncoso, Joaquín.— Primer Alcalde de Santiago.

Dorrego, Manuel, que en la revolución de Figueroa, año 11, tomó una parte principal por la Junta.

Echagüe, Gregorio.

Echagüe, Francisco.

Vélez, N.

Bauza, José Antonio.— Franciscano, después canónigo.

Alvarez, Ignacio.— Mercedario.

Godoy, Santiago.— Padre del general de este nombre y comandante del Batallón Comercio.

Godoy, Jorge.— Hermano del anterior y cabildante.

Godoy, Domingo.— Id. y capitán de milicias.

Gómez, Gregorio.— Enviado secreto de la Junta de Buenos Aires, dos meses antes de la revolución de Chile.

Fretes, Juan Pablo.— Canónigo.

Tollo, Bartolomé.— Id.

Oro, Justo.— Dominico y más tarde Obispo de Cuyo.

Videla, Lorenzo.— Doctor dominico.

Bazaguzchaicúa, José María.— Franciscano; más tarde obispo **in partibus**.

Arana, Felipe.— Fue Presidente de la Corte de Justicia de Buenos Aires, de la Sala de Representantes y Ministro de Relaciones Exteriores de la confederación desde 1836 hasta 1851.

Gil, Ramón.— Gran músico y maestro de canto. Al estallar la revolución en Chile, abandonó sus ocupaciones y admitió el empleo de oficial de nuestro ejército, que con instancia se le ofreció. Murió en el Sur, en los primeros encuentros, el año 13.

Alvarez Jonte, José Antonio.— Español enviado por la Junta cuatro meses después. Se graduó de doctor en Chile, donde se casó. El año 25 vimos a sus descendientes en Buenos Aires en escasa fortuna.

Zudánez, Jaime.— Doctor, originario de Buenos Aires, llegó a Chile en 1812.

Zudáñez, N.— Id., id., y hermano del anterior, con quien llegó en la misma fecha.

El historiador Benavente hace de Gil grandes encomios.

Este mismo, poco amigo de los argentinos, y como testigo en esa campaña, refiere lo que sigue en la tercera edición de su libro:

"El siguiente rasgo de valor personal no debe sepultarse en el olvido. Un cabo del cuerpo de auxiliares de Buenos Aires, Manuel Araya, viendo a un oficial enemigo que, con suma intrepidez, animaba su tropa, marcha sobre él, mátalo y vuélvese montado en el caballo del enemigo a su formación."

Apéndice

GUIA DE PERSONAJES

En sus **Recuerdos,** José Zapiola menciona a diversos personajes históricos. He aquí los más importantes, con sus datos esenciales:

ALDUNATE, JOSE SANTIAGO: Nació en Melipilla el 20 de abril de 1796. Incorporado al ejército patriota, peleó en diversas acciones como San Carlos, Quechereguas, Cancha Rayada. Participó también en la Expedición Libertadora al Perú y en la expedición que terminó con el dominio español en la isla de Chiloé. Fue Ministro de Guerra y Marina. Murió en Santiago el 21 de junio de 1864.

ALEMPARTE, JOSE ANTONIO: Nació en Concepción el 1º de abril de 1799. Combatió por los patriotas en Rancagua, emigró a Mendoza y volvió con el Ejército de los Andes. Tomó parte en la batalla de Chacabuco y luego en el sitio de Talcahuano. Fue Intendente de Concepción y después general del ejército de la Frontera. Murió en Santiago el 8 de noviembre de 1866.

ARTEAGA, JUSTO: Nació en Santiago el año 1805. Participó en la revolución de la Independencia desde 1818 hasta la batalla de Pudeto. A raíz de la sublevación de 1851 fue borrado del escalafón militar y condenado a muerte. En 1861 se le reincorporó, y en 1879 fue comandante en jefe del ejército de Antofagasta. Murió en Santiago el 9 de julio de 1882.

BELTRAN, FRAY LUIS: Nació el 7 de septiembre de 1784. Ingresó en la orden franciscana, pero la revolución de la Independencia lo llevó a militar en las filas patriotas, como artillero. Después de luchar en Rancagua pasó a Mendoza, donde trabajó de forjador de armas. Volvió con el Ejército de los Andes y viajó con la Expedición Libertadora al Perú. Murió en Buenos Aires el 8 de diciembre de 1827.

BENAVENTE, DIEGO: Nació en Concepción el 12 de febrero de 1790. Participó en algunas acciones de la revolución de la Independencia, emigró a Mendoza con José Miguel Carrera y pasó a Buenos Aires, donde ejerció el periodismo. Ministro de Hacienda de Ramón Freire, fue posteriormente Presidente de la Cámara de Diputados y luego del Senado de la República. Murió en Santiago el 21 de junio de 1867.

BLANCO, VENTURA: Nació en Chuquisaca el 4 de julio de 1782. Al igual que su hermano Manuel Blanco Encalada, estudió en España y allí combatió contra la invasión napoleónica. Desempeñó en Chile varios cargos ministeriales y participó activamente en política. Murió en Santiago, en junio de 1856.

BULNES, MANUEL: Nació en Concepción el 25 de diciembre de 1799. Peleó en la revolución de la Independencia. Comandante en jefe del ejército en la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, fue luego elegido Presidente de la República (1841-1851). En 1851 debió enfrentar el llamado "motín de Urriola", producido el 20 de

abril, y más tarde —con diferencia de días— dos alzamientos, en Concepción y La Serena, que derivaron en una verdadera guerra civil. Bulnes entregó el mando al Presidente electo, Manuel Montt, y a sus órdenes combatió a los insurrectos, a quienes derrotó en Loncomilla. Murió en Santiago el 19 de octubre de 1866.

CAMPINO, ENRIQUE: Nació en Santiago en 1794. Participó en la revolución de la Independencia. Le correspondió aplastar el motín de Figueroa, en 1811. En 1827, él mismo encabezaba un motín que puso fin al gobierno de don Agustín Eyzaguirre. Murió en 1874, en Santiago.

CARNICER, RAMON: Nació en Tremp, Cataluña, el 27 de diciembre de 1789. Profesor de música y director de orquesta, fue expulsado de su patria por sus ideas libertarias. Mientras vivía en Inglaterra, Mariano Egaña le encargó componer la música para el Himno Nacional de Chile que había escrito Eusebio Lillo. Murió en Madrid el 17 de marzo de 1855.

CARRERA, JOSE MIGUEL: Nació en Santiago el 15 de octubre de 1785. Estudió en España y participó en la resistencia contra la invasión napoleónica. Llegó a Chile en 1811 y pronto se puso a la cabeza de uno de los bandos patriotas. Un golpe militar lo llevó al poder hasta 1813. Las derrotas de Chillán y Rancagua lo desprestigiaron. Emigró a Argentina, donde encontró mala acogida. Después de fracasar varios intentos suyos por intervenir en la revolución de la Independencia, organizó montoneras en la pampa argentina hasta que fue capturado. Se le sometió a proceso y murió fusilado el 4 de septiembre de 1821, en Mendoza.

CARRERA, JUAN JOSE: Nació en Santiago en 1782. Siguió muy de cerca los pasos de su hermano José Miguel y la rivalidad de éste con O'Higgins y San Martín. Hecho prisionero por el gobernador de Mendoza, murió fusilado el 8 de abril de 1818.

CARRERA, LUIS: Nació en Santiago en 1791. Fiel camarada de sus hermanos José Miguel y Juan José, emigró a Argentina después del desastre de Rancagua. En Buenos Aires se batió a duelo con el general Juan Mackenna y le dio muerte. Murió fusilado junto con su hermano Luis, el 8 de abril de 1818.

CRUZ, LUIS DE LA: Nació en Concepción el 25 de agosto de 1768. En 1806 descubrió el paso de Bariloche. En 1817 asumió el cargo de Director Supremo interino, en reemplazo de Bernardo O'Higgins. Después del desastre de Cancha Rayada, organizó refuerzos en Santiago, y preparó la resistencia junto con Manuel Rodríguez. Participó luego en la expedición al Perú. Murió en octubre de 1828.

DORREGO, MANUEL: Fue uno de los caudillos de la revolución de la Independencia argentina. Combatió a los realistas en Tucumán, Salta y Suipacha. Las pugnas internas entre patriotas determinaron que Pueyrredón lo desterrara en 1816. Regresó al país en 1828, pero nuevas disensiones lo enfrentaron a Lavalle, que lo derrotó y lo hizo fusilar ese mismo año.

ERRAZURIZ ZAÑARTU, FEDERICO: Nació en Santiago el 25 de abril de 1825. En 1849 fue uno de los fundadores del "Club de la Reforma". Participó en la sublevación del 20 de abril de 1851. Posteriormente fue ministro, senador y Presidente de la República entre 1871 y 1876. Murió en Santiago el 20 de julio de 1877.

FIGUEROA, TOMAS DE: Nació en Estepona, España, en 1745. Ingresó en las Guardias Reales, y se le condenó a muerte por haber matado a un rival en duelo. Conmutada la pena por la de destierro, llegó a Chile en 1775. Al poco tiempo protagonizó un amotinamiento, pero logró huir de la prisión disfrazado. Estuvo en Lima y Cuba hasta que obtuvo el perdón y volvió a Chile. Combatió contra los patriotas alzándose el 1º de abril de 1811. Vencido, se le fusiló ese mismo día.

FONTECILLA, FRANCISCO DE BORJA: Nació en Santiago, de la que fue alcalde y luego intendente. Posteriormente fue elegido senador de la república. Miembro del Primer Congreso Constituyente. Murió en Copiapó el 12 de junio de 1837.

FREIRE, RAMON: Nació en Santiago el 29 de noviembre de 1787. Participó en las campañas de la Independencia. Derrotó a Vicente Benavides, el guerrillero realista, en las Vegas de Talcahuano. Opositor de Bernardo O'Higgins, fue elegido Director Supremo cuando él abdicó, en 1823. Comandó la expedición a Chiloé, que terminó con la resistencia realista en esa isla. Participó en varias conspiraciones y fue vencido en la batalla de Lircay, que puso fin a la guerra civil de 1829. Murió el 9 de septiembre de 1851.

GAINZA, GABINO: Nació en Guipúzcoa, España, en 1760 (ap.). Oficial del ejército de su patria, estuvo en Ecuador y Lima, y desde ahí fue enviado a dirigir al ejército realista en Chile, en 1814. Lo reemplazó Mariano Osorio.

GANDARILLAS, MANUEL JOSE: Nació en Santiago en 1789. Secretario interino del cabildo en 1814, debió emigrar a Argentina después del desastre de Rancagua. En Buenos Aires publicó el periódico **El Censor.** Perseguido por carrerino, se exilió hasta 1823. Elegido diputado, fue ministro de Ramón Freire. Colaboraciones suyas se publicaron en **El Hambriento, La Aurora, El Chileno,** etc. Murió el 24 de noviembre de 1842.

GARCIA CARRASCO, FRANCISCO ANTONIO: Nació en Ceuta, Marruecos español, en 1742. En 1785 fue Virrey del Plata y al año siguiente llegó a Chile como coronel de ingenieros militares. En 1808 asumió como gobernador y adquirió muy pronto fama por las medidas represivas. Debió enfrentar la efervescencia ocasionada en Chile por la agresión napoleónica y terminó renunciando a su cargo en don Mateo de Toro y Zambrano. Murió en Lima el 10 de agosto de 1810.

GODOY, PEDRO: Nació en Santiago el 4 de diciembre de 1801. Participó en las batallas de Cancha Rayada y Maipo, y en la expedición libertadora del Perú. Fundó el periódico **El Republicano** hacia 1830 y colaboró en varios otros, como **Guerra a la tiranía** y **El diario de Santiago.** Más tarde fue redactor de **La Carta Monstruo.** Fundador de la Academia de Bellas Letras de Santiago, murió en febrero de 1884.

HENRIQUEZ, CAMILO: Nació en Valdivia el 20 de julio de 1769. Profesó en el convento de San Camilo, en Lima, donde la Inquisición lo persiguió por leer a autores prohibidos. Al saber de la revolución de la Independencia, viajó a Chile el año 1811. Fundó el primer periódico nacional, **La Aurora.** Ocupó diversos cargos públicos y participó en varios órganos de prensa, como **El Censor** y **La Gaceta Ministerial.** Murió en mayo de 1825.

INFANTE, JOSE MIGUEL: Nació en Santiago en 1778. Formó activamente en las filas de la Independencia, en el frente político. Ministro de Hacienda de O'Higgins. Intervino en la ley que abolió la esclavitud en Chile. En 1826 realizó junto con otros hombres de Estado un experimento para constituir a Chile como república federal, que fue un fracaso. Murió el 9 de abril de 1844.

LASTARRIA, JOSE VICTORINO: Nació en Rancagua el 22 de marzo de 1817. Jurista, intelectual, periodista y político, fundó el primer periódico literario chileno: **El Seminario de Santiago.** En 1842 crea la Sociedad Literaria, de gran importancia en nuestro desarrollo cultural. Entre sus obras figura un **Juicio histórico sobre don Diego Portales,** que despertó agudas polémicas. Ministro de Hacienda primero, y años más tarde (1879) del Interior, fue también senador por Valparaíso y Ministro de la Corte Suprema. Murió en Santiago el 14 de junio de 1888.

LASTRA, FRANCISCO DE LA: Nació en Santiago el 4 de octubre de 1777. Hizo estudios de náutica en España, de donde

egresó como alférez naval. Ligado a la causa patriota, desempeñó diversas funciones y en 1814 fue nombrado Director Supremo. En 1825 se le designó gobernador de Valparaíso, con la misión de formar una escuadra de guerra. Murió en Santiago el 13 de mayo de 1852.

LILLO, EUSEBIO: Nació en Santiago el 14 de agosto de 1826. En 1842 cooperó con Lastarria en la creación de la Sociedad Literaria. En 1847 compuso la letra del Himno Nacional chileno. Colaborador de varios periódicos. Fue uno de los participantes en la sublevación que originó la guerra civil de 1851. Exiliado, en Bolivia fundó el Banco de La Paz. Fue nombrado Ministro del Interior del Presidente Balmaceda. Murió en Santiago en 1910.

MACKENNA, JUAN: Nació en Irlanda en 1771. Estudió en España, donde se graduó como ayudante de ingenieros militares. El virrey del Perú lo envió en calidad de gobernador de la colonia de Osorno, en 1797. Comprometido en la causa patriota, participó activamente en la revolución de la Independencia. Trató de impedir un golpe de estado de José Miguel Carrera, por lo cual sufrió persecuciones que iban a terminar en Buenos Aires, en un duelo en que Luis Carrera le dio muerte en 1814.

MARCO DEL PONT, FRANCISCO CASIMIRO: Nació en Vigo, España, hacia 1770. Siguió la carrera militar y combatió contra los franceses durante la invasión napoleónica. Tenía el grado de mariscal de campo cuando fue enviado como gobernador a Chile en el período de la Reconquista. Siguió una torpe política de persecuciones contra los patriotas, que sólo contribuyó a fortalecer la causa de la Independencia. Después de la batalla de Chacabuco se rindió a San Martín y fue deportado a Argentina, donde murió en 1819.

MAROTO, RAFAEL: Nació en Lorca, Espapaña, en 1783. Siguió la carrera militar y en 1814 fue uno de los comandantes del ejército de Mariano Osorio. No se entendió bien con Casimiro Marcó del Pont. Resultó herido en la batalla de Chacabuco, después de la cual emigró al Perú. Vuelto a España, participó en la guerra carlista, y en 1846 regresó a Chile, donde murió en 1853.

MILLAN, ANTONIO: Nació en Penco en 1775. Era sargento cuando comenzó la revolución de la Independencia, en cuyas luchas tomó parte dentro del ejército patriota. Una acción suya salvó a las tropas de Carrera en Chillán (1813). Combatió también en Rancagua y en Chacabuco. Murió en Santiago el 9 de junio de 1850.

MONTT, MANUEL: Nació en Petorca el 5 de septiembre de 1809. Jurista, educador y político de brillante trayectoria, ocupó diversos ministerios y cargos de representación popular. Se le considera uno de los mejores Presidentes que ha tenido Chile. Aunque inició su gobierno bajo una guerra civil, logró realizar grandes obras de adelanto. Una segunda guerra civil (1859) tiñó de sangre su período, que abarca desde 1851 a 1861. Murió el 21 de septiembre de 1880.

MORA, JOSE JOAQUIN DE: Nació en Cádiz, España, el 10 de enero de 1783. Hombre inteligente y culto, impulsó con vigor el movimiento intelectual chileno. Fue Ministro del Interior subrogante (1828) y elaboró la Constitución de 1828. Murió en Madrid el 3 de octubre de 1864.

NAVARRO, ANTONIO: Oscuro personaje del que poco se sabe antes de su llegada a Buenos Aires en 1817. Nacido en España, había querido incorporarse al ejército libertador de Chile, pero no se le aceptó. Más tarde aparece peleando por los patriotas en Cancha Rayada y Maipo. Cuando cayó preso Manuel Rodríguez, Navarro recibió instrucciones de la Logia Lautarina de asesinarlo, cosa que hizo en Tiltil el 26 de mayo de 1818. Murió en Argentina en 1831.

O'HIGGINS, BERNARDO: Nació en Chillán el 20 de agosto de 1778. Estudió en Inglaterra y, de regreso a Chile, participó activamente en las lides de la Independencia,

en la mayoría de cuyas acciones bélicas intervino. Derrotado en Rancagua, se abrió paso con algunos de sus hombres y luego emigró a la Argentina. De allí regresó con el Ejército de los Andes. En febrero de 1817 fue nombrado Director Supremo de Chile. Ejerció el poder con durísima autoridad, lo que le enajenó muchas voluntades. En 1823, sus opositores provocaron un cabildo abierto en el cual le hicieron sus cargos. O'Higgins abdicó del poder en un gesto ejemplar. Se exilió a Perú, donde murió el 24 de octubre de 1842.

OSORIO, MARIANO: Nació en Sevilla, España, en 1777. Después de luchar contra la agresión napoleónica, viajó a América. El Virrey del Perú lo puso a la cabeza del ejército realista que derrotó a O'Higgins en Rancagua. Quiso iniciar un gobierno de reconciliación, pero la dureza de sus subalternos entorpeció sus buenas intenciones. Reemplazado luego por el mariscal de campo Francisco Casimiro Marcó del Pont, Osorio vuelve a Perú. Regresa en 1818 y es vencido en Maipo por los patriotas. Murió durante el viaje de regreso a España, el año 1819.

PALAZUELOS, PEDRO ANTONIO: Nació en Santiago el 29 de enero de 1800. Fue autor de la idea de festejar públicamente el aniversario del 18 de septiembre. Por iniciativa y a impulso suyos se establecieron la Academia de Música, la Escuela de Artes y Oficios, la Academia de Pintura de la Universidad de Chile. Murió el 26 de noviembre de 1851.

PEREIRA, JOSE LUIS: Nació en Buenos Aires en 1792. Formó en las filas del Ejército Libertador y peleó en Chacabuco. También tomó parte en la expedición a Chiloé, en 1825. Después de un período de retiro de las filas, Diego Portales lo llamó para encargarle la formación de una Academia Militar. Murió en Santiago el 30 de abril de 1842.

PICARTE, RAMON: Nació en Santiago en 1780. Sargento de artillería del ejército español, al producirse la revolución de la Independencia se incorporó en las filas patriotas, apoyando a José Miguel Carrera. Luchó en Rancagua y vino con el Ejército Libertador, con el que combatió contra los realistas en Chacabuco, Cancha Rayada y Maipo. También peleó en la Guerra a Muerte contra los guerrilleros de Benavides. Fue intendente de Valdivia. Murió en Santiago el 25 de noviembre de 1835.

PINTO, FRANCISCO ANTONIO: Nació en Santiago en 1775. Abogado, tomó el bando patriota en la revolución de la Independencia y representó sus intereses en Argentina e Inglaterra. Participó en la Expedición Libertadora del Perú. A su regreso se le nombró Ministro de Relaciones Exteriores. En mayo de 1827 asumió el mando del país como Presidente interino. Murió el 18 de julio de 1858.

PORTALES, DIEGO: Nació en Santiago el 15 de junio de 1793. Se dedicó un tiempo al comercio, pero su verdadera vocación era la política. Ministro del Interior del Presidente José Tomás Ovalle, ocupó además las carteras de Relaciones Exteriores y de Guerra y Marina. Fue también Ministro durante el gobierno de Joaquín Prieto. Su gran labor consistió en limpiar los campos de bandoleros, poner orden en la administración del país, terminar con el caudillismo militar y establecer las bases de un nuevo ordenamiento jurídico (Constitución de 1833). Murió asesinado en Cabritería el 6 de junio de 1837.

PRIETO, JOSE JOAQUIN: Nació en Concepción el 20 de agosto de 1786. Miembro del ejército español, ingresó al bando patriota al estallar la revolución de la Independencia, en algunas de cuyas acciones tomó parte. Diputado en varias ocasiones, fue también intendente de Concepción. Encabezó la guerra civil de 1829, que terminó con su victoria en Lircay. Presidente de la República desde 1831 a 1836, tuvo en Diego Portales a su principal Ministro. Murió en Santiago el 22 de noviembre de 1854.

RENGIFO, RAMON: Nació en Santiago hacia 1790. Periodista, fue oficial del Minis-

terio del Interior y Ministro subrogante de esa cartera y la de Relaciones Exteriores, en 1841. Ocupó diversos cargos parlamentarios. Es autor de la letra de la célebre Canción de Yungay.

ROBLES, MANUEL: Nació el 6 de noviembre de 1780. Músico, integró la orquesta del Teatro de la Compañía y compuso piezas de sabor popular. Es el autor de la música para el Himno Nacional que escribiera don Bernardo de Vera y Pintado. Murió el 27 de agosto de 1827.

RODRIGUEZ, MANUEL: Nació en Santiago el 25 de febrero de 1785. Abogado, terció a partir de 1810 en las luchas por la Independencia. Militó en el bando carrerino, lo que le acarreó serias dificultades que habrían de terminar en su muerte. Durante la Reconquista española, Rodríguez desempeñó actividades guerrilleras, convirtiéndose en un personaje legendario. Lograda la emancipación, combatió con dureza la dictadura de O'Higgins. Tomado preso, un oficial de apellido Navarro lo asesinó en Tiltil el 26 de mayo de 1818.

RONDIZZONI, JOSE: Nació en Parma, Italia, el 14 de marzo de 1788. Militó en las fuerzas de Napoleón. Viajó a Estados Unidos, donde conoció a José Miguel Carrera, con quien viajó a Chile. Participó en la batalla de Cancha Rayada. Salió del ejército a raíz del fusilamiento de los hermanos Carrera. Se reincorporó y participó en la Expedición Libertadora del Perú. Intervino también en la liberación de Chiloé y en la guerra civil de 1839. Desempeñó algunos cargos públicos, y en 1851 luchó en favor del gobierno en la guerra civil. Murió el 24 de mayo de 1866.

RUIZ TAGLE, FRANCISCO: Participó desde los primeros pasos en el movimiento de la Independencia y ocupó sucesivos cargos en los organismos colegiados de los patriotas. Producida la emancipación, fue diputado y en 1830 se le designó Presidente de la República interino, cargo que ocupó algo más de un mes. Murió el 23 de marzo de 1860.

SAN BRUNO, VICENTE: Nació en Aragón, España. Se hizo militar al producirse la agresión napoleónica contra su patria. Llegó a Chile en 1814 y se batió en Rancagua. El gobernador mariscal Marcó del Pont le encargó la seguridad pública. San Bruno practicó una represión cruenta contra los patriotas, y al triunfar éstos en Chacabuco, lo aprisionaron y juzgaron. Murió fusilado el 12 de abril de 1817.

SAN MARTIN, JOSE DE: Nació en Yapeyú, Argentina, en 1778. Militar y político, participó activamente en la lucha por la independencia de su patria. Como gobernador de Mendoza contribuyó en forma decisiva a la creación del Ejército Libertador, que condujo al triunfo en Chacabuco y Maipo. Participó luego en la expedición libertadora del Perú, que lo designó gobernante suyo con el título de Protector. Las continuas disputas entre patriotas lo hicieron retirarse a Boulogne, Francia, donde murió en 1850.

URRIOLA, PEDRO: Nació en Santiago el 22 de febrero de 1797. Luchó en las campañas de la Independencia. En 1828 sublevó al batallón escolta del general Francisco Antonio Pinto, en la ciudad de San Fernando. Participó en la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana. Nombrado por el Presidente Manuel Bulnes comandante del batallón Chacabuco, se amotinó el 20 de abril y murió en la refriega.

VERA Y PINTADO, BERNARDO DE: Nació en Santa Fe, Argentina, en 1780. El gobernador García Carrasco lo hizo detener por mantener conversaciones subversivas. Colaboró con Camilo Henríquez en **La Aurora.** En 1819 compuso el primer Himno Nacional. Murió en Santiago el 27 de agosto de 1827.

VICUÑA, FRANCISCO RAMON: Nació en Santiago en 1778. Intervino en la revolución de la Independencia y formó la primera fábrica de fusiles para los patriotas. Ocupó diversos cargos públicos, y en 1829 se desempeñó como Presidente inte-

rino de la República, reemplazando a don Francisco Antonio Pinto. Murió el 13 de enero de 1849.

VIDAURRE, JOSE ANTONIO: Nació en Concepción el 22 de diciembre de 1798. Se enroló en las filas patriotas durante la revolución de la Independencia y participó en varias acciones. También estuvo en la campaña de Chiloé, en 1825. En 1837, siendo coronel, se amotinó contra el Ministro Diego Portales, a quien posteriormente asesinó su subalterno el teniente Florín. Fracasada la sublevación, Vidaurre murió por fusilamiento el 4 de octubre de 1837.

Don José Miguel Carrera: Recibe en Montevideo la noticia de la batalla de Maipo y de la ejecución de sus hermanos .. 118

Entre Chacabuco y Maipo: Virutas históricas 120

Don Diego Portales: Rectificaciones a un juicio histórico 130

Los chismes y la historia: Rectificaciones 141

Santiago, los talaveras y San Bruno 150

La caída de O'Higgins: 28 de enero de 1823 155

Las últimas elecciones bajo el gobierno pipiolo 158

Don Manuel Harbin y la moneda de cobre 162

Noticias menudas 166

Rectificación sobre la abdicación del general O'Higgins 171

APENDICE

Guía de personajes 175